RECUERDOS

SOBRE

Guy de Maupassant

POR

FRANÇOIS TASSART

SU AYUDA DE CÁMARA

(1883-1893)

Traducción del francés de
José Manuel Ramos González
para
http://www.iesxunqueira1.com/maupassant

A partir de los textos en en html publicados por Therry Selva en
http://maupassant.free.fr

SOUVENIRS

SUR

Guy de Maupassant

PAR

FRANÇOIS

SON VALET DE CHAMBRE

(1883-1893)

Cinquième édition

PARIS

LIBRAIRIE PLON

PLON-NOURRIT ET Cie, IMPRIMEURS-ÉDITEURS

8, RUE GARANCIÈRE — 6e

1911

Tous droits réservés

Portada original de la 5ª edición de 1911

Deseo complacer a los amigos y admiradores de mi excelente señor, publicando estas páginas para describirlo tal como era.

Muchos personajes insignes han sido unánimes en proclamar al señor de Maupassant *Maestro Literario*; yo, humildemente, que he vivido cerca de él varios años, le he conocido mejor que cualquiera de ellos y me permito, en consecuencia, con toda la sinceridad de mi corazón, publicar estos modestos recuerdos a fin de que se sepa que mi señor, que ha sido reconocido *Hombre de gran talento*, era mejor aún, pues era en sumo grado, bueno, recto y leal.

François TASSART

CAPÍTULO I

NOVIEMBRE 1883 – MAYO 1884

Mi contratación, el 1 de Noviembre de 1883. – Diez días en Étretat. – Regreso a París. – Una cena de "petición de mano". – Demasiadas cenas. – Enero de 1884. – Marcha a Cannes. – Fundación de un Club Social. – Trabajo y paseo por mar. – Un incendio. – Regreso a París en marzo. – Mudanza. – Instalación en la calle Montchanin. – Mes de mayo. — Descenso en yola de Paris a Rouen. – Un remero fuera de serie.

El *1 de noviembre de 1883*, el señor R..., sastre del señor Guy de Maupassant, me presentó a éste como ayuda de cámara y cocinero. Entramos en el salón dónde me encontré en presencia de dos caballeros que se calentaban de espaldas a la lumbre.

El primero, aguerrido mozo, de tez rosada, gran bigote rubio, cabello castaño muy ondulado (el pijama abierto dejaba ver un cuello poderoso), tenía un pantalón ajustado y dos babuchas. Me dije: «Este es el señor». El segundo, delgado, estaba en ropa de calle, correcto, barba negra, joven todavía y completamente calvo.

El señor me comentó sus condiciones; ninguna me fue grata. Expresé lo mejor que pude todos mis inconvenientes y me retiré a una habitación contigua acompañando al sastre. Un cuarto de hora después, el señor. R. salía, con un paquete bajo el brazo. Me dijo que regresara al salón, lo cual hice. Mi futuro señor me preguntó entonces mis condiciones y mi opinión. En dos minutos lo hice. El caballero flaco, volviéndose hacia mí, hizo un gran gesto de aprobación con la cabeza.

— ¿Cuándo puede usted comenzar?— preguntó el señor de Maupassant.

—Cuando el señor desee.

—Bien, venga mañana a las ocho.

Como yo intenté tomar una carta de recomendación de mi bolsillo, él me detuvo con un gesto de rechazo:

—No es necesario. Si usted realiza mis deseos, yo lo veré bien.

Esbozó una sonrisa y un pequeño signo de cabeza en la dirección de su compañero que resultó ser su primo, el señor Le Poittevin. Recogí mi chaqueta, excusándome ante él de no haber querido aceptar una librea. Me deseó buena suerte y me tendió la mano.

Al día siguiente, al mediodía, servía el almuerzo.

Mi señor me dijo:

— ¿Desearía venir conmigo al campo?

—Por supuesto, señor — respondí.

— Bien...Tomaremos el tres de las ocho pasado mañana. La cocinera, que ha trabajado la última temporada en mi casa, está allí. Ella le indicará mis gustos.

El cuatro de noviembre, a las once de la mañana, nos apeamos en la estación más próxima a su casa; todavía debíamos viajar quince kilómetros en coche.

Un coupé, con dos caballos, nos llevaba... Como yo había engrasado los dos yugos, pues me apenaban los animales, el señor de Maupassant me dijo:

—En esta región todos los caballos van cubiertos; es algo muy típico de aquí.

Pensé que debía tener también las mediocres cualidades de los cocheros.

Por el camino, que era bueno, rodamos rápido. El señor extendió sus pies contra el frontal del coupé.

Yo debí pronto hacer otro tanto. El banco tapizado estaba hundido y resbaladizo, descendiendo hacia los lados por lo que era imposible mantenerse. Mi señor comenzó a echar pestes

contra el propietario que le alquilaba este cacharro desde hacía quince años, a pesar de sus reiteradas protestas.

Después de pasar varios pueblos y granjas, rodeados de excelentes cuadros normandos, llegamos a lo alto de una colina, desde donde divisamos Étretat. Los techos de pizarra se confundían con el color del mar. A la izquierda se encontraba un gran valle. El cielo estaba muy claro, el sol un poco pálido, semejando una luna desamparada, una de esas lunas de África que arrastran su tristeza sobre el mar de arena tras una tempestad. Mi señor me tocó el brazo:

— Mire abajo, ahí, al fondo del valle, está *La Gillette*, mi querida casa.

Después volviéndose hacia el mar, exclamó:

— ¡Que bello está! ¡Que maravilloso matiz! ¡Es violeta! ¡Es muy, muy bello! Figúrese que si un pintor plasmase estos colores y estas tonalidades, se diría que no son reales.

Yo también encontré el paisaje maravilloso.

Nos dirigimos a la oficina de correos, luego a la casa donde fuimos recibidos por la cocinera y el jardinero.

Al día siguiente, sobre las diez, mi señor me dijo que tomase un cestillo y le acompañase a recoger fresas. Mientras procedíamos a la recolección, alababa la fertilidad de su jardín y me enumeraba las dificultades que tenía en los veranos de sequía, ya que hacía regar las plantas dos veces al día. Me sorprendió la rapidez con la que recogía fresas. Era muy hábil haciéndolo.

La cocinera me confesó que el señor de Maupassant tenía algunas pequeñas manías, pero a pesar de ello era sin embargo un excelente señor, un buen muchacho, un joven de la región a quien llamaban por su pequeño nombre y un nadador “como ninguno”. Él, su hermano y su primo Le Poittevin, doblaban a nado la aguja del Sudoeste y entre la ida y la vuelta nadaban unos seis kilómetros.

No se encontraba persona a quién no le dirigiese un amable saludo. Sabía los nombres de todos. Era un hombre instruido y ya había publicado varios libros; su editor iba a venir aquí este año lo cual era señal de que le iban bien las ventas.

La casa estaba aislada en el gran valle, sin mucha vista. En el jardín se levantaba una cabaña hecha con una barcaza apoyada en unos pilares de ladrillo y, rodeado de arbustos, estaba el cuarto de aseo. Esa era mi habitación. Me resultaba extraño; jamás habría sospechado que se pudiesen emplear viejos barcos para hacer habitaciones; sin embargo no estaba mal.

En este cuadro normando, una pequeña charca contenía unos pececillos rojos, los campos rodeados de berzas; más allá las colinas grises y tristes. En lo alto de una de ellas, se veía una casa y un cobertizo en el bosque, "la aldea de La Nueva Caledonia" según me dijo Desirée, la cocinera.

El segundo día, hacia las siete de la tarde, tomé una linterna y acompañé a mi señor a la verja del jardín. Pronto llegó un carruaje. Una dama muy abrigada, descendió. El señor la tomó de una mano y nos dirigimos hacia la casa. Yo los seguí tratando de proporcionarles la mayor visibilidad posible con mi linterna.

En la antesala, mi señor ayudó a la dama a desprenderse de toda una serie de chales. Estaba muy solícito y atento. Me percaté de lo que seducía su sonrisa cuando quería.

Mientras degustaban el postre, yo me dirigí a la cocina donde Desirée hacía los preparativos para nuestra cena.

— ¡Eh! – me dijo — ¿Es bella esa mujer?

Yo respondí riendo:

— Seguramente lo es. Le encuentro cierto aire principesco.

— No se ría – me dijo gravemente Desirée – esta mujer ha sido amante de Napoleón; es sabido aquí por todos.

Napoleón se volvió loco y le concedió títulos nobiliarios. Ella hacía grabar unas armas en todas sus joyas y en los enseres que poseía en su casa.

A las diez, el carruaje esperaba y recogí mi linterna acompañando al señor y a su invitada; mi señor subió al coche tras ella y me dijo:

— No me espere. Tengo mis llaves...

Revisé las cerraduras y regresé a la cocina donde guardé la linterna; después, avanzando a tientas y siguiendo la hilera de arbustos, me dirigí a mi habitación, donde un olor acre, mezcla de pino y alquitrán me subía a la garganta; según dicen es un olor muy sano, pero al mismo tiempo desagradable y yo no estaba aún acostumbrado.

Observé mi cuarto con la impresión de que se trataba de un enorme ataúd reconstruido para el *Gran Viaje*. Hice un rápido inventario: una cama de hierro, un armario, dos pequeñas banquetas fijas, a babor y a estribor; una plancha que hacía de anaquel y por supuesto, una palangana; en frente una portilla; cerca de la cabecera de la cama había un clavo para colgar un reloj. Eso era todo.

Los muebles tenían un sello de la época renacentista. Supe más tarde que se trataba del trabajo de un artista ebanista que procedía del Midi y se estableció en Étretat.

Me acosté pero no podía dormir. Escuché un ruido lejano que se hacía próximo por momentos. Era producido por las olas que se arrastraban yendo a sacudir contra los flancos de mi pobre barcaza, alzada sobre sus muros de ladrillo y lamiendo cada lámina como cuando estaba en el mar. Había navegado durante cuarenta años, zarandeada por las olas y todavía continuaba gimiendo a cada golpe de mar.

Después de haber llevado cientos de toneladas de rodaballos, caballas por cientos de miles, arenques y sardinas por millones, después de haber navegado, impasible, en bellas jornadas soleadas y también haber conocido terribles

tempestades, había venido a morir en *La Gillette* sirviendo de abrigo al mayordomo de un gran escritor.

Al día siguiente mi señor me preguntó si me encontraba a gusto en mi barca. Yo se lo agradecí. Me comentó las dificultades que había para conseguir "habitaciones de invitados en todas las casas de la región".

Después del almuerzo, entreabrió la puerta de la cocina diciendo:

— ¡Hemos olvidado el pan para los pececillos rojos!

Era la hora en la que los visitaba. Ellos emergían y lo esperaban en la superficie del agua. Una cantidad importante de pájaros se situaban para participar de la pitanza. Volaban en torno a mi señor, caían a sus pies, tan numerosos, tan cerca y tan confiados, que él se veía forzado a dispensarles atención para no pisarlos.

El tiempo, magnífico cuando llegamos, se volvió desagradable, el viento soplaba con fuerza; el mar se embraveció con violencia; nuestros diez días llegaban a su fin y no había modo alguno de prolongarlos, dado que el correo de París aumentaba día a día.

Mi señor dio unas recomendaciones al jardinero. Le sugirió algunas ideas para el jardín durante la primavera. Después, alegres, nos pusimos en camino hacia París, siempre en el famoso coupé; y eso que el arrendatario los tenía mejores. En la estación de Ifs, mi señor me dijo:

— El verano es muy agradable aquí, ya lo comprobará.

Esta estación que estaba ubicada en un gran parque, estaba rodeada de árboles; se podían ver hermosas alamedas y al final un castillo blanco de techos puntiagudos.

No hacía calor. Mi señor batió las suelas sobre la calle; le horrorizaban las salas de espera donde, según él, "se percibe la basura de todos los países del mundo".

En París hice todo lo posible para acondicionar el apartamento, pero no sabía por donde comenzar. Encontraba libros, folletos, periódicos apilados a lo largo de las paredes, contra los muebles y en el suelo. Sobre la mesa había montañas. Yo enceraba y sacaba brillo todos los días, pero en vano; mi señor iba del lavabo a su mesa de trabajo con unas toallas chorreando agua.

Un día en que la portera me subió un montón de cartas, le confié mi desesperación por ese desorden... Ella me contó que, poco tiempo antes, mi señor, sacando su revolver de un bolsillo, se había disparado una bala en el dedo. Orgullosa añadió:

— Fui yo quién lo curé. ¡Qué resistente era al dolor! Podría ir a la guerra que no se le oiría quejarse

Pero, — le pregunté—, ¿no fue soldado en 1870?

— Sí — me respondió ella — fue herido; fue reclutado en el reemplazo de los dieciocho años; y, a su llegada a Rouen, gastó algunas bromas al Almirante que gobernaba la ciudad, y más tarde a los prusianos. Cuando los alemanes fueron dueños de la ciudad, marchó al Havre, donde atendía a los enfermos como una hermana de la caridad.

Al cabo de algunos días, mi señor me dijo:

— Voy a ofrecer una cena. Seremos dieciséis. Sé que no hay lugar más que para doce pero se han de colocar igualmente. Se trata de una cena de "petición de mano".

Esta cena no era más que una encerrona que quería jugarle a la bella H... para vengarse de una burla que ella se había permitido hacer a mi señor.

Un español, magnífico, grande, rubio, de piel rosada, llegado recientemente de Madrid, estaba buscando una mujer bonita y amable para que le hiciese compañía. Era muy rico y debía instalarse suntuosamente.

Cuatro damas, incluida la bella H..., fueron invitadas para que él escogiese. Ellas tenían puestas sus más bellas galas, estaban emperifolladas.

El apuesto español, que era marqués, fue situado en la cabecera de la mesa, expuesto a la mirada de las cuatro mujeres, que no le quitaban los ojos de encima. Mostraba una indiferencia relativa al principio; todo el mundo miraba de hito en hito con un poco de incomodidad, pero se observaba sobre todo al riquísimo extranjero. Aunque buen mozo, era de aspecto raro; demasiado grande, no lograba introducir sus piernas bajo la mesa, tenía un traje desmesurado, un chaleco amarillo y un pantalón gris azulado muy claro.

El pescado acababa de ser servido, cuando me preguntó con toda claridad donde estaba el baño. ¡Sorpresa general! Pero él, sin ningún asomo de pudor, ya había desabrochado sus tirantes y desaparecido. Uno de los invitados, que había viajado por España, explicó que en ese país era un hecho admisible que se abandonase la mesa...

El español, ya de regreso, solicitó información para instalarse...Quería un gran apartamento, el mejor y más hábil decorador, un marchante de caballos de primer orden (fue Ménage por el que optó). Se le hacían recomendaciones desde todos lados de la mesa, y las damas vislumbraban ya una mansión principesca.

El marqués de San Pola bebía como un cosaco champán y agua de seltz; había vaciado el sólo tres litros que debían ser suficientes para todos los invitados.

Durante el asado, se desprendió de su chaqueta y solicitó airearse un poco; le acompañé a un salón vecino y le abrí la ventana. Mientras tanto, sonó una carcajada al unísono en el comedor.

Cuando el helado fue servido, creyéndose sin duda en su apartamento, solicitó dos sillas y dos cojines, cayendo en un breve sueño.

Cuando despertó se abordó el tema de las mujeres; dijo que necesitaba en su nuevo domicilio a una chiquilla para que lo distrajese y que le diera todo lo que él quisiera. Entonces las cuatro señoritas comenzaron con sus zalamerías a cada cual mejor, hicieron gracias, poses para realzar sus figuras, en definitiva compitiendo para ver quien se llevaba el gato al agua.

La pequeña H... con su dulce figura, era sin duda la más bella, de una frescura de rosa y graciosa a más no poder. También el español no titubeaba y finalmente la escogió.

Cuando la cena hubo terminado, la llevó y, simulando un estado de embriaguez exagerado, el marqués bajó los escalones hasta la puerta de cuatro en cuatro, arrastrando a la muchacha en un descenso victorioso pero desordenado.

Una vez que hubieron salido de la casa, se produjo el delirio, todo el mundo se tronchaba, unos lloraban, otros saltaban, había quién rodaba por el suelo. El señor de Maupassant, agarrándose las costillas, pataleaba de alegría comprobando lo bien que había resultado la broma. Sabía que al día siguiente, tras el amanecer, el marqués depositaría un luís sobre la chimenea de la joven y desaparecería a la inglesa.

El *quince de diciembre* tenía en las manos un calendario cuando mi señor abrió la puerta del salón. Tenía aspecto sombrío.

La víspera, había ido a una velada en casa de una persona importante y había acompañado a una extranjera de rizos rubios, no bonita, pero joven y bastante apetecible. Después de almorzar, ella se ausentó, pero no por mucho tiempo; a las 4 estaba de regreso; debió esperar hasta las 6 y a las 7 y media, volviendo, a mi señor para cenar en la ciudad. Al día siguiente a las 9 de la mañana, ella estaba todavía allí. Esto durante cuatro días; después de lo que, mi señor me dijo:

—Haga lo que quiera, pero no lo aguanto más... Me dice cada vez que marcha para Viena y vuelve todos los días... ¡échela fuera si le obliga!

Las invitaciones a cenar y a acudir a veladas, llovían; un día contamos diecisiete.

— François – me dijo el señor de Maupassant – prepare todo lo que necesitemos para dos meses; nos vamos la próxima semana a Cannes y a nuestro regreso nos iremos a alojarnos en casa de mi primo L..., en un apartamento más confortable. Aquí estoy demasiado agobiado. No respiro.

Mi señor tomó el rápido. Yo le seguí en el Express. En la estación de llegada, un recadero me esperaba llamándome por mi nombre.

La señora de Maupassant y su hijo, el señor Hervé, ocupaban un bonito apartamento.

Mi señor alquiló uno con una bella vista sobre el mar, muy alegre y soleado. Desde los primeros días quiso que su madre y su hermano cenasen con él en su casa. Su vida se sosegó. Trabajaba nueve horas hasta el mediodía, tras lo cual se aseaba y almorzaba.

Tres veces por semana, por las tardes, iba a tirar con pistola a casa de un amigo en compañía de otros aficionados.

Cierta mañana, un caballero de grandes bigotes, con un peculiar andar, se presentó para ver al señor de Maupassant. Le dije que el señor no estaba nunca por las mañanas. El caballero escribió algunas palabras sobre su tarjeta y tendiéndomela se río; todos los pelos de su rostro se erizaron; parecía una verdadera brocha.

Mi señor trabajaba y por nada del mundo le habría molestado. No conocía otra consigna. A mediodía le entregué la tarjeta. La leyó en voz alta y dijo:

— Está bien. Iré esta tarde.

Al día siguiente este caballero vino a almorzar con su esposa y le volví a ver varios días seguidos. Hablaba mucho,

parecía saber muchas cosas y emitía opiniones atropelladamente, seguidas de un tropel de cotilleos de la región, que el mundo parecía empequeñecido. Propuso a mi señor la fundación en Cannes de un Club Social que sería muy importante y que haría mucho daño a Niza, quizás incluso a Monte Carlo. Enunció las bases de los Estatutos entusiasmándose, excitándose, afirmando que estaba en posición de obtener la autorización para los juegos, etc.

Algunos días después mi señor me avisó de que iba a ofrecer un almuerzo para una docena de personas, doce hombres:

— Vamos – me confío – a fundar una Sociedad Anónima que no es más que una broma que queremos gastarle al conde L..., fundador del Club. Él será el Presidente ejecutivo, el conde O... el presidente honorario y la principal fuente de fondos con una aportación de dos millones y medio de francos; el señor R..., secretario, el barón R..., P.A, yo y algunos más completaremos el Consejo de Administración y compraremos la isla de Sainte Margherite.

Durante el almuerzo, doce caballeros se sentaban ante la mesa; la reunión era muy seria. El conde O... parecía preocupado, pasaba repetidas veces la mano por detrás de la cabeza; su actitud era la de un hombre que lucha, que se pregunta si debe comprometerse en esta empresa, si no sería más sabio abstenerse. Es que dos millones y medio, aún cuando se es rico, es mucho dinero.

El barón R..., discretamente incidía más en la duda del futuro presidente hablando de su mayoría de acciones, pero el señor P.A...., ayudado por mi señor, demostraba, cifras en mano y mediante unos documentos irrefutables que el asunto era de primer orden, absolutamente seguro; el principal accionista se dejó convencer y dio su entera aprobación. Los demás accionistas aplaudieron esta decisión con una vehemencia edificante.

El futuro presidente fue envestido de alegría y triunfo... Más tarde, finalizado el almuerzo, el Consejo en su totalidad, flanqueado por sus dignatarios eventuales, se dirigió hacia la puerta fumando unos enormes cigarros.

La *Louissette* los esperaba para transportarlos a la isla de Sainte Margherite de la que ya se consideraban dueños.

No asistí al desengaño del Presidente cuando supo que la isla de Sainte Margherite no estaba a la venta y que pertenecía al Estado. No lo volví a ver hasta dos años más tarde, en París, bastante cambiado y el pelo completamente cano.

Mi señor acababa una novela que debería salir en abril; las pruebas iban llegando poco a poco y yo tenía que ir sin cesar al correo.

Los personajes importantes comenzaban a llegar en tropel a Cannes... El señor recibía muchas invitaciones y llegó a encontrarse desbordado como en París.

La Escuadra del Mediterráneo estaba fondeada en el golfo Juan; mi señor quería visitarla. Un día en que la flota debía hacer unas maniobras, lo acompañé a La *Louisette* para llevar algunos objetos. Estaba dispuesto a hacerse a la mar pues había buena marea y un fuerte viento del sudeste. Yo lo veía alejarse con su viejo marinero Galice que, a primera vista, ya no tenía edad para navegar.

Al anochecer, ese viejo lobo de mar, habiendo sacado los diferentes avíos que no dejaba jamás a bordo, tomó como era habitual en él, un vaso de buen vino. Cuando acabó de beber y apreció que sus pulmones se habían relajado, me confío que jamás en su vida de marino, había visto nada igual al señor de Maupassant.

— Es hábil – dijo – Está atento a todo y conoce el oficio como un viejo marino. Es de un atrevimiento que a veces hace temblar; considero que esta tarde con nuestro ligero ballenero, totalmente abierto, hemos remontado unas olas enormes, justo

mar adentro. Fue duro, pero el señor no parecía fatigado y ponía todo el corazón.

Pensé que este buen hombre se había ganado un segundo vaso.

Se fue diciendo:

— Ahora ya no tendré nunca miedo en el mar con el señor de Maupassant.

Una noche, hacia las dos de la madrugada, oí a mi señor que me llamaba:

— Venga, he encendido el fuego en mi habitación frotando una cerilla y el fósforo ha saltado sobre la colcha de la cama que se ha incendiado enseguida.

Acudí rápido con un delantal bien mojado puesto y otro sobre la cabeza. Arrojé dos jarros de agua sobre la cama que ya era todo fuego; la colcha y el mosquitero ya habían sido consumidos. Pedí a mi señor que me pasara más agua, pero al poner el gran jarrón de porcelana sobre el fregadero, éste se rompió.

— No se preocupe – dijo – Tengo mi manuscrito. Lo demás tiene poca importancia.

La puerta de la habitación quemaba, las compuertas al lado de la escalera habían ardido y se podían arrancar; tuvimos suerte de que los cristales de la ventana resistieron y eso evitó corrientes de aire que podrían haber avivado el incendio. A base de agua pude controlar el fuego... Más tarde, naturalmente, los bomberos llegaron y acabaron de demoler lo que quedaba de la cama y los muebles.

Mi señor fue a pasar dos días a Monte Carlo. A su regreso encontró su habitación restaurada, pero pudo constatar apenado que varios objetos a los que tenía estima, se habían deteriorado, entre otros, algunos libros viejos, sus diccionarios y una carpeta de viejo cuero.

Volvió al trabajo pero con menos entusiasmo; se levantaba más tarde.

Un día fue a visitar la bahía de Agay y las montañas de Estérel. Otro día acompañó a su madre en coche a Vallauris, por la ruta de Californie que pasa circunvalando el pueblo donde están ubicadas las fábricas de porcelana de los hermanos Massier. De noche, cenando, mi señor y su madre evocaron este paseo. Estaba encantado con las piezas de loza que había comprado para su pequeña *Gillette*. Habló de los señores Massier, tan amables, tan expertos en sus negocios. Recordó los detalles de la excursión, la vista, la longitud de la Corniche, los inmensos tapices verdes, el mar, las islas lejanas. Estaba arrebatado y parecía describir un sueño.

Una mañana el señor de Maupassant dijo a Galice que a la primera brisa propicia, llevarían La *Louissette* a Antibes.

— Y usted, François – añadió – no lleve más mis pistolas a casa de M.A...., partiremos próximamente. ¡Ya tengo bastante! No se puede dar dos pasos seguidos sin tener el sombrero en la mano para saludar a toda esa gente importante que hormiguea por la calle. Me invitan a demasiadas cenas, lo que me fatiga y no siempre me resulta divertido. Además mi libro va a publicarse y es necesaria mi presencia en París.

El veintisiete de febrero, el viejo Galice estaba listo; el viento era bueno. Mi señor partió con él para reconducir *La Louisette*. Les vi ganar el paso de la Croisette y como bordeaban algunas largas hondonadas.

Por la noche le pregunte si el viaje había sido sin contratiempos.

— Al partir, sí – me respondió el señor – pero después de dar la vuelta a la Garoup, el viento se volvió inestable, soplando tanto del Este como desde tierra, con una fuerte marejada procedente del golfo de Gênes. Dos o tres veces La *Louissette* se lleno de agua y al pobre Galice no le llegaba la

camisa al cuerpo; le hice tomar un vaso de ron y le animé diciéndole que lo más duro había pasado; cuando unas horas después arribamos a puerto, Galice no podía disimular su alegría. Ahora no tendría más que mantener a La *Louissette* bien anclada detrás del muelle.

París. Mi señor no estaba contento. El tres de marzo, hacía un frío gélido y de las nubes caían gruesos copos de nieve, haciendo las calles intransitables para los peatones. Como al señor no le gustaba el coche, salía poco. Aprovechaba el tiempo escribiendo algunas crónicas y poniendo a punto las últimas galeradas de su libro.

Hacia el día veinte el tiempo mejoró y él se ocupó de su nuevo apartamento ayudado por su decorador.

Ambos acordaron pintar el comedor de color granate, el salón Luís XVI azul, el dormitorio amarillo y el jardín de invierno verde oliva...

Compraron enseguida los tejidos. El dos de abril, víspera de la mudanza, embalamos los objetos más valiosos, los platos, las antiguas fuentes de Rouen, los libros antiguos.

El tres de abril, en la calle Montchanin, el decorador Kakléter estaba con dos obreros; los paquetes con las telas se abrieron. Mi señor estaba alegre. Tres hombres trabajando... ¡Qué fiesta! Kakléter entró en el salón con su cliente; en tres días, pinturas y cortinas estuvieron colocadas.

Durante tres semanas el señor de Maupassant trabajaba con entusiasmo en esta empresa; no perdiendo más que una tarde más o menos.

La mayor parte de los objetos ocupaban varios lugares eventuales antes de encontrarles la ubicación definitiva. Dos cabezas de ángeles talladas en madera maciza que simbolizaban los dioses del viento, eran los favoritos de mi señor; acabarían por ir a parar a la sierra.

Un día Kakléter trajo las estanterías de la biblioteca. Era el mueble que más me gustaba. Por fin iba a poder poner orden; no habría más libros por el suelo, a lo largo de las paredes y alrededor de los pies de las mesas; el escritorio podría ser un poco menos cargado. Lo consideré un auténtico alivio y me entusiasmaba ayudar a mi señor a colocar los libros sobre los estantes a medida que él los iba clasificando.

Ya instalados, mi señor pidió al decorador que le enviase la factura de inmediato.

—Se respira mejor aquí – me comentó mientras echaba un vistazo por todo el apartamento— Este Kakleter es ciertamente robusto; cuando golpea un clavo ajusta el martillo para no doblarlo... Estas cabezas de ángeles que pesan setenta kilos, las ha fijado a base de martillazos muy rápidos. Es un obrero muy hábil. Lo que más admiro de él sobre todo es su temple, pues debo reconocer que le he dado muchas ocasiones para impacientarle y jamás ha dejado traslucir una sombra de mal humor.

»Mi amigo, el señor M..., quién me lo ha recomendado ha hecho un auténtico hallazgo. Además entiende de todo. Si viese su pequeño bajo, que coquetamente está decorado... Su gabinete de trabajo está enteramente revestido de una tela verde azulada, muy dulce a la vista y de un bello efecto.

No quedaba más que proceder al pintado del cuarto de baño; mi señor dejó este trabajo para más adelante, aprovechando su primera ausencia. No podía soportar el olor a pintura y todavía menos a los pintores que, según decía, le robaron en la calle Dulany un alfiler de corbata y una bonita sortija de su abuelo.

Henos aquí en los primeros días de mayo.

— Estoy mejor, – me dijo el señor de Maupassant – un poco resfriado por culpa del fuego que usted mantiene en todas las habitaciones, no obstante me siento dispuesto para trabajar.

Vaya a la librería que está a la derecha de la calle Bac, esquina el puente Royal, y cómpreme un mapa del Sena, trayecto de París a Rouen. Voy a descender en yola hasta Rouen con el señor A... Me llevará cuatro días. Durante ese tiempo vaya haciendo todos los preparativos necesarios para ir a Étretat. Iremos tan pronto regrese.

Mi señor tomó el tren para embarcar en Maisons-Laffite, pero olvidó el mapa en el apartamento. Yo me di cuenta y se lo llevé, llegando a tiempo para el embarque el señor A... estaba en la barandilla, el señor tomó los remos; se frotó las palmas de las manos de un modo particular, echó una última mirada alrededor de su barco y saludó con la cabeza a una treintena de personas presentes en el lugar. Después, haciendo un movimiento como el de un gran pájaro que alza el vuelo, lentamente, con suavidad, introdujo los dos remos en el agua.

Algunos minutos después no se veía a lo lejos más que un punto negro sobre la superficie plateada del Sena que reflejaba un bello sol primaveral. El señor, según confesión de sus conocidos, era un remero fuera de serie. Estos halagos me agradaron.

A su vuelta el señor me contó que había tenido un tiempo espléndido pero que el pobre señor A...., no estaba lo suficientemente preparado para hacer largos recorridos.

— He tenido – me dijo— que tomarle los remos a cada momento y a veces remar durante cuatro horas sin descansar.

CAPÍTULO II

JUNIO—OCTUBRE 1884

Étretat. – Jardinero modelo. – Tiro de pistola. – Gallinas y gallo. – Riego. – El juego de bolos. – Los dos santos de madera. – El cuarto de invitados. – Una joven americana. – El maestro Renard. – El fuego en la casa. – Marie Seize. – Octubre. – Las hojas del otoño. – *Bel Ami* se acabó.

Étretat. Junio de 1884. Fuimos los primeros en llegar a Étretat; mi señor aprovechó para descansar y trabajar en un cuento entre crónica y crónica.

Después se ocupaba del jardín; pasaba horas con Cramoyson, discutiendo los emplazamientos de los parterres de verano. Se excitaba reconociendo los árboles que habían crecido muy rápido, a fin de elegir las especies a plantar perfectamente en el futuro, según conviniese al terreno.

Se levantaba a las ocho y no quería tomar nada; decía que le molestaba para trabajar; consideraba que el café con leche por la mañana era un alimento de mujeres. Daba varias veces unos paseos por su jardín, visitaba sus peces rojos y allí se lavaba los ojos; seguidamente escribía durante once horas y luego tomaba su vaso de agua fría, se aseaba y almorzaba. Después de esto disparaba todos los días sus cuarenta y cinco balas con su pistola... Disparaba diez balas a veinte pasos del objetivo, otros diez al mandato; después diez a cuarenta pasos del objetivo, unos diez al mandato: un, dos, tres; estos veinte últimos, siempre a doble carga. Cuando estaba satisfecho de sus disparos descansaba; si no aún disparaba diez balas más, pero era muy inusual.

— Es inútil – decía – e incluso peligroso ser un perfecto tirador.

A este ritmo, la provisión de balas traídas de París se vio rápidamente disminuida; pidió entonces viejo plomo en casa de

François Jeanne y mi señor me inició en la fabricación de estos proyectiles.

Al principio llegaba a hacerle de quinientas a seiscientas en una tarde.

— Vea usted – me dijo – que hábil es ya, ¿no encuentra esto divertido?... Sólo tiene que prestar atención en que la cuchara no resbale en el agua, pues el plomo hirviendo podría saltarle a los ojos; es muy peligroso. Me gustaría que usase unas gafas, me quedaría más tranquilo.

Provisto de dos pares de ojos sobre mi nariz, llegué a fabricar mil balas en una tarde, divirtiéndome mucho.

Hacia las dos y media o tres, el señor de Maupassant iba de vez en cuando a ver el mar, pero lo más habitual es que lo hiciera sobre las cinco y media.

Un día que hablábamos de cocina, mi patrón me dijo que Vimont, nuestro carnicero, tenía muy buena carne:

— ¿Lo conoce usted? ¡Es muy fuerte! En su casa la grasa no está mohosa. Creo que tiene doce hijos. Y es un gran bebedor de champán. Ha llegado a beber hasta catorce botellas... ¡Ah!

Y más tarde dijo:

— Tengo una idea. Me gustaría tener unas gallinas para disponer de huevos frescos en mi almuerzo; podrías hacérmelos pasados por agua todos los días. Diga a la vendedora que me consiga seis y un buen gallo, el más hermoso que tenga. Voy a pedir a Cramoyson que me haga enseguida un corral con varas trenzadas con hilo de hierro al lado de la cabaña del bosque, que sea lo suficientemente grande para que estos animales tengan hierba que picotear.

Dos días después, las gallinas llegaron con un gallo excelente que tenía una considerable cresta y un pico dorado.

Mi señor me recomendó tomar la precaución de hacerle unas sopas con los restos del pan y de la leche.

—Y yo – añadió – le echaré grano.

Cramoyson dejó un saco en la cabaña.

Varias veces al día, mi señor visitaba sus peces rojos, pero a él le gustaba sobre todo entretenerse con sus gallinas; no dejaba de mirarlas, observaba sus mínimos movimientos y se divertía. Las aves eran en verdad fuertes y hermosas, y el gallo estaba todavía más colorado que a su llegada.

— ¡Es bello! – me decía — ¡Es gallardo! Merece ser pintado. Seguramente se haría un cuadro magnífico. Vea la expresión de su cabeza. La mirada es bastante fiera. Y sus hermosas crestas de un rojo vigoroso y ese cuello brillante es resplandeciente y ¡esa prestancia majestuosa! Mire su cola; ¡que soberbio penacho! Pero usted sabe, en general, que no lo conservan mucho tiempo... Los huevos son muy buenos, no tienen parangón en el gusto con los de París. Usted dirá a la vendedora que para el mes de julio le pediré otras seis gallinas pesadas, pues éstas, acabarán fatigadas.

El jardín iba tomando un buen aspecto; Cramoyson nos dijo que tenía unas judías verdes, prestas a ser recogidas y pequeños guisantes en flor:

— Sí – dijo mi señor – son muy bonitos. ¡Sepa François que yo no como zanahorias, colas y acelgas y sobre todo espinacas! Cramoyson le dará, lo antes posible, judías verdes, habichuelas, guisantes y lechugas variadas para cocer. Verdura cocida puede darme todos los días, a la crema fresca, claro.

En una de sus visitas a sus rosales, el señor de Maupassant advirtió un día un pequeño árbol que se encontraba al borde del camino. Se lo mostró a Cramoyson:

— Vea como cambia en un año este fresno. Este terreno le conviene, pondremos una hilera en el prado a lo largo del seto ya que los sicomoros no crecen y no dan tampoco demasiada sombra. Sobre el borde del vallado, ante la casa, añadiremos también algunos álamos blancos; crecen muy aprisa y son agradables a la vista.

Yo había traído de París una pequeña bomba *Japy* con las mangueras necesarias para llegar hasta el extremo del jardín desde ambos lados. Era muy cómodo: uno de nosotros bombeaba y el otro dirigía la manguera; esto resultaba más rápido que la regadera y menos fatigoso.

— De este modo – indicaba el señor – cuando usted no esté aquí, Cramoyson, yo ayudaré a François para mantener las fresas en buen estado de humedad, a fin de poder tener fresas sin interrupción.

La pequeña bomba aspirante e impelente, instalada cerca de la gran bomba que ocupaba ya la tapa del pozo, parecía un pequeño juguete y creo que mi señor le consideraba como tal, pues, en todo momento, se divertía haciéndola funcionar diciendo:

— Es para que no pierda su agua.

Cuando se ponía a regar, era siempre para estar en la bomba. Cuando yo quería reemplazarlo, me rechazaba argumentando que yo enviaba el agua más fina y con más suavidad que él. Siempre me encargaba la manguera.

El 22 de junio tuvimos la visita de una dama; luego, el 24, la visita de otra dama y 8 personas a cenar. Comenzaban a jugar a los bolos. Mi señor se divertía; era un placer oírle reír cuando había jugado bien, o aún cuando podía desplazar los bolos de esas damas, lo que las hacía correr y lanzar unos gritos agudos como los de un niño.

Una bonita mañana, hizo tirar todas las manzanas de los árboles para que no impidiesen el crecimiento de nuevos árboles.

Todos los días se pasaba las mañanas del mismo modo. Mi señor se paseaba y trabajaba, pero después del almuerzo, no quitaba la vista del gran seto hacia el lado de Étretat; en ese seto se encontraba una abertura, por la que las damas llegaban

del fondo del paseo, a la salida del picadero de Justin. Y tan pronto las veía, se disponía a sacar los bolos, o bien a clavar los hierros del croquet. Quería ponerse a jugar de inmediato. A menudo incluso no daba tiempo a las damas a despojarse de sus chales y sus sombreros en la casa. Se extendía todo sobre el pequeño seto de espinas que separaba el prado del jardín y la partida comenzaba inmediatamente. Se debía enteramente al juego, con tal fogosidad que se podía preguntar si el autor de *Une vie* se percataba de las entonaciones y los piropos amables que esas damas le dirigían con unos « Muy bien, querido » o « Atención, pequeño» y que el eco de la costa de Fécamp repetía lenta pero fielmente.

El 26, cayendo la noche, observé en el camino de la cocina, una gran mujer llevando una carretilla cargada. Era la empleada del almacén de antigüedades *Le Vieux Rouen* que llevaba las compras que mi señor había hecho durante el día.

Señalándome dos santos de madera entre esos objetos, mi señor me dijo:

— Vea que bien trabajados están; son finos; estoy muy contento sobre todo porque son santos del otro lado de la Mancha que no tienen nada de ingleses.

Los objetos restantes fueron colocados un poco por todas partes, pero principalmente en el cuarto de invitados; quería mantenerlo alegre, porque debía recibir una visita próximamente. Entonces, con una minuciosidad digna de un ama de llaves emérita, tomó nota de lo que faltaba aún en la habitación: una caja de polvos de arroz, frascos de fragancias, un espejo a tres caras para peinarse, bola de alfileres:

— Yo compraré esto por la tarde – dijo — ¿Hay una carpeta con papel, pluma y secante? Sí, ¡Está bien!

La primera persona que ocupó esa habitación, en la que él había puesto todos sus sentidos, fue una joven americana,

autora de varias novelas publicadas en Francia. Esta dama era tan inteligente como bella.

Una mañana, en que la mujer contratada a su servicio no llegaba para darle su desayuno, me dijo:

—Pero, François, usted puede entrar en mi habitación y depositar los platos sobre la mesa; eso no me molesta en absoluto; estoy tapada en mi cama.

Esta misma dama dijo un día a mi señor, en medio de una discusión literaria:

— Todos sus críticos, a los que se les da tan mal analizar una nueva obra, me hacen reír; pues, la literatura no es algo tan complejo. Yo jamás he aprendido la lengua francesa; escribo todas las palabras fijándome en sus analogías y mientras tanto ellos aceptan mis libros, ¿lo ve usted?

Y añadió:

— Si ellos me hablan de la gran dificultad que encuentran casi siempre cuando se entienden dos seres que se aman enteramente..., usted comprende lo que quiero decir..., sí, que saben darse el máximo de placer sensual. Si esto ocurre una vez, también un abismo los separa.

Mi señor no reía, su frente se ensombrecía y yo notaba un movimiento nervioso en sus pupilas. No entendí su respuesta, pues en ese momento me pidió que les sirviera el siguiente plato...

Algunos años después, me envío a conseguir noticias acerca de la salud de esa dama al hotel Meyerbeer, a la vuelta de los Campos Elíseos. Un botones me condujo a su habitación; yo estaba apenas en el umbral de la puerta cuando esta dama me dijo:

— ¡Entre, entre, François ¡ Acérquese. Usted sabe que no soy una mojigata.

Me acerqué a su cama y me pidió que le diera noticias de mi señor:

— Háblame de él mucho tiempo – me decía – no me cansará nunca con ese tema.

Luego de haberle hablado bastante tiempo como ella deseaba, me dijo con una leve emoción en la voz:

— Sí, mi buen François, usted casi lo ha entendido; ese ser que no se descubre, pues es necesario haber vivido cerca de él como yo lo he hecho para elegirle... Y usted sabe que yo no amo solo a su señor como literato, yo lo amo por él, como se dice en mi país: *for his good heart, for his extreme loyalti, and his great kindness* (por su buen corazón, por su extrema lealtad y su gran bondad). Tengo allí, véalo, sobre mi mesa, escrito completamente, nuestra conversación de anteayer. Este buen y querido amigo ha quedado conmigo toda la tarde, no podía decidirse a marchar. Resulta que ambos nos preguntábamos si esa no sería nuestra última entrevista; pues, mi pobre François, dentro de dos días voy a ser operada de un quiste y desconozco lo que pueda resultar. Pero di a mi amigo Maupassant que si quedo bajo el cloroformo, mi último pensamiento será para él...

Di cuenta al señor de mi misión y quedó muy afectado.

Durante mucho tiempo tuve ante mis ojos el bello rostro de esta dama: tenía una magnífica cabellera dorada que armonizaba maravillosamente con su tez rosada, y que retenía apenas con un pañuelo de encaje. ¡Era verdaderamente hermosa!

Julio. El juego de bolos tenía un éxito exagerado; mi señor gozaba de excelente salud. Llegaron unos amigos que se instalan en dos habitaciones.

Por fortuna dormían hasta las once, lo que permitía al señor trabajar toda la mañana. Después de almorzar, los llevaba a orillas del mar o a Saint-Jouin a casa de la bella Ernestine.

Después ofreció algunas cenas y las veladas resultaron muy alegres. Se jugaba al pañuelo, a menudo los recién llegados no comprendían nada, pero él los obligaba a ponerse, les explicaba el juego y una vez lanzados, éstos se diviertían mucho y reían todavía más fuerte que de ordinario. Este juego era seguramente el que más le gustaba a mi señor.

Una mañana traía unas provisiones cuando observé a mi señor en el prado, rodeado de todas sus gallinas. Me llamó:

— Venga a ver este enorme agujero en la valla del campo, el enrejado está levantado y bajo la tierra está cavado a gran profundidad. No hay duda, es un zorro. ¡Ha sentido las aves, el bribón! ¡Pero a nosotros dos!... Voy ahora mismo a escribir a París para que me envíen rápidamente un cepo de gran fuerza. Yo me lo conozco y Cramoyson también; no le daremos tiempo para realizar su negocio.

Mi señor volvió conmigo del lado de la casa; sus gallinas le seguían siempre como si hubiesen comprendido que él se ocuparía de su defensa, y parecían incluso apenarse cuando tenían que separarse para pasar la pequeña verja que separaba el jardín del prado.

Cuando Cramoyson llegó, mi señor le mostró el agujero y le pidió que dejase todo en orden, así como reforzar la verja mientras esperaba la llegada del aparato.

Agosto. Todos los días, después de esta alarma, desde que se levantaba, mi señor verificaba todo el perímetro de la finca normanda.

El aparato llegó. Era una máquina infernal, incluso muy peligrosa de manipular. Fue colocado detrás de las cabañas de madera, donde dormían las gallinas, pensando que atraído por el olor, este dañino animal vendría a caer en la trampa.

Septiembre. El señor de Maupassant me ordenó:

— Mientras yo pienso quisiera que usted llevase, de vez en cuando, una cesta de peras a las damas del correo, y también a casa de la señora C... Ésta es la hija de Offenbach, el gran músico. No es por las peras, pero sé que es muy sensible a las atenciones que se tienen con ella... La pérdida de su hermano le ha supuesto un duro golpe y se ha sumido en una profunda tristeza; pero también, por otra parte, yo he estado muy apenado de ver marcharse a ese pobre muchacho al que quería mucho; era tan bueno, tan franco compañero, y ¡no tenía más que veintidós años!

El 12 de septiembre, mi hornillo de cocina no quiso encenderse. Para solucionarlo le administré algunas cucharadas de grasa y dos minutos más tarde el fuego alumbraba en la chimenea. Mi señor, oyendo las crepitaciones, vino a avisarme. Salimos al jardín y vimos las chispas llevadas por el viento:

— Esto no será nada – me dijo – pero es preciso tener cuidado, pues mi primera casa, anterior a esta, fue consumida y nunca supe como comenzó el fuego. Es cierto que estaba muy ligeramente construida y cubierta con caña. Jugábamos en el jardín cuando nos dimos cuenta que el fuego estaba por todas partes. Como no teníamos los medios para apagar el incendio, nos pusimos todos a cantar y a bailar de alegría alrededor de ese fuego imprevisto e inesperado.

En los últimos días de septiembre, una tarde, cayendo la noche, oí que se hablaba muy alto en el jardín, al lado de mi cuarto. Me adelanté y observé a mi señor con Marie Seize, una celebridad de la bohemia local. Entré de inmediato en mi cocina. El señor llegó tras de mí gritando:

— ¡¡ He aquí una buena mujer!! ¡Menudo bicho! Jamás he visto nada parecido. Figúrese que dormía estos pasados años en los bancos del paseo marítimo, con su marido y sus seis hijos; la comuna, por así decirlo, le había alquilado una barraca

de madera, en lo alto, de cara al mar sobre la costa. Yo siempre la he socorrido, ¡pero este año ha ido demasiado lejos! Le he dado 10 francos más de veinte veces; como no se atreve a venir aquí, me espera a todas horas en el paso. Y ahora viene a decirme que ella, su marido y sus hijos no tienen ningún vestido para el invierno; y que ¡debo vestirlos si no quiero verles morir de frío! Le he dado 20 francos. Pero si vuelve, ¡envíela a paseo!...

Cuando mi señor fue a la mesa, se puso a hablar de nuevo de Marie Seize:

— Vea incluso si es astuta. Viene a la caída de la noche, pues por el día no se atrevería a salir; no tiene más que una falda roída y una blusa a retales, los pies descalzos, piernas desnudas, los brazos descubiertos. En fin, ¡es extraordinariamente sucia! ¡Es repugnante! En todas sus quejas me decía: « Señor de Maupassant, si usted no me ayuda no me queda a quién recurrir; *a la mierda*, con todos mis hijos, sí, *a la mierda*. ¡Los enviaré de golpe a todos *a la mierda*!» ¡Vlan! como si estuviese hecho. Pero yo tengo la conciencia muy tranquila al respecto.

Apenas ocho horas después, el señor me llamó diciéndome que fuese a ver quién venía por el valle. Era Marie Seize que venía a decir que no tenía más carbón ni más dinero para comprarlo. Fui a advertir a mi señor en el salón.

— Está bien, déle diez francos – dijo él, sin un instante de reflexión.

Octubre. Las últimas manzanas se recogieron. Las hojas de los árboles caían tupidas y ya no quedaban más en los árboles para abrigar al señor en sus paseos matutinos; además estaba obligado a calzarse sus botines de caza, en tanto estuviese la tierra tan húmeda y pesada bajo sus pies. Pero un encanto parecía retenerlo:

— Esto es exquisito, el otoño en el campo – me dijo – Este aire vivificante que llena los pulmones produce una sensación muy agradable... Y además es muy poético, ¡la caída de las hojas es incluso muy interesante! Antes de dejar sus ramas, adoptan los colores más variados. Me he fijado que han pasado por cinco y seis colores; las de los álamos blancos en particular, resultan muy divertidas observarlas.

26 de octubre. A las dos llevé su comida al gallo y a su última compañía, todas las anteriores habían pasado por la cacerola. Mi señor caminaba alrededor de la charca, me siguió para ver comer a su gallo. Tenía una rama en la mano y me dijo:

— He acabado *Bel Ami*. Espero que satisfará a aquellos que me han pedido siempre alguna cosa extensa; ¡pues hay páginas y páginas, y apretadas ¡Tiene toda una parte para las damas que creo les ha de interesar. En cuanto a los periodistas, se considerarán aludidos; ¡los espero!...

—Con este bonito sol pálido – continuó – fotografiaría esas dos aves que tienen aspecto de abandonadas.

Lo hizo enseguida. No sé por que, pero los clichés no salieron. Mientras tanto, llegó una dama que manipulaba un aparato ante el rostro de mi señor; se trataba de un medallón.

CAPÍTULO III

NOVIEMBRE 1884 – FEBRERO 1885

La sala de duchas. – La Galería – Adquisiciones – Piroli – Un regalo de Año Nuevo – Un techo maravilloso – Viaje a Italia. – El regreso. – Empaquetado defectuoso. – La piedra de azufre. – Trabajo y vida mundana. — La cena del colegial. – Trainera holandesa. – Étretat. – La Normandía en flor. – Los vasos antiguos de Rouen. – El jarrón de China. – *Bel-ami* ha aparecido.

París, noviembre de 1884

— Vea François, con este calefactor no se estará demasiado mal aquí. Tiene una buena instalación; calienta bien, quizás demasiado; pero cuando los ventanucos estén abiertos en lo alto de la casa de mi primo, se atenuará mucho el calor en la mía. Luego usted me dice que esto no costará más que un franco diario, para nada, en comparación con el calefactor de madera… Bajo con usted para ver los focos.

Abrí las dos puertas en lo alto que dejaban al descubierto las cuatro placas rojas del aparato, y mi señor confirmó la potencia del calor:

— ¿Cómo puede estar enfrente para cargarlo? ¡Es un infierno!

Luego reflexionó:

— Puesto que estoy allá, veamos entonces si, en la primera bodega, no podría instalar una sala de duchas, pues con la proximidad de este calefactor sería muy buena idea venir aquí a ducharse.

Se encargó al arquitecto y la instalación estuvo acabada rápidamente. Mi señor estaba encantado:

— He tenido una idea excelente; las aguas de la ciudad tienen una presión más que suficiente y vea que simple es. Ahora podré darme una ducha a diario sin salir de casa, incluso

dos si me apetece. Con toda seguridad, el baño, el tubo y sobre todo la ducha son de lo más saludable para el hombre.

Y en un tono muy alto, mi señor añadió:

— ¡Cuando pienso que Flaubert nunca quiso hacer hidroterapia, ni incluso fricciones! Qué lástima; no se habría ido tan joven. Pero nunca quiso hacer higiene. ¡Piense! No tenía más que sesenta años cuando murió; estaba todavía fuerte y vigoroso, y, no hay ninguna duda de que una ducha, como esta, le habría prolongado la vida.

Algunos días después, mi señor hizo venir al tapicero para colocar unos santos; los colocó en la galería, uno a cada lado del Buda. Luego se acabaron de instalar las cortinas de la estancia, que comunicaba con el dormitorio y, como no había más que una media ventana dando a un pequeño patio, dijo a Kakléter:

— Usted ha decorado muy bien mi galería, es muy bonita; pero me falta aire en mi habitación con esas portezuelas. Si no las pongo, la desnudez de los cristales, me golpea en los ojos durante la noche y eso me hará mal. Voy a comprar un par de cortinas, juncos y perlas, eso tamizará el día y habrá más aire en mi habitación.

Así fue hecho y el señor se encontraba orgulloso de su instalación.

Esta galería, especie de pequeño jardín de invierno donde tenía siempre sus palmeras, unas plantas y unas flores, le gustaba mucho; allí estaba casi constantemente; ahí encontraba la claridad y la tranquilidad necesarias para componer sus obras. Todos los días me traía algún objeto nuevo para decorar su apartamento. Una tarde entrando, me dejó un paquete:

— Abra eso con mucha precaución, pues son unos frascos de perfumes de vidrio de Venecia; son de un gran valor y muy hermosos. Irán bien para mi baño, pues pueden contener un litro cada uno. Como tengo mucho en mi despensa, utilizaré

uno para agua de Colonia y otro para el agua de baño y, para los otros dos, ya veré…

Diciembre. El frío comenzaba a hacerse sentir, a partir de ese momento mi señor no dejaba de tomar sus baños y su ducha diaria. El agua estaba muy fría, decía, y se encontraba muy contento, porque obtenía buenas reacciones. Un día en que el agua estaba más fría de lo habitual, mi señor se levantó muy rápidamente, teniendo todavía su tupido bigote empapado de agua: — ¡Está perfecta así! Déme bien la ducha; pronto le tomaré por un alumno de Pascal, el célebre hidroterapeuta.

Yo era muy feliz viendo a mi señor contento y rápidamente le seguía para darle una buena fricción de agua de Colonia, luego se friccionaba él mismo con un guante de crin.

— Mire, François – me dijo un día – pienso que para esta planta baja, sería buena idea tener un gato, de este modo espantaría la bichería con su presencia; más vale prevenir que lamentar.

Algunos días mas tarde teníamos una pequeña gata que mi señor bautiza con el nombre de *Piroli*; en poco tiempo se volvió muy familiar, gustándole mucho las caricias. Ella hacía unas fiestas, jugando sobre todo con los cortinajes de perla; esto duraba en ocasiones horas y mi señor, en su largo diván de la galería, disfrutaba admirando a esta encantadora bestezuela tan graciosa y tan ligera en todos sus movimientos. Se encariñó mucho con esta pequeña Piroli, siendo el apego recíproco. Tan pronto como él entraba, ella no lo abandonaba.

La víspera de Navidad, mi señor me dijo:

— Tendré mañana una cena de nochebuena… Pero el día de Año Nuevo, cenaré en la ciudad, pues usted tendrá bastante que hacer por otra parte… Uno de estos días, tomará un coche en el que pondrá dos grandes cestas; luego irá a las pequeñas barracas del bulevar donde se encuentran unos

establecimientos de fruslerías muy divertidas y novedosas del arte parisino; comprará varios objetos del mismo modelo, lo que usted encuentre más interesante y mas insólito. Sobre todo no olvide de tomar esos diablos barbudos que saltan cuando se quita la tapa de la caja… Yo le diré lo que tendrá que hacer el día de Año Nuevo.

La antevíspera del día de Año Nuevo, yo entraba con dos cestas repletas de todo lo que había comprado en las pequeñas barracas. Mi señor examinó todo e hizo una selección y, al día siguiente, lo empaquetó en varias cajas, de las que una de ellas fue más esmerada que las demás; se las arregló para poner encima todo una hilera de esos diablos barbudos que me había particularmente recomendado. Tuvo antes la precaución de deshacer los ganchos, de modo que era la tapa de la caja lo que los retenía en su interior.

— Esto – me dijo— es para la señora O… Usted la llevará en el momento del almuerzo y pedirá al gerente del hotel que la entregue inmediatamente. Dígale que se las arregle para que se quite la tapa de la caja encima de la mesa del comedor; insista para que se haga como yo le digo.

Al mediodía, el primero de año, yo estaba en el tema de la señora O…, porfiando con el gerente del hotel que no quería entender nada:

— Comprenda usted – me decía – que hay mucha gente. Yo no puedo presentar su caja.

Yo le repliqué:

— Poco importa la gente, al contrario; cuanto más locura, mas divertido.

Finalmente acabé por convencerlo y le expliqué la manera de colocarla para abrir la tapa de un solo golpe. No transcurrieron cinco minutos cuando oí un estruendo extraordinario. Se arrastraban las sillas, se reía, se pataleaba. Yo me disponía a marchar cuando el gerente del hotel salió del comedor diciéndome:

— ¡Ríen todos! Incluso algunos lloran… ¡Adiós, adiós!

Por la tarde, vistiendo al señor, le conté los esfuerzos que había tenido para decidir al gerente del hotel a presentar mi caja:

— No me sorprende del todo – me dijo – Todos estos gerentes de hotel de grandes casas se parecen; son altos como unas agujas de iglesia y la mayoría sirven muy mal, con sus falsas maneras de sacristán. Encuentro que se está mejor atendido en las casas donde no hay más que dos criadas… Pero usted los ha oído reír… La cosa ha tenido su éxito. Eso me es suficiente.

Tomó su sombrero:

— Hace mucho frío esta tarde; meta a Piroli en su cestilla cerca de una boca del calefactor, y deje todas las bocas del apartamento abiertas. Al regresar yo las cerraré si lo considero conveniente.

El 6 de enero, día de Reyes, mi señor tenía que cenar con algunos amigos, pintores y literatos. Cuando todo el mundo marchó, mientras yo recogía la mesa, él me llamó desde su galería:

— Usted no se puede imaginar cuanto me gusta este rincón. Pues bien, voy a embellecerlo más. Mi amigo Oudinot, el pintor de vitrales, me cede un techo en vidrio de color, hecho por un americano que ha muerto. Este techo, parece, es muy hermoso y eso no me sorprende, pues Oudinot no sabe hacer más que cosas bellas; lleva el arte en el alma. Es quién ha hecho los vitrales del monumento de M. Thiers en el Père-Lachaise, y es una maravilla. Entonces, esos días aquí, iré a ver al arquitecto, al cerrajero, el fontanero y el electricista; usted se las arreglará para solicitarle que vengan todos a la misma hora, al objeto de que se entienda bien todo y de que no vaya para largo. Pues yo querré ponerme de acuerdo en todo con ellos antes de mi marcha para Italia. Hará falta un aparato eléctrico para encender el gas que haré instalar por encima del techo.

Con los vitrales de color, eso me dará una hermosa luz y unos tonos muy suaves. Desde que haya fijado los trabajos que hacer, me voy a Italia y Sicilia con algunos amigos, Gervex, Amic, etc… Pero será un viaje breve, de un mes o seis semanas a lo sumo, ya que hace falta que trabaje para publicar un volumen a fines de mayo. Marcharé hacia el 18, un poco antes que mis amigos, a fin de poder estar algunos días con mi madre en Cannes…. Usted arrégleselas para que todas mis cosas estén listos y mis camisas repasadas por esa persona que trabaja tan bien…

El 17 de enero, todo estuvo listo. Mi señor iba a partir; su principal recomendación fue decirme:

— Si usted llega a ausentarse más de un día, tendrá que dejar a Piroli en casa de mi primo y recomendarlo bien a la criada. Luego, haga activar los trabajos; que yo no vea obreros a mi vuelta para que pueda trabajar tranquilo.

Febrero. Mi señor estaba en Roma, con sus amigos, señores Gervex, G. Legrand, etc. Todos se divertían mucho.

Marzo. Recibí unos paquetitos de Girgenti (Sicilia) que estaban en un estado lamentable.

28 de marzo. A las 8 de la mañana, el señor de Maupassant llegó de Italia y, desde el vestíbulo, Piroli reconoció su voz; ella corrió, se arrojó a sus piernas con unos quejidos y unos maullidos de alegría.

— Buenos días, mi gatita, pero déjame entrar.

Ella no quería entender nada. Se vio obligado a tomarla en sus brazos de tanto que ella gritaba.

— Pague al cochero, pues es necesario que yo esté con esta Piroli. ¡Pero como ha cambiado! ¡Está enorme!

Y Piroli sobre el escritorio, mientras que mi señor intentaba abrir las cartas más urgentes, hacía unos ronroneos y

buscaba apoyar sus dos patas delanteras sobre el pecho del señor, olía su bigote como para besarlo. Esto hizo que apenas pudiese llegar a leer su correspondencia.

El señor se dirigió enseguida a su cuarto de baño. Apenas entró en su bañera, Piroli saltó sobre el pequeño mueble fijado en la cabecera de la bañera y trataba de atrapar el periódico que él leía. No alcanzándolo, le dio en los cabellos dos golpes con su suave pata y, gesticulando, tiró en el agua una mano disecada que se encontraba sobre el mueble. Mi señor la reprendió:

— ¿Cómo tiras en mi baño la mano de Shakespeare? ¡Oh! ¡La minina!....

Luego, alcanzándome la mano:

— Séquela bien y póngala bien lejos para que ella no pueda tirarla… Ahora sírvame mi té en la galería.

Almorzando, el señor admiraba el nuevo techo; me llamó para que le enseñara el funcionamiento del aparato del gas, que se servía de un aparato eléctrico para encenderlo. Quiso hacerlos funcionar el mismo dos o tres veces. Estaba contento.

— ¡Eh! – me dijo— ¡esto está muy bien! Funciona de maravilla. Las doce farolas de gas se encienden de un solo golpe. Estoy seguro de que por la noche harán un muy buen efecto. Por lo demás, este techo es muy hermoso, los matices son muy suaves y el óleo encantador. Además habrá ganado mucho esta habitación con este techo; la humedad, el frescor del techo se encontraran aislados por este techo vítreo donde las doce farolas de gas de encargarán de calentar y de secar todo. Pondré también unas telas de Gênes para ocultar esa pared; esta horrible pintura desaparecerá, así como esta pintura verde que es muy fea. Así arreglada esta galería se convertirá en un pequeño salón. Cuando haya gente en el otro salón, usted los hará entrar aquí; una vez la puerta de mi habitación cerrada, esto formará un pequeño apartamento separado.

Regresamos al comedor donde se encontraban las cajas que mi señor me había enviado de Italia; todo estaba sobre el aparador. Había dejado la mayoría de esos objetos en su caja para que el señor pudiese comprobar lo mal que habían sido embalados. Se los habían envuelto simplemente con un papel totalmente desgarrado; también todo estaba roto, excepto dos pequeñas estatuas más sólidas que habían resistido. A la vista de ese desastre, mi señor enrojeció, pero supo dominarse.

— En este caso – dijo – dado que no estaban bien embalados, las compañías del ferrocarril no tienen la culpa, ¡son esos pedazos de idiota de vendedores! Pero lo que es más grave es que han debido ponerse de acuerdo para empaquetar mal, ya que he comprado esos objetos en diversos puestos… a menos que esa sea la forma de empaquetar en su país. ¡Son unos seres extraordinarios! Así que se entra en casa de uno de esos anticuarios, acude en primer lugar un caballero de cierta edad preguntando que es lo que desea. Luego se presenta una dama de edad madura, luego una segunda dama joven y otro caballero, joven también. Sus exageradas cortesías y sus maneras no dejan ninguna duda sobre sus intenciones fraudulentas. Son indignantes, desagradables y repugnantes. Pese a ello, son bellos como su país, que contiene maravillas, en palacios y museos, tengo que admitirlo. Sus museos encierran riquezas incalculables y todas hermosas, y alrededor de esas cosas tan bellas, hormiguea un populacho inmundo; el contraste es chocante y triste. Todas esas cosas hermosas pierden mucho estando ubicadas en semejante entorno.

— ¡Ah! ¿Ha deshecho mi maleta, François? Déme entonces una piedra de azufre que se encuentra en el fondo.

Se la di; tomándola, se dio cuenta que comenzaba a pulverizarse.

— Fui yo mismo quién la fue a buscar al fondo de una mina. Hemos ido unas quince o dieciséis veces para descender.

Les he dado esquinazo a todos en el camino. Solo con el guía, fui hasta el final. Usted dirá que no hubo inconveniente, ¡no! ¡La marcha era difícil y el olor insoportable, pero no habría querido que se dijese que yo no había podido seguir a un guía en una mina de azufre!...

Piroli, que no cesaba de frotarse a lo largo de las piernas de mi señor recibió el polvo del azufre en los ojos, se puso a maullar y a correr como una loca; no fue fácil cogerla y curarla. Mi señor estaba listo para arrojar la piedra por la ventana de lo desolado que estaba:

— Decididamente, todo lo que viene de ese país nos trae desgracias.

Y tomando a Piroli sobre sus rodillas, la acariciaba:

— Mi pobre chiquitina, mi pequeña preciosa.

Cuando la hubo tranquilizado un poco, me dijo:

— François, prepáreme mi traje para esta noche; ceno en casa de la Señora X…, voy luego al teatro; esta dama quiere presentarme al señor Raymond Deslandes. Todo el mundo me repite que debería dedicarme a escribir teatro, pero no me gusta demasiado y si llegase a hacerlo, no sería seguramente del modo como se ha hecho hasta el momento. Tengo horror de ese género truculento. ¡No! ¡no! Eso, nunca consentiré en hacerlo. Cada vez que voy al teatro, salgo horripilado. Si no fuese por esa encantadora sociedad que allí se encuentra siempre, no pondría nunca los pies en él. Hoy confieso que hubiese preferido mi cama a esa velada, y sin embargo no he dormido mal de Cannes a Paris.

Mi señor regresó a su trabajo; escribió algunas crónicas para los periódicos, al objeto de poder ocuparse de inmediato de su nueva novela.

Abril. Un domingo, mi señor consultó su agenda:

— Ceno en la ciudad – dijo – todos los días de la semana, excepto el martes. Ese día vendrán unos amigos; usted nos hará una cena como de costumbre; seremos catorce. Luego, el viernes, no seremos más que cuatro, pero igualmente prepárenos una buena cena; nos dará incluso dos, una abundante y otra magra, pues creo que esas damas comen frugal; el pequeño caballero que será el cuarto invitado comerá lo que quiera, él elegirá.

El viernes, a la hora de la cena, vi llegar dos damas de una elegancia extraordinaria, muy fuertes ambas, muy bellas y exhalando a su paso los perfumes más delicados. Luego el timbre sonó de nuevo, abrí y me encontré de cara con un colegial; le hice entrar en el salón. Se presentó muy graciosamente, saludó primero a mi señor, luego a las damas de modo un tanto torpe, como un colegial atolondrado.

Pero enseguida recuperó su aplomo en la mesa; fue encantador, contando unas historias del colegio muy divertidas, como alguien que conociese en profundidad todos los entresijos de esos cuarteles de jóvenes muchachos. Era guapo, tenía la boca muy fina, con un poco de bello incipiente sobre el labio superior, una nariz aguileña y las fosas sensiblemente dilatadas, unos grandes ojos negros y un cabello rizado y negro.

Toda la cena había estado regada con champán. Llegando a los postres todos estaban alegres; él incluso tenía sus bonitos pies adelantados bajo la mesa y la escena era de lo más cómica. Las damas atacaron de frente al joven, que no se dejaba desamparar; éste guardando siempre su aspecto tímido, no dudó en decirles que él no pedía más que demostrarles que era un hombre amable y no desprovisto de cierto valor. Ellas reían muy alto, se partían de risa, pero el colegial reía menos, y parecía tomar su papel muy seriamente. En cuanto a mi señor, daba vueltas con la punta de sus dedos un marrón glasé anidado en su pequeña cobertura de papel; no comía más, no

bebía más, no reía más; mordía su bigote y de vez en cuando abría su pequeña castaña y se la metía en la boca. De repente me echó una mirada, sus ojos estaban húmedos y enrojecidos; me dijo:

— François, tráiganos el café, por favor…

A las nueve y media, fui a buscar un coche para el señor colegial que debía estar de vuelta a las diez. Mi señor lo acompañó hasta la puerta y estrechándole fuertemente la mano, le dijo recreándose en sus palabras: — Hasta luego, amigo mío.

Las damas querían saber quien era ese encantador efebo; ¡jamás lo sabrían!...

Al día siguiente, llevé el té de mi señor y me dispuse a ordenar un poco de derecha y de izquierda. Me pidió que le ayudase a cambiar de lugar algunos muebles. Mientras tomaba las disposiciones, se rió aparte. De repente me dijo:

— Y bien François, ¿cómo ha encontrado usted ayer al pequeño colegial?

Yo le respondí:

— Es un encanto.

Entonces mi señor comenzó a reír a carcajadas:

— ¡Ah! ¿Es encantador? ¡Pues es una dama! ¿Recuerda usted a la pequeña institutriz que había venido el año último a pedirme que la recomendara al ministro de instrucción pública?; ¡es ella!... Habiendo obtenido el empleo que deseaba, me ha escrito para agradecérmelo. Yo me acordé de su aspecto de crío y le he pedido si quería venir a representar ese pequeño papel, que ella ha hecho perfectamente… Vive con su madre; es una muchacha muy honesta… Pero ¿ha visto usted la cara de esas damas? Han marchado convencidas de que era un colegial de Condorcet. No puedo decir cuanto me he divertido. Representaré este mismo número a otras, ciertamente.

9 de abril. Mi señor, vistiéndose para ir a hacer unas visitas, me llamó para preguntarme si yo tenía intención de salir por la tarde:

— Es – me dijo – porque ayer he comprado un trineo holandés y quisiera que usted esté aquí para recibirlo…

Al día siguiente, el señor me pidió ayudarle a medir un retal de seda azul Luis XVI; quería ver si sería tela suficiente para recubrir su trineo.

— Pues, mire usted – me dijo – ese amarillo que lo recubre es lamentable. Cubierto con esta seda azul, creo que estará muy bien, su forma es muy original. ¿Ve usted esas grandes flores que rodean el asunto? No son finas, pero los colores son claramente de la época y estilo holandés. Avise a Kakléter, mi tapicero, para pedirle que venga a hacer este pequeño trabajo… o mejor voy a enviarle un aviso telegráfico, eso lo hará apresurarse… Pero, estoy pensando…, hoy estamos a diez, el catorce tengo una cena de periodistas; el dieciséis o el diecisiete iremos a pasar algunos días a Étretat; tengo necesidad de tomar diferentes disposiciones para el verano próximo, pues he alquilado un coto de caza bastante importante, todas las tierras dependen de la gran granja Martin de Bordeaux-Saint-Clair y los bosques colindantes; hay unas zonas de caza del conejo excelentes. Usted lo verá a finales de otoño, tendrá unos buenos conejos para asar en sus cacerolas. También hará falta que visite las casas de mi madre en Étretat. Le pido que me ayude un poco, a fin de vigilar que estén bien equipadas con todo lo que haga falta, por lo menos con lo necesario, para poder alquilar este año esos lamentables inmuebles.

El dieciséis de abril, mi señor me dijo:

— Partimos mañana para Étretat. He escrito a Cramoyson para que encienda el fuego; llevo conmigo a un amigo, M.B… No conoce Normandía y la va a ver por primera vez bajo uno de sus más hermosos aspectos.

El diecisiete de abril, a las diez y media, llegamos a las Ifs; el coupé tradicional nos esperaba. Luego de haber cerrado las portezuelas, monté sobre la silla; hacía muy buen tiempo, los caballeros habían bajado todas las ventanillas; pude oír muy bien su conversación. Llegamos ante un paisaje normando, todos los árboles frutales estaban en flor; pedí al cochero que fuese más despacio, lo que hizo amablemente, muy feliz, me dijo, de agradar al señor de Maupassant. Entonces los caballeros pudieron admirar cómodamente ese bello decorado. El amigo de mi señor estaba radiante, entusiasmado, a la vista de tal cantidad de flores rosas, malvas, violetas, blancas que formaban inmensos manteles coloreados con los tintes más dulces y más frescos los unos y los otros, ceñidos en un enorme cordón de césped creciente. Es ese cordón que se llama cuneta en Normandía. Rodeados de esos encantadores ramos, se entreveía, por aquí y por allá, algunos techos de paja cargados de musgo oscuro y plateados de líquenes. Por la brecha del portalón, que estaba en la entrada de la granja, se descubría todo ese bello conjunto bajo un cielo azul muy puro, maravilloso. El amigo de mi señor no cesaba de repetir:

— ¡Es hermoso, es hermoso! ¡Es mágico!

Llegamos a las últimas casas de Bordeaux-Saint-Clair, cuando mi señor me dijo:

— ¿Ha visto, François, que bello es?

Cramoyson nos esperaba en el umbral de la *Gillette*. Mi señor le estrechó la mano:

— Buenos días, mi buen Cramoyson, ¿como está usted?

Y Cramoyson, muy contento de vernos, respondió:

— Gracias, señor, gracias, ¿y usted?

Las provisiones estaban hechas; a mediodía anuncié a los caballeros que estaban servidos. Ellos no se hicieron rogar. Cuando se está en pie a las seis de la mañana, al mediodía, el apetito es grande. También los huevos revueltos a la crema y las hermosas chuletas de Vimont, el carnicero, no estuvieron

demasiado tiempo en la mesa. Al final del almuerzo, mi señor me miró:

— ¿Han comido usted y Cramoyson en la cocina?

Yo respondí:

— Sí, sí, Señor, gracias.

Pensaba en todo.

Nuestros cuatro días fueron bien empleados, tanto visitando las casas de la señora como haciendo los preparativos para la caza; disponiendo los perros, etc. Finalmente, el último día, por la mañana, mi señor me dijo:

— Usted empaquetará los dos grandes jarrones antiguos de Rouen; póngalos en las cajas de agua de Châtelguyon. Le ruego que se esmere en el embalaje, estaría desolado si se rompen. Son muy bellos y muy especiales, pues eran de mi abuelo, que era un gran aficionado a los objetos de arte. Tenía una colección muy interesante en su castillo normando; adoraba también la caza, tenía unos hermosos caballos y seguramente la jauría mejor entrenada de Normandía.

París, veinticuatro de abril. Mi señor me llamó:

— No sé si es el viaje, pero tengo una fuerte jaqueca. Voy a hacerme una fricción de vaselina en la nuca y si a las once no estoy mejor, respiraré un poco de éter.

A mediodía, tomó su ducha, un baño de pies con harina de mostaza y almorzó ligeramente a la una. Por la tarde se sintió mucho mejor y pudo ir a cenar al pueblo.

Algunos días más tarde, me dijo, después de almorzar:

— Voy a casa de mis editores del otro lado del río; cenaré en el pueblo, en chaqué, no tendrá que atenderme.

Después tomando a Piroli sobre su tumbona, le habló:

— Sí, sí, tendrás necesidad de ir a pasear, pero aquí no es posible, te perderías. Paciencia; en Étretat podrás correr. Que saltos podrás dar sobre el buen césped. Los árboles, los pájaros, los peces, ¡cuantas cosas nuevas para ti!

Y, acariciándola, repetía:

— ¡Paciencia, paciencia, pronto partiremos!

Veintidós de mayo. Mi señor me dijo:

— Hace una semana que *Bel Ami* ha aparecido, las peticiones desde provincias son numerosas y la prensa es buena. ¿No se lo había dicho, eh?...

Y se reía bajo su enorme bigote.

CAPÍTULO IV

MAYO 1885 – JUNIO 1886

Étretat. – Los patos de Barbarie. – El canto del gallo. – Proezas de tiro. – Paff. – Grandes calores. – Apertura de caza. – Salammbô. – Partida de Étretat. – Estancia en París. – Llegada a Antibes. – La villa Muterse. – Enero de 1886. – La recogida de las aceitunas. – La señora de Maupassant. – *La Louisette*. – El *Bel-Ami*. – Regreso a la calle Montchanin de París. – Añoramos el sol del Midi. – *Mademoiselle Perle* y *les Soeurs Rondoli.* – Un paseo en el parque Monceau. – La elegante lamparita.

Étretat, finales de mayo de 1885. Llegamos a Étretat; todo estaba adelantado, los árboles tenían sus hojas, los rosales con sus brotes a punto de florecer, los fresales disponían sus pequeñas flores blancas y tenían la tierra suficientemente húmeda de momento. Una mañana, llegaron de parte de la señora Valois dos patos de Barbarie, totalmente azules. Mi señor advertido vino el mismo a ponerlos en la charca, y de inmediato, muy elegantemente, se pusieron a nadar, sumergiéndose tres o cuatro veces seguidas, luego se secaron batiendo las alas. Parecían alegres, y tenían el aspecto de decirse que esa pequeña charca les gustaba mucho, y había sido hecha sin duda para ellos, tan pequeños…

Mi señor dio una propina al portador y se retiró comprobando que los patos no iban a escapar y que se habituarían muy pronto… Después de almorzar, le llevé para comer un buen paté. Mi señor prestando atención a la comida, dijo:

— ¡Son hermosos!; ¡que bonito plumaje! Déle usted todo lo que sea necesario, pero que no se coman el pan que les doy a los peces.

Piroli no dejaba a su señor, pero a la vista de los patos, iba a acurrucarse bajo los arbustos que rodeaban la charca, moviendo la cola y fijando sus grandes ojos, preguntándose sin duda lo que podrían ser esa especie de animales que ella nunca había visto aún; por lo demás, se familiarizaría muy pronto y no tardaría en querer jugar con los pequeños patos; como en su proximidad éstos se escapaban, ella se envalentonaba, haciendo incluso alguna tentativa para atraparlos, pero cuando notaba sus patas mojarse, renunciaba. Entonces, mi señor le dijo:

— Espero, señorita Piroli, que no confundas a esos dos pequeños Barbarie con dos grandes pájaros y les hagas daño. ¡Ah!, pero no, ¡pues me enfadaría!

Luego la tomó en sus brazos, y, en unos días, ella comprendió que aquellas pequeñas bolas azules formaban parte de la casa. Cuando entrábamos vimos que una gran mujer venía por el camino.

— Es Marie Seize, ha visto los postigos abiertos; no pierde tiempo.

Luego murmuró:

— ¡En fin! — emitiendo un suspiro, y Maria Seize recibió su generosa limosna.

Como en el último año, las gallinas están muy hermosas; el gallo es menos imponente que su predecesor, pero se destaca por su canto. Un día mi señor me llamó:

— Ese gallo es terrible; canta con una voz extraordinaria, pero estoy seguro de que usted no sabe el número de veces que canta un buen gallo cuando despierta.

Le confesé mi ignorancia.

—Pues bien, — me dijo – en su primer canto, da entre treinta y cuatro y treinta y cinco series; en el segundo diecisiete; para el tercero y los siguientes, es variable.

Varias veces, recordando esas observaciones de mi señor, comprobaba que nuestro gallo daba bien las series de canto requeridas; entonces, era un buen gallo.

Dos de junio. Mi señor me pidió que le lleve sus pistolas de tiro; llegó antes que yo, y disparó veinte veces, sobre dos dianas; confirmamos quince blancos y cinco balas en las proximidades del blanco. Como yo le dije: — Es una media brillante.

— Sí, es buena, brillante si usted quiere.

Y riéndose añadió:

— Pero no se puede ser siempre brillante. Usted conoce a mi amigo M. E…., tiene cuarenta años, es fuerte como un derribador de bueyes de la Villette, pues bien, últimamente junto a la señora X…. ¡no ha sido del todo brillante!... Pero he tirado bastante por hoy, recójame todo esto; voy a preparar los bolos. Las damas van a venir.

Algunos días después, mi señor estaba disparando cuando lo oí llamarme. Rápido, vine con unas balas, creyendo que las había agotado:

— Pero – me dijo— no es para esto por lo que lo llamo. No puedo retirar esta varilla de la pistola; vea, está verdaderamente dura. Vamos a tirar cada uno por un extremo con todas nuestras fuerzas.

En varios intentos mi señor me envió al vacío, pues cada uno daba todo lo que podía. Sin embargo después de otros tantos esfuerzos que yo hice, lo conseguimos, pero teníamos calor y nuestras manos tenían un pequeño baile de San Vito.

Mientras recargaba la pistola, me dijo:

— Espere un poco, François, voy a mostrarle que, a pesar de los esfuerzos que acabo de hacer, no tiemblo.

Y, con el brazo tendido, tomando la pistola, añadió:

— ¿Ve usted sobre aquel árbol la primera hoja de esa pequeña rama aislada de la derecha? Voy a cortarla justo en el nacimiento de su tallo.

En efecto, hecho el disparo, la pequeña hoja revoloteó en el aire y descendió a la hierba para tomar su posición de hoja

muerta. Medimos la distancia y estaba a veintiocho pasos, y mi señor me decía:

— Tiraré diez como esta en fila…

A menudo, se oían unas voces:

— Eso son las damas – me dijo – recoja todo, se lo ruego, y pase un poco esta varilla por un papel de lija muy fina.

Étretat, fin de junio. Mi señor había comprado para cazar un perro adiestrado: acababa de llegar. Este hermoso animal enseguida se encariñó con mi señor, quién, desde primera hora, fue a recogerlo a la perrera; él no le dejaba más que a la hora de las comidas. El señor estaba encantado con su perro, un enorme podenco Pont-Audemer, con unos ojos muy inteligentes; no le faltaba más que hablar. Rozaba la perfección incluso corriendo tras las gallinas. También a mi señor le gustaba mucho y me decía:

— Creo que este bonito *Paff* será un valioso ayudante para la caza.

Varias veces, durante el verano, el guarda vino a buscar a Paff para conducirlo a la granja del señor Martin y pasearlo sobre el coto de caza.

Julio. El señor de Maupassant se divierte tirando fuegos artificiales; pero este año tuvimos mucho calor que secó todo, hasta los juncos marinos de la costa, que habían cambiado su tono verde habitual por una tinte caoba desteñido, medio muertos, la parte superior inclinada hacia el sol; estaban listos para ser quemados y es precisamente lo que se produjo. Varios asistentes corrieron para apagar ese conato de incendio con sus pies, pero no era ni prudente ni práctico. Yo fui en mi turno, con un gran felpudo empapado en agua, y di razón fácilmente del fuego aplastando las hierbas que ardían, con ese instrumento tan simple. De regreso al jardín, oí al doctor Pouchet que decía a mi señor:

— Es un espabilado, su François.

Mi señor le respondió:

— Sí, es un muchacho de recursos, no tiene ningún problema, no solo para apagar los incendios, sino para todo.

Agosto. La Gillette estaba enteramente ocupada por unos amigos. El calor se hacía sentir cada vez más; No eran ya solamente los fresales los que había que regar, sino todos los arbustos, si se quería conservarlos. También todas las mañanas, temprano, el jardinero, su esposa, yo, e incluso el señor, quién para él era un divertimento, regábamos la granja antes de que saliese el sol, y así manteníamos todo verde y las flores hermosas.

Por la tarde, mi señor estaba siempre ocupado con sus invitados. Un día los llevába al Casino, otra vez a la costa para ver el *Trou à l'homme*, después *l'Aiguille*, también la *Chambre aux demoiselles*. Regresaban por los bosques Valois para encontrar un poco de frescor, visitaban también a veces la *Fontaine aux mousses* por *l'Escalier du curé.*

Ese año, la caza se abrió quince días antes de lo habitual. Mi señor no estaba contrariado, más bien estaba impaciente por probar su nuevo fusil; él mismo había hecho todos sus cartuchos, para estar seguro, según decía, de sus dosis de pólvora y obtener una regularidad perfecta en el disparo.

Llegado el día, había seis invitados; la cita era para las nueve, a fin de aprovechar toda la mañana. A mediodía, regresaron a la granja para el almuerzo. Mi señor vino a verme hacer la tortilla sobre un fuego de madera en la gran chimenea equipada con los utensilios necesarios para cocinar. Era todo de hierro forjado y brillaba como la plata. Por lo bajo, mi señor me dijo:

— Es un placer ver una chimenea tan bonita, tan bien equipada y tan bien cuidada.

Después se puso en la mesa, y la tortilla rebosante de champiñones, de trufas de un dorado oscuro, impregnada de una excelente mantequilla fresca, recién cogida, fue servida. Todo el mundo la encontró exquisita y se proclamó que el fuego de madera era aún lo que había más práctico para las cosas que piden ser ensalzadas.

A la una, los cazadores retomaron la llanura. Hacía calor, las pequeñas codornices estaban perezosas, los perdigones también, el cuadro era muy bello: ciento cuarenta y tres piezas. Para un territorio de caza relativamente pequeño, era magnífico. Mi señor llegaba primero con treinta y siete piezas, el señor Arraux con veintitrés…. El señor estaba muy contento, atribuyendo su éxito a su fusil y a su joven Paff, que se había portado perfectamente, y también a la fabricación de sus cartuchos, que continuaría fabricando él mismo.

Un día de caza, a finales de septiembre, el cochero olvidó ir a recogernos. Hacía más calor que de ordinario. Cuando mi señor vio que el sol se ocultaba, decidió regresara pie a Étretat. Me pasó su fusil y nos pusimos en marcha a paso gimnástico, y, en veinticinco minutos, habíamos hecho un camino de cinco kilómetros. Mi señor, al que este paseo divertía, me decía:

— Mire usted, François, si un general pudiese conseguir de sus hombres una marcha como esta, sería suficiente en ciertos casos para conseguir una victoria completamente inesperada.

Sí, pero nosotros estábamos también más mojados que saliendo de un baño, y creo seguro que los pobres soldados, si estuviesen sometidos a una marcha semejante, no podrían sostener un tal esfuerzo.

Al final del otoño, el señor cazó el conejo con sus pequeños canes, que eran verdaderamente notables, tanto por sus cualidades cinegéticas como por su resistencia al cansancio. A mí me daban lástima, pues tenía la impresión de

que sus patas cortas y tan extrañamente torneadas, no estaban hechas para un ejercicio tan duro.

Una noche de lluvia, la tempestad hizo su aparición. El señor de Maupassant quedó solo toda la velada. Subiendo a acostarse, atravesó la cocina, y vio sobre la mesa un ejemplar de *Salammbô* cerrado.

— Y bien, — me dijo – ¿lo ha terminado?

Yo le respondí:

— Sí, señor, me pareció muy bello, pero será necesario que lo vuelva a leer varias veces, para comprenderlo bien.

A lo que mi señor respondió:

— Su franqueza me gusta, sé que no puede ser de otro modo. Esta obra representa el trabajo de quince años del más bello y, sin ninguna duda, del más grande espíritu de nuestro siglo.

Yo tenía la mano izquierda apoyada sobre otro libro.

— ¡Eh! – me dijo mi señor — ¿Qué tiene ahí?

Yo retiré mi mano y le dejé ver: Un libro de profecías del Papa Honorio el Grande. Yo le dije:

— Señor, no me interesan las ciencias ocultas, creo incluso que nada de lo que contiene este libro de profético sea realizable; pero sin embargo me gusta ojearlo algunas veces porque es el libro en el que mi padre me enseñó a leer.

Mi señor respondió:

— Es muy bonita esta edición; yo no me he ocupado nunca de esta ciencia, pero sé de algunos hombres que se adhieren a estas cosas y no tienen nada de tontos.

Antibes, 1885-1886. Dejamos Étretat el 25 de noviembre, y después de una estancia de algunas semanas en París, el tiempo necesario para que mi señor pusiese sus asuntos editoriales en orden, estábamos, la víspera de Navidad, en la villa Muterse en el cabo de Antibes. Esta casa, ya antigua, tenía por un lado el aspecto de un largo muro; ninguna salida, ni

ventanas, ni puertas; la fachada miraba hacia el Sur y daba sobre un gran patio rodeado de unos hermosos grupos de árboles. Se veían los campos, viñas cercanas, más lejos unos olivos, y abajo, al borde del cabo, un gran faro blanco.

El invierno era suave; todos los días después de almorzar, mi señor venía a sentarse con su madre sobre un banco situado ante el salón, a pleno sol y bien abrigado de ese aire frío del Norte, que descendía a veces de los Alpes cubiertos de nieve, tan lejanos en apariencia cuando hace buen tiempo, y tan próximos los días más extraños donde las cimas retienen las nubes.

Sobre ese banco, ¡mi señor era tan feliz de estar a solas con su madre! Cómodamente discutían la estructura de una nueva narración; se fraguaba el plan, luego acababan poniéndose de acuerdo, y entonces mi señor exclamaba riendo:

— He aquí la perfección, mi narración cae a plomo sobre esas patas como el gato del portero.

Ese gato hacía, en efecto, con mi señor unas sesiones de juegos sin fin sobre el banco y ese pequeño animal, que parecía tan triste cuando llegamos, comprendió rápidamente que había encontrado un compañero y un amigo. También era fiel a la cita todos los días y no dejaba de disfrutar de esas buenas jornadas. ¡Era tan feliz, ese minino de piel suave y profunda, blanco y gris ceniza, con su pequeña cabeza donde brillaban dos ojos amarillos verdaderamente inteligentes! Ese animal dió a mi señor la idea de escribir su crónica sobre los gatos.

Por la mañana, le gustaba mucho pasear por el camino, a la derecha de la casa, flanqueado por enormes laureles de distintas especies, de polveros, de palmeras. Al extremo, el invernadero, luego una plantación de olivos, en el que varios eran centenarios de tronco bifurcado; las dos partes pasaban muy bien aunque solo estaba viva una de ellas; sobre la copa, largas ramas se dirigían hacia el cielo como si quisieran elevarse más alto todavía.

A mi señor le gustaba pasearse bajo esos árboles; allí pasaba varias mañanas, interesándose en la recogida de las aceitunas. Unas mujeres, vestidas como hombres, estaban apoyadas en las ramas; armadas de una vara, golpeaban con fuerza alrededor de ellas y los frutos caían sin ruido en unos cestos, y luego en los sacos. El señor, que era un gran observador, siguiendo muy atentamente esta recogida, y más de una vez, no contento de haber pasado la mañana mirando ese trabajo, quería regresar por la tarde. Desde que había acabado su juego con el gato, iba por la senda que pasa bajo los olivos, donde las mujeres trabajaban, con su sombrero gris un poco hundido sobre los ojos, su grueso bastón en la mano. Hacía el simulacro de pasar rápido, arreglándoselas para pasar lo más cerca posible del grupo de las recolectoras; a la noche, durante la cena, contaba a su madre toda su satisfacción por haber podido examinar los detalles de esta recolecta que podrían servirle más adelante.

— Pues, ciertamente— añadía – aparte del lado cómico, allí se encuentra mucha poesía.

La señora de Maupassant contó entonces a su hijo uno de sus viajes al fondo de la Córcega salvaje donde había visto ese mismo trabajo, hecho por unos seres más extraños aún.

— Tenían – dice ella – unas costumbres que no te puedo definir, pero que, te aseguro, habrían provocado miedo en cualquier otro que no fuese yo. Si vieses ese espectáculo, tendrías más que poesía, tendrías la sensación de lo extraordinario. Hay también en ese país unos olivos monstruosos; a veces su tronco es tan inclinado que casi tocan la tierra, la siguen durante varios metros, luego regresan de nuevo, subiendo derechos como un árbol joven.

Debo decir que la señora de Maupassant no conocía el miedo; había recorrido sola y a pie con su gran bastón en la mano, Italia en todos los sentidos, penetrando hasta en los rincones más recónditos. Había explorado también una parte de

las Dos-Sicilias, luego Córcega a la que amaba por encima de todo, pues allí había encontrado unas impresiones particulares adaptadas a su temperamento, unos paisajes absolutamente salvajes, de una belleza primitiva, luego « las rocas y el mar que casaban allí como en ninguna otra parte », decía ella, « y formaban un conjunto inolvidable ». No había un día que la señora no hablase de bandidos o *vendettas*, siempre con ese entusiasmo que le era tan particular, describiendo a su hijo el cuadro de las cosas que había visto y en un lenguaje que no pertenecía más que a auténticos letrados; en sus relatos, sus expresiones recordaban completamente al estilo de Flaubert.

A menudo, por la noche, cuando mi señor estaba ausente, nos contaba a mí y a Marie, su asistenta, unas escenas fantásticas de las que había sido testigo durante sus dos años de estancia en Córcega. A veces, ponía tanta vehemencia contándonos esas aventuras tan extraordinarias y casi siempre llenas de misterio que yo sentía unos escalofríos recorriendo mi espalda. Nos confesó también que no había comido nada mejor que los deliciosos tordos de carne delicada que se le servía en el almuerzo en casa de los bandidos, entre otros en la caverna de Bellacoscia en el monte. La señora añadía:

— Todos esos hombres siempre han tenido conmigo una gran deferencia y una cortesía superior.

De vez en cuando, mi señor hacía una salida con su *Louisette* que estaba fondeada en el puerto Aubernon (bahía de la Salice). Como ese barco solo servía para pequeños paseos, él compra el *Bel-Ami* a fin de poder hacer auténticos viajes a lo largo de la costa. Ese barco se desplazaba fácilmente para entrar y salir de los puertos; mi señor estaba muy contento. Ahora se detenía poco en el banco; tan pronto terminaba de almorzar, descendía a Antibes a ver su *Bel-Ami*. El señor Muterse, antiguo capitán de la marina, le acompañaba con frecuencia en esas salidas con su nuevo barco; ambos se

convirtieron en verdaderos amigos, teniendo el uno por el otro una gran estima. Fue el señor Muterse quién recomendó a mi señor a Bernard, ese marino tan prudente como avispado, flexible, de buenas maneras, marinero perfecto para la navegación de placer.

Mi señor, después de varias salidas, no tardó en adquirir los conocimientos prácticos indispensables para el manejo de su barco. Recibió durante el almuerzo a unas personas de la sociedad de Cannes; por la tarde se dedicaba exclusivamente a sus paseos por mar en el *Bel-Ami*. Una vez incluso llegó hasta Niza.

Un día en el que yo había ido a llevar las mantas a bordo, vi en lo alto del espigón del yate, a toda la sociedad en su interior. Cuando tenía todo su velamen bien desplegado, no lucía nada mal, su parte delantera estaba muy bien, pero su color negro no era nada agraciado, pese a que estuviese realzado con un círculo amarillo que le hacía un cinturón dorado. Su forma de plato no disgustó nunca a mi señor.

Nuestra estancia en el cabo llegaba a su término. Acabadas, esas gratas veladas, donde yo paseaba por los caminos que discurren como unas cintas blancas a través de planicies cubiertas de serpol y de tomillo perfumados, formando bajo los rayos de la luna un brillante tapiz. Los grandes troncos de los olivos proyectando sombras fantásticas sobre el camino, a menudo iluminados por el doble juego de la luna y de la luz del faro, en el extremo de esa punta de tierra llamada la Garoupe.

Una noche, mi señor llegó un poco tarde para cenar. De pronto contó que acababa de alquilar un chalet compuesto de dos cuerpos de edificio, uno al Sur y otro al Norte, de modo que esa casa podía estar habitada durante todas las estaciones, decía él; la señora se instalaría allí y nosotros podríamos ir en cualquier momento. Era muy bonita y tenía una vista espléndida; la propiedad estaba en la carretera de Antibes a

Cannes; la pequeña montaña donde estaba situada se llamaba la *Badine*».

Quedamos aún algunos días en Antibes, para permitir al señor Gervex acabar el retrato de mi señor. Luego, partimos para París.

París, cuatro de marzo, calle Montchanin. Hacía frío, el tiempo no era bueno; el calefactor estaba encendido, el apartamento estaba bien caldeado. El señor tomaba su baño de entrada y Piroli, sentado al lado de la lámpara judía, sobre el pueblecito gótico, seguía con sus ojos todos los movimientos de su señor, descontenta con verle donde no podía esperarle para jugar con él.

El señor de Maupassant se ocupaba de la composición de las primeras pruebas de su novela *Mont-Oriol*. Volviendo de una visita a su editor, compró una enorme piel de oso blanco, que cubría gran parte del parquet del salón; ésta producía muy buen efecto, daba un poco de alegría a esta habitación situada al Norte, tan monótona y triste después de la estadía en el Midi.

El señor en ese momento estaba atendido por el doctor X… que le ordenaba darse baños de vapor. Se acondicionaba entonces una sala con un gran sillón de mimbre y forrado con lana; se recubría todo con un gran caucho especial. Este tratamiento le sentaba muy bien; tomaba su ducha saliendo de su baño de vapor y obtenía unas reacciones muy fuertes. Quedaba muy satisfecho.

Para dos personas aún impregnadas totalmente del buen sol del Midi, al que acabamos de dejar, este apartamento, que mi señor había, sin embargo decorado con esmero, parecía demasiado estrecho, demasiado caluroso, sobre todo poco aireado. Esa habitación, de tres metros de lado, totalmente cubierta de telas y de tapicerías, apenas recibía luz y el aire no se renovaba más que mediante la comunicación con la sala

vecina. El señor dormía mal en esa topera. Una vez me atreví a decirle que estaríamos mejor en un quinto con un gran balcón, pero no tuve éxito. Por el momento, estaba completamente encaprichado por un bajo.

Para colmo de males, en un patio vecino, había unos perros que no cesaban de ladrar en toda la noche, y para las personas de sueño ligero, eso resultaba muy molesto. Me informé para saber si no habría algún medio para modificar ese estado de cosas, pero supe que el vecino más próximo a esos perros ruidosos había denunciado a su propietario y no había obtenido nada del tribunal excepto pagar los gastos.

El señor de Maupassant hizo definitivamente su despacho en la galería, bajo el techo luminoso; la luz llegando de arriba le molestaba menos en los ojos, luego hacía menos ruido que en la calle… La mesa Luis XVI, adornada de cobres, desaparecía bajo el trabajo en curso: dos relatos, *Mademoiselle Perle* y *les Soeurs Rondoli*, dejaban ver sus títulos; una novela, sin titular todavía, contenían una serie de nombres, ortografiados de distintas maneras y escritas en gótico, redondo. Todos estos trabajos iban perfectamente sin contar las dos crónicas por semana que escribía para los periódicos.

Un día me permití decirle a mi señor que tanto trabajo simultáneo debía de cansarle la mente:

— No – me respondió – ¡estoy muy entrenado! Cuando me canso de una cosa, tomo otra para relajarme. Sin embargo a partir de hoy, he resuelto suprimir la política de mi trabajo, ya que siempre me ha aburrido. He aquí mi último artículo, me lo llevará usted al *Figaro* esta tarde. Pasaré uno de estos días para avisar a esos caballeros que no cuenten con ello para el tipo de artículos que les escribo.

Al día siguiente de una gran jornada del mes de mayo mi señor me hizo el siguiente relato:

— Ayer, he ido a visitar al conde Cernuschi. Su hotel del parque Monceau es enorme y majestuoso. El interior no recuerda para nada a las casas ordinarias, es un auténtico museo. Hay unas interesantes cerámicas, pero lo que tiene verdaderamente curioso, es su salón, muy grande, con una altura de más de doce metros en el que tiene reunida una colección de bronces japoneses de variada belleza, un buda de Méjouro montado bajo un palio, de unos siete a ocho metros, luego un quemador de perfumes de Kyoto, otro representando un dragón y de una gran finura artística; hay también un dios de la guerra chino y otro japonés, están muy simpáticos en la gracia de su atavío, sin hablar de sus figuras extrañas con barbas puntiagudas. Tiene con seguridad en su casa unos objetos de un gran valor. Saliendo de casa del señor de Cernuschi, quise dirigirme a la avenida Friedland; podía tomar el paseo central del parque o el de las niñeras a la izquierda, era mi camino más corto, pero no sé por qué tomé a la derecha, el paseo que prolonga el bulevar de Courcelles. Pasé al lado de la charca de los patos donde se encuentran dos cisnes blancos bastante enclenques. Poco después observé una dama sentada, sola, leyendo un libro que parecía ocuparla enteramente. Algunos pasos más lejos, me senté un momento, admirando la pose graciosa de esa dama que, inmersa en su lectura, no veía nada de lo que pasaba a su alrededor; luego me alejé un poco para sentarme al sol. Allí, tenía cerca de mí, sobre un banco, una pareja de cierta edad; la mujer hacía gancho y el marido dormía, el rostro enrojecido, congestionado, señal de una penosa digestión. Me encontraba bien en ese lugar; el sol filtrándose entre las ramas, me golpeaba en las piernas, este bello verdor fresco me hacía mucho bien en los ojos; oía crujir los brotes encima de mi cabeza, haciendo un ruído semejante a las gruesas gotas de lluvia cuando caen sobre las hojas.

Es delicioso, ese parque, en esta estación; pasé allí un momento muy agradable; me sentía poseído por un dulce

ensueño; estaba como bajo la influencia de uno de esos finos perfumes de Oriente, perfumes de dioses, que te hacen pasar por los sueños más extraordinarios… Me devolvió a la realidad el ruido que hacían tres jardineros que iban a plantar un enorme platanero. Me gustó asistir a la operación: los jardineros tenían un cuidado muy particular para mover la planta, no tocándola más que con una gran delicadeza, al fin cuando fue colocada, me levanté para admirarla de cerca. Era verdaderamente bonita. Dejé el parque bajo el encanto de la calma que había encontrado y también de la satisfacción que había experimentado mirando esa encantadora planta.

Era, sobre el emplazamiento de este platanero, que había encantado tanto a mi señor, donde se encuentra hoy el monumento levantado en su memoria. ¡Es el equivalente al sauce de Musset!

CAPÍTULO V

OCTOBRE 1886 – MAYO 1887

En el chalet de los Alpes. – El marco de una nueva novela. – Pintorescos paseos. – René Maizeroy y Aurélien Scholl. — Visitas principescas y mundanas. – Un temblor de tierra. – La casa amenaza ruina. – Piroli está feliz de regresar a París. – Estilo naturalista de una marquesa.

Antibes, Chalet de los Alpes, dos de octubre. Mi señor estaba mucho tiempo en su gabinete de trabajo, situado en el segundo piso; debería decir mejor que iba de una ventana a otra, pues esa habitación formando un semicírculo tenía cinco aberturas. Sea cual sea por donde se mire, se tiene la inmensidad ante sí, hasta donde alcanza la vista. Por el lado Norte, se veían de entrada, sembrados por todas partes, las faldas de las pequeñas montañas cubiertas de pinos y, adosados a sus flancos, se percibían grupos de casas formando pueblos. Todas estaban pintadas en rosa y blanco, el efecto era pintoresco y encantador.

Luego la cordillera de los Alpes se prolongaba hasta la frontera, se dejaba entrever Italia, Niza, el paseo de los Ingleses y el enorme golfo de los Anges en toda su extensión; bordeando el golfo, una línea negra; era la vía del ferrocarril. Más cerca, un fuerte en el mar en forma de estrella, Antibes, con dos torres cuadradas y sus murallas en la Vauban, el campo de maniobras completamente gris, cerca del que se destacaba un cuadrilátero verde oscuro.

Era el cementerio de Antibois, sombreado de cipreses esbeltos, que parecían reflejarse en las aguas de la pequeña cala que rodeaba el puerto. Un cementerio, en esta ensenada, cerca del mar tan azul, daba la impresión de haber sido colocado en

ese lugar para que los que allí reposaran estuviesen mecidos por sus olas.

Por las ventanas al Sur, el cabo con su inmenso batiburrillo de verdor de reflejos plateados; más a la derecha, el golfo Juan y las islas de Lérins se veían muy bien. Es en ese observatorio incomparable donde mi señor iba a esbozar el plan de una novela sobre la que tenía depositadas muchas esperanzas. ¡A la vista de esos maravillosos lugares, ese espléndido panorama, esta naturaleza tan bella que encantaba a la vista y animaba el corazón, me propuse ayudarlo e inspirarlo para llevar a buen término la obra que él iba a concebir! Tal fue la promesa que me hice cuando hube recorrido junto a él, con mi vista, esas regiones enormes que nos rodeaban, nos separaban del resto del mundo y nos situaban en un marco maravilloso, hecho para los que sienten la necesidad del aislamiento y del reposo.

Durante el día el calor era aún muy fuerte; por el contrario las veladas eran deliciosas; el cielo, donde las estrellas brillaban, era de una claridad admirable. Lamenté que el astrónomo de Étretat estuviese tan lejos, pues pensaba que aquello sería para él una alegría, al ver esa bóveda estrellada que nosotros admirábamos todas las noches. Piroli cazaba grillos, deteniéndose en ocasiones ante del gran número de luciérnagas que lo asustaban.

Cuando llegaba la hora de dormir, se decidía con pena dejar el jardín donde se estaba tan bien; las noches eran tan dulces que hacían pensar en ese paraíso terrestre del que habla la Historia Sagrada. Yo dormía con la ventana abierta; esa tibieza que llega del exterior ¡era tan buena, tan perfumada! Bajo su influencia se obtenía un sueño tranquilo y beneficioso.

Los esquiadores no habían llegado todavía. El señor de Maupassant organizaba su tiempo; se levantaba a las ocho, bajaba a tomar el aire en el jardín a la sombra de los pimenteros que dejaban descender sus ligeras ramas hacia la

tierra, como los sauces llorones. Son alegres y relajantes todo el invierno, esos pimientos con sus hojas color de plomo que parecen plateadas cuando el viento las mece… Mi señor trabajaba hasta las once, tomaba su ducha y almorzaba al mediodía; hacia las dos, daba un paseo, a menudo en los bosques que se encontraban a la derecha de Vallauris y se extendían muy lejos hacia la montaña.

Un día, se extravió en esos bosques, donde solamente los barrancos sirven de rutas; eran las nueve y media cuando regresó; estábamos todos muy inquietos. Nos contó las peripecias de su paseo, los árboles gigantes que había visto sobre las rocas, en unos sitios casi inaccesibles; terminó diciendo:

— Sin mi brújula, no puedo decir cuando habría salido de ese bosque; ¡estaba muy perdido!...

Dos veces por semana, hacía esgrima en la casa con un oficial militar; aunque bastante flojo en ese deporte, lo tomaba con cierto placer. En todo caso ponía toda su buena voluntad.

Finales de octubre. Hizo preparar su barco y tomó a su servicio un segundo marinero, un robusto muchacho que se llamaba Raymond. Era el cuñado de Bernard. Hicieron una salida con el *Bel-Ami*; fueron hasta Cannes y Saint-Raphael; mi señor regresó encantado de su paseo. El señor Maizeroy vino a pasar algunos días en la casa, luego el señor Aurélien Scholl llegó para permanecer allí algún tiempo.

Noviembre. Mi señor se ausentó veinticuatro horas por semana, de jueves a viernes al mediodía. Aparte de esta fuga, pasó su tiempo en su gabinete de trabajo o a bordo de su yate… Desde el gabinete de trabajo podía verse muy bien el extremo del mástil del *Bel-Ami.* Se convino con Bernard que cuando creyera que iba a hacer buen tiempo, izara el pabellón a las

nueve de la mañana, de modo que antes de las once se pudiese saber si se saldría o no por la tarde.

Varias veces mi señor pidió a su madre que lo acompañase a dar un paseo por mar, sobre su barco que entonces navegaba muy bien; pero la señora agradecida, decía que ella prefería sus caminatas a pie que tan beneficiosas resultaban para su salud:

— De este modo – añadía – unas veces voy a hacer una visita a la señora King, en el castillo de La Pinède; luego mi intención es proseguir hasta la punta del cabo. Si tú estás por esos parajes, te veré; pues yo reconocería tu barco entre cientos, por la forma de sus velas.

Mi señor ofreció varios almuerzos a las Altezas de Cannes, y todas eran unánimes en proclamar que los Alpes vistos desde allí, eran incomparablemente más bellos que desde cualquier otro lugar, lo que parecía producirle un gran placer. También se deshizo en agradecimientos y cortesías de todo tipo hacia esas grandes damas, hasta el punto que alguna vez me preguntaba si no habrá ido demasiado lejos, pues para quien le conocía bien como yo, su deferencia hacia los demás dejaba aparentar un ligero punto de ironía, que él sabía, todo sea dicho, disimular bajo una frase amable y bien construida.

Al día siguiente de esos almuerzos, el señor de Maupassant hablaba siempre mucho, lo que era contrario a sus costumbres en la casa. He aquí en resumen sus confidencias:

— Mire usted, esas damas del mundo no tienen nada que les guste; tienen espíritu, es cierto, pero un espíritu hecho de molde, como un pastel de arroz relleno de crema. Su espíritu proviene de su educación en el Sagrado Corazón; siempre las mismas frases, hechas con las mismas palabras — ¡*Eso es el arroz*! – Luego todas las banalidades que ellas han recogido después en la sociedad. — ¡*Esa es la crema*! Y siempre te

sirven el mismo plato. Usted sabe cuanto me gusta el arroz, pero aún así, me negaría a comerlo todos los días.

» No puedo establecer ninguna comparación entre esas mujeres de mundo y las mujeres artistas nacidas en un medio intelectual. Estas últimas te dan unas alegrías por lo imprevisto de todo lo que te dicen; su conversación no se queda corta, te hablan de museos, teatro, música, montañas, ciudades, y todo lo dicen de un modo que te hechiza, hasta el punto que con frecuencia se pierde la noción del tiempo. Se quedaría uno de buen grado pegado a los cojines del diván, creyéndose transportado en medio de alguna ciudad mágica.

Después de haber dado así libre curso a sus reflexiones, mi señor me dijo:

— El centro que ayer adornaba la mesa estaba muy logrado. ¿Dónde encuentra usted todas esas flores? Yo no las veo en ninguna parte.

Yo le contesté que buscando bien se encuentran todavía.

Estábamos en la víspera de la fiesta de Santa Colette, que era siempre objeto de una íntima celebración. El invierno que apenas existe en el litoral daba ya paso a la primavera que había cambiado a placer el jardín. Este soleado país, que dice ser el más bello del mundo, parecía no querer perder su reputación.

Esta mañana, hacia las cinco y media, todas las campanillas de la casa se han puesto a sonar con furia, la estructura de toda la parte Norte del chalet se retorcía, haciendo un ruido ensordecedor, como si toda la casa se desmoronase.

De un brinco, salté de la cama, llegué a la escalera sin darme cuenta de lo que pasaba. Oí entonces al señor que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Rápido, fuera, es un temblor de tierra! Pero la primera sacudida ya ha pasado.

— Vistámonos aprisa – dijo – y bajemos al jardín, pues de aquí a algunos minutos vamos a tener una réplica.

Descendimos. El señor, impaciente, golpeaba el suelo con el pie, porque su madre y su asistenta no bajaban. La segunda sacudida tuvo lugar; finalmente la señora llegó diciendo:

— Sabes, mi pobre niño, en un caso parecido, sálvate, pero no te ocupes de mí, te lo ruego, pues me es imposible apresurarme, y luego, tú sabes, todos los temblores de tierra del mundo me dejan indiferente.

Entramos en la pequeña casa del jardinero, hecha un una planta baja solamente. Era más prudente, según el señor de Maupassant, pues creía que habría más sacudidas. Yo hice un fuego en la cocina y preparé lo necesario para el almuerzo. Cuando llegó nuestra lechera, todavía asustada, bajo el golpe de pavor que había tenido, y la voz entrecortada de pequeños hipos, se puso a gemir:

— Si, señores, yo me encontraba en pleno monte de la Badine, cuando de golpe sentí que perdía el equilibrio, iba a caer de espaldas; instintivamente hice un esfuerzo para evitarlo. Pero mis bidones de leche, que llevaba sobre la cabeza, fueron a caer bien lejos.

Después de secar unas lágrimas que le venían a los ojos, añadió:

— Esta mañana no puedo darles leche; es debido a este maldito temblor de tierra…

Después de haber tomado el té, entramos como valientes en el chalet que tenía unas *hermosas* grietas, por todas partes. Se tomó la decisión de dejar todas las puertas abiertas, y de prepararse para salir de inmediato cuando se sintiera la menor ondulación sobre los pies.

Hacia las ocho, mi señor estaba listo para tomar su ducha. Una seria sacudida se produjo de nuevo, pero estábamos ya preparados, nos habíamos hecho ya un poco a este género de sorpresas. En definitiva, estábamos indemnes y resultaron

destrozadas pocas cosas en la casa. No ocurría lo mismo en la villa vecina: los techos estaban caídos, y se habían producido muchos destrozos. Afortunadamente, no hubo que lamentar daños personales.

Por la tarde, mi señor fue a la oficina de telégrafos y se enteró del desastre espantoso de Niza. Antibes estaba también afectado, sobre todo en sus viejas calles, pero no había más que un muerto y algunos heridos.

Por la noche, el señor nos dijo que, según las indicaciones del observatorio de Niza, habría que esperar aún nuevas sacudidas, pero menos fuertes. Eso no era muy tranquilizador para acostarse. La señora declaró que, llegase lo que llegase, no la iba a importunar, y que ¡ella no bajaría más por unos temblores de tierra!

Transcurrió una semana, durante la que nos enteramos de las desgracias en Italia; mi señor, estando un día en Niza, pasó por la oficina meteorológica que había registrado diecisiete sacudidas desde el primer día de esa conmoción, y se le confirmó que todavía habría más.

Entrando en casa, hizo llamar al señor Mary, contratista de Antibes. Éste último examinó la casa y fue de la opinión que sería una gran imprudencia continuar habitando la parte de los dos pisos, que podía derrumbarse de un momento a otro, las grietas discurrían desde la bodega a la buhardilla, además los suelos estaban separados de los muros; producían un efecto de trampolín cuando se pisaba encima.

Mi señor debió dejar su despacho; instalándose en una galería situada encima del gran vestíbulo de entrada que le servía de sala de armas. Fue en ese corredor de doce metros de largo donde durante seis semanas yo dormí sobre un colchón apoyado directamente sobre la madera del suelo; durante todo este tiempo, la puerta quedaba completamente abierta día y noche, teniendo únicamente puesta una cortina para que el aire no me diese directamente en los ojos…

Uno se habitúa a todo; no pensamos en tener miedo; el señor, que de costumbre cerraba hasta la puerta de su habitación, ahora dormía, por así decirlo, bajo las estrellas; todas las salidas de la casa estaban abiertas sobre el gran camino, por el que no cesaban de transitar noche y día la crema de los vagabundos vomitados por Italia sobre toda la costa, dirigiéndose hacía Toulon y Marsella. Debo decir que jamás ninguno de ellos fue maleducado con nosotros; pero también, cuando el mismo caminante volvía cuatro veces a la carga durante el día, yo no hacía ademán de reconocerle, y le daba sin ninguna duda una nueva limosna.

En ocasiones iba por la noche con mi señor hasta el extremo del jardín, sobre la vertiente desde donde se veía Niza. Se podía ver las luces alineadas de las farolas de gas de la avenida de los ingleses, y siempre se acababa hablando del terremoto; mi señor hacía una descripción que ponía la carne de gallina, y me metía la muerte en el alma para toda la noche.

Una noche, hizo notar que los fuegos de los candiles habían aumentado mucho sobre las fortificaciones de Antibes; más de doscientas parejas vivían allí ahora, habiendo tenido que dejar sus domicilios que amenazaban ruina, tras tantas sacudidas repetidas. Mi señor me llevó una noche a visitarlos; fue muy generoso con esas personas a las que se veía con auténtica necesidad. Era un cuadro lamentable de miseria y de tristeza; sobre dos jergones juntos dormían la madre y cuatro hijos. Al lado, toda una familia, desde la abuela hasta los últimos llegados; por aquí y por allá, sartenes, farolas, lámparas judías, colgadas en soportes de madera. Era lúgubre, pero afortunadamente no hacía frío.

Me sorprendía que el señor no hubiese escrito un artículo sobre esta bulliciosa miseria que su pluma habría descrito tan bien. No habría tenido más que escribir el relato que hizo a su madre al día siguiente.

Finales de marzo. Nuestra casa aún seguía en pie; las grietas continuaban alargándose, sobre todo encima de las puertas y las ventanas.

Para olvidar nuestras tribulaciones, iba de vez en cuando a recoger violetas en los campos con unos vecinos. Algunas veces llegamos a ser quince, era divertido, cada uno contaba sus chistes, sin alargarse demasiado, pues se trataba de no perder el tiempo. Cada uno llevaba su cestilla y sus dos filas; se ponía en juego el amor propio para acabar el primero. Varias veces, durante estas pequeñas salidas, mi señor pasaba cerca de nosotros, parecía casi tentado a unirse.

En nuestro jardín todo estaba florido, un pequeño arbusto ya tenía sus frutos maduros, rojos como las fresas. Dejamos el chalet a finales de abril después de haber soportado setenta y dos sacudidas…

Las órdenes fueron dadas; los albañiles iban a tomar nuestro lugar…

Llegando a París, encontramos el apartamento perfectamente cálido. Piroli reconoció su casa y sobre todo estaba feliz de haber encontrado su cortina de perlas y la piel de oso que tenía un olor muy particular que trataba siempre de averiguar; se rascaba la piel a contra sentido, y pegaba al suelo su nariz olisqueando durante tiempo, sin duda con la esperanza de llegar a saber lo que podía ser aquella enorme bestia… Parecía satisfecha y enseguida tomó sus antiguos hábitos. No ocurrió lo mismo con mi señor; parecía cansado aunque no se acostaba, veía a demasiada gente y sobre todo recibía muchas invitaciones; no cesaban de acosarle.

Una tarde en la que había salido, una pequeña carreta inglesa totalmente amarilla se detuvo ante la casa; de ella

descendió una joven dama enfundada en un traje de un hermoso gris, el sombrero del mismo color. Yo le abrí, me preguntó brevemente si el señor de Maupassant estaba en casa. Le respondí:

—No, el señor ha salido

—Bien, entro. – me dije ella – Déme algo con que escribir.

Y sobre una hoja de papel escolar que se encontraba sobre el escritorio, escribió de arriba abajo esta única palabra: CERDO…

Cuando mi señor entró, vio la hoja, la leyó y prorrumpió en carcajadas:

— ¡Que el diablo las lleve a todas!— exclamó de repente.

Y añadió:

— Esta joven marquesa, que escribe tan bien, es la hija de un antiguo ministro del Imperio. Pero no quiero volver a verla… Me ha llegado hasta el gorro… Por lo demás, le digo que no quiero quedarme más en París; aquí no me dejan respirar; ¡es una pesadez!... Acabo de alquilar en Chatou.

CAPÍTULO VI

MAYO – JUNIO 1887

En Chatou. – Acondicionamiento especial. – Las ranas de la señora O… — La cena de las condesas. – Crudas verdades y placentera filosofía femenina. – El instinto maternal de Piroli. – La española. – Una tragedia que acaba bien. – Improvisada salida de camping. — ¡Olé, los remeros! – Indisposición molesta. – La oferta del millonario.

El señor me dijo que se le había recomendado un apartamento muy alegre en Chatou, entre los dos brazos del Sena, cerca del Puente:

— Iremos allí, — me dijo— a pasar seis semanas antes de salir para Étretat. Espero estar menos perseguido por la gente que aquí; además, podré remar un poco y distenderé los miembros.

Tres días después llegamos a ese apartamento. Detrás del salón, en una especie de torre, se encontraba una pequeña habitación que podía servir de despacho. Mi señor me dijo:

— Es en este cuarto, que domina el brazo vivo del río, donde pienso trabajar. Mañana iré a París y traeré lo que hace falta para decorar un poco estos muros demasiado desnudos y darles un poco de alegría, ¡usted ya verá!...

Al día siguiente regresó con unas cajas y en la jornada posterior se afanó en colocar sobre las paredes de este pequeño cuarto unos chinos, unos japoneses con parasoles, mujeres hotentotes que danzaban y se tomaban de las manos haciéndose muecas.

Había allí también unos peces con unas cabezas extrañas con dos ojos de plata y unos bigotes de hilos dorados. Trataba de colgarlos en la pared tanto la cabeza hacia arriba, como la cola levantada, como horizontalmente, para ver cual era el

mejor efecto. Luego tapió una ventana, bajando las persianas y los grandes cortinajes, una única ventana era más que suficiente para tener luz del día. Incluso bajó la persiana de esta última, para atenuar el gran día y el brillante reflejo de ese brazo de río, donde se miraba ya, ardiente, el sol de mayo. La mañana estaba bastante avanzada; pregunté a mi señor si podía ir a preparar el almuerzo.

Esta nueva instalación nos llevó aún varios días. Cuando estuvo todo en su lugar, el señor se sentó ante su mesa, como para trabajar; pero como la luz del día llegaba lateralmente, no pudo soportarla y decidió llevar a la mesa del salón todos los utensilios de los que se servía para trabajar.

Una mañana, entrando en el salón, lo encontré en su ventana.

— Mire – me dijo – esa orilla del otro lado, cuando el agua está tan baja, ¡que triste está! Con ese lodo, semejante a un charco de ranas sin hierba; luego esas casas de un blanco salino son verdaderamente feas. Es cierto que son habitaciones de pescadores. A propósito, quisiera que usted hablase con uno de esos pescadores para que me consiga cincuenta ranas vivas. Le pago diez francos…

No fue necesario más; al día siguiente, por la mañana, el pescador traía las ranas, únicamente había ciento diez. Cuando el hombre se fue, el señor me llamó:

— Tan pronto acabe el almuerzo, marchará para París; irá a comprar una cesta conveniente para introducir estos bichos, y se los llevará a la señora O… Hará usted todo lo posible para que sea ella misma quién abra la cesta. Me gustaría que las ranas le salten a su cuerpo y se dispersen por todas partes en su salón.

Al llegar a París, cambié a mis saltadoras de cesta. No fue muy fácil, el miedo sin duda doblaba su agilidad. Finalmente, hecho el trasbordo, tomé un coche y me dirigí al domicilio de la dama. Era un magnífico palacio situado en una de las

grandes avenidas de París, donde un día, el autor de la *Comédie humaine* reposaría sobre un pedestal, como predijo mi señor.

Llegué a la antesala. En la habitación de al lado oi voces, luego un mayordomo con librea me pidió que le siguiera. Subimos por una escalera monumental de mármol de Italia, de variados colores, muy bien combinados, de tonos muy suaves. Llegando al final de esta maravilla, se me hizo entrar en un salón donde mis pies se hundieron en la mullida alfombra. Por todas partes no había más que cristales y espejos en los que se reflejaban los árboles del jardín. Habría podido creerme en un palacio fantástico. Yo llevaba siempre en la mano mi cesta de chiquilla que va a la escuela, cuando vi ante mí a la señora O… a la que no había oído ni visto llegar.

— Buenos días François – me saludó.

— Buenos días, señora.

Le presenté mi cesta, pero ella no la tomó.

— ¿Qué me trae ahí usted, François?

— No lo sé, señora, es mi señor quien me ha dado esta cesta y me ordenó que la abriese usted misma; únicamente usted puede conocer su contenido.

Entonces la señora O… profirió dos « ¡ah! ¡ah! » Que sonaron muy fuerte en el salón, río muy alto y con un tono queriendo ser severa, me dijo:

— François, ¿quiere usted, se lo ruego, decirme que contiene esa cesta?

Yo todavía trate de defender mi postura, objetando que tenía órdenes estrictas de mi señor, y que no podía ser más que la señora quién conociese el secreto de la cesta.

Pero no pude seguir. Con un gesto, ella me hizo callar:

— ¡François, espero su respuesta!

Esto fue dicho dulcemente, pero con tal autoridad y con un tono tan imponente que me produjo el efecto de una orden

absoluta. Entonces, totalmente balbuciente, confesé el contenido del envío.

— ¡Y bien! – me preguntó — ¿Qué puedo hacer con esos pobres animalitos?

— No lo sé – le respondí.

— En fin – exclamó –supongo que deben ser útiles para alguna cosa.

Entonces le comenté:

— Sí, señora, en algunos restaurantes se sirven las ancas, preparadas como el pollo… son un bocado muy delicado…sí, sí… Las ancas son la parte interesante…

Y ella estalló en una gran carcajada.

— Esta bien, – dijo – agradézcaselo al señor de Maupassant y, cuando baje, dígale por favor François, al mayordomo que está de servicio abajo, que haga todos los preparativos enseguida porque voy a llevar esos pobres animalitos al lago del Bosque de Bolonia, pues deben tener mucha sed.

De regreso a la casa, conté mi derrota a mi señor; quiso conocer todos los detalles, y se río francamente:

— Estaba seguro del desenlace; sabía que ella no pensaría más que en una cosa, ¡salvarles la vida!

Una tarde, fui avisado de que el dos de junio, el señor de Maupassant ofrecería una cena.

—Seremos doce – me dijo— si alguna de las damas no falta. No seremos más que tres hombres.

Poco después, añadió:

— Sí, nueve, son nueve invitadas; pero lo que es divertido es que ellas son, excepto una o dos, todas condesas.

Y se puso a contar con los dedos:

— Sí, está bien; exceptuada la señora Z… y la pequeña Nina, todas portan la corona condal. Seguramente todos esos títulos nobiliarios van a alegrar a mi amigo L… quien, haciendo resonar muy fuerte esos títulos, no dejará de lanzar

guasas y chanzas. Pero espero de todos modos que sabrá conservar la compostura de hombre bien educado.

En efecto, desde que se estuvo en la mesa, el señor L… preguntó a esas damas lo que habían hecho con sus maridos y como si recitase una letanía, se dedicó a preguntar a cada una en particular dónde se encontraba su cónyuge, lo que hacía, lo que pensaba, y toda la felicidad que aquel debía encontrar en sus lugares predilectos. Todo lo que decía ese terrible señor L… parecía talmente cierto, ya que, en el momento, se habría podido creer brujo, o, al menos, suponerlo compañero eventual de aventuras, en más de una ocasión de los maridos de las condesas, en las casas que con tanto detalle describía.

Esta manera de hablar podía parecer un poco cruda; pero las nobles damas no se perturbaron por tan poca cosa; pues todas juntas se dedicaron a proclamar su indiferencia por las informaciones que acababan de tejerse, pero que ellas conocían desde hacía mucho tiempo. Añadieron que sus maridos preferían las carnes variadas de algunos restaurantes al buen asado fresco de su casa.

Como conclusión dijeron:

— Viva tranquilo al respecto, guapo moreno de cabellos brillantes, nosotros no hemos considerado sus revelaciones más que para recordar todo el placer que podemos procurarnos, usando liberalmente unos dones que debemos al Creador… Nosotras dejamos a nuestro cónyuge a sus preferencias que no juzgaremos…

No pude oír la respuesta del brujo, pues fui a buscar mis platos a otra dependencia… luego Piroli no paraba de llorar, frotándose contra mis piernas; me estaba invitando a que fuese a ver a sus pequeños que había traído al mundo durante la tarde.

Por la noche, cuando todo el mundo se hubo ido, Piroli fue a quejarse cerca de su señor.

— Esto no es posible – me dijo – hay algo anormal por lo que esta pequeña llora tanto.

La seguimos hasta el pequeño gabinete de trabajo decorado de chinos, que estaba convertido en la residencia de Piroli y de sus cachorros… Uno de sus cuatro recién nacidos estaba muerto y ella lo había sacado de la cesta.

— ¡Aquí está la razón – dijo el señor— de tu desolación, mi gatita!

Mientras la acariciaba, hice desaparecer el pequeño cadáver y Piroli tomó su lugar en la cesta con sus otros retoños. Mi señor me dijo:

— Verdaderamente, no le falta más que la palabra.

Yo le informé entonces que no me hacía falta más que dos o tres días para enseñarle a bajar mañana y noche a las orillas del Sena, donde ella pudiese encontrar unas hierbas para refrescarse y también en ocasiones unos saltamontes, a los que era muy aficionada…

Un día, después de almorzar el señor de Maupassant me dijo:

— Voy a dar una vuelta por la isla; si preguntan por mí, usted responderá que estoy en París.

Hacia las tres, llegó el señor L…:

— ¿Está el patrón por aquí?...

Yo le respondí:

— No, el señor ha ido a pasearse por la isla.

— Pues bien, he aquí de lo que se trata; acabo de llegar de París y he hecho el viaje con la señora N… que no me conocía. Esta dama esta en un estado de sobreexcitación extraordinario; en varios momentos ha sacado un revolver de su bolso y toda su cólera se dirige hacia el señor de Maupassant. No hay duda acerca de sus intenciones; voy a ir a buscar al patrón y advertirle. En cuanto a usted, no tiene más

que esperar a esa dama y haga todo lo posible para convencerla de que regrese a Paris…

No transcurrió un cuarto de hora cuando la dama llegó, y, con un tono muy pausado, me preguntó:

—François, ¿el señor de Maupassant está ahí?

—No, señora, mi señor está en Paris.

—No, no, — respondió ella en un tono elevado – yo le quería…

Entonces, súbitamente, se detuvo, pálida; se desmoronó en el vacío, yo no tuve tiempo para tomarla en mis brazos, para evitar una caída, en la que pudo haberse herido seriamente. La llevé hacia un diván de mimbre que estaba en el fondo del comedor. Una vez bien acomodada, le friccioné con fuerza las manos, le apliqué compresas de vinagre sobre las sienes; nada funcionó. Recurrí entonces a los frascos de sales, colocando uno bajo cada fosa de forma intermitente. No volvía en sí y parecía no respirar; su palidez era extrema, yo comenzaba a preguntarme si no estaría muerta.

Tenía miedo, me dirigí hacia la ventana que abrí completamente para que entrara el aire y me dispuse a pedir ayuda, cuando recordé que en un caso similar había sido recomendado aflojar a la enferma; me acerqué a ella y desabroché su blusa, luego traté de hacerle respirar sales levantándole la cabeza.

Finalmente comenzó a respirar, al principio muy ligeramente, luego un poco más fuerte; después sus labios realizaron los movimientos de una persona que tiene sed, sus ojos daban saltos como si quisieran abrirse y, poco a poco, respirando siempre las sales, recuperó el conocimiento.

Después de ser un poco remisa, tomándome las dos manos, comenzó a llorar unas lágrimas calientes y entre sollozos me dijo:

— ¡François, se lo ruego, déme al señor de Maupassant, déme al señor de Maupassant o voy a morir! ¡Le quiero! ¡Le

digo que le quiero!... No le haré ningún daño, esté seguro; se lo prometo… pero démelo.

Ella repetía esto siempre… La tranquilicé lo mejor que pude, prometiéndole ir enseguida a buscar a mi señor… Bajé, pero nadie había visto al señor. Regresé junto a la dama cuando oi abrir la puerta; era el señor que regresaba. De pronto me dijo:

— Ya lo sé. Vengo a arreglar esto.

Estaba tan tranquilo que daba la impresión de que se trataba de la cosa más sencilla del mundo.

Durante la velada, el señor, acompañado de esta dama, vino a la puerta de la cocina y, con la mayor de las naturalidades, como si nada hubiese pasado, me dijo:

— François, el asunto ya está arreglado.

La extranjera añadió:

— Sí, ahora somos buenos amigos…

El quince de mayo, el señor de Maupassant me advirtió que el martes siguiente, invitaría a cenar a algunos amigos de su juventud.

Me sugirió que preparase una buena cena.

— Ponga los vinos sobre la mesa, quiero servirlos yo mismo. Entre los invitados habrá jóvenes, viejos, casados y solteros. Todos estos amigos llevarán a sus esposas, naturalmente; llegarán por la tarde para hacer una sesión de canotaje, así que prepare algunos pastelillos para ofrecerles antes del paseo.

Luego, pasando su mano por su cabello que peinaba hacia atrás, mi señor me dijo:

— Me pregunto que broma podría hacerles… ¡Oh! Ya la he encontrado, les haré perder el último tren, será divertido…

Llegó el día; todo el mundo estaba allí. La cena transcurrió alegremente, la sobremesa se prolongó; había tantos viejos recuerdos que contar…; después del café, los pequeños

tragos, los cigarros… La velada era muy hermosa, mi señor vino a decirme:

— Llevo a todos mis invitados a la isla. Trataré de volver demasiado tarde para el último tren; en todo caso, a las once y cuarto, usted detendrá todos los péndulos.

A media noche, todo el mundo regresó cantando. Pero llegando a la casa, el estupor fue general cuando se dieron cuenta que el último tren para París había partido. Algunos invitados reían francamente y continuaban cantando, pero algunas damas se quejaban recriminando… Finalmente, para apaciguar a todo el mundo, se tomó una copa de champán, luego se contó para saber cuantas camas deberían desplegarse. Se dejaron las mantas en el suelo, se ayudaron los unos a los otros; incluso los gruñones se resignaron sinceramente y la alegría volvió de nuevo. La instalación no duró mucho tiempo, sino, por el contrario, resultó muy divertida.

Tanto ruido había inquietado a Piroli; salió de su pequeño salón japonés, donde vivía con sus pequeños, y vino a ver lo que ese jaleo significaba. Mi señor, para tranquilizarla, la tomó en brazos, todo el mundo la acariciaba; satisfecha, ella emitió unos pequeños maullidos de alegría, pues fue a quién le prodigaron más halagos.

Mientras transcurrían todos estos hechos, una de esas damas vino a advertir a la amable sociedad que ella no podía dormir más que sola. Mi señor le dijo pues, que él estaba en la misma situación, y que, por una vez, ellos no dormirían. Después de eso, se sirvió una nueva copa de champán, luego mi señor propuso ocupar un sitio en los pequeños colchones.

Esta idea provocó una carcajada general, pero como paliativo, añadió:

— Si ustedes quieren, para que el aire circule más libremente, se dejarán todas las puertas abiertas.

Por la ventana del comedor se veía el Sena, millares de estrellas podían observarse, se habrían creído ver peces

plateados en la superficie del río. Finalmente, yo di una doble vuelta de llave sobre todas esas personas inmersas en una bolsa de fortuna y me fui a acostar.

Al día siguiente, antes de las seis, chocolate y café estaban preparados. Aquellos cuyas ocupaciones apremiaban en París, se apresuraban para regresar a la capital; los más afortunados, que no tenían más que disfrutar de la existencia quedaron hasta las once para almorzar.

Durante la tarde, mientras estaba ocupado colocando un somier en su sitio, mi señor vino hacia mí y, frotándose las manos y acariciando el lomo de su gata, me dijo:

— Mire usted, François, que bien lo han pasado todos; se lo había dicho, esto ha sido verdaderamente divertido.

Otra serie:

— La semana próxima— me anunció el señor de Maupassant, tendré unos invitados para una excursión de remo y los retendré a cenar, se lo advierto con tiempo… A propósito, ¿no sería el momento de desprendernos de dos pequeños de la gata, pues tres deben fatigarla mucho? ¡Mire que delgada está! – dijo mostrándomela— Tenga, conservaremos esta pequeña que tiene tres colores, creo, que será tan bonita que la llamaremos *Pussy*.

Luego, regresando al salón, se puso a silbar, lo que era raro en él, pues en diez años que le he servido, solamente le oí silbar tres veces.

El día de la excursión de remo llegó. Apunté las órdenes:

— Estoy muy bien entrenado – me dijo, haciéndome ver sus brazos – hay fuerza ahí dentro y es natural, he hecho mucho remo y ejercicios físicos de todo tipo! A pesar de ello mis manos no están muy desarrolladas; han quedado demasiado pequeñas, pero eso no es óbice para la fuerza, cuando agarro un objeto, lo agarro bien.

» En mi pecho también hay capacidad y resistencia, cosas que no tienen todos esos remeros ocasionales. Estoy totalmente

listo para probarlo si ellos quieren medirse conmigo; pero lo dudo… Usted me preparará el agua para mi ducha a las siete; sobre todo que esté bien fría, pues es cierto que hará calor. Me hará un almuerzo ligero, pero consistente: dos huevos cocidos, un filete a la plancha, unas judías verdes, queso de gruyere y té bien caliente.

En el momento de almorzar, el señor iba a ver al gran almirante de Chatou, Alphonse Fournaise. Todo estaba listo, los cuatro barcos estaban alineados; eran: *le Bon Cosaque*, *Monsieur*, *Madame* y *Bel-Ami*

Hacia las dos, el señor salió vestido de nuevo: pantalón, camiseta y una magnífica gorra blanca. Saliendo, se frotaba las manos:

— Tengo muy buen aspecto en este momento… — dijo alegremente.

Eran más de las seis cuando regresó; tenía el rostro descompuesto, con unas manchas violetas; me dio miedo:

— ¡Rápido François, mi ducha enseguida!

Le ayudé a quitarse su camiseta y su pantalón; su cuerpo estaba completamente violáceo. A pesar de todo, tomó su ducha, después, de inmediato, él y yo, nos pusimos a dar unas fricciones con guante de crin y añadiendo agua de Colonia. Al cabo de un momento, me preguntó si mi cena no se quemaba; pero yo estaba tan contrariado de verle en semejante estado que no pude evitar decirle:

— ¡Tanto peor si, por una vez, la cena se quema!

Continuó frotándose durante bastante tiempo. A pesar de ello, no obtuvo la reacción habitual. Quiso entonces contarme la excursión que había hecho, pero la voz le faltaba; entrecortaba las palabras sin poder pronunciarlas.

La cena, sin estar fría, no fue sin embargo alegre; el señor se sentía mal y los días siguientes estuvo alicaído. Me contó sin embargo esta salida en barco:

— Mis invitados – me dijo – me dejaron la más gruesa carga, pero yo les hice ver que un hombre entrenado puede realizar ese tipo de deporte. Para acabar, volvimos de Marly, el señor X… en su yola con una dama y el señor M… en el pequeño bote con dos damas; tomaron el brazo muerto del río; pero yo remonté el brazo vivo con el *Bon-Cosaque* y tres damas, ¡y llegué incluso antes que ellos! Mire usted, todos esos grandes atrevidos me hacen recordar a los eunucos del harén del Gran Turco.

Durante varios días, después de esta escapada, mi señor permaneció melancólico; pasaba horas sobre su diván, acariciando sus dos gatas y no se levantaba más que para ir a la cocina a beber leche.

En una de estas visitas me dijo:

— Yo también, tomaré un poco de leche mañana, no me siento bien; tengo mal el vientre. Hágame, por favor, una chicoria a la crema.

Por la noche, la lámpara tenue, con un peine muy fino de nácar que había traído de Italia, peinaba el pelaje de sus gatas a contra sentido y en la oscuridad se divertía en hacer brotar resplandores fosforescentes.

Pasaron así algunos días y mi señor no se encontraba mejor; hacía sin embargo sus paseos por la isla e iba a ver sus barcos. Después de fuertes cólicos y unos dolores intestinales agudos que se declararon, todos los remedios ordinariamente empleados en esos casos no resultaron. Entonces se decidió a tomar quince gotas de percloruro de hierro cada cuarto de hora disueltas en agua, continuando con las cataplasmas de harina de lino laudanizadas, y esto resultó bien para detener el mal.

Después de esta indisposición, fue a ver a un médico en Paris, pero no quedó satisfecho, quejándose del poco conocimiento de esos caballeros de la Facultad de Medicina.

Una mañana, el señor, regresando de la casa de Fournaise, pasó ante la cocina y me pidió que le preparase su

ducha. Noté que caminaba nerviosamente cerrando los puños; comprendí enseguida que debía estar contrariado. Su aseo duró menos tiempo que de costumbre y, una vez en la mesa, me dijo:

— ¿Sabe usted, François, lo que me han propuesto? Un riquísimo americano me ha ofrecido un yate de vapor, muy bonito, parece. Pero se burla a mi costa, y ha debido ser inmediatamente puesto en su sitio por mi negativa categórica. He estado educado cara a cara con su enviado, pero también ¿que podía pensar ese millonario haciéndome tal proposición? ¿Soñaba o *había bebido*?

Finales de junio. El señor sentía que no se recuperaba; se decidió a partir para Étretat.

— Aquí – me dijo – hay demasiada humedad para mí; este lugar encerrado entre los dos brazos del Sena nunca está seco. ¿Pero que quiere usted? ¡Me gusta remar, amo el agua, no importa donde se encuentre! Por desgracia, es perjudicial para mi salud; marchamos pasado mañana. Creo que usted hará bien comprando una segunda cestilla para Pussy; está volviéndose tan grande que temo que moleste a su madre. Luego quite de las paredes todo lo que me pertenece; no olvide sobre todo el pequeño escritorio; haga una caja especial con todas esas cosas que nos llevaremos a Étretat, me servirán allá. Ahora voy a decir a Alfonso Fournaise que ponga mi cuenta al día y a encomendarle mis barcos.

CAPÍTULO VII

JULIO – AGOSTO 1887

Regreso a Étretat. – Guy de Maupassant se dedica a la astronomía en su cocina. – Reconciliación con las espinacas. — Tortugas fugaces. – Marie Seize encantadora de tortugas. – La venganza… ¡pensemos en ella siempre! – *Le Horla*. – Unas sombras negras pasan. – La influencia de lo invisible. – *Pierre et Jean* compuesto en el paseo de fresnos. – La señora Pasca. – Muerte de Piroli.

Julio de 1887. Henos aquí de regreso a Étretat. Una mañana, el señor vino a colgar en la cocina un planisferio celeste; haciéndolo mover, me describía el movimiento del cielo, relacionando por su nombre las principales estrellas, distinguiendo los planetas de los satélites.

— Mire usted, – me dijo – yo ya sé orientarme, y no he ido más que una vez con Camille Flammarion a su observatorio. Pero ¡que hombre encantador e instruido! Su ciencia es de los más seria e interesante.

Yo le comenté entonces que Étretat poseía también un distinguido astrónomo y cité al señor Louis.

— Es cierto – me dijo – le conozco desde la infancia. Le he visto en alguna ocasión en casa del señor L… ¿Quiere usted preguntarle si quiere venir a casa, una noche que haga bueno? Estoy seguro de que aceptará.

El señor Louis vino a pasar varias veladas con mi señor. Una vez lo llevó al acantilado del Havre, encima de *la Chambre aux demoiselles.* Era el lugar preferido de este astrónomo; desde allí veía mejor el cielo, penetrando mejor en sus secretos; es en este lugar que desde hacía treinta años, él se devanaba los sesos para ver lo que pasaba en lo alto e informar a los periódicos, de los que era corresponsal, lo que había

podido observar de nuevo. El señor me dijo que el señor Louis le había interesado mucho. Añadió:

— No me quedará jamás duda de que me encontraba cerca de un hombre de gran valor.

El señor venía de vez en cuando a mover este planisferio celeste. Yo me preguntaba que idea habría tenido para hacer de la cocina su gabinete astronómico. Supe más tarde que yo no era ajeno a esta fantasía. Una noche, regresando con él de una excursión, le había nombrado varias estrellas; eso debía significar poca cosa, pues no conocía más que las que mi padre me había enseñado cuando yo era niño. Eso fue suficiente para alentar a mi señor hacia esos estudios.

Una mañana, mi señor se encontraba cerca de su plano, haciéndolo girar, y ocupándose de ello durante bastante rato, y el lugar era bastante restringido. De golpe, me miró diciendo:

— ¿Hace usted chocolate?

— Sí, es para la velada – respondí yo.

Y le expliqué que para que estuviese bueno, le hacía falta estar doce horas en el baño maría, con la vaina de la vainilla.

— ¡Oh!, no encuentro nada que reprochar, únicamente afirmo que su receta es excelente.

El mes de julio era muy caluroso; Paff estaba tendido cuan largo era, en el paseo que hay frente a la cocina, a la sombra del seto y el gran manzano salvaje que daba frescor al pozo. Entre Paff y el seto, Piroli tomó posición, ella pisó un poco el borde de hiedra situado al lado y, encogiéndose sobre si misma, posó sus cuatro patas de terciopelo blanco sobre la gran oreja de su amigo. Mi señor, pasando para ir a tomar su baño, me llamó:

— François, ¿ha visto este cuadro? Estos dos animales son verdaderamente gentiles. Pero mire usted que hace calor, es imposible dejarlos en mi gabinete de trabajo, y sin embargo hace bien dejándoles la puerta del lado norte abierta.

Cramoyson hizo el nuevo jardín bastante grande para tener legumbres a voluntad; destaco una variedad de espinacas enormes; sin embargo el señor, un día, las había clasificado entre las legumbres que no comería nunca. Yo hice todo lo que pude para servírselas; cuando él dijo que había acabado, me preguntó que eran esas hierbas verdes, yo le dije que se trataba de una planta mejorada que venía de la Tetragonia, según lo que me había dicho el jardinero:

—¡Oh!— exclamó – poco importa el nombre de la planta, la cosa así preparada está absolutamente exquisita.

Y mi señor fue a pedir a Cramoyson que no faltase nunca esa legumbre… Yo conté a Cramoyson que mi señor había encontrado deliciosas las espinacas, y que se fue convencido de que esa planta era un descubrimiento cuyo honor recaía en Cramoyson, el cual se puso hecho una fiera.

Nuestro jardín zoológico se había enriquecido con ocho hermosas tortugas; estaban en libertad en el campo normando. Mi señor estaba contento con ellas, no vería arrastrarse más a las babosas; a veces se divertía colocando los dos pies juntos sobre la espalda de una de ellas, diciéndome:

— ¡Esto es sólido! ¡Incluso la rueda de un carro cargado no haría ceder estos caparazones de lo resistentes que son!

Un día, para nuestra gran estupefacción, observamos que todas las tortugas habían desaparecido; las buscamos en todos los rincones; finalmente descubrimos, bajo el enrejado, un agujero más pequeño que los que hacen de ordinario los conejos. Pensamos, con razón, que era por este lugar por donde esos animales, que caminan tan lentamente, se fueron; se registró una parte de la costa, la espesura de juncos y de retamas casi impenetrables; pero no encontramos nada. Luego de haber dejado gran parte de la piel de nuestras manos cubierta de rasguños, renunciamos a nuestra búsqueda.

Ocho horas después, vi a una gran mujer que descendía por el sendero de la costa. Era Marie Seize, que vivía en lo alto

sobre la loma llamada Nueva Caledonia. Algunos instantes después, me quedé totalmente sorprendido al verla en la puerta de la cocina con el señor. Apartó su delantal que tenía elevado; en su interior se encontraban nuestras ocho tortugas; fueron reintegradas al prado y Marie Seize fue recompensada por su esfuerzo. Mi señor no agotaba las alabanzas sobre la honestidad de esta pobre mujer, que habría podido, según él, hacer una excelente sopa con eses pobres animales.

La alambrada fue entonces comprobada minuciosamente. Esta vez estábamos tranquilos por nuestras fugadas. Pero apenas un mes más tarde habían franqueado de nuevo la llave del campo. A pesar de todas nuestras precauciones, nunca pudimos guardarlas; nos la jugaron varias veces, y era siempre María Seize quién nos las devolvía. ¡Misteriosa coincidencia! ¿Qué concluir? ¿Acaso era una encantadora de tortugas? O bien, como decía el señor riendo, ¿se había excedido con la recompensa la primera vez? La primera era tan tentadora…

A algunos días de esto, Cramoyson, cerca del barco, reparaba un bordillo. Mi señor se aproximó y le preguntó como estaba (había estado enfermo unos días atrás). El respondió que estaba mejor, que habían sido las malditas fiebres que había contraído durante su detención en Alemania. El señor expresó entonces su horror por la guerra y en particular su odio por los prusianos.

— No comprendo sin embargo – dijo – los clamores por la venganza. Nosotros no la haremos nunca de este modo; por el contrario, sería necesario prepararse bien sin dejárselo ver, y caer sobre ellos en el momento oportuno.

No recuerdo con exactitud el día en el que el señor me dijo lo siguiente. No tomé nota, pero recuerdo muy bien que había ido al jardín a avisarle de que la cena estaba lista. Lo encontré admirando un ramo de hortensias:

— Mire, François – me dijo— que bellas están este año; cada tallo forma un ramo de buenas dimensiones; me parecen

más coloridas que de costumbre, tal vez se deba a su fuerza vital.

El sol desaparecía detrás de la cuesta del bosque de Valois y oblicuamente nos golpeaba en los ojos. Para evitarlo y también para entrar, mi señor se dirigió hacia la casa, continuando hablando como si tuviese prisa:

— Hoy he enviado a París el manuscrito del *Horla*; antes de ocho días verá usted que todos los periódicos publicarán que estoy loco. ¡Como gusten, a fe mía!, pues yo estoy sano de espíritu y sabía muy bien, escribiendo este relato, lo que hacía. Es una obra de imaginación que asombrará al lector y producirá más de un escalofrío en la espalda, pues es extraña. Por otra parte le diré que muchas cosas de las que nos rodean nos escapan. Más tarde, cuando se las descubre, se está muy asombrado de no haberlas percibido antes. Después, nuestra apatía nos lleva a ver por todas partes lo imposible, lo inverosímil. De este modo, cuando apareció *Une Vie*, la crítica, esa gran charlatana, que a menudo intenta demoler una obra maestra, porque no la ha comprendido, no tenía palabras lo suficientemente duras para decir que mi novela no era real, que los hechos no eran posibles. Pues bien, los hechos que yo describo en ese libro acaban de suceder en Fontainebleau, tengo el relato impreso sobre mi escritorio. Solo lamento haber escrito demasiado pronto mi libro, pues la realidad, es mucho más definitiva, más completa que mi novela. Con esto tenía argumentos para arrojar por la borda la crítica más enconada.

Septiembre. Mi señor va de caza como en los años anteriores, con un poco menos de entrenamiento, me da la impresión.

Sin embargo ha acabado la mayor parte de su novela *Pierre et Jean.* Comenzada cuando llegamos aquí, hace dos meses y medio, está terminada; ha trabajado muy bien. El señor me dijo que la sombra que ya da el camino de los pequeños

fresnos, le ha sido completamente propicia; Eso es en el fondo la razón de que *Pierre et Jean* haya sido escrito en un tiempo relativamente muy corto, si se tiene en cuenta las crónicas y relatos que creó semanalmente.

— Todavía me queda por hacer, – me explicó mi señor — antes de que salgamos para África, una especie de prólogo que pondré al principio de esta novelita, donde expondré brevemente lo que pienso de la crítica, y también mi manera de comprender la novela.

Todavía quedaban muchos bañistas a orillas del mar con el tiempo tan bueno. Casi todas las noches, había gente cenando en la Gillette. Entre los habituales, destacar a una gran dama de cabellos blancos; su tinte dejaba pensar que había sido morena… Se llamaba señora Pasca, « una gran artista », según mi señor. Ciertamente era una persona completamente superior, llena de buen sentido, inteligente. Que placer escucharla; tenía a todo su auditorio pendiente de sus palabras, dichas tan pausadamente y tan a propósito… Fue una excelente consejera de mi señor quién tenía por ella una consideración sin límites…

En agosto, Piroli tuvo descendencia. Las consecuencias fueron alarmantes. El señor hizo venir al veterinario de Criquetot quién redactó una extensa receta. Cuando hubo acabado de explicarnos como debíamos proceder para curar al pobre animal, añadió:

— Usted sabe, señor, que los gatos son nerviosos; por ello es muy difícil darles los cuidados que su estado necesita.

Hicimos lo imposible; a pesar de ello, la gatita exhaló su último suspiro el quince de septiembre, encima de mi cama.

Ese día mi señor había ido de caza a Santa Hélène a casa del señor Arroux. Cuando llegó a la mañana siguiente, le di la triste noticia. Vino a ver la gata en el cuarto de baño, donde yo la había dejado y me preguntó si había sufrido mucho; quiso

conocer los detalles sobre sus últimos momentos. Le dije que habían sido lamentables, la pobrecilla rodaba gimiendo y se aferraba a mí, como para pedirme socorro…

De Piroli nos quedaba un recuerdo vivo, la pequeña Pussy, qué fue confiada a la mujer encargada de cuidar el apartamento durante el tiempo que durase el viaje que debíamos hacer a África.

CAPÍTULO VIII

OCTUBRE – NOVIEMBRE 1887

Viaje a Argelia. – Argelia la Blanca. – Instalación en la calle Ledru-Rollin. – Paseo impresionante en el cabo Matifou con el señor Masqueray. – Siguiendo a las «Desencantadas». – Lo que dicen las mujeres árabes en la mezquita. – En los baños de Hammam-Righa. – Caza infructuosa. – Los santones musulmanes y Voltaire. – De camino hacia la Kabilia.

Marsella, 3 de octubre. El señor ocupaba su habitación de costumbre en el hotel Noailles, que tenía vistas sobre la Cannebière.

Hacia las once, me dijo:

— Hoy puede disponer del día libre; tengo las plazas para embarcar mañana al mediodía, voy a almorzar en la Réserve y estaré aquí hacia las seis para cenar.

Al día siguiente por la mañana, mi señor me llevó a ver en el viejo puerto un yate desarmado al que le habían dicho que estaba a la venta; la forma le gustaba, y sus dimensiones respondían perfectamente a lo que él deseaba en un barco.

Nuestra travesía fue muy buena, un tiempo espléndido. Llegamos a Argel, que se destaca totalmente blanco, construida en anfiteatro. El desembarco no fue fácil, incluso resultó desagradable con todos esos árabes que se apoderabann del equipaje, muy a nuestro pesar, y lo llevaban a un hotel cualquiera. Por fortuna para los nuestros, no se equivocaron y bajamos hacia el gran hotel del Oasis sobre el puerto. Al día siguiente, a las nueve, el señor estaba preparado para salir:

— Esto es lo que he decidido, François. Como no pienso trabajar en el hotel, voy a tomar un apartamento para estar tranquilo en mi casa. Vaya usted, por favor, a ver en el barrio, si encuentra alguna cosa que nos convenga; yo voy a visitar Mustapha, que ya conozco, y si encuentro una pequeña villa o

un piso que responda a lo que quiero, pediré a mi madre que venga aquí a pasar el invierno conmigo.

Al final, fue en la calle Ledru-Rollin donde acabamos por tomar un apartamento, después de haber visitado varios, y visto varios propietarios, argelinos, árabes, marroquíes y judíos de grandes ojos aterciopelados.

Este edificio, aunque tenía dos habitaciones hacia el Midi, no era alegre; su única ventaja era que estaba cerca de la oficina de correos. Ocupamos el tercer piso; era necesario un portador de agua; yo contraté al que me envió la portera, era pequeño y delgado, un auténtico Biskri, pies y piernas desnudas, tuerto del ojo derecho; su ojo izquierdo era tan móvil y huidizo que no pude ver su color. Establecí las condiciones a tanto la semana y acordé una buena media, un precio de turista. Como signo de alegría, sin duda, se puso a batir sus delgados dedos en el cántaro de cobre que tenía bajo su brazo.

El once de octubre, a la una, yo acababa de almorzar, sólo como siempre, ante mi pequeña mesa de madera blanca adosada a la pared, cuando mi atención fue atraída por la danza que ejecutaba mi café en mi vaso; iba a decírselo enseguida al señor, dándole los detalles precisos que no dejaban lugar a dudas sobre la existencia de sacudidas sísmicas.

Por la noche, cenando, el señor de Maupassant me dijo:

— Usted sabe, tenía razón, no se ha equivocado, era un temblor de tierra. El aparato sísmico del círculo de los oficiales ha registrado, a las doce y cincuenta y seis minutos, tres oscilaciones de varios segundos, yendo de Este a Oeste.

» Estoy feliz de haber encontrado aquí a todos esos oficiales, su compañía me resulta muy agradable; son todos unos caballeros encantadores, bien educados, instruidos, incluso algunos están bastante puestos en literatura. Aunque estamos en tierra francesa, está el Mediterráneo entre nosotros y la madre patria, lo que es suficiente para darnos la sensación de estar en un país extranjero, sobre todo cuando se ven todos

esos árabes circular por las calles y se oye su cháchara. Uno está desorientado, y reconforta encontrar verdaderos franceses que hablan nuestra lengua, como en París. Si se escucha bien, creo que se oiría su corazón latir cuando se habla de los bulevares y de la Casa Dorada. El jueves vendrán varios de esos oficiales a almorzar con el señor Masqueray y el señor Bureau.

14 de octubre. El señor me dijo:

— François, mañana voy con el señor Masqueray a dar una vuelta hasta la punta del cabo Matifou. ¿Quiere venir con nosotros? Tal vez no tenga otra ocasión parecida… Tomará mi fusil con algunos cartuchos, de diferentes plomadas. Si puedo abatir algunos pájaros, siempre me resultará agradable.

Salimos en el tren de las cinco y cuarenta y ocho de la mañana. Desde nuestra salida de Argel, percibimos el mar fosforescente, enorme; algunos minutos después, el sol, pareciendo hacer un gran esfuerzo, dejaba ver a lo lejos, entre el horizonte y el agua, una ínfima parte de su disco, que iluminaba de inmediato el mar. Un cuarto de hora después, llegamos al alto de Hussein-Dey y el tren se detuvo. Los caballeros descendieron enseguida a la calle, y asistimos al más bello amanecer que se pueda imaginar; quedamos en éxtasis ante una maravilla que no puedo describir.

El señor se apoyaba con su mano izquierda en el brazo del señor Masqueray y, con su mano derecha, no paraba de hacer grandes gestos que subrayaban la demostración que despachaba a viva voz. El señor de Masqueray, más alto, se encogió un poco bajo la presión de la mano de mi señor, y, muy cerca de él, el oído alerta, con una expresión de arrobo intenso, escuchaba a su amigo con un placer que se reflejaba en toda su fisonomía, sobre todo en sus grandes ojos brillantes, tan prestos a expresar su entusiasmo y emoción.

Esto es lo que puedo recordar de aquella conversación:

—Mi querido amigo, esto es más que fantástico, es una apoteosis, pero una apoteosis sin nombre; no existen palabras que puedan traducir una cosa tan bella, esto sobrepasa todo; es más que espléndido, es extraordinario; talmente bello, que uno no puede desprenderse de la impresión de que nos transporta, que nos invade; es la magia… ¡Este mar!... ¡este cielo!... ¡Nunca he vista nada tan cautivador y que me haya afectado tan profundamente!...

El señor de Masqueray se inclinaba ligeramente hacia mi señor y aprobaba, luego, en unos términos científicos que no sabría reproducir, dio una explicación sobre ese tipo de fenómeno.

El tren había silbado, y marchaba ya, cuando puede decidir a los caballeros a subir.

El resto del viaje fue de menos interés, aunque la vista que tenía sobre el mar en la punta de ese cabo tan adelantado, era extraordinaria. El paisaje no tenía ningún atractivo para mí; yo disfrutaba del placer que me producía la conversación de esos dos hombres de espíritu que se comprendían tan bien.

El señor de Maupassant iba a menudo a cenar al Palacio de verano, en Mustapha superior, en casa del señor Tirman, que le había explicado sus puntos de vista sobre el futuro de Argelia, sobre los embalses a construir, el abandono del presupuesto en la colonia, la cuestión de los ferrocarriles, etc. Todo eso parecía interesar a mi señor; pero su figura era más expresiva cuando me contaba su paseo del viernes, sobre el camino del cementerio árabe, que le divertía hasta tal punto que le gustaba hacerlo dos veces al día.

— Vea, — me dijo – lo que son las costumbres de estas razas… Estos árabes, que dejan apenas salir a sus mujeres para ir a la mezquita, las envían cada viernes bastante lejos al campo a hacer unos melindres sobre las tumbas de sus parientes difuntos, y colocar algunos guijarros puntiagudos que adornan

esos silos de huesos humanos enterrados allí. Cuando salen de sus Campos Elíseos desprovistos de encanto, la mayoría de ellas vuelven a ser mujeres. Así hoy, he hecho dos veces la ruta de Mustapha inferior hasta el jardín de Hussein-Dei, para tomar nota. Pues bien, varias de esas mujeres, cuando no eran más que dos y creían no ser vistas, levantaban su velo en mi proximidad. Su rostro, que no ve jamás el día, es de un blanco calizo y se diría que las mejillas de algunas de ellas están ligeramente untadas de polvo malva. Con sus grandes ojos negros, la mayoría son muy bellas.

Y una sonrisa se perdía bajo el bigote de mi señor.

Otra vez, el señor me indicó una pequeña mezquita, completamente detrás de la Casaba, cerca de un jardín público que domina la ruta de San Eugène. Esta pequeña residencia es muy bella para un santo de Mahoma; mi señor la ha descrito en uno de sus *Voyages*. Me decidí a hacer una visita allí. Debí quitarme mis zapatos para entrar en el santuario. Desde el umbral oí unos lamentos suaves y lánguidos. Me aproximé y vi dos mujeres que gemían, que hacían unos extraños gestos, invocando sin duda un santo cualquiera. En definitiva, no comprendí en absoluto esa puesta en escena.

Saliendo, me encontré de cara con el guardia del parque que me interpeló:

— ¿Ha comprendido alguna cosa?

— Lo cierto es que no – le respondí.

— ¡Ah, no! – contestó en un tono burlón, y con un acento meridional – usted no puede comprender, no conoce la lengua árabe. ¡Todos esos niños ricos franceses están cortados por el mismo patrón!... ¿Sabe usted lo que ellas hacen allí, todas esas mujeres, en unas posturas tan extrañas y tan jocosas? Pues bien, cuentan sus miserias al Santo, pues las mujeres árabes no tienen derecho a rogar a Dios directamente; ese honor supremo esta reservado a los varones. Por lo demás, debe saber que de oraciones ellas dicen poco; no vienen más que a contar sus

tristezas, sobre todo para hablar mal de su marido, y confían sus penas más íntimas al Santo. A menudo tienen razón, es necesario admitirlo, pues los árabes siempre tienen, al lado de su legítima mujer, dos o tres concubinas.

4 de noviembre. El señor de Maupassant se decidió a abandonar Argel; esta ciudad lo cansaba y su apartamento se volvió odioso a causa de los mosquitos.

— Esto será lo que haremos. — me dijo – en primer lugar iremos a las aguas termales de Hammam-Righa donde haré una cura; el señor Lefèvre, hombre encantador que he conocido, vendrá con nosotros. Cuando haya tomado el número de baños que considere necesario, partiremos con Lefèvre a cazar la pantera en los bosques de Théniet-et-Haad, donde él es el único en poseer una casa. Usted tendrá que cuidar el caballo, pienso que sabrá salir adelante con el asunto, ¿no es así?

Tranquilicé a mi señor al respecto…

6 de noviembre. El señor estuvo retenido en Argel durante algunas horas; yo marché solo con el señor Lefèvre, en su coche, para ir a la estación de Bou-Medfa en Hamman-Righa. La subida era escabrosa, se ponía a menudo el caballo al paso; el señor Lefèvre condujo. Un poco curioso quizás, pero seguramente muy inteligente, me desató la lengua, y, cabalgando sobre el camino que serpenteaba y subía siempre, le conté algunas historias de mi señor, la mayoría ya escritas. Él me felicitó por lo bien que conocía la obra del gran escritor.

Hammam-Righa, 9 de noviembre. Mi señor renunció a la caza en los bosques de Théniet-et-Haad. El señor Lefèvre marchó solo, y el señor se obstinó en tomar unos baños; estos baños estaban a una temperatura demasiado elevada, de cuarenta y dos a cuarenta y cuatro grados; esto le produjo bastante daño, y pasó unas noches muy agitadas. El señor

Dufour, patrón y propietario del hotel, era un hombre bien educado y de buenas maneras; muy solícito con su cliente, puso a su disposición todo lo que creía poder distraerle… Teníamos un guía notable, de diecinueve años, el más fino sabueso de los bosques colindantes; su nombre era Bou-Hyahia; estaba cubierto de esta tiña repugnante y asquerosa que era común en la mayoría de los habitantes de este desgraciado país.

Un día, el señor de Maupassant me dijo:

— Hace bueno; inmediatamente después de almorzar, descenderemos del lado del gran barranco para ver si hay posibilidad de matar alguna cosa. Bou-Hyahia vendrá con nosotros. Ponga especial cuidado de que no toque mi fusil, pues tiene la tiña. Aparte de esto, es ciertamente el hombre que necesitamos, conoce bien la región y hasta los más pequeños rincones del bosque.

Salimos a la una, con un fuerte calor; descendimos por ese gran barranco y el sol se hacía sentir. Caminamos luego a lo largo de un pequeño torrente, brillante y límpido; unas adelfas que crecían en los taludes arrojaban su sombra en esta agua cristalina que discurría placenteramente y daba un poco de frescor. Yo me detuve ante ese arroyo que encontraba tan bello, cuando mi señor me llamó:

— Venga, François, vamos a ir al lado de ese pequeño bosque. Tal vez allí, encuentre alguna presa…

Bou-Hyahia aprobó esta idea en unos términos de una excesiva adulación como sólo los árabes saben hacer.

Después de haber rodeado el monte, nos encontramos en una enorme pradera y pudimos ver, a la sombra de los árboles, unos grupos de árabes vestidos con un gran refinamiento. Se divertían rodando sobre esa hermosa alfombra verde. Cuando nos vieron, parecieron muy contrariados, como si ese encantador rincón fuese de su propiedad, de ellos únicamente, nada más que para su diversión.

Bou-Hyahia nos dijo que esas personas eran árabes ricos que vivían en unos pueblos sobre las cimas y que, cuando hacía mucho calor, descendían a la tarde para tomar el fresco cerca de la rivera a la sombra de los árboles, con unas mujeres para distraerse, y él nos hizo comprender que en sus diversiones no guardaban ninguna reserva.

— Si ustedes quieren, señores, — añadió – vamos a tumbarnos un poco allí, bajo el bosque, durante un rato, pues yo no he esperado nunca diez minutos.

Bou-Hyahia pronunciaba estas palabras con el tono de una oración que dejaba comprender todo el placer que tendría si se accedía a su sugerencia… Pero mi señor, como si no le hubiese oído, remontó la rivera, indicándome la multitud de raíces y de laureles que se alimentaban en esa hermosa agua clara y que al mismo tiempo eran depositarias del germen de la fiebre.

Después de haber caminado quinientos o seiscientos metros sobre nuestra derecha, nos encontramos un sendero árabe tortuoso, pero muy bonito, que conducía al bosque, según nos dijo nuestro guía. Lo tomamos; más o menos a medio camino, hicimos un alto (pues la pendiente era empinada); nos sentamos sobre un pequeño talud. Pasaron ante nosotros algunos pájaros del país. Mi señor disparó, pero no abatió nada; más adelante volvió a disparar, con la misma fortuna:

— Esto no es posible – dijo – este fusil debe tener algún defecto.

Y para comprobarlo disparó a un aloe. En efecto, encontramos únicamente algunos granos de plomo esparcidos por las hojas de la planta. Era un fusil nuevo de percusión que mi señor había comprado para ir a cazar la pantera; me pasó entonces el arma defectuosa y, frunciendo las cejas, envió una maldición al armador poco escrupuloso que se lo había vendido… Le entregué su viejo fusil que era más pesado, pero con el que abatió una pieza en cada disparo.

Cuando llegamos a la frondosidad del bosque, en lo alto, el sol desparecía en el horizonte, bien lejos, detrás de los pueblos árabes. Estos pueblos situados en las cimas de una serie de pequeñas montañas, parecían pertenecer más al cielo, al espacio, que a la tierra. El señor me lo hizo notar, diciéndome:

— ¡Que bien se debe vivir allí aislado, casi totalmente solo, cuando se está ya acostumbrado!

Bou-Hyahia dijo:

— Sí, señor, aparte del gran calor, esos pequeños montes son muy sanos, el aire allí es muy puro…

Luego, seguimos caminando por un estrecho camino bajo el bosque, a la sombra de grandes árboles tupidos que formaban una bóveda, encontrándose allí una frescura muy agradable…

Nuestro guía caminaba de prisa y quiso hacernos ver el mausoleo de un árabe de alta alcurnia, que fue Santo y el gobernador de este país en tiempos pasados.

La noche caía cuando llegamos a la tumba del santón, que nos había descrito Bou-Hyahia; nos relató todos los milagros hechos por este Santo de Mahoma, lo que interesaba poco a mi señor. Conviene decir que su historia se repetía casi siempre y seguramente, después de todo lo que nos dijo nuestro guía, el más claro de los milagros que hizo su famoso Santo, fue el saber hacer salir las pobres economías del monedero de unos pobres paisanos, mediante sus sutilezas y marrullerías.

Esto revolvió a mi señor:

— Sí, — exclamó – eso está bien; sea cual sea el país y cual sea la religión, siempre es la misma cosa; siempre es el interés lo que guía todo. Esas religiones me producen nauseas, pero suprímalas y se las reemplazará por otras llegándose al mismo resultado. ¿Ha leído usted a Voltaire, François?

—No, señor.

— Pues bien, lo que nos dice Bou-Hyahia de su santón me hace pensar en Voltaire. Después de haber denigrado todas las religiones, y a la católica en particular, fue expulsado de Francia; iba a fundar una pequeña comuna llamada Ferney, cerca de la frontera suiza, y, sin ningún recurso, supo, gracias a su ingenio – de santón, si usted quiere – hacerse unas rentas con la credulidad de los pobres paisanos del lugar y viviendo bien a su costa, cómodamente. Acabó sus días agradablemente en un castillo que hizo construir con los escudos que le daban los católicos.

Al día siguiente fuimos a fotografiar la tumba de Bou-Mahoma.

Bou-Hyahia aprovechó para hacernos pasar por unas guaridas de jabalíes; estábamos armados, pero ningún animal mostró su hocico, para gran decepción de mi señor y de nuestro guía, pues este último tendría un suplemento en la paga, si hubiese llegado a hacer batir uno a su generoso cliente.

Poco satisfecho del resultado de esta cura, dejamos Hammam-Righa y, después de haber pasado dos días en Argel, (el tiempo de tomar diferentes cosas, entre otras unas botas de cuero de Rusia, que mi señor debía recibir en Theniet-et-Haad para la caza de la pantera) salimos para Túnez. Se le dijo al señor que el clima era allí más húmedo y menos enervante que en Argelia.

Tomamos forzosamente el primer tren a las seis de la mañana. Era el único. El señor de Maupassant estaba en la portezuela para ver el sol elevarse sobre el mar; estábamos solos en nuestro compartimiento. Echó una ojeada al camino del cementerio árabe y del jardín de Hussein-Dey, donde, sobre las barreras, se percibían unos monos enormes.

— ¡Que feos son, horribles!— dijo.

El tren se detenía en todas las estaciones, y marchaba con una lentitud de tortuga; se creería estar dando un paseo en

coche; se podía mirar el paisaje tranquilamente; se pasaba entre altas montañas, luego súbitamente se oía un ruido infernal.

— Pasamos las *Portes de Fer*, — me dijo el señor— y estamos ahora en Kabilia, país que he recorrido a caballo, hace ya algunos años y que me ha dejado unos recuerdos muy extraños… ¿Sabe usted que el kabilo es absolutamente diferente del árabe de Argel? Del mismo modo que éste último es perezoso, el kabilo es audaz y muy puesto en negocios, es necesario verle en su casa a ese espabilado; es capaz de sacar algunos puntos a nuestros más finos normandos.

Vimos desfilar una pequeña estación, luego un coqueto pueblo, formado por algunas casas. Un poco por todas partes, unos eucaliptos arrojan una alegre nota en este valle.

— Es *Thiers* – me dijo el señor de Maupassant; el pueblo es pequeño, como el hombre del que lleva el nombre. Pero que pensador era ese hombre. ¡Que dosis enorme de trabajo podía tener! ¡Cuando se piensa en ese penoso momento de la paz de 1871!

El rostro del señor se volvió púrpura, como todas las veces en las que la conversación le recordaba a los prusianos, algo se despertaba en él…

Se tumbó y cerró los ojos; parecía querer dormir, para no pensar más en las cosas lamentables de 1870, que hacían sangrar su corazón de patriota… De este modo, los ojos cerrados, se puso a hablar, haciéndome la descripción de un interior kabylo, reviviendo las escenas inolvidables que él ha descrito tan bien en el volumen *Au Soleil.*

Hacia las tres, llegamos a Soukahras. Después de haber subido con dificultad pero con rapidez la rampa de cuatrocientos cincuenta metros, se cambió la maquina especialmente afectada por la subida en los tramos de Duvivier a esta última localidad. Durante esta detención, caminando a lo largo de las avenidas, el señor me hizo notar que este país era

nuevo, que la vía férrea era reciente. Luego se detuvo y no pudo retener una crisis de éxtasis:

— ¡Qué hermoso! ¡Que maravilla de horizonte! ¡Es esplendido, y que cielo! ¡Está totalmente rojo, vea!

Teníamos el sol detrás. El señor de Maupassant se puso a nombrarme todos los colores que teníamos ante los ojos, después la profundidad del cielo hasta el infinito del horizonte, que se perdía muy lejos en unas ondulaciones del terreno… Acabó por la enumeración de los diferentes matices que flotaban más cerca de nosotros, encima de los campos de viñedos. Estos colores variaban según la viña estuviese todavía verde o que hubiese tomado su traje de invierno, de un rojo apagado y oxidado.

Mi señor estaba arrobado ante ese magnífico horizonte; habría querido hacerme comprender y participar de sus sutiles impresiones ya que no dejaba de explicarme el sublime espectáculo:

— Mire, François, para ver y distinguir bien, es necesario tener la vista hecha a ello para esto, cuando se mira hay que percibir todo; no contentarse nunca con una aproximación; dar tiempo a la vista para definir bien, para seguir de algún modo esas cosas que apenas se ven, y eso no se consigue más que con un ejercicio largo y paciente, llegándose de este modo a tomar en sus ojos todo aquello de lo que son capaces. Incluso los mejores artistas deben de esforzarse, esforzarse mucho para formar la vista, para ser verdaderamente bueno.

Finalmente tomó su pequeño bloc verde y en él escribió tres notas, las únicas que le he visto tomar en diez años; él escribía siempre de memoria, y no necesitaba nunca mucho tiempo; su prodigiosa memoria le ha servido mucho.

CAPÍTULO IX

NOVIEMBRE DE 1887 A 5 DE ENERO DE 1888

En Tunicia. – Los baños turcos. – Éxito en el círculo de oficiales. – Viaje a Kairouan a gran velocidad. – Instalación en Tunez, avenida de la Marina. – El fuego inspirador. – El buen trabajo del masajista negro. – Sobre las ruinas de Cartago. – Las escapadas de Tahya. – ¿Macarrones a la italiana? – La gorda tunecina. – Tahya tiene el mal de mar.

Túnez, noviembre. Nuestra primera mañana la ocupamos en visitar los antiguos baños romanos de Hammam-Lif a cuatro kilómetros de Túnez.

— Esas fuentes de agua caliente tuvieron un cierto renombre en los tiempos antiguos; — me dijo mi señor – pero según lo que oí decir hoy, habrían perdido muchas de sus propiedades de antaño. Tal vez los minerales, sobre los que ellas se filtraban en el interior de la tierra, se agotaron, es muy posible. Finalmente fuimos a ver cual era ese género de establecimiento.

Mientras el señor me contaba esto, atravesamos unos grandes campos donde más de cuarenta parejas de bueyes arrastraban unos arados, que removían una tierra generosa y muy oscura, casi negra; era la tierra más rica en nutrientes necesarios para la vegetación. Los numerosos labradores trabajaban por grupo de tres o cuatro arreos; se seguían, pareciendo uno solo, tanto eran semejantes y regulares en su marcha, a lo largo del surco, que les conducía muy lejos, hasta donde alcanzaba la vista, tan lejos que a esta distancia nos parecían como unos diminutos insectos.

A nuestra izquierda, casi a orillas del lago, vimos grandes muros blancos. Mi señor consultó a su guía y dijo:

— Esos son los edificios de la granja del señor Brolmann.

Continuamos siempre por el mismo camino; un poco más lejos llegamos a un paso a nivel de la vía férrea, donde los raíles estaban cubiertos de herrumbre. Mi señor me dijo:

— He aquí el comienzo de una vía que no va actualmente más que hasta Hammam-Lif, pero próximamente debe continuar hacia el interior de la provincia.

Después de un cuarto de hora de marcha, llegamos en frente a un viejo edificio que formaba un cuadrado bastante grande, pero que estaba en muy mal estado; las ventanas eran muy pequeñas, las tenía redondas y cuadradas y todas estaban protegidas con rejas de hierro. Parecía una prisión o una antigua fortaleza. Dos niños sucios, en andrajos, jugaban en un sombrío corredor; era en la entrada de este extraño inmueble. Una piedra gris, elevada más de cincuenta centímetros, formaba el umbral, de modo que era necesario levantar las piernas muy arriba para franquearla.

Cuando llegó a esa entrada, mi señor preguntó al mayor de los bribones. Aquél, que comprendía muy bien el francés, fue a llamar a la encargada de los baños turcos. Era una mujer muy alta, de un aspecto moreno, con unas caderas muy pronunciadas. Acercándose a nosotros, se ciño a su cuerpo un delantal a rayas, rosa y rojo, y muy afable nos dijo:

— Si ustedes desean ver los baños, caballeros, vengan por aquí, por favor.

La seguimos; por unos corredores negros y estrechos, llegamos a la sala de los baños…

— ¿Esto es todo lo que usted tiene? – le dijo mi señor.

—Sí, — respondió ella.

Mi señor le dio las gracias muy efusivamente y ésta nos condujo hasta la salida. Afortunadamente, porque nunca hubiésemos encontrado solos el camino.

Ya fuera, el señor se puso a respirar muy fuerte, aspirando el aire y mirando a lo lejos con tenacidad, como

alguien que había estado privado de aire y de luz después de mucho tiempo.

— ¿No encuentra usted repugnante lo que acabamos de ver?— me preguntó— Es una porquería y de un aspecto espantoso. Esas bañeras, que parecían estar en unos sarcófagos, están mermadas y cascadas. Tienen la profundidad justa para recibir un cuerpo humano. Luego, esa especie de sillas, alumbradas por ese pequeño ojo de buey, me hace pensar en los viejos calabozos. ¡Oh!, no, mi buena señora, yo no seré su cliente, usted no me verá aquí nunca…

» Esa mujer era una maltesa, de un tipo interesante, no me molestó haberla visto.

Después de atravesar el paso a nivel, nos cruzamos con una calesa 1830. El señor de Maupassant reconoció en el interior al hijo del bey de Túnez. Caminamos entonces muy aprisa, como personas que ya han perdido demasiado tiempo. Apenas tuvimos ocasión de notar en la entrada de la ciudad, una gran puerta abierta en pleno cielo, al lado de la que yacían unos montículos de tierra, que eran, parece ser, lo que quedaba de unas fortificaciones. Pasó un árbol, estaba desnudo, seco y triste.

El mismo día, hacia las siete de la tarde, mi señor me dijo:

— Prepáreme enseguida mi maleta, con lo necesario para un viaje de ocho a diez días; me ha surgido una ocasión, una oportunidad inesperada. Estos son los hechos: He ido al círculo de oficiales y tuve unas palabras con varios de ellos. Tras las primeras palabras intercambiadas, uno de ellos me dijo: « ¡Qué felices estamos de verlo y que buena estrella trae usted hoy entre nosotros! ». Y añadió: « Espere. Corro a ver si hay todavía tiempo.» Tomó su casaca y se ausentó un cuarto de hora. Durante ese tiempo, yo continúe charlando de las costumbres tunecinas y también de París. Cuando regresó, muy alegre, me dijo: «Aquí esta, señor de Maupassant, lo que me

hace feliz ofrecerle, en nombre del director del banco de Túnez; ¿quiere acompañarle en un viaje en coche que él va a hacer a través de Tunicia hasta Kairouan, donde va a visitar las granjas de Lanfida, granjas que, sin duda, usted nunca ha visto? Debía partir hoy, pero si usted acepta su invitación, demorará su marcha hasta mañana por la mañana a las nueve. Serán ustedes cuatro; el director estará acompañado de dos secretarios del banco, ambos antiguos oficiales que formaron parte de la expedición francesas a esta hermosa tierra de Tunicia de la que, estoy persuadido, sabrá inspirarle unas páginas más bellas todavía que las que usted ha escrito sobre Argelia en su volumen *Au Soleil*.»

¡Acepté!...

Y en todas las personas que me rodeaban pude advertir la alegría de haber recibido mi visita. ¡La vida es tan monótona, lejos del corazón de Francia! Entiendo el placer que experimentaron durante algunos instantes con un escritor que les había divertido varias veces con sus cuentos y relatos. De pronto me reí interiormente, pues acababa de darme cuenta que, sin duda, ellos hacían corro a mi alrededor, como se suele hacer en un salón mundano, ante una belleza muy admirada... En ese momento un tierno orgullo me invadió, ¡Qué encantadores resultaban todos y que buenos franceses se veían en sus rostros! Por fin me senté y la conversación continúo, muy interesante, pero de lo más sencillo, pasando revista a los escritores actuales. Pude comprobar que la mayoría de esos soldados eran admiradores de Paul Bourget.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, un coche estaba ante la puerta del hotel; cuatro caballeros estaban en su interior.

Tenían unos grandes abrigos de cuello alto y sombreros flexibles de color gris claro. Uno de esos hombres era mi señor,

y, sin que yo percibiese ningún movimiento dentro del coche, los dos enormes caballos salieron a gran velocidad transportando, hacia las montañas de Numidia, al hijo literario de Flaubert quién supo por la magia de su talento evocar en *Salammbô* todo el prestigioso pasado, todo el esplendor de ese país.

Diciembre. El señor de Maupassant ya regresó. Estaba encantado de su viaje; la gran mezquita de Kairouan le interesó mucho, además su regreso por mar desde Sfax a Sousse le resultó muy agradable.

— Me congratulo – me dijo – de la inspiración que he tenido antes de mi partida encargándole a usted que leyera las cartas de mi madre; por los resúmenes telegráficos que me ha enviado, he tenido noticias suyas tan regularmente como si estuviese aquí.

Yo informé a mi señor que había descubierto en Túnez, en la parte nueva de la ciudad, un baño turco con muy buenas instalaciones, con duchas y baños de vapor, todo muy bien dispuesto. El pareció muy contento:

— Esa es una buena noticia. Y ahora necesito un apartamento, ya que no podré trabajar en este hotel. Evidentemente no quiero, a ningún precio, habitar en la ciudad árabe. Entonces, vea lo que puede encontrar en la ciudad francesa.

Después de muchas búsquedas, al fin pude encontrar, por intermediación de un judío, un alojamiento conveniente en la avenida de la Marina; era justamente lo que nos hacía falta. Pero la primera noche, mi señor tuvo frío. Aquí, el caso se volvió embarazoso; no había chimenea, no más que en el resto de todos los apartamentos que habíamos visitado. El señor se mostró muy contrariado:

—Piense, François, que ahí, bajo esta terraza, no hace calor, la humedad de la noche me cae en la cabeza.

Comprendía que quería fuego a cualquier precio; entonces le dije:

— Son las siete y media, en dos horas habrá aquí un buen fuego en el comedor.

En efecto, antes de las diez, una estufa zumbaba en el lugar indicado, y, como una pequeña máquina de vapor, arrojaba su humo por encima de la terraza.

Pasaron algunos días. Mi señor parecía contento. Un día, almorzando, alabó mucho el establecimiento de los baños:

— Sus duchas están muy bien aplicadas. Ayer, tomé un baño de vapor excelente, seguido de masaje. Ese masajista negro es extraordinario, con una fuerza increíble, estilo Kakléter. Te gira y vuelve a girar sobre la mesa, como si fueras un niño pequeño. Hace unos juegos con los miembros que parece que te los va a desencajar, con una suavidad perfecta, sin hacerte ningún daño; para acabar, salta sobre la mesa, te toma las piernas y te desliza su talón a lo largo de la espina dorsal, luego te deposita sobre la mesa como a un conejo al que se le ha hecho pasar a otra vida sin tránsito mediante esta operación.

»Después de esta sesión, fui a ver al director del establecimiento, pues, se lo confieso, estaba un poco asustado. Pero él me ha tranquilizado absolutamente, dándome unos detalles muy precisos sobre ese masajista negro. Por otro lado, jamás he encontrado ningún masajista que se le iguale.

17 de diciembre. Mi señor se dedicó muy seriamente a trabajar; la estufa cumplía su cometido.

18 de diciembre. El señor de Maupassant me dijo:

— Despiérteme mañana a las cinco. Voy al hospital a ver al médico jefe, el doctor Charvot, que va a amputar la pierna a un infeliz, el cual debe, diez días más tarde, caminar sobre el muñón con una pierna de madera. Si creo al doctor, parece que

va a poner su pierna en una solución que lo curará en un plazo muy breve.

Hacia las nueve, el señor me pidió agua para proceder a su aseo:

— No me siento predispuesto para trabajar esta mañana. Voy a salir un poco a tomar el aire. No puede usted hacerse una idea de ese hospital: ¡es un auténtico osario humano en descomposición, es un horror!... o más bien todos los horrores reunidos, ¡y una vergüenza! Fuera, alrededor de los muros, hay muertos y moros, envueltos en unos pésimos andrajos; me dijeron que eran árabes a los que no han podido admitir por falta de plazas. Dos veces por semana, se pasa a reconocer a aquellos que han dejado de vivir, se les arroja en una caja y se les sepulta en un lugar determinado.

Almorzando, el señor de Maupassant me miró y me dijo:

—Pero usted, François, parece que se encuentra mal.

—Si, tengo siempre mal el estómago y el sueño muy agitado – le respondí.

—Bien, si usted quiere, esta tarde, lo llevaré a Cartago en coche; vendrá nuestra perra Tahya[1], la dejaremos correr, eso le hará bien.

Cuando nuestro coche hubo partido, la perra parecía feliz, dando brincos. Pero apenas llegamos a un cuarto de hora de las puertas de la ciudad, percibió un rebaño de corderos. Se puso a huir con toda la velocidad de sus patas. El señor, sorprendido, me hizo notar que corría más rápido que el tren italiano que iba hacia la Goulette.

Cartago supuso una auténtica decepción para mi señor; no existe nada más que vestigios de muros y unas piedras en desorden en el suelo. Algunas briznas de hierba asomaban entre los guijarros.

[1] Perra de la raza de los sloughis, lebreles árabes.

Ni el menor vestigio del palacio de Salammbô, ni el emplazamiento del bosque de sicomoros, ni el campo de rosas. Ahora no era más que una planicie… Mi señor no hablaba, su espíritu estaba absorto sin duda por los sucesos de los que ese lugar fue teatro. Tal vez evocaba a Salammbô sufriendo bajo la influencia de Tânit, viendo su llegada bajo la tienda de Mathô, y la sorpresa del bárbaro…

—En fin—exclamó—Aunque nada subsiste, se tiene la ilusión de sentir todavía el aire cargado de perfumes de los limoneros y los cipreses…

Luego, dirigiendo su mirada a lo lejos, sobre el mar azul, añadió:

—… ¡Estaba lejos la isla imaginaria que Mathô, en su delirio de amor, ofrecía a Salammbô, después de haberle destrozado su cadenita simbólica!...

De regreso hacia Túnez, nos cruzamos en el camino, con un asno engalanado con un cordel de cascabeles y dos ciclistas árabes:

— El primero – dijo mi señor— es muy parecido al que Flaubert describió en *Salammbô*, lleva al cuello las insignias de los afortunados en la guerra… los segundos asombrarían mucho a los cartagineses…

Tres días más tarde, el doctor Charvot, que había regalado Tahya a mi maestro, le acompañaba, diciéndole que había sido encontrada en Bizerte por un pintor de la ciudad, y que la había devuelto pero que no era su primera escapada.

El señor decidió dejarla en la terraza de la casa donde el animal podría caminar, y también para habituarla a reconocer su vivienda. No había pasado una hora cuando oí llamar bajo la escalera. Era una vecina que me pedía que recogiese a nuestra perra en su casa. Tahya, en un brinco formidable, había franqueado los muros que separaban las dos casas, y descendió por una pequeña escalera que conducía a la cocina de esta dama, atraída sin duda por el olor del guiso que ésta preparaba.

Se decidió entonces atarla, pero el señor renunció pronto, pues se oponía con toda la fuerza de su espíritu vagabundo. Si hubiésemos insistido, probablemente nos hubiera mordido; la dejamos pues hacer su voluntad; se producían varias ausencias; al cabo de algunos días volvía, un poco avergonzada en un primer momento, pero enseguida se olvidaba, esperando la siguiente escapada. Hacía justicia a su raza.

Veintitrés de diciembre. El señor de Maupassant trabajaba cada vez más. Yo advertí como aumentaban las páginas escritas; las conté, había escrito treinta y siete páginas de papel de cuaderno escolar en una jornada. Se lo hice notar diciéndole que era mucho, y que podría ser perjudicial para su mente. Mi reflexión le hizo sonreír y replicó:

— No, no, eso no me fatiga en absoluto; estas son descripciones de viaje que me vienen solas, sin buscarlas, mi memoria vale por dos plumas como la mía.

A pesar de esta dosis de trabajo, mi señor iba con frecuencia a almorzar al círculo de los oficiales, o bien algunos de esos caballeros venían a casa.

Un día, me dijo:

— El jueves próximo tendré varios caballeros a almorzar; me gustaría que preparase unos macarrones a la italiana, hechos con esmero, pues sepa usted que el director del Banco es un antiguo ministro italiano. No lo sé con exactitud, pero creo que mató en duelo a varias personas en su país, lo que lo habría llevado a expatriarse. Recién llegado aquí, por venganza, creo, se pasó al lado de los franceses.

Los invitados llegaron el jueves; hice todos los esfuerzos posibles para satisfacer sus paladares, eligiendo carnes selectas, de ave, etc. Todo iba bien cuando llegué al comedor, llevando una ensaladera donde humeaba el macarrón: « ¡A la guerra como en la guerra! », me dije. No tenía legumbres. Pero mi señor no pensaba como yo; me hizo gestos para indicar que

dejase pasar desapercibido el incidente, diciéndole al director que ese no le parecía el buen macarrón del que tenía costumbre; sin embargo los caballeros repitieron tanto y tan generosamente, que no quedó más. Entonces el ex ministro de Victor-Emmanuel, dirigiéndose a mi señor, le dijo:

— Señor de Maupassant, el macarrón a la italiana bien preparado está seguramente muy bueno; pero este que acabamos de comer vale cien veces más, que sea o no a la francesa, poco importa, pero le aseguro que nunca he comido nada mejor.

Enseguida vi el rostro del señor tomar su buena expresión habitual. Mi ensaladera estaba excusada. Todo el mundo se dispuso a hablar de cocina. Esos caballeros tenían calor, no parecían aburrirse, la conversación se desarrollaba muy animadamente; al final de la cena, uno de los invitados exclamó:

— Si tenemos el placer de hacer una expedición juntos, le pedimos, querido señor, que lleve al hombre que ha hecho esta cena tan suculenta que acabamos de tener el honor de disfrutar en su mesa.

Y, sin dar tiempo a mi señor para responder, todos dijeron: — Sí, sí...

25 de diciembre. Unas mujeres judías paseaban muy elegantemente por la avenida de la Marine. Mirándolas, mi señor me preguntó si el guía me había mostrado la gorda tunecina, una de las ilustraciones del natural.

—Sí. — contesté.

— ¿La ha visto en persona? – insistió.

— Sí. – respondí de nuevo.

Entonces, dijo el señor:

— ¡Que monstruo, eh! Eso no es una bola, es una montaña de grasa. ¿Le ha hecho pasar también por la casa de la madre? – Me preguntó aún – ¡Que curiosa es esta madre que

tiene la casa abierta con sus dos propias hijas, y además, con un desahogo increíble! Pero, según lo que dice el guía, ese tipo de comercio es muy común aquí. ¡Que ciudad más curiosa con esas mezclas de raza y de costumbres!... Regresaremos más tarde allí a pasar algunos meses, pues quiero preparar una interesante novela basada en estas observaciones; será divertido escribirlo en un tono cómico.

6 de enero de 1888.

Llegó el día de nuestra marcha. La propietaria del apartamento acaba de hacer el inventario. Le dije que todo lo que habíamos comprado iba a quedarle, muebles, utensilios de cocina... Ella se sonrojó un poco, y me preguntó si sería indiscreto agradecérselo al señor de Maupassant. Yo se la presenté a mi señor, quién se inclinó cortésmente ante esa mujer, viuda de un oficial español; era muy bella...

Para el viaje a la estación, yo tenía mis dos porteadores, más un lavandero y un delegado del carnicero. Con los equipajes facturados, yo estaba pendiente de toda esa gente y mi señor estaba en medio de la sala, rodeado de una veintena de personas, tanto civiles como militares; varios oficiales querían acompañarle hasta el pequeño barco que salía de la Goulette para transportar a los viajeros a bordo del trasatlántico fondeado a lo ancho...

Ese paquebote que debía conducirnos a Marsella en treinta y seis horas era el *Moïse* Todos nuestros paquetes estaban en su lugar.... Mi señor hablaba con el capitán que se encontraba sobre la pasarela. A las seis de la tarde estábamos en alta mar, la tierra había desaparecido completamente. Por lo demás, comenzaba a anochecer, yo paseé por el puente; mi señor uniéndose a mí, me dijo:

— Esos oficiales, y esos compatriotas que viven en Túnez han tenido una gran amabilidad conmigo, que considero muy franca, pero que encuentro en ocasiones un poco

exagerada; olvidaba que se deben juzgar las situaciones en su contexto y que, lejos de Francia, está permitida un poco más de relajación. Sepa, François, que estamos sobre uno de los mejores navíos de la Compañía Trasatlántica. Según lo que acaba de confesarme el capitán, tiene plena confianza en su barco; parece ser que está construido mayoritariamente en madera, y navega muy bien.

Nos dirigimos a la proa del navío para ver como estaba la pobre Tahya, que tuvo que alojarse con sus congéneres según el reglamento. El pobre animal padecía ya el mal del mar; su hermoso hocico acababa de mancharse en algunas zonas en las deyecciones que había hecho; su cola, su tan bonita cola, que normalmente llevaba tan gallardamente, se arrastraba detrás de ella como un pingajo: Mi señor le habló, pero ella no parecía reconocerlo; la *sloughi* pagaba su tributo al mar.

La travesía fue tranquila, el mar se embraveció y nuestro bravo *Moïse*, no navegaba, pero cabeceaba seriamente. Todo el mundo debió dejar el puente, por orden superior. Mi señor me dijo:

— Puede acostarse, François, ya he hablado con el gerente del hotel, no olvidamos nada y, si usted está mareado, quédese acostado, es lo mejor que se puede hacer en ese caso.

Se lo agradecí. Apenas descendí hacia el camarote, fui presa del mismo mal que la pobre Tahya.

En Marsella, una vez en tierra, todo mi mal desapareció como por encantamiento. No ocurrió lo mismo con la pobre Tahya, que no se tenía sobre sus patas. También fue ella la primera en ser atendida en el hotel Noailles, donde nos alojamos.

CAPÍTULO X

ENERO – FEBRERO 1888

El *Zingara* convertida en *Bel-Ami*. – Navegación azarosa. – En Porquerolles. – Misteriosa aparición. – El exilio de una Casandra del segundo Imperio. – Extrañas confidencias sobre la sociedad de las Tullerías. – Curiosa previsión de las catástrofes del año terrible. – Navegando para Cannes sobre el *Bel-Ami*. – La significativa acogida de Tahya.

Estábamos muy confortablemente en el hotel de Noailles. Es cierto que hace años que mi señor se alojaba en él. Siempre le servía el mismo personal y tenía la costumbre de ocupar la misma habitación que daba a la esquina con vistas hacia la Cannebiére.

Cosa singular: en todas las ocasiones que estuvimos en ese hotel, veíamos siempre a un monseñor. Mi señor me hizo la siguiente observación:

— Cada vez que paso por aquí, hay una banda violeta sobre la alfombra. – Y una sonrisa de niño bueno acompañaba esas palabras.

El primer pensamiento de mi señor fue para el barco que había visto en su paso por aquí en octubre de 1887 y cuya adquisición le había tentado. Los marineros lo visitaron con él; Raymond, con un hacha, echo abajo una parte del maderamen del suelo; descendió a la cala, golpeó de nuevo en la membrana de ese yate, que devolvía un sonido quejumbroso, como si se le hiciese daño. Bernard también había bajado aprisa en ese hueco; subieron juntos. El señor pidió algunas informaciones al guardián, después de lo que, regresamos a la ciudad, a lo largo del barrio de la Fraternidad, donde los restaurantes populares, las tiendas de jabón y de bullabesa se mezclan. La etiqueta no miente, aquí está la fraternidad en acción, todo ese mundo bullicioso se tutea, el conjunto parecería quizás original,

sorprendente, sin uno no supiese que se encontraba en Marsella.

En el camino, los marineros manifestaron a mi señor que el barco estaba absolutamente sano y construido con la mejor madera que existe, el roble blanco de Escocia.

18 de enero. A las seis de la mañana, mi señor, Bernard, Raymond y yo estábamos en el viejo puerto de Marsella, a bordo del *Zíngara*, que, a partir de ese día, se llamaría *Bel-Ami*. El tiempo era dudoso, había un poco de agitación.

— Esto indica marejadilla —, dijo Bernard.

Se decidió no obstante hacerse a la mar…

Castillo de If. Echamos amarras; estábamos reducidos a nuestros propios medios para marchar. Fue izada la gran vela, luego un foque y la vela de artimón. Eso fue todo; no pudimos ocuparnos ni de la vela de flecha ni del gran foque. Una marejadilla muy grande sacudía nuestro pequeño navío, sin viento determinado.

Bernard decía:

— Prefiero una tempestad a esta brisa traicionera, en semejante mar. — Y enviaba una imprecación, pero el golfo de Lion no entendía a Bernard, continuando enviándonos grandes montañas de agua, que en ocasiones se oponían y golpeaban duro, estrellándose en los flancos y en el puente del *Bel-Ami.*

Mi señor tenía el timón y no parecía muy preocupado. Yo no sabría decir lo mismo de mi, pues, a pesar de lo ocupados que estábamos para hacer navegar el barco, me parecía que tenía frío, probablemente ocasionado por la impresión de este embravecido mar. El señor se dio cuenta:

— François, — dijo – tome un vaso de champán.

Se reconoció que era inútil tratar de franquear esas enormes olas, tomándose la decisión de navegar contra viento, entre la costa y las islas Jarre y Rion.

Acabamos de doblar la isla Mairé. Luego de una hora de navegación, tuvimos finalmente un poco de calma, cuando una niebla muy espesa nos sorprendió; estábamos en una oscuridad absoluta, apenas navegábamos, pues no sabíamos que teníamos delante del barco, partiendo una espuma blanca muy compacta. Hacia las diez y media, la niebla se disipó, pudiendo por fin percibir la bóveda del cielo. La corriente nos llevaba hacia la costa, cerca de la que había mucho peligro. Por falta de elementos, el *Bel-Ami* apenas se gobernaba. Bernard echaba pestes, Raymond profería insultos a todos los dioses de los mares. Mi señor mantenía siempre el timón con la misma tranquilidad…. Raymond descendió en el bote y nos tomó a su remolque, tirando firme con sus remos. Trataba de evitar la costa.

Mi señor pidió entonces a Bernard que tomase el timón, diciendo que descendía a descansar en el diván. Pero pedía que se le avisase cuando nos acercásemos a Cassis; quería volver a tomar el timón para la maniobra de entrada en ese pequeño puerto. Llegamos allí en una hora; dimos cuenta de nuestro primer almuerzo a bordo del *Bel-Ami*; creo que fue el mejor que jamás hicimos allí. Nuestro paseo nos había abierto desmesuradamente el apetito.

Por la tarde, mi señor fue a dar un paseo que le hiciese olvidar pronto los pequeños contratiempos de la mañana. Entró con un aspecto muy alegre diciendo:

— ¡Qué tiempo espléndido, los campos de siemprevivas, inundados de sol, están deslumbrantes!

Al día siguiente, al amanecer, el *Bel-Ami*, después de haber franqueado el estrecho canal de Cassis, avanzaba con resolución, con rumbo hacia alta mar. Llevaba muy buena velocidad, el tiempo se presagiaba bueno y teníamos una reconfortante brisa fresca. El tiempo no decepcionó y la jornada fue espléndida para nuestra navegación.

A las dos, el *Bel-Ami* estaba fondeado en el puerto de la pequeña bahía de Porquerolles. El señor de Maupassant en chaqueta, cubierto con un sombrero y armado de un bastón, partió de inmediato para explorar ese rincón de tierra perdida. Raymond y yo nos dedicamos a buscar agua dulce. En nuestro camino, advertí en un huerto unas coliflores magníficas; pregunté a la dueña si quería darme un par, lo que hizo de buen grado, y, muy contentos, como si hubiésemos hecho un encuentro inesperado, regresamos a bordo.

Entrando la tarde, mi señor se informó de nuestro paseo y nos preguntó si habíamos encontrado agua.

— Sí, — respondió Raymond – y mejor aún; François consiguió unas enormes coliflores, de leche y crema.

Bajé al salón. El señor me dijo:

— ¿Así que ha encontrado provisiones?

— Sí, señor.

— Pues bien, yo también, he encontrado un excelente tema para una crónica. ¡No me suceden más que cosas sorprendentes! He partido de aquí pronto con la intención de visitar esta isla. Bien lejos de esperar lo que he visto y apreciado, había ya caminado mucho, estaba a punto de regresar sobre mis pasos, en tanto los senderos son difíciles y poco frecuentados en la vertiente sur. Me dije a mi mismo: «Me gustaría ver allá abajo la orilla, en el extremo de este salvaje lugar.» Continué entonces mi camino por un sendero estrecho rodeado de arbustos voluminosos.

» ¡Cual no fue mi sorpresa, cuando vi venir hacia mí a una dama, en ese rincón deshabitado, casi inabordable! Continué avanzando, ella también; era demasiado alta, su vestimenta recordaba la época de 1830, aproximadamente. Yo me preguntaba si no estaba soñando. Cuando estuvo cerca de mi, me eché hacia la maleza para dejarla pasar, luego la saludé. Enseguida ella me dijo: « ¡Oh! ¡Señor, comprendo su sorpresa encontrando aquí, en un lugar tan aislado, una mujer sola!

Puedo decir que después de tantos años que vivo aquí, usted es el segundo parisino que veo. ¡No me diga que usted no es de Paris! Pues lo veo, lo siento, todo en usted me lo dice, aunque la moda haya cambiado después del tiempo en el que yo vivía en ese delicioso París.»

» Había dicho todo esto sin que yo pronunciase una sola palabra; añadió que le daría un gran placer si le decía mi nombre, lo que hice. « ¿Quiere usted, dijo ella, señor, venir por aquí? Encontraremos una ruta más larga, que conduce hacia el mar. » Caminamos juntos; ella retomó la palabra: «Estoy muy feliz de saber quién es usted; ¿querrá disculpar que no diga mi nombre? Por otra parte mi nombre no le diría nada. Lo que puede interesarle es el motivo por el que estoy aquí después de tantos años, sola, absolutamente sola, con mi criada, en medio de esta vegetación salvaje, de cara a esta inmensidad azul – ella me mostraba el mar— pero yo lo amo; las únicas distracciones que tengo vienen de él, el sonido que va y viene, los barcos que pasan. No lo tengo más que a él y a la bóveda celeste para las confidencias, jamás me canso de admirar las innumerables estrellas que se reflejan en ese inmenso e incomparablemente hermoso espejo. Para mí, nada más que para mí. Me complazco en esta posesión encontrando un poco de mi antigua vanidad. Este invierno, por ejemplo, mientras hacía mar gruesa, se oyeron aquí unos extraños ruidos; pero estoy acostumbrada y felizmente para mí desconozco el miedo.

Pero todo esto no le da la razón de mi presencia aquí. Pues bien, señor, es la siguiente:

Cuando Napoleón III reinaba sobre nuestra querida Francia, yo era una gran dama de París; mis relaciones y las de mi familia me permitieron ver de lejos las calamidades públicas que amenazaban mi querido país. Me puse en acción, tratando de abrir los ojos a los gobernantes; nadie me quiso escuchar; yo clamaba entonces más fuerte y escribía… Se me

arrestó… A pesar de todo, no pude detenerme; fui condenada al exilio.

He aquí mi historia, señor. Pero Napoleón, hombre de espíritu, de quién se haya podido decir, no tenía más que un defecto, era el estar enfermo, tenía siempre un guijarro que empujaba a otro.» Diciendo esto, hizo rodar con su pie unas pequeñas piedras que cubrían el camino en ese lugar. «Napoleón, continuó, conociendo mi amor por mi patria, determinó dejarme aquí, en tierra francesa, con una condición, que no dejara jamás estos lugares y no revelara a nadie mi nombre, no más que mi situación. Yo lo juré y debo respetar mi juramento.»

»A continuación comenzamos a hablar de la época del segundo Imperio. Los nombres que mencionaba frecuentemente eran Ricord, médico del emperador, Feuillet el escritor. Conocía mucho al señor Thiers y a Jules Simon. Cuando la dejé, la saludé con mucha deferencia, ella me ofreció su mano diciéndome: « Permítame estrechar la mano del gran escritor que es el señor de Maupassant.» Y muy bajo: « Si me atreviese, le preguntaría si su *Bel Ami* continúa todavía con su gran éxito…»

»Podía tener unos cincuenta y cinco años y ha debido ser muy bonita, su figura ha conservado mucho de su carácter.

El 21, a las nueve de la mañana hicimos la maniobra para salir del puerto de Porquerolles. La cosa se puso mal, la brisa no era lo suficientemente fuerte, las velas del *Bel-Ami* no eran lo bastante grandes y estaban, además, en mal estado. Finalmente, todo este cúmulo de circunstancias, hacía que el barco no obedeciese, no abatía, como dicen los marineros, y estaba muy cerca de tocar las rocas que bordean esa bahía.

Bernard me puso entonces un bichero en la mano con las instrucciones para utilizarlo. Yo empujaba con todas mis fuerzas con esta pesada pértiga, pero eso no cambiaba gran

cosa la posición del barco, por fin un viento de tierra vino en nuestro auxilio; entonces totalmente solo, el *Bel-Ami* se puso en camino. Mi señor tenía el timón, pero no decía palabra. Bernard tenía toda la responsabilidad de la maniobra en los momentos difíciles.

Una vez efectuada la maniobra de salida, navegamos hacia alta mar. A cinco millas mar adentro, tomamos dirección hacia Cannes, tanto como el viento nos lo permitía y siempre en andanadas, donde debíamos detenernos, sin tocar ningún otro puerto.

Pasamos el cabo Venta, las islas de Port-Cros y del Levant; Bernard nos relacionó, a su paso, los nombres de todas esas bahías, puertos, islas y cabos; parecía conocer admirablemente la costa. El señor lo verificaba sobre su mapa y era muy exacto. Halagado por esta aprobación, Bernard procedió a nombrar todos los cabos por los que íbamos a pasar: cabo Négre, bahía de Cavalaire, cabo Lardier, torre de Cabaret, Saint Tropez. Detrás de los montes de los Maures, nos hizo también advertir sobre la costa una roca que tiene la forma de un pico de águila enorme. «Eso, dijo, es un excelente punto de referencia para los marinos…»

El día y la noche no fueron demasiado malos, habíamos recorrido bastante camino; el segundo día tuvimos un viento ideal para la marcha del *Bel-Ami*; la segunda noche, hacia la una y media, brillaba Saint-Raphael y, tres cuartos de hora más tarde, percibimos a lo lejos y muy bajo el pequeño fuego de la bella bahía de Agay…

Raymond dijo entonces:

— Hacia las cuatro y media, señor de Maupassant, estaremos en Cannes.

Apenas diez minutos después, Bernard dijo:

— Maldita señal, señor de Maupassant, el viento nos deja y una marejadilla parece llegarnos del golfo de Gênes.

Bernard fue entonces a la proa del barco, bajándose, y colocando las manos debajo de sus ojos; luego, al cabo de un momento, declaró que el mar estaba comenzando a endurecerse. Por lo demás, comenzamos a percibir que el *Bel-Ami* danzaba ya de un bonito modo.

Ante este contratiempo, se decidió entrar en la bahía de Agay. La maniobra fue dirigida desde ese costado. Creo que estábamos apenas a una milla de la entrada de la bahía, no podría decirlo con exactitud, pues estábamos muy atareados, además la luz, durante la noche, confunde incluso las vistas más ejercitadas, y en ese momento los marineros, no más que mi señor, no se sentían seguros de que saliese bien la entrada en la rada…

Raymond fue muy sereno en ese momento.

—En este caso – dijo, o más bien exclamó— Cabo a la mar.

La maniobra fue enseguida realizada, y un pequeño viento del golfo sirvió al *Bel-Ami* para retomar un poco la dirección, allí donde el viento moría.

Pero la marejadilla crecía cada vez más, formándose altas montañas de agua, luego cavando pozos en los que el barco descendía, pareciendo creer que no podría remontarlos. Pero Bernard decía:

— No es malo este barco; no se deja sorprender; corta la ola como un león el peñasco.

Hacia las diez nuestra situación se agravaba todavía, pasamos un mal momento; no sabíamos donde poner nuestra atención; cantidad de cuerdas y de hilos habían cedido, no había más que la gran vela sobre el barco; los balanceos, con esas resacas terribles, habían hecho saltar las amarras del palo. Se reparaba lo que se podía, pero no se había acabado un lado cuando cedía el otro. Todas las cuerdas de la gran vela estaban atadas tanto junto a la borda que al pie de la arboladura. Es ese

momento yo pensaba en Tahya. Ella había partido para Cannes, tranquilamente en un compartimiento caliente.

Bebimos varias veces champán, teníamos necesidad; mi señor bebía té. Siempre manteniendo el timón; no parecía desmoronado del todo; Al más fuerte de nuestros lamentos, él nos decía algunas palabras reconfortantes, luego añadía:

— Mire usted, en el mar hace falta siempre esperar muchos imprevistos.

A las tres de la tarde, una mejoría se manifestó, la marejada se fue desvaneciendo, cesando en sus movimientos entrecortados; nuestro desplazamiento desde las dos de la mañana era poco más o menos de dos millas, finalmente suavemente, hacia las cuatro, un pequeño viento se levantó; no teníamos entonces bastantes brazos para izar las velas. Se utilizó todo, hasta el último trozo de tela… A las siete, el *Bel-Ami* estaba anclado en el puerto de Cannes; tenía a su lado el *Ville-de-Marseille*, que sería a menudo su vecino de puerto.

Esa misma noche, estábamos ante el apartamento que la señora de Maupassant había hecho instalar para su hijo y para ella en la villa Continentale. Tahya nos esperaba en la puerta como si dudase de nuestra llegada; hizo muchas carantoñas a su dueño, saltando alrededor de él. Pero el señor iba derecho hacia su madre que estaba en el vestíbulo y le dio dos sonoros besos, preguntándole:

— ¿Cómo estás?

—Demasiado mal, de momento, ¿Y tu, mi querido niño? – respondió la señora.

Pero Tahya no estaba contenta y continuaba queriendo obligar a mi señor a ocuparse de ella, abriendo su boca muy grande y dejaba oír unos gemidos singulares que le venían del fondo de la garganta. Había de todo en sus quejidos, desde ruego hasta cólera; por momentos, se habría dicho un instrumento de música desconocido, el lenguaje de algún

pueblo salvaje de ese desierto, donde había nacido esa tierna Tahya. Yo me decía: « Tal vez ella hable al señor el idioma que ella ha oído en su infancia, más allá de los mares de arena.» Por fin él se ocupó; no era más que cuestión de tiempo, pues no sábía si no se volvería agresiva…

Toda la noche, en mi cama, continuaba soportando el balanceo, teniendo absolutamente la misma sensación que si estuviese todavía sobre el puente del yate.

Desde el día siguiente, mi señor se citó con el constructor de Antibes, y fue decidido que se carenaría en curva el *Bel-Ami*, que se le lastraría fuertemente y que un velamen nuevo sería inmediatamente encargado en Inglaterra, a la casa Livton, la primera del mundo, según parece. Este velamen debía ser más grande y sobre todo fuerte en foques, más desarrollado.

CAPÍTULO XI

FEBRERO 1888 – FEBRERO 1889

Tahya y Pussy son puestos en presencia en la calle Montchanin. – Una cena en casa de Dumas hijo. – Enigmática desaparición de un antiguo objeto de marfil sustituido por un retrato de mujer. – Regreso a Cannes. – El *Bel-Ami* en dique seco. – Nobles confesiones de un artista que «lucha en ocasiones para no pensar más». – Recuerdos íntimos de Flaubert. – En la batalla de flores el señor de Maupassant triunfa sobre el duque de Chartres. – El general A… cuenta su última carga en 1870. – Eran unas damas imponentes… — En la casa Waldeck—Rousseau. – Duelo frustrado— En Aix-les-Bains. – La vocación de soltería de Maupassant decidida en la montaña. – Un barón inglés quiere conocer la verdadera *Maison Tellier* y la fina flor del espíritu francés. – Muebles antiguos, viejos amigos. — François confundido con los títulos de nobleza. – Cena aristocrática. – Se habla allí…filología y la Sra. de Maupassant muestra su erudición. – Aparece *Fort comme la mort*. – Los jóvenes hacen cola en casa del autor. – Regalo de muñecas al escritor. – Un médico normando ha modelado su cerebro.

Diez días más tarde regresamos a París, calle Montchanin, donde encontramos todos nuestros paquetes de África, y a Pussy, tan curiosa como lo era su madre. Su nariz pasó revista a todos los objetos con minuciosidad, tomándose su tiempo; fue una inspección en toda regla… El señor reconoció todo, no faltaba nada, estaba perfecto… Se depositó en el salón la gran alfombra de lana de Kairouan; las otras, se dispersaron un poco por todas partes. Mi señor estaba satisfecho del efecto de sus alfombras y se felicitaba por su adquisición…

¡Que cambio de temperatura! Nevaba y hacía frío; esto parecía penoso cuando acabábamos de dejar el país del sol. También Tahya no pedía salir; había elegido la alfombra más

mullida y se extendía allí. Pussy la pinchaba y le saltaba sobre la espalda, pero ella no quería moverse. El señor estaba con ellas en el salón; estaba sentado en su trineo, que yo rodeé de mesas, clasificando el trabajo de su viaje y preparando otro.

El 2 de febrero, el señor de Maupassant me dijo:

— Esta noche, ceno en casa del señor Dumas hijo; me ha escrito una encantadora carta, casi demasiado amable. Yo diría incluso que creo que trata de oírme contar las impresiones de mi viaje.

Al día siguiente, mi señor me habló de su velada:

— ¡Que divertido es este Dumas en su franqueza! Dijo a su esposa en la puerta del salón: «Entra, querida, entra, porque voy a besar a Marie en la antecámara.» Marie es su amiga, y pasó tal y como él había dicho.

Con la mayor naturalidad del mundo, mi señor iba a seguir contándome, cuando bruscamente cambió de conversación:

— Voy a regalar a Tahya. Aquí se aburre, no tiene suficiente espacio, mientras que a donde se va a ir, hay un gran patio y caballos. Esto la distraerá; debe encontrar este país muy frío cuando sale a la calle, a pesar de su piel… ¡Ah! ¡Me he comprado un abrigo! Me lo entregarán mañana, ya que había que hacerle un pequeño retoque. Le pido, François, que disponga a tiempo el que salga mi aparato de ducha para Cannes. Le aviso también que el jueves tendré invitados a cenar. Seremos dieciséis; haga una buena cena, mollejas de ternera si puede.

Sobre uno de los paneles del salón, mi señor colocó una bella acuarela de Leloir representando unos personajes disfrazados en la comisaría de policía; a la derecha, sobre el mismo panel, dos miniaturas antiguas de sus antepasados; debajo un encantador escritorio estilo Luis XV, sobre el que se apoyaban un viejo jarrón chino y un objeto antiguo muy hermoso, cuyo trabajo era de una exquisita finura. Este objeto

representaba la coronación del rey Clovis por san Remy en la catedral de Reims.

Una mañana quedé estupefacto; ese bello objeto había sido reemplazado por un retrato de mujer. Mi decepción era tan grande que ni me fijé si era bella o fea. ¡Ya no tendría más el placer de contemplar esa hermosa filigrana, donde cada personaje estaba tan bien logrado y tan bien en su lugar! Los personajes eran pequeños, pero de una calidad perfecta, la pátina completaba la belleza de esta obra de arte, y ¡había desaparecido sin duda para siempre! Yo estaba desolado. Interiormente me gustaría coger ese retrato de mujer y arrojarlo por la ventana. Por fortuna, no permaneció allí ni un día entero; por la noche, un pequeño cuadro con un tema antiguo lo había reemplazado. Mi señor, tan expansivo de ordinario cuando se trataba de sus figuritas, guardó un silencio absoluto sobre los cambios.

12 de marzo. El señor de Hubert estaba en el salón. Vino a negociar en nombre del *Gil Blas*, que deseaba asegurar la próxima novela del señor de Maupassant. Tan pronto se fue, mi señor vino conmigo a aportar algunas modificaciones en el arreglo del comedor. Se depositó, sobre el panel enfrente a la puerta del salón, un caparazón en paño rojo con aplicación de seda amarilla y bordados de oro. El comerciante que lo vendió había afirmado que había sido llevado por el caballo de Enrique II.

Cannes, 6 de abril. Fuimos a Antibes a ver donde se realizan los trabajos del *Bel-Ami*. Lo encontramos en tierra sobre su quilla, sostenido a cada lado por dos gruesos pivotes de madera. Toda su parte inferior estaba recubierta de un bonito cobre rojo, hasta su línea de flotación; la parte encima de esa línea fue lijada, reparada, y recibió ya una mano de

pintura; las reparaciones más importantes fueron realizadas. Bernard nos dijo:

—El interior está absolutamente terminado, pero todas las salidas están taponadas para evitar el polvo; yo podría hacer verlo hoy.

El señor sonrió y dijo:

— Muy bien, muy bien. De todas formas, para visitarlo, haría falta subir a una escalera y bastante alta, pues el *Bel-Ami*, así fuera del agua, parece un pequeño gigante.

El señor de Maupassant parecía contento, se podría en ocho días poner el barco a flote; luego dijo a Bernard:

— He recibido una carta de la casa Livton; el velamen llegará uno de estos días.

Volvimos a pie de Antibes a Cannes siguiendo la gran carretera, lo que nos obligó a pasar al lado de nuestro viejo chalet de los Alpes. Mirándolo, el señor dijo:

— No estábamos mal allí.

Pero él estaba ilusionado con la idea de comprar una casa que se encontraba en el golfo Juan, a donde llegamos veinte minutos más tarde. Vimos un camino que conducía a un gran castillo totalmente blanco, que se vislumbraba bastante lejos en el valle. Mi señor me dijo:

— Es por aquí.

A ochocientos metros, observé un triste edificio aislado, casi en el pantano; tenía unos cañaverales por todas partes. Yo le hice notar este detalle, diciéndole que seguramente era húmedo, quizás incluso febril:

— ¡Oh!, ciertamente no – me respondió – está demasiado cerca del mar. Además, tendremos un caballo y un coche para que usted pueda ir a buscar provisiones y llevar mi correo a la oficina. En primavera, tendré mi barco enfrente, con un buen cabo y dos anclas, no habrá peligro… Mi madre vendrá a vivir conmigo, estoy seguro de que a ella le gustará mucho estar en este aislamiento.

Yo experimentaba un gran disgusto viendo tomar consistencia esta combinación que, según mi idea, no le convenía bajo ningún concepto. Caminando sobre la carretera, siempre un poco rápido para mí, pues el señor tenía el paso muy largo, ya me sentía mareado; me parecía que tenía un poco de fiebre. Quise encontrar un medio de convencer a mi señor de que esa casa no respondía en absoluto a lo que necesitaba, sobre todo para comprarla.

— ¿Para qué?—dije— ¡El señor ya tiene la Gillette y un buen número de otras habitaciones!

Charlando, habíamos llegado a un lugar más elevado, desde donde se dominaba Cannes y la punta de la Croisette; más a lo lejos, las islas y, allá abajo, un sol rosa enviaba sus rayos sobre el cabo Roux, como si quisiera acribillar con sus fuegos esta masa de roca roja.

—Incluso aquí – dije – esta costa es más bella, hay más perspectiva que en el fondo del golfo Juan.

—Sí, es mucho más alegre desde este lado y quizás usted tenga razón. Esta casa que nosotros acabamos de ver está un poco lejos. Pero ¿qué quiere usted? nosotros, los artistas, estamos siempre tentados a buscar la soledad. Y luego, hay que decirlo, no somos siempre muy prácticos en negocios. Así en Marsella, he tenido en cuenta los útiles consejos que usted me ha dado para los arreglos de compra y venta de mis barcos y principalmente para la expedición del pequeño *Bel-Ami.* Es que, nosotros, tenemos siempre el espíritu ocupado por la novela que se desarrolla en nuestra cabeza, yo, al menos, *aunque lucho a veces para no pensar más*…Esté donde esté, todo lo que se presenta a mi vista, dotado con algo de interés, se transforma para mí en objeto de estudio. Por eso nosotros nos apartamos en parte y por fuerza nos volvemos inferiores para el detalle de las cosas prácticas de la vida corriente.

»Yo aún no me dejo ir completamente como Flaubert. Para él, nada en el mundo existía fuera de su trabajo; su prosa y

su persona no formaban más que un mismo bloque. Nunca se molestaba para pasar por casa de un editor, para reclamar el dinero que se le debía… Debo por tanto decir que, en mi juventud, le he visto algunas veces muy alegre; ¡sabía encontrar unas reflexiones tan ingeniosas para hacernos reír! También de joven, yo lo quería mucho, y experimentaba el sentimiento de su superioridad; su buena figura, sus grandes ojos tan dulces y tan expresivos bajo su poderosa frente, todo ese conjunto me encantaba y me sentía atraído hacia él.

Llegamos a Cannes. Ante nosotros, a nuestra derecha, aparecía una propiedad enorme con unos grandes árboles y, al fondo de ese parque, una gran casa que no se distinguía en su totalidad. Mi señor me dijo:

— Tengo unos amigos de París que están a punto de comprar esta enorme propiedad.

Por la noche, acabando de cenar, el señor me tomó aparte:

— ¿Sabe François?, he hablado con mi madre; quedaremos aquí; el barco vendrá sobre la rada de Cannes durante mi estancia y Antibes será su puerto de atraque cuando sea desmontado.

Respiré…

Al día siguiente, la señora de Maupassant me felicitó vehementemente:

— Usted tiene toda la razón, mi bravo François, evitándonos complicar las cosas…

Recordando la aprensión que me causó esa triste casa del golfo Juan, yo me complací en demostrar a mi señor cuan enojoso hubiera sido dejar este apartamento con tres hermosas habitaciones a pleno sol, tapizadas en tela de Gênes. Era muy alegre y suficientemente cálido sin fuego. Fue en la que el señor esbozó el plan de *Fort comme la mort*, después de sus discusiones con su madre, que no quiso nunca aceptar ese desenlace de muerte violenta bajo un ómnibus.

Cannes, 7 de abril. Sobre el bulevar de la Croisette tuvo lugar la batalla de flores. Entrando en casa por la noche, mi señor todavía estaba emocionado:

— No quería ir a esa batalla de flores; ese tipo de diversiones no me tienta generalmente. Sin embargo hoy, encontrándome en el lugar con dos amigos, hemos tomado un coche y nos hemos mezclado con la muchedumbre. Lo que nos hemos agobiado, bombardeado, ¡incluso al pobre duque de Chartres! Él no sabía como hacer para disimular cuando nos vio llegar. Yo me he divertido más de lo que habría creído. Todo es ponerse, sin duda, incluso la brisa del mar era fresca, lo que me ha sorprendido con tan buen sol.

16 de abril. El señor de Maupassant ha partido a buscar su barco a Antibes, habiéndose incrementado el equipaje con un grumete. Se puede prescindir de mi; sin embargo yo me creía ya un poco marino, puesto que había hecho el viaje de Marsella a Cannes sin pasar por encima de la borda e incluso sin caer ni una sola vez sobre el puente…

El 18, el *Bel-Ami* salía por la tarde para pasear por mar a unos amigos… Entrando hacia las cinco, la señora de Maupassant me dijo:

— El barco de mi hijo es muy bello en el mar con sus hermosas velas blancas; es totalmente grácil.

Por la noche, cenando, mi señor contó a su madre el bonito paseo que habían realizado; explicó con detalle las cualidades del barco con su nuevo velamen, mucho más grande que el anterior, lo que lo hacía rendir mucho mejor, dando una velocidad mayor al pequeño navío. En su entusiasmo, llegó a decir:

— Pienso incluso que con este barco así preparado, podremos, el año que viene, hacer un crucero por las costas de Marruecos…

Cannes, villa Continentale, abril de 1888. ¿Qué le ocurría ese día? Me preguntó dos veces si la señora había entrado:

— Son las seis pasadas, — respondí yo – la señora no tardará sin duda, pues no le gusta andar en la oscuridad…

El señor caminaba del extremo de la antecámara al extremo del salón, era obvio que tenía alguna cosa que decir a su madre. La señora llegó por fin; apenas tuvo tiempo de sentarse cuando él le dijo de un impulso:

— ¿Sabes? He tenido una buena jornada que se ha terminado por una cosa que me ha tenido muy interesado. He encontrado al general A…; hemos caminado juntos hacia la Croisette. Durante este paseo, me ha contado su última carga de 1870 a la cabeza de su escuadrón. « Nosotros sabíamos, me dijo, que todo estaba perdido y el general D… estaba en lo cierto cuando me dijo: «¡Vamos, por el honor de las armas…!» Entonces todo el escuadrón, en un mismo pensamiento, se lanzó hacia delante, por el honor de las armas, por Francia. ¡No podría describirle la sensación que experimenté elevando mi espada y dando esa orden! Es una especie de entusiasmo que te arroja en un estado delirante, indefinible, que te da una voluntad desconocida, unas fuerzas sobrenaturales… ¡Así fuimos hasta el choque!... y allí, el pequeño numero que quedábamos golpeábamos al adversario con el furor que las circunstancias imponían. Y cuando casi solo, no encontraba a nadie ante mi, me decía: ¡Ya se ha acabado!... Y me parecía que la masacre no había durado más que un instante… Por desgracia, sí, se había acabado, y algunos oficiales a los que la suerte había dejado vivir se reunieron conmigo…» En ese momento el general estaba muy emocionado, todos los nervios de su ser de soldado estaban tensos, como las cuerdas de un arpa que da su nota más elevada, y, de su mano, como si hubiese dado la orden de la revancha, mostraba el horizonte… Nada más que oyéndolo me sentía estremecer, estaba invadido

por la actitud de ese bravo general, acababa de captar (y sabré algún día tomarlos) los efectos producidos, por esos reencuentros sobre los campos de batallas, en el alma de un auténtico soldado.

» Regresamos hacia la Réserve. El jardín de las Hespérides nos enviaba los senderos dulces y agradables de sus naranjos de largas hojas y, bajo la atmósfera pesada de este fin de día, el golfo de Cannes, incendiado por el sol que se ocultaba enrojecido, muy rojo, se parecía de este modo a un gran lago de sangre.

16 de mayo. De regreso a París, ofrecimos varias cenas. Una mañana, el señor de Maupassant parecía preocupado; me anunció que iba a dar una merienda a varias grandes damas de la alta sociedad a las que no podía invitar a cenar debido a su soltería. Vendrían también algunos caballeros.

— Usted no está acostumbrado— me dijo— a este tipo de recepciones, en fin, usted lo hará lo mejor posible, yo le diré lo que tiene que hacer.

22 de mayo. A las cuatro, todo el mundo había llegado para la merienda, yo había quemado un auténtico surtido de perfumes. El samovar, con su pequeño ruido de vapor que se escapaba, llamaba a los invitados… Aparté el gran biombo que separaba el salón del comedor y los invitados tomaron sitio alrededor de la mesa. Mi señor en ese momento me pareció apurado, tan suelto de ordinario; todas esas bellas damas se reían ya muy fuerte y dos de ellas, en lugar de sentarse en la mesa, se subieron sobre un bonito baúl renacentista que se encontraba al lado de la ventana. La que estaba más cerca del ventanal se puso a jugar con la borla de la cortina, haciéndola ir y venir como si fuese un péndulo; su vecina la acompañaba con los movimientos de sus piernas, golpeando rítmicamente con sus talones sobre la fachada del cofre, y ambas reían

descubriendo exageradamente sus dientes de marfil. Las damas que estaban es la mesa las acompañaban al unísono…

Todas, palabra de honor, estaban inmersas en una alegría que no me explicaba; después de todo, me dije, títulos aparte, son mujeres, y como acaban de pasar bajo una antigua puerta del harén del Gran Turco transformada en biombo del comedor, ¡tal vez las ha electrizado!

Finalmente la princesa *** y el señor Alexandre Dumas hijo, las dos personas más notables de la reunión, impusieron silencio, y se acordó que no hablase más de una persona a la vez, a fin de poder entenderse.

El señor Dumas dijo entonces algunas fruslerías de su cosecha. De nuevo todo el mundo estaba desatado, no se entendía nada. Hubo una nueva llamada al orden, y fue su Alteza quién tomó la palabra; estimulada, sin duda, por lo que acababa de decir el señor Dumas, tocó un tema un poco escabroso. Pero estaba en casa de un muchacho, había que divertirse.

Varias de estas damas no estaban quietas y pasaban revista a todos los objetos que adornaban el comedor; una de ellas hizo observar la pose majestuosa de un gallo galo que adornaba una antigua silla de estilo Rouen. Otra quiso saber la razón y el significado del biombo de harén que cerraba el comedor. Mi señor, presto a responder, se demoró riendo…

Fue en ese momento cuando ellas descubrieron sobre la chimenea un elefante y sus pequeños de porcelana, así como un pequeño cerdo acompañado de su progenie. Cada una de ellas había tomado un objeto, le daba vueltas por todos lados, y lo blandía en lo alto; exigían al señor de Maupassant que les diese el motivo de la presencia de esos objetos en su casa… El señor trataba de explicar, pero no podía hacerse comprender, pues todas hablaban al mismo tiempo, y cada una quería una explicación particular; lo rodearon, formando un racimo tupido; estaba absolutamente tomado al asalto. Su Alteza y el

señor Dumas no se tenían en pie de la risa; pasaron al salón; el enjambre les siguió…

A la partida, mi señor dijo a Su Alteza lo halagado que estaba del honor de su visita. Ella le respondió:

— Sí, sí, querido, en mi casa cuando usted quiera, pero aquí, ¡oh! no, creo que me pondría enferma…

Al día siguiente, tomando su baño de vapor, mi señor me dijo:

— He reído tanto ayer que todavía tengo dolor en las costillas, y espero tener una buena sudoración para que me desaparezca.

Luego se puso a hablar del señor Alexandre Dumas; me contó su primera entrevista con él: en primer lugar, el señor Dumas le parecía duro y reservado, pero eso no duró mucho; antes del fin de la conversación ya se habían comprendido bien.

— A partir de ese momento, no lo he visto nunca de otro modo que encantador; es un literato de primer orden, un hombre de mundo consumado. Luego, ¡que franca alegría! Además es incomparable en lo que respecta a las buenas palabras y a las curiosas anécdotas.

21 de mayo de 1888. A las seis de la tarde, el señor de Maupassant me envío llevar una nota a casa del señor Waldeck-Rousseau para excusarse de no poder ir a cenar con él. Desde la víspera estaba afectado de una dolorosa jaqueca de la que no pudo desprenderse. A mi regreso, me dijo que a menudo el señor Waldeck le había aconsejado de un modo paternal que aceptase la cruz pero que el señor siempre la había rechazado.

— Sin embargo— añadió – se deberían siempre tener en cuenta los sabios consejos de personas tan bien templadas; ¡eh bien! Cuando ceno con él, me entran unas ganas locas de decirle que debería darle una condecoración a su cocinera, pues

es seguramente el primer *cordon bleu* de Paris. En ninguna parte he encontrado ninguna cosa que se aproxime a la maravilla de su cocina.

Estamos en *junio*. El señor de Maupassant quiere ir a pasar una temporada a Aix-les-Bains antes de marchar para Étretat.

Una tarde, vistiéndose para ir a cenar a la ciudad, me anunció que debía batirse en duelo al día siguiente; parecía más tranquilo que de lo habitual, pero dejaba ver su firme voluntad corregir su malhumor cuando me dijo:

— Se han permitido, en un artículo del periódico, comprometer a una mujer casada …

»Que digan de mi obra literaria lo que quieran – declaró – pero que no toquen mi vida privada, pues la restableceré. También, como soy el ofendido, exijo el duelo a pistola a veinte pasos, con continuación hasta que se encuentre uno de los adversarios fuera de combate. Y le aseguro que con una buena arma pronto haré una caricia en la piel de mi adversario.

»Esta tarde, he ido a disparar a casa de Gastine-Renette. Sobre diecisiete disparos he puesto dieciséis en el ombligo del maniquí y el muchacho me ha dicho: « Señor, usted se ejercita para batirse pero es inútil. Teniendo en cuenta su fuerza y si tiene buenas armas, compadezco al que esté enfrente a usted…»

A las once, mi señor entró; yo lo esperaba sin haber recibido la orden, aguardando siempre que ocurriera un incidente y que el asunto no siguiera adelante… Cuando el me vio en el comedor, se sorprendió un poco y me dijo:

— ¡Ah! ¿Está usted ahí? Bien, puede ir a dormir, está todo arreglado, ya no me bato…

El señor de Maupassant recibió una amable carta del señor Gounod, que le renovaba su petición hecha ya, en un

salón, si quería escribirle alguna cosa, para que él le pusiese música. Mi señor me dijo:

— Tal vez hiciese bien, ¡él es un gran artista!...

En nuestra nueva instalación en Aix-les-Bains, mi señor y su madre tomaban su almuerzo en un pequeño salón de la planta baja que acondicionaba como comedor. Esta pieza estaba amueblada con una cómoda imperio, con cobres muy finos que servían de aparadores; el servicio del buffet se hacía sobre una consola con su bella doradura patinada de la época.

La puerta acristalada que servía al mismo tiempo de ventana estaba abierta. El señor estaba sentado de frente, tenía ante él una enorme cesta de geranios rojos rodeada de plantas de diferentes coloridos, luego un encantador arríate de rosales y de arbustos de hojas blancas y violetas. Este conjuntos de flores y de verdor daban una nota muy alegre a este jardín, pudiéndose figurarse que el pequeño comedor estaba dispuesto para formar el conjunto de un cuadro encantador. ¡El señor parecía tan feliz de estar solo con su madre! Hablaban alto, según su costumbre en la intimidad; cada uno de ellos sabía que su interlocutor era inteligente, tenían el uno con el otro una confianza ilimitada, pero les gustaba mucho la discusión y acababan casi siempre con un acuerdo unánime.

Aquel día, lo que dominaba en su conversación, era el gran afecto que llenaba sus corazones; eran tan felices que yo estaba impresionado. ¡Es tan noble el amor maternal! Lo que me hacía pensar una vez más en mi buena querida madre, que por desgracia, no veía a menudo, y aquel emotivo cuadro de mi señor con su madre me producía unas ganas locas de correr a ver a la mía, de abrazarla y decirle que no la dejaría nunca.

El señor contaba a su madre su ascensión a la *Dent-du-Chat* en compañía de una de esas inglesas intrépidas que se encuentran por todas partes:

— Como nos deslizábamos mucho – decía— nos servimos de nuestras manos a modo de arpón y te aseguro que eso no carecía de interés…

El señor de Maupassant se dio cuenta de que yo estaba triste, es posible, pues nada escapaba a su ojo escrutador. Espontáneamente me preguntó si había ya subido al Revard; le respondí que no.

—Pero hay que ver eso – me dijo— Yo voy allí esta tarde, si usted quiere venir conmigo, lo llevo.

— Si señor – respondí – quiero bien, pero con una condición, que no esté obligado a seguir al señor a lo más fuerte de la subida.

— De acuerdo, está claro, esté listo a las dos y media, yo lo pondré en el camino, luego iré a hacer una visita al doctor. Durante ese tiempo, usted podrá tomar una buena ventaja.

Fue hecho como había sido convenido. Mi señor se unió a mí cuando yo tomaba el último sendero para llegar a la cima de ese monte. Nos pusimos a caminar en la dirección del Mont Blanc que veíamos ante nosotros, así como otras montañas de Italia y Suiza.

— Vamos a regresar por este lado – me dijo, tomando sobre su derecha, luego me indicó donde se encontraba Chamonix, detrás de unos grandes pliegues de las montañas:

— Usted no se puede imaginar que bella es toda esta parte de Suiza, cuando se siguen las montañas y los lagos, hasta el monte Rose en Italia… Yo he hecho ese viaje hace varios años y conozco toda esa región. Fue incluso allí que la dama Destino decidió mi vida e hizo de mi un soltero. Yo hacía la excursión en compañía de toda una familia; la que debía ser mi mujer estaba entre los turistas y yo no sé por qué, por qué circunstancia, otra mujer, una extranjera por así decirlo, se interpuso entre nosotros. Eso fue la muerte de nuestra proyectada unión… Pues, por desgracia, casi siempre en nuestra vida de miseria está la mujer honesta y a menudo

víctima de la intrigante… A veces me pregunto si ese matrimonio no hubiese sido para mí la felicidad, pues conocía muy bien a esa joven, dotada de un bello espíritu, grande y generoso, muy instruida; la vida me hubiese sido muy generosa a su lado, ella tenía todo lo que hacía falta para apoyar mi obra… ¡Pero el destino!...

Después de un momento de silencio, el señor se puso a describirme todas las montañas que se encontraban al otro lado del pequeño lago del Bourget. Súbitamente se detuvo:

— Recuerdo que debo ir a Marlioz; voy allí de paso. Usted volverá por el camino que ha tomado para venir.

La última semana de nuestra estancia en Aix ha comenzado. El señor de Maupassant de preguntó si había ido a la villa de las Flores. Le respondí negativamente.

— ¡Ah!— me dijo—hay que ir; tome unas entradas y ponga mucha atención en todo lo que vea: las mujeres, los juegos, los ponys, las idas y venidas del público y la organización del establecimiento en general.

Se lo agradecí y me retiré a la cocina, desde donde oí al señor que decía:

— Comprende, madre, que para más adelante puede serme útil con esas veladas que él va a pasar en la villa de las Flores, pues tiene buena memoria, ve con precisión y sabe describir bien lo que ha visto.

Dos días antes de partir, el señor entregó a su madre unas entradas para el teatro del círculo. Se representaba *François les Bas-Bleus*; la mayoría de los artistas eran de la Ópera Cómica de París. Fuimos y pasamos una velada muy agradable.

Ya hemos regresado a París; mi señor tenía a su mesa un barón del otro lado del canal de la Mancha. Para explicar su presencia, estoy obligado a volver un poco atrás.

En el año 1886, el señor había sido invitado varias veces a almorzar por una baronesa que vivía en los alrededores del Parque Monceau; él regresó allí la primavera siguiente. Tenía en la casa su cubierto siempre preparado, pero no abusaba. Pues a pesar de las atenciones que se tenía con él y que le emocionaban, él me decía que la vida mundana le obsesionaba.

Fue en el transcurso de uno de estos almuerzos donde conoció al barón del que quiero hablar. Por qué se unió a mi señor, no lo sé. Pero la verdad es que llegaron a ser un par de amigos y el señor lo invitó a venir a Étretat. Durante el verano, se instaló diez días con su mayordomo; se les alojó en una gran villa de la señora de Maupassant donde estaban más confortablemente que en la Gillette.

La primera mañana, mi señor le hizo ver la playa con sus grandes formaciones rocosas, las *Aiguilles*. Por la tarde, hubo una reunión de amistades y se jugó a los bolos. El barón se unió a la partida; se defendía bastante bien con el juego, excepto para recoger los bolos caídos; era mayor y, a su edad, el espinazo pierde ya flexibilidad; entonces, con todos los honores de su rango, la señora R…, siempre amable y ligera como una liana, se ofrecía a recogerle sus bolos que le entregaba con unos: «Aquí están, señor barón», no burlones del todo; sonaban serios.

Por la noche, se cenó en los Verguies, seguido de música; al día siguiente, se visitó el valle de Antifer y se almorzó en casa de la bella Ernestina en Saint-Joint. Hay que ver cuantas personas notables han venido a admirar las viejas cajas de reloj de los buenos viejos tiempos de esta bella Ernestina, ¡cuando las manzanas daban tanta aguardiente como sidra! Por la tarde se jugó al pañuelo. Al principio este juego desconcertó al barón, pero enseguida lo entendió; era más divertido que esa música que él oía, siempre la misma, desde hacía más de sesenta años…

Un día, el señor de Maupassant partió en coche con el barón. Como era singular, me dije yo, ¿nada de mujeres? Dos días después, dando una ducha a mi señor, me dijo:

— He ido con el barón a visitar la Benedictine de Fécamp. Él deseaba echar un vistazo a la *Maison Tellier*, que está en realidad en Rouen, pero yo tenía razones para trasladar la historia a Fécamp. El barón ha visto la casa de Fécamp y la ha reconocido muy bien, según lo que yo había escrito; resultó…muy divertido…

Después de diez días de esta existencia sana y sencilla, durante los cuales unos juegos infantiles habían sido servidos a ese barón, él estaba transformado. Los negocios le volvían a llamar, y le gustaría tanto quedarse todavía. ¡Se encontraba tan bien, en ese medio de apariencia tan simple, pero donde se encontraba personas de espíritu, artistas, donde se desarrollaba una alegría incansable!

Su mayordomo me decía:

— Pero este es el reino de los cielos descendido a la tierra; desde los quince años que hace que estoy con el señor barón, jamás le he visto tanto tiempo seguido de buen humor.

Se demoraron sin embargo en partir y yo me decía: « Siempre lo mismo, tiene la suerte de ser barón; es sin duda el gran respeto debido a su título que le ha valido quedar indemne. ¿Cómo sino ha podido quedar diez días aquí sin que se le haya hecho una sola broma?» Nunca semejante hecho había podido ser consignado hasta ese momento en los anales de la Guillette.

En el otoño siguiente, mi señor me previno que iba a tener a cenar al barón con algunos notables personajes de la literatura:

— No seremos más que cuatro, — me dijo – nos hará una cena frugal, pero de calidad.

El día convenido, el barón llegó en levita semi larga, una corbata inglesa pinchada con un pasacorbatas de oro mate, con

un diamante incrustado... Lo hice entrar en el salón, donde mi señor los esperaba teniendo a su lado, como suele pasar con los literatos distinguidos, dos soberbias mujeres, ambas imponentes con quiénes el pequeño colegial de Condorcet se había devanado los sesos unos años antes[2]. No pude ver la cara que puso el presumido al ver este cuadro; pero en la mesa, fue muy amable, había tenido tiempo de reponerse, la cena fue incluso animada. Estas damas, que habían pertenecido al teatro y que se lanzaban ese día hacia la literatura, conocían muy bien Inglaterra y, con su facilidad de lenguaje pulcro y sus expresiones elegidas de artistas parisinas, supieron hacer resurgir las bellezas de la gran isla y de sus habitantes. Cuando el barón se retiró, su imberbe rostro estaba marcado por la alegría serena que le había dado la gracia y el encanto de la literatura francesa.

12 de noviembre.— Henos aquí en Cannes. El 14, un aviso anunció la llegada a la estación de unos muebles que provenían de una villa de la señora de Maupassant, que su hijo había hecho embalar en Étretat. Fui a reconocerlos a la estación de la Bocca y los hice transportar a una villa muy cerca de la nuestra en donde preparamos un apartamento para la señora.

Luego mi señor puso en su apartamento de soltero varios viejos muebles de familia. Los tenía muy buenos; de entrada, una cama imperio, con unas curvas muy finamente cinceladas, una mesa Luís XVI, muy bella, que le servía de escritorio, luego una preciosidad de secreter de la misma época, pequeño; tenía metro y medio de alto y sesenta centímetros de largo, y estaba compuesto de pequeños cajones secretos. En ocasiones el señor se complacía en abrirlo y escribir allí su correspondencia. Tenía también un sinfonier con múltiples tiradores, donde se podía alinear ordenadamente distintos objetos, tales como corbatas, guantes, etc.…

[2] Ver capítulo III

Sobre la chimenea, estaba instalado un reloj de péndulo en columna de mimbre verde; era del siglo XVII y de una extraña belleza en su elegante forma. Citaré aun un arca holandesa, un armario normando y algunos pequeños muebles de fantasía; era una fortuna que el apartamento fuese espacioso, pues teníamos con que llenarlo.

Antes de colocar definitivamente todos estos muebles, mi señor los cambiaba varias veces de lugar; los pequeños, en los que había clasificado sus cartas, sus periódicos y sus libros, eran bastante manejables; pero ese gran diablo de arcón holandés era muy pesado. ¡Tanto peor, ya que bailaba como los demás! ¡Eso divertía mucho al señor! Una mañana, en medio del más fuerte de nuestro trabajo, él me confió sus preferencias:

— Si yo fuese rico, tendría una gran casa en un bonito sitio muy retirado. La llenaría de todo tipo de hermosas cosas, de objetos raros que me gustasen; no dejaría de mirarlas. Eso sería para mí el ideal de vivir en una calma perfecta, pasar mis días enteros contemplando lo que me produjera placer, lejos de ese tren mundano que tanto me cansa, al que estoy obligado a seguir, al que detesto.

Los días siguientes, empapé todos esos muebles con una solución química para destruir un insecto casi invisible que los carcomía, luego fue el turno de la cera y la brocha…

Fort comme la mort marchaba bien; debía estar acabada el 15 de enero, a fin de aparecer en un periódico y saldría en las librerías en la primavera. Mi señor me dijo que su éxito no era dudoso, pero el final no le gustaba demasiado a la señora.

Finales de diciembre. El *Bel-Ami* está en el puerto de Cannes; mi señor pasea por mar.

Ya hay gente en Cannes y siembre muchas altezas. Ayer, un duque ha venido a visitarnos. No lo conocía. Lo recibí educadamente, como a todo el mundo… Por la noche, cuando

entregué su tarjeta al señor, me preguntó como lo había llamado. Le dije que le había llamado señor. Entonces él me ordenó tratarle de monseñor, al igual que a todos los duques y altezas. Yo prometí hacer lo posible por poner en práctica sus recomendaciones y era sincero. Pero mi diabólico temperamento era rebelde; para mi todo ese buen mundo, era siembre de caballeros y de señoras, y yo debí esforzarme para llegar a articular «monseñor»; mi lengua siempre se trababa, a pesar de mi buena voluntad…

El día de Año Nuevo llegó. Mi señor cenó en la ciudad, en casa de una alteza… Su madre cenó en casa con una amiga. Su conversación trató sobre el poco valor de los títulos nobiliarios; yo aproveché para decir a la señora mi falta de educación al respecto y sobre todo la mala disposición de mi temperamento. Le confesé que aún esforzándome mucho, yo me trababa muy a menudo, tanto a bordo del barco como en la casa. La señora creía que yo llegaría a hacerlo mejor, dado que ponía buena voluntad. Ella acabó por tanto por reconocer que me comprendía muy bien y que, sin aprobarme, ella hacía otro tanto… Esas damas se divirtieron mucho con algunas anécdotas sobre los títulos nobiliarios que yo les conté.

El 22 de enero, mi señor dio una gran cena a la sociedad aristocrática residente en Cannes. Había muchas más damas que caballeros. La señora de Maupassant asistió y también una pequeña dama muy erudita, la misma que más tarde se haría la sonámbula y adivinaría el futuro de las damas del gran mundo, en una fiesta dada por el señor de Maupassant en Étretat.

La cena estaba ya muy avanzada; todas esas damas, que habitualmente apenas comen, habían tenido aquí un muy buen apetito; hicieron los honores a todos los platos y no dejaron de probar ni uno solo. Mi señor lo hizo notar y yo observé en su rostro una prueba de una verdadera satisfacción y un punto de

vanidad. Es que aquí, la cocina no estaba hecha por un hombre del oficio, pero estaba cuidada; aquí, no había nada de rutina, pero sí a menudo unos experimentos nuevos que tenían la fortuna de resultar exitosas, y que ponían al señor tan contento, no solamente por él, sino sobre todo por sus invitados. También ellos marchaban raramente sin felicitarlo por las buenas cosas que habían saboreado.

Todas las damas invitadas se conocían, exceptuando la dama burguesa, la erudita, que hablaba poco, pero observaba mucho. No se perdía un solo gesto de todas esas grandes damas, las escuchaba, y su atención era visible; la conversación era un poco banal, sin embargo se llegó a hablar de literatura, pero nadie se atrevía a profundizar demasiado en ese terreno, sin duda por que había un autor presente. Eso era un error, pues todo lo bueno que se pudiera decir de sus colegas no supondría ninguna sombra para mi señor; no es por defenderlo, pero él estaba siempre contento de oír hablar bien de la obra de los demás.

Uno de los caballeros procedió a narrar un hecho que le había ocurrido viajando en barco por las costas de Grecia. Habían descendido a tierra para hacer una cacería en unos seductores macizos de vegetación, donde esperaban encontrar caza mayor desconocida. Al cabo de algunos minutos de marcha por esos difíciles bosques, sin senderos, percibieron que habían sido seguidos y luego rodeados por un grupo de hombres vestidos de andrajos que parecían salvajes poco conciliadores. Eran auténticos bandidos que les hicieron comprender sus intenciones: la bolsa o la vida, sino iban a utilizar sus fusiles.

El narrador añadió:

— Habríamos podido tratar de defendernos, puesto que estábamos armados, pero creímos más sensato parlamentar y vaciar nuestras bolsas en manos de esos piratas de costas, antes que llegar a unos extremos que hubieran podido ser

lamentables. ¡Que suspiro de alivio dimos, cuando nos vimos a bordo de nuestro barco! Estábamos curados de las ganas de ir a tierra.

Mi señor lo escuchaba atentamente, pues también tenía la idea muy arraigada de recorrer próximamente las costas de Marruecos con su *Bel-Ami*.

Se acababa de hablar de Grecia; una de esas damas, que tenía algunas nociones de lenguas antiguas, llevó la conversación a ese tema. No sospechaba que a su lado se encontraba una persona, la señora de Maupassant, que poseía los conocimientos más sólidos sobre esas lenguas. Se entabló una discusión sobre la formación de algunas palabras francesas derivadas del latín y de algunas cuyo origen se remonta al griego. Pero esa dama no fue más lejos, pues la señora de Maupassant le daba los datos, los nombres de los autores, y citaba los pergaminos sobre los que habían sido inscritas las transmisiones de estas palabras de una lengua a otra, con una precisión que asombraba a los presentes.

Haría falta un profesor emérito, lleno de saber, para poder dar una lección a la señora de Maupassant, que parecía siempre no opinar, pero que sabía todo, todo, en especial en lo concerniente a las lenguas; las hablaba casi todas con una facilidad que podía parecer que hubiese nacido tanto en las orillas del Támesis como en las riveras del Tibre.

Por otra parte, ella era muy conocida en el mundo de los grandes doctores políglotas y de entre ellos, los que venían a la costa Azul, no dejaban de visitarla. Por naturaleza, le gustaba el retiro, la tranquilidad, no hacía más sociedad que la justa y necesaria para ser agradable a su hijo, y recibía a los sabios, eruditos y letrados con gran placer.

Tendría que haberse visto su entusiasmo cuando un día le anuncié a la señora al señor doctor X…, del otro lado del canal de la Mancha…Rápidamente, ella se dispuso a pasar sobre sus cabellos blancos un pequeño peine para alisar un poco sus

cintas y, sin quitar su largo vestido, fue enseguida junto a sus amigos. Eran los que se dice una buena pareja, tan sabios el uno como el otro. La conversación se entabló enseguida, las cortesías corrientes no contaban demasiado para ellos y, desde las dos hasta las siete de la tarde, se entabló una clase mutua, sin detención, tan solo la señora X…tomó su té, y el señor X… sus vasos de agua. Tres jarras fueron necesarias para esa tarde. La señora de Maupassant, que no bebía, me decía riendo que ella había soportado ese choque en seco, como cierto animal atravesando el desierto…

En la mesa, por la noche, todavía bajo la emoción de esa buena jornada, la señora le habló a su hijo, enumerándole las sensaciones que, al respecto, le colmaban el espíritu. Ella se inclinaba hacia él, como para hacérselo comprender mejor; su actitud era como la de una madre que habla a su niño, su voz, por momentos, matizaba las palabras, pues la entonación se hacía más fuerte o más suave, según lo que decía. Se sentía vibrar su corazón, y era la madre y el profesor quiénes formaban una sola persona hablando a mi señor. Él escuchaba religiosamente, diciendo de vez en cuando una palabra solamente, pues sabía que en esos momentos no le correspondía hablar y que tenía mucho más que ganar escuchando.

El señor sufrió algunas jaquecas; durante varias noches no pudo dormir, lo que le permitió comprobar que, en el pasillo que iba de un extremo a otro del apartamento de arriba, se caminaba noche y día sin detenerse un solo instante. Esa vivienda estaba ocupada por tres inglesas. Mi señor dedujo que habían hecho un voto ante algún santo de la bella Albión, y, que según esa promesa, uno de ellas debía caminar siempre. Prestamos atención durante varios días, pero jamás pudimos echarlas en falta, nunca se detuvieron, debían ser descendientes del judío errante.

Finales de enero. El señor de Maupassant finalizó su novela, estaba libre ahora para pasear a todas esas damas en barco. Las llevó un día a almorzar a un albergue de la rada de Agay. Yo no fui con ellos, pero algunos días después, el señor me dijo:

— François, usted vendrá a bordo esta tarde para servir el té, pues Bernard está a menudo ocupado con las maniobras.

Había mucha gente y yo no aparecí por el puente más que para el servicio que se me había encargado, es decir para servir el té, los pasteles y también el modesto vaso de agua azucarada. Hacia la tarde, puse de todos modos mi cabeza en la trampilla que servía de puerta a la cocina, pues me parecía que se tardaba en volver y que íbamos a encontrarnos sin brisa para el regreso. Apenas estaba allí, en la posición de un hombre guillotinado, pues estaba metido hasta el cuello en esa especie de agujero, cuando recibí en plena cara una ola que me golpeó la cabeza sobre el borde de la trampilla.

Al mismo tiempo, oí unos gritos que procedían del puente; esa fuerte ola había cubierto el barco, empapando a todas las damas. Las toallas, que habían costado una fortuna, se habían perdido, todas las servilletas y todos los pañuelos de a bordo fueron empleados para secar y tratar de reparar ese desastre, que no se hacía más que acrecentar, pues frotando, los colores se extendían más los unos sobre los otros. Así pues, nada que hacer, todo estaba perdido. Nadie pudo explicarse ese golpe traicionero del mar, en el momento en el que Bernard tenía el timón. Fue dada la orden de volver de inmediato.

Yo supe más tarde el motivo de esta inundación. Era la hora de regresar, pero por el deseo caprichoso de una de esas damas, se navegaba siempre hacia alta mar, y fue para decidir el regreso que Bernard se las arregló para dejar que el puente del *Bel-Ami* recibiera dos metros de agua, defendiéndose como un diablo diciendo que había sido sorprendido. No admitió que

lo hiciera adrede, pero fue la única vez, que yo sepa, que semejante accidente se produjera.

A la mañana que siguió a esta salida en barco, mi señor se levantó un poco más tarde de lo habitual. Sirviéndole su té, me pareció apenas despierto, como si no hubiese todavía salido de su asombro del golpe de la ola de la víspera. Yendo y viniendo en el salón me dijo que todavía no había comprendido ese error de Bernard. Luego añadió:

— ¿Ha visto a la princesa tendida sobre el puente? Ocupaba la mitad de la longitud del *Bel-Ami*…Me gusta mucho el espíritu de esa princesa, alegre, sutil, pero también a veces, con unos estrépitos enormes. Le contaré su historia otro día. Esta mañana, he quedado acostado una hora de más en mi cama, para levantar el cuento que voy a escribir hoy.

Henos a primeros de marzo, la vegetación ya estaba muy avanzada, había flores de todas clases en los jardines, todos los balcones de las villas estaban cubiertas con profusión y despedían gratas fragancias. Algunos muros, sobre la ruta de Fréjus, estaban cubiertos de rosas y de diferentes flores trepadoras. Era encantador; había unos lugares donde se podría creer que unos arcos del triunfo habían sido hechos expresamente para la recepción de algún príncipe encantado que habitaría en esos inmensos palcos de flores y de vegetación.

Un día, el señor de Maupassant, paseándose por esos lugares, quiso llevar a sus amigos sobre su *BelAmi* a Saint-Honorat, donde, según él, la vegetación debía estar muy desarrollada.

Al cabo de dos días, hacia las dos de la tarde, con todas las velas fuera, con un tiempo extraordinario, el *Bel-Ami* cruzaba las islas de Lérins. El señor había tenido a bien llevarme. El regreso fue tranquilo, sin animación. A la noche,

mi señor detalló a su madre la esplendida vista que se tenía del promontorio y el entusiasmo de las damas, pero enmudeció sobre la impresión de su visita al claustro…

El señor Riou, el pintor, vino a pasar la jornada a bordo del *Bel-Ami*. La señora de Maupassant consintió acompañar a su hijo en este paseo por mar. Mi señor estaba encantado, le gustaba mucho el señor Riou y apreciaba su talento; quería pedirle que hiciese una composición del *Bel-Ami.* Por la noche, cenando, el señor me decía:

—Riou es totalmente un maestro en su arte; Además, la Llegada de Napoleón III a Egipto y la Inauguración del Canal de Suez son suyos… ¡Gran artista!

10 de marzo. Estamos de regreso en París.

El 16 apareció *Fort comme la mort*. Todo iba bien; mi señor estaba contento, contaba con que en la primavera, la venta fuese importante en las bibliotecas de los ferrocarriles. Además su editor actual tenía más sagacidad comercial que el anterior.

El día de la puesta en venta, mi señor se dirigió a la casa editorial para firmar las dedicatorias en los ejemplares de los amigos.

—El número es considerable –me dijo— y la variedad de las dedicatorias también. Me gusta más hacer este trabajo sobre el lugar y también enviar los volúmenes directamente por el intermediario de la editorial, salvo para algunos íntimos, que reciben unos papeles Holanda y Japón.

La aparición de esta novela fue un triunfo para el señor, pero recibía tal proliferación de visitas de jóvenes escritores, que mi señor finalmente no pudo resistirse a lamentarse.

— ¡Me fatigan! Tengo necesidad de mis mañanas para trabajar, y luego algún tiempo, verdaderamente son demasiados! No los recibiré más, de ahora en adelante, solo con cita. No pido otra cosa que serles útil; pero la mayoría de

las veces, lo que pueda decirles no les va a servir. De este modo, vea lo que sale de aquí; todos los buenos consejos que se le puedan dar son vanos, es una farsa. ¡Nunca piensa en su negocio y tiene la pretensión de llegar a ser novelista!¡Es imposible, es imposible! Comprenda que para hacer una novela, es necesario pensar constantemente, poner a cada personaje en su lugar, que todo esté bien arreglado cuando se abordan las primeras páginas, sino hay que estar siempre remodelando. Entonces se embrolla todo y no se puede salir más. Eso no es trabajo de un día, incluso para un literato experimentado, más razón aún para un debutante.

Un día un recadero llevó al señor de Maupassant un voluminoso paquete cuidadosamente embalado, con la recomendación especial de no entregárselo a nadie que no fuese a él en persona. El hombre quería esperar, pero cuando yo le hube entregado una buena propina, no insistió más y se fue. Lo tomé, pues mi señor no volvía hasta las ocho para cenar. Se deshizo el paquete; era de entrada un papel muy fuerte, y luego una serie de pequeñas cajas que contenían cada una, una pequeña muñeca de diez a doce centímetros de altura. Había en total veinticuatro. Seis estaban vestidas como mujeres de mundo, con vestidos de cola, muy elegantes en su pequeña talla; otras seis estaban vestidas como religiosas, todas de negro con cofias blancas; estaban menos atractivas que las mujeres de mundo, bajo esos trajes negros, pero tenían un carácter especial, un aire austero completamente logrado; luego seis tenían el traje de las religiosas dominicanas, todo de blanco; eran encantadoras. Las seis últimas eran unas viudas vestidas de crespón, con largo velo negro.

Las alineé todas sobre la mesa del comedor y mi señor se puso a cenar. Pussy, curiosa, quería saltar sobre la mesa, para divertirse con esos juguetes que sin duda le gustaban, pero se temían sus patadas.

En cuanto a Jacquot, el periquito, a la vista del bello decorado que formaban esas pequeñas muñecas tan frescas y bonitas, dejaba su palo para venir a examinarlas más de cerca, pues, él también, era un animal curioso. El señor lo dejó un poco sobre la mesa. Ese periquito era divertido, se volvía a derecha y a izquierda, farfullando, luego tomaba aires de importancia, haciendo saludos tan graciosamente como podía; a fin de cuentas, fueron las damas mundanas sus preferidas ; ellas estaban perfumadas y él se volvía loco con sus olores. También se aproximaba a esas damas, incluso demasiado, pues quería testimoniarle su amabilidad con unos picotazos que habrían podido dañarlas. Fue necesario alejarlo; protestó a su manera, pero no se le pudo dejar.

Durante la velada, mi señor me pidió unos trapos viejos. Los deshilachamos en bandas muy estrechas, y con ayuda de un punzón, introdujo esas tiras bajo los vestidos de las seis viudas; metió el mayor número posible de modo que se formase en ellas un abdomen muy prominente de forma que no hubiese ninguna duda sobre su interesante estado. Luego las volvió a introducir en los cartones, volvió a hacer el paquete y al día siguiente a primera hora, la persona que había dirigido este envío lo recibió de vuelta de modo que debió darle que pensar y hacerle comprender que no había allí tantas viudas como ella quiso hacerle creer.

Este asunto no dio mucho que hablar en Landerneau; pero en el barrio que va del bulevar Malesherbes al Arco del Triunfo, las damas del gran mundo no se abordaban más que con unos: «¡Ah! Querida, es indignante; ¿sabe usted?... ¡seis! Sí, querida, ¡seis! ¡En una misma noche! Perfectamente. ¡Entre dos crepúsculos!»

Mi señor estaba dispuesto para salir para una gran velada. Daba vueltas su sombrero entre las manos; mirándolo, acabó por decir:

— Está muy usado y sobre todo pasado de moda. Hace falta que encargue uno; pues, excepto por mi gorras, siempre me veo obligado a hacérmelos a medida. Tengo la cabeza tan redonda que nunca encuentro nada hecho. Esta cabeza absolutamente redonda que tenemos mi hermano y yo, viene, según me ha contado mi madre, de lo que el viejo médico que nos recibió a nuestra llegada a este mundo, nos hizo tomándonos entre sus rodillas y amasándonos fuertemente la cabeza, acabando con un gesto de alfarero que redondea su pieza de un golpe final de artesano. Luego le dijo a mi madre: « Vea, señora, le he hecho una cabeza redonda como una manzana que, esté segura, contendrá un cerebro muy activo, y casi con certeza una inteligencia de primer orden. » Hizo la misma operación con mi pobre hermano; pero sea por los seis años que nos separan o bien porque las manos del doctor estuviesen menos dispuestas, no llegó a darle la forma que él quería. Mi madre le acariciaba siempre su pequeña cabeza y él se escapaba y estaba tan contrariado que dejaba escapar un juramento normando... A veces me pregunto si fue el masaje de ese buen viejo doctor sobre mi joven cerebro, lo que me permite dedicarme hoy tan fácilmente a un trabajo por encima de la media.

CAPÍTULO XII

ABRIL – AGOSTO 1889

En Poissy. – François conoció a Flaubert. – *Madame Bovary* en el trabajo. – Zola y Maupassant. – *Los Rougon-Macquart* juzgados por un leal sirviente. – *Pot-Bouille* es una denegación de justicia. – Paralelismo entre Zola y Flaubert por Maupassant.— La danza de vientre en la calle Montchanin. – Estancia en Triel. – La comida en la Guinguette. – Maupassant cuenta sus luchas con unos perros furiosos. – Salvamento nocturno. – La mujer del ingeniero. — ¿Por qué no a la medalla de salvamento? – Pasando ante Médan. – Los señores Zola y H. Pessard almuerzan en casa. – El régimen de sobrealimentación del doctor Grubby. – Alegre paseo en barco de vapor. – Cena sobre el agua. – Una página del *Decameron*. – Regreso a Étretat. – *Notre Coeur*. – Indicios de agotamiento. – El miedo a las arañas.

París, finales de abril de 1889. El sol estaba hermoso, ese año en Paris. Ayer, mi señor tuvo una jaqueca y hoy tenía los ojos rojos. No se quejaba, sabía sufrir; apenas tomaba un poco de éter o de antipirina para esos dolores de cabeza. Lo que más lamentaba eran los días de trabajo perdidos, pues a continuación de esas crisis, tenía necesidad de reposo absoluto. Entonces le preparaba unos manjares absolutamente ligeros; su estómago le molestaba también a veces, pero creo que no tenía nada pues nunca dejó de hacer una digestión. A pesar de todo eso, sus males tal vez fuesen de naturaleza nerviosa.

Su apartamento le disgustaba, el incesante ruido de los coches sobre esos gruesos pavés le cansaba; después, la visión de ese terreno vago, lleno de planchas negras espaciadas que el sol bañaba a placer con sus rayos, le producía un efecto sin sentido, de algo que no debía ser. Para ocultar ese horror soleado, el señor se decidió a poner unas cortinas de vidriera en

tela verde en las ventanas. ¡Resultaban muy agradables a la vista, pero también convertían el apartamento en sombrío y triste! Había que buscar a ciegas los objetos de los que tenía necesidad y siempre tenía miedo de romper alguna cosa… Mi señor se aburría tanto es ese domicilio que se decidió a volver a remar y me dijo:

— Mañana le llevaré a Poissy donde he hecho transportar mis barcos; pues, en Chatou, ya es insoportable, a causa del vecindario. Hay demasiados semi mundanos. Lo lamento por Alphonse y la señora Papillon que siempre han sido muy amables conmigo y que son tan cuidadosos con mis barcos… Es necesario que usted conozca a los propietarios del Hotel del Esturión y también al guardián de mis barcos.

A las ocho de la mañana, me llamó:

— ¿Está preparado, François? – me dijo – es necesario que tomemos el primer tren para llegar a la hora del almuerzo.

Partimos… Llegando a Poissy, mi señor fue a casa del guardián de sus barcos y le rogó venir inmediatamente a ver lo que tenía que hacer para que todo estuviese en orden en quince días. Pasando ante el hotel, encargó el almuerzo.

En la dársena, el señor de Maupassant charló durante un buen rato con el guardián, luego me envío a buscar a un constructor pintor. Finalmente, estando todo convenido, regresamos a almorzar, y me dijo:

— He hecho bien en traerlo conmigo; son poco inteligentes y será necesario que vengamos de vez en cuando, tanto el uno como el otro…

Inmediatamente tras el almuerzo, consultó su guía:

— No tenemos tren directo mañana, — dijo— y no puedo remar ya que no hay nada preparado… ¡Bien! Voy a dar una vuelta hasta Villennes; si quiere usted acompañarme, podrá conocer la región, en todo caso usted habría de ir allí más tarde.

Nos pusimos en marcha; pasamos las avenidas de Poissy que discurren a lo largo del río, luego llegamos a unas

pequeñas praderas sembradas de árboles; a la izquierda, más allá de la vía férrea, observamos un castillo blanco en un lugar maravilloso; caminamos por un bonito sendero, el señor delante, pues no había lugar más que para una persona.

— ¡Que bella es la naturaleza en plena eclosión! – me dijo.

En efecto era encantador, ese sendero que discurría a lo largo de un talud cubierto de hierba y de espuma; en los campos, sobre el cerro, todos los cerezos estaban en flor; a la derecha, unas zarzas gigantes trepaban sobre los arbustos; luego, a lo largo del Sena, grandes alamos pinchaban sus copas en el cielo… Llegados a un lugar donde el sendero se ensanchaba, nos encontramos un pequeño camino que descendía hacia el Sena; el señor se detuvo y, volviéndose hacia un pequeño monte bajo, me dijo:

— Esta brecha me recuerda a Flaubert… Mientras pienso, le ruego, François, que me recuerde que este jueves próximo debe tener lugar nuestra reunión del comité en Rouen para el monumento a Flaubert. Lo he anotado en mi agenda, pero es más seguro que sean dos en recordarlo. ¿No me había dicho usted que lo había conocido?...

— Sí, señor, yo he tenido el gran honor de servir en una mesa al señor Flaubert, en 1876 y 1877, en casa de la señora T*** que vivía en la calle Murillo, en la vivienda contigua a la del señor Flaubert. Mis recuerdos son muy precisos porque fui muy sorprendido cuando el gerente del hotel me dijo, señalándome al señor Flaubert: « Ve usted a ese caballero; hay que servirle primero, incluso antes que a las damas.»

»Ocupaba una plaza a la derecha de la anfitriona de la casa y Claudius Popelin a la izquierda. «Eso se hace así, me dijo el gerente del hotel, porque el señor es un espíritu superior, un escritor notable. Luego, yo le daré a leer uno de sus libros y usted podrá juzgar por sí mismo.» Me dio *Madame Bovary,* que leí en principio solo. Ese libro me impresionó vivamente;

lo encontré tan exacto y tan penetrante que hice la lectura en alta voz durante varias veladas en la cocina ante todo el personal reunido. Esta lectura suscitó discusiones entre las mujeres que servían en la casa respecto de la primera salida a caballo de Madame Bovary con el caballero que era su vecino, y luego se volvieron más serias cuando les leí el pasaje en el que Madame Bovary, volviendo del castillo, una mañana, se encontró ante la choza del cazador furtivo. La buena inglesa decía: «¡Oh! ¡yes! Yo, en lugar de la señora Bovary, habría entrado en la choza muy gentilmente, lo habría engañado, cubierto de falsas caricias y luego le arrebataría su fusil y lo habría matado. ¡De este modo no habría podido decir a las gentes de la región que me había visto venir del castillo!»

» En lo que a mí respecta, señor, le diré que yo soñé durante mucho tiempo con el farmacéutico. Desde la ventana de nuestra cocina, podía verse el comedor del señor Flaubert. Después de la lectura de *Madame Bovary*, esta ventana estaba siempre ocupada por una o dos mujeres del servicio que buscaban percibir al autor de ese bello libro. Una de ellas decía: «He visto una esquina de su bata», otra: «Me pareció ver su cabeza totalmente calva.» Una tercera añadía: «Yo, yo he visto sus largos mechones que le caen sobre la espalda.»

Yo hablaba seguido; mi señor me escuchaba, feliz de oírme hablar, en mi gran simplicidad, de Flaubert, al que tanto amaba… Llegamos bajo el famoso árbol de Villenes, de gigantescas ramas, bajo las cuales se había instalado un restaurante y toda clase de juegos. El señor me preguntó si quería tomar algo, yo se lo agradecí. Entonces me dijo:

—Venga por aquí, vamos a atravesar la vía férrea y voy a enseñarle el lugar donde se embarca, para el caso en el que tengamos que hacerlo algún día.

Desde el embarcadero, me mostró a lo lejos el puente de Triel.

Después de haber atravesado la vía del ferrocarril y haber girado a la derecha, bordeamos una antigua iglesia oculta parcialmente por una cortina de hojas nacientes; luego por un pequeño camino, llegamos a lo alto del cerro sobre una gran ruta. Desde allí, pudimos descubrir un panorama grandioso.

El señor de Maupassant se detuvo para mirar bien, luego me dijo:

— ¡Mire, François, que imponente es esta vista, esta inmensa planicie! Allá abajo, en frente, el bosque de Saint-Germain; más a la izquierda, la cadena de Cheverchemont, más abajo Triel y Vaux, Meulan, al fondo Mantes la Bella, hacia la que discurre ese bello río adornado de todas sus islas. Sepa usted que esa ruta conduce a Médan, a casa del señor Zola. Yo tendré que enviarle allí sin duda. Ahora, vamos a tomar este lado por los bosques, los conozco todos, no nos perderemos, esté seguro de ello… Ese Zola es un escritor de primer orden. ¿Ha leído usted algo de él?

—Si, señor, pero poco – respondí. — *los Rougon-Macquart* únicamente.

— ¿Y bien?

— ¡Oh!, señor, no se muy bien que decirle, pues es literatura y yo no entiendo ni gota…

El señor de Maupassant me dijo:

—Usted se desenvuelve muy bien en cocina; no se puede saber de todo. Pero ¿ha leído usted los *Rougon-Macquart*?

—Si, señor, y dado que quiere usted saber lo que pienso, se lo voy a decir. El señor Zola ha exagerado demasiado hablando de los servidores; el hace decir a esas pobres buenas personas toda clase de horrores; en *Pot-Bouille*, los hace gritar por las ventanas una sarta de palabras sucias, groseras. Yo se lo repito, señor, ha exagerado. Yo soy servidor después de veinticinco años y nunca he oído palabras parecidas a las que el señor Zola pone en boca de sus personajes. Luego, su Trublot, quiero creer que existe; pero es un individuo muy extraño. Yo

no digo que las criadas, las cocineras, no tengan sus deseos de amor como las demás mujeres. No, pero de ahí a decir que ellas están todas dispuestas a esconder a los Trublot detrás de las puertas de sus cocinas, esperando el momento de hacerlas subir a su buhardilla, no, señor, ¡no!

» El señor Zola ha tomado sus informaciones muy deficientemente; a saber donde ha podido buscarlas. No está bien tomarla con unos seres indefensos, que a menudo son muy interesantes. ¡Cuantas veces en una jornada, la mayoría de ellos tienen que arrastrar su amor propio para conservar su puesto y mantenerse honestos! ¡Y todo para cobrar a fin de mes treinta francos, con los cuales compran lo estrictamente necesario y envían el resto a sus viejos padres, todavía sobrecargados de niños o con frecuencia inválidos!

» Yo habría visto, desde luego, mucho mejor, que el señor Zola pusiese de relieve la honestidad, la devoción de los servidores, las pruebas que tienen que soportar a diario; pues en la mayoría de las casas no hay que tener carácter, hay que inclinarse siempre; si a uno se le humilla, debe procurar que no se le advierta. El trabajo es por lo general duro, sin consuelo y sin aliento, pues se está separado de los parientes; todos estos y muchos otros detalles serían un mejor tema de estudio para el señor Zola y, sin embargo, esto se encuentra más a menudo que las historias repugnantes que él ha inventado, pues no son verdaderas ya que no ha visto lo que ha escrito. Todo eso no existe y, seguramente, no soy el único en pensar que hace falta tener en si mismo unas pensamientos viles y malsanos para hacer salir de su cerebro unas cosas tan repugnantes que, repito, nunca han existido.

Yo me agitaba como un diablo, tenía calor. El señor de Maupassant sonreía, de vez en cuando negaba con la cabeza, golpeaba más o menos fuerte la tierra con su bastón. Por fin me dijo:

— Crea, François, que Zola no ha querido ofender a esas valientes jóvenes de las que usted habla tan bien. Él ha querido solamente mostrar, en esa clase de la sociedad, el lado defectuoso. Su obra está muy bien, pero, como siempre, ha buscado un gran efecto para venderla. Si él hubiese escrito en el sentido que usted acaba de exponer, no habría vendido nada, mientras que con lo que ha hecho, todos los apetitos malsanos van a arrojarse sobre sus libros, lo que es una cura, y el dinero, que era a todo lo que él aspiraba, afluyó. Desde mi punto de vista, es un error, pues un artista de su categoría, no debería pensar más que en su obra y ser absolutamente desinteresado.

»Mire usted a Flaubert, del que hablamos a todas horas, es seguramente uno de los que ha aportado a la lengua francesa la mayor de las gracias y la armonía. ¡Cuanta paciencia y cuanto desinterés! Como tantos otros, habría podido publicar novelas y procurarse unos buenos ingresos, pero ¡prefirió seguir su vocación de artista y encerrarse durante quince años para escribir *Salammbô*!

»También más tarde, dentro de cien años, dentro de dos siglos, incluso cuando la sociedad haya pasado por convulsiones terribles y que la auténtica República haya encontrado su devenir, cuando de unas clases nuevas saneadas y juiciosas surjan unos artistas, unos literatos de primer orden, esté seguro de que casi todos los escritores de este siglo serán olvidados, mientras que la bella obra de Flaubert permanecerá con pleno resplandor. Todas las personas inteligentes querrán leerla, porque sentirán lo que se puede obtener de una obra tan fuerte y tan noble.

Esas últimas palabras, mi señor las pronunció muy altas, haciendo el ademán de esparcirlas por el espacio.

Atravesamos el bosque, un pueblo y toda una extensión de planicie; el señor miró su reloj y dijo:

— Son las cuatro y veinticinco; nos quedan treinta minutos para llegar a la estación, de la que estamos

aproximadamente a cuatro kilómetros. Es factible. ¿Está dispuesto, François?

Y aferrando su bastón en su mano derecha, aceleró su paso de gran caminante.

Al llegar a la estación, circulamos sobre los andenes para refrescarnos, pues teníamos calor. Luego, el señor me mostró una casa cubierta de viña virgen y de hiedra:

— Es la que el señor Meissonier, el gran pintor, ocupa durante el verano…

Calle Montchanin, 25 de abril de 1889, nueve de la mañana. El señor de Maupassant estaba de pie, cerca de la chimenea de su habitación. Depositó una pila de piezas de oro.

— Mire usted, —me dijo— todo esto es mi ganancia de ayer por la tarde. Es una buena cantidad, pero no quiero guardar ni un centavo. Esta tarde, iré a las oficinas de la beneficencia. No sé por que todas esas personas mundanas me obligan a jugar. Resulta que ayer se celebró una reunión en casa de mi amigo X…, el abogado, usted lo conoce, el que vino a almorzar conmigo el último año. En esta velada, las damas estaban en mayoría. Ante sus insistencias, me vi obligado a consentir en jugar; sin embargo, les advertí que estaban equivocadas, pues era probable que sus botes fuesen a parar a los pobres…

»No comprendo esta aversión que tengo por todos los juegos de dinero, mientras que tengo tanto animo por lo juegos de espíritu y todavía más por todo lo que sea práctica física.

Los primeros días de mayo de 1889, mi señor hizo venir a la calle Montchanin a un grupo de árabes, que llegaba desde Argel, para dar unas representaciones en la Exposición. Aprovechó la ocasión para ofrecer a algunos privilegiados amigos la primicia del espectáculo de estos artistas de África, artistas divertidos, originales.

Una de las mujeres, entrando, me saltó al cuello diciéndome unas cosas muy amables:

— ¡Te reconozco, tu estuviste en Argel, me acuerdo de ti, oh, sí, sí!

Y no paraba de abrazarme, lo que me molestaba mucho, mientras que el señor reía hasta retorcerse. Por fin intervino:

— Pero es posible que la señora lo haya visto en Argel, después de todo, ya que usted ha estado allí.

La joven, animada por esas palabras, no me soltaba; era muy gentil, con su pequeña figura redonda y morena, sus bellos ojos aterciopelados. Únicamente yo no sabía si ella había tenido calor, pero un olor sucio, salvaje, más repugnante que apetecible, emanaba de su pecho casi completamente al descubierto, adornado únicamente con un collar de conchas que, a cada movimiento de cabeza, producía un sonido de quincalla. Eran doce mujeres y cuatro hombres, más su tumulto.

En el salón, parecían molestas, girando sobre si mismas, tomándose los pies en las alfombras y en los bajos de sus vestidos que llevaban largos, tanto por delante como por detrás, y con una amplitud de talla que se podría creer que tenían crinolinas. Finalizadas las presentaciones, su guía les hizo sentar a todos en círculo y comenzaron su bum-bum musical, cantos y gritos. Después del primer fragmento, se les hizo pasar al comedor, para tomar unos pasteles y beber champán.

Ese buen vino francés les fue ofrecido como una bebida especial fabricada en su honor, pues el vino, incluso el más fino, Mahoma les prohíbe probarlo y ellos no querían desobedecerlo. Después de cada danza o fragmento musical, se refrescaban siempre con uno o dos vasos de champán.

Las mujeres querían ejecutar la danza del vientre, incluso las de mayor edad. Entonces aquello fue un aquelarre de todos los demonios, estaban a ver quién produciría las contorsiones más ágiles y verdaderamente las más extraordinarias. Eso no

era lo más interesante, sino que era verlo demasiado cerca; finalmente se llegó al punto en que los actores se divertían más que los espectadores. A cada instante mi señor dejaba el salón e iba a su habitación hasta la galería, acompañado de una invitada y, caminando, metía las manos en sus bolsillos, como tenía por costumbre hacer cuando estaba solo y se paseaba a través del apartamento, buscando poner a punto una frase que no tomaba la forma que él deseaba.

El director de la orquesta hacía todo lo que podía para tener controlado a todo el mundo. Algunas de esas damas estaban sobre los divanes y los canapés, perdidas entre los cojines, otras en el suelo, tumbadas sobre la gran piel de oso blanco o poniéndose en cuclillas sobre las alfombras. Los músicos trataban bien que mal de poner sus instrumentos acompasados; incluso se llegó a ejecutar una última pieza. ¡Pero que cacofonía! Cada uno iba a su guisa; no puedo decir el extraño aspecto producido por todas esas personas con sus trajes diferentes que se agitaban en medio de sus desordenadas posturas; parecía una reunión de títeres agitándose en un batiburrillo fantástico. Una última vez se refrescaron, pero no les di más que naranjada. Por fin llegó la hora de la despedida. Hizo falta toda la sangre fría del guía para organizar la marcha; se hizo larga pues había siempre alguien que no estaba preparado, todos habían perdido algún objeto más o menos importante de su vestuario. Mi pequeña árabe no dejaba de venir a decirme adiós, pues insistía en tomarme por un invitado porque yo estaba vestido con una corbata blanca.

Cuatro coches estaban en la puerta, todo el mundo se subió. En ese momento no sé si el guía se equivocó o si fui yo quién comprendió mal las indicaciones dadas; resultó que las ocho personas, que debían ir al bulevar Latour-Maubourg, 52, fueron conducidas al bulevar Voltaire, 72, mientras los que debían dormir en esta última dirección acabaron en Latour-Maubourg.

No fue hasta el día siguiente por la mañana que se dieron cuenta que allí se había producido un error.

Una mañana de finales de mayo, el señor de Maupassant me llevó a Triel; se dispuso a elegir una villa para pasar una parte del verano. Mi señor quería dejar París, sin alejarse demasiado sin embargo, para el caso en el que desease hacer una visita a la Exposición.

Fue en el extremo de Triel, cerca de Vaux, donde el señor encontró lo que deseaba. La villa estaba escondida entre árboles y de cara al Sena; uno de los lados de la casa estaba al borde del camino que se dirigía a un curso de agua.

Fuimos siguiendo la orilla hasta el puente de peaje que une Triel con Vernouillet, donde se encuentra la estación del ferrocarril. Mi señor no quería regresar enseguida a París; las orillas del río, ya florecidas, lo retenían. Eligió uno de esos cenadores de restaurante desde donde la vista domina la rivera a lo lejos, y allí, se nos sirvió el almuerzo…

El señor de Maupassant estaba sentado, la mirada vuelta hacia el puente; veía el Sena correr hasta donde alcanzaba la vista, justo hasta las islas de Meulan. Sobre la orilla opuesta, de tramo en tramo, unos grupos de grandes árboles reflejaban sus altas siluetas en el agua fugitiva y formaban grandes manchas sombrías.

El señor miraba todos estos detalles con una atención apasionada; se hubiese dicho que los oliese también, pues se veían palpitar las aletas de su nariz y plegarse su frente en el esfuerzo de su observación. Todo su ser estaba preso por la contemplación del paisaje. Una imperceptible sonrisa afloraba sobre sus labios… El espectáculo lo ocupaba por entero; lo grababa en él para aprehenderlo mejor, definirlo mejor e imprimir definitivamente en su obra esa agradable sensación que él experimentaba. En ese momento, su rostro, rebosante de serenidad, daba la impresión de absoluta felicidad….

Sin embargo, a la gran luz del día, ese rostro ofrecía algunos signos de fatiga, pero la expresión era tan inteligente que eclipsaba todo.

Encargando el almuerzo a la sirvienta, el señor de Maupassant le solicitó:

— Yo tomaré agua de Saint-Galmier para beber.

Luego, volviéndose hacia mí:

— Usted, François, tome lo que quiera.

Cuando la muchacha se hubo ido, añadió:

— Tengo siempre más confianza en estos restaurantes populares cuando están servidos por mujeres.

Después se puso a contar algunas anécdotas que le habían sucedido en los tiempos en los que remaba con regularidad.

— Una vez, había partido de Croissy para ir hacia Paris, con la intención de remar una parte de la noche. Pero al llegar más allá de Carrières-Saint-Denis, a un lugar llamado la Folie, allí donde la vía férrea, que va de París a Maisons-Lafitte, cruza el Sena, rompí uno de mis remos. Entonces amarré mi yola a la orilla y partí a pie para París. Estaba llegando a Bezons siguiendo siempre la orilla del Sena, cuando un enorme perro, que guardaba unos depósitos, se abalanzó hacia mí. No tenía nada para defenderme ni incluso un bastón; estaba en pantalón de algodón y en camiseta. En esta situación, juzgué el enfrentamiento desigual y me arrojé al agua para atravesar el Sena a nado. El animal hizo otro tanto; no llegó a alcanzarme porque, buen nadador, se la jugué; le hice remontar la corriente, lo que le resultaba muy difícil y eso fue lo que me salvó. Al día siguiente yendo a buscar mi barco, pasé por la casa del propietario del perro para advertirle que si volvía a ocurrir esa situación, no dudaría en matar al animal de un disparo de revolver. Él me contestó con arrogancia y me dijo que eso sería entonces lo que tendría que hacerle a él; a lo qué, le volví a repetir que si la ocasión se presentaba, destrozaría seguramente la cabeza del perro, y que si él quería presentarse,

tendría una gran satisfacción en recibirle. Le aseguro que llegado el caso, habría administrado a ese bruto un correctivo del que se acordaría. Yo no temo a un hombre forzudo, lo derrotaría nueve veces de diez por mi gran agilidad.

Mi señor estaba en plena racha de recuerdos. Prosiguió:

— ¿Nunca le he contado lo que me ocurrió una noche en Étretat? No recuerdo la hora que era, pero el cielo estaba cubierto, y usted sabe que en el valle, entre estas dos costas, la noche es siempre más opaca. Iba a llegar al seto del jardín, no había percibido nada anormal, cuando, del lado de los avellanos, un enorme perro se abalanzó hacia mi garganta sin previo aviso. Su ataque fue tan fuerte que me hizo caer de espaldas. Apenas recuperé mi equilibrio cuando se arrojó sobre mí una segunda vez. Entonces le aferré la garganta con mi mano izquierda y, con mi brazo derecho, le rodeé el cuello para estrangularlo si tenía la suficiente fuerza. Su posición no era buena; el animal lo comprendió sin duda, pues hizo un esfuerzo supremo para desprenderse, y eso nos hizo rodar a ambos aferrados en el foso que bordea el camino. Yo ganaba, él estaba casi sobre la espalda; su rabia estaba en ese momento en su apogeo, todo su cuerpo se estremecía y su voz rugía espantosamente. Yo me estaba recuperando e hice un movimiento de plegarme en dos para ponerle mi rodilla sobre la garganta, cuando por casualidad encontré bajo mi mano derecha una gran piedra afilada. La tomé y, sin darme tiempo a reflexionar, se la clavé en la boca, lo más profundamente que pude. Al cabo de un momento comprendí que el animal se rendía, su cuerpo casi no se movía. Retiré mi mano, dejando la piedra y, con mil precauciones, me desprendí. Corrí a recoger mi bastón que había dejado caer sobre el camino para asestarle unos golpes y acabar de tumbarlo. Pero la lucha estaba acabada, oí al perro que huía entre las espigas de un trigal vecino, y sin ningún gruñido. Yo estaba estupefacto.

»Mi traje quedó destrozado; tenía las manos estropeadas, las introduje en un buen baño de una solución de alquitrán jabonosa, después las empapé con unas vendas con las que las envolví toda la noche. Al día siguiente por la mañana, comprobé que no había mordeduras graves. Pero cual no sería mi sorpresa cuando, abriendo la puerta de entrada, ¡vi acostado sobre el felpudo a mi animal de la víspera! Me vio, se levantó y, arrastrándose, vino hacia mí como para pedirme perdón. Yo le presenté mis manos mordidas, él las lamió con dulzura, le di leche de beber, para reparar los daños de su garganta. Bebió. Después de que le hiciera algunas caricias, marchó. Durante dos o tres estaciones, sin exceptuar un solo día, ese perro se encontraba en mi puerta no importando la hora a la que yo bajaba.

»Un día, Cramoyson quiso darle caza; pero le pedí que no lo hiciera. Este pobre animal no podía explicarme el motivo por el que me había atacado, pero yo estaba emocionado con su fidelidad viniéndome a visitar cotidianamente y, dado que esto le producía placer, no quería que se le cazase. Nos habíamos convertido en buenos amigos, nuestro primer encuentro había sido tempestuoso, incluso terrible, pero estaba olvidado. Ambos estábamos de acuerdo para reconocer que se había producido un mal entendido; habíamos nacido para ser amigos y no enemigos. Supe después que el animal pertenecía al director de la revista *Old England* que habitaba en una villa de Étretat.

Nuestro almuerzo llegaba a su fin. El postre estaba sobre la mesa, era pastel de arroz.

— ¡Esto tiene buena pinta!— dijo mi señor. Desde que fue servido, añadió:

— ¿Sabe usted, François, que el agua hace resaltar el gusto de los platos azucarados?

Mandó traer a la sirvienta un vaso y me sirvió de su agua de Saint-Galmier. En efecto, el pastel me pareció mejor con esa agua.

Continuando comiendo, el señor dejó caer sus quevedos de vidrios ahumados, sin duda para ver mejor el Sena. Él no dejaba de mirarlo.

— ¡Ah! ¡Yo conozco este río tanto por encima como por debajo! ¡Cuántas zambullidas he hecho! Hace algunos años dejé Sartrouville para vivir en Croissy, a fin de no tener que pasar la esclusa de Port-Marly donde, cuando había que esperar demasiado, tomaba mi yola sobre la espalada y la llevaba de ese modo al otro lado. Por esto es por lo que tengo la espalda un poco hundida. Alquilé una modesta casa en Croissy. Allí tenía algunos vecinos, entre otros un distinguido ingeniero que, para complacer a su esposa, había ido a las afueras a pasar una temporada.

»Una noche oí que alguien me llamaba desde el exterior. Abrí la ventana.

»Era mi amigo que venía a decirme que creía que su esposa se había arrojado al Sena. Me preguntaba si podía ir con él y ayudarle a buscarla. Su voz angustiada me decía que tenía el corazón destrozado. No olvidaré nunca la impresión que me produjo la voz de aquel hombre rogándome acompañarle. Lo veía desesperado; no vacilé. Puse mi traje de baño y, cinco minutos después, me sumergí donde mi amigo creía que su mujer había desaparecido. Durante más de una hora registré en todas direcciones, el fondo del río alrededor del lugar indicado pero no descubrí nada.

Le dije entonces que su esposa no debía estar en el Sena; él pareció dudar.... ¿Quizás lo había amenazado? No quise ser indiscreto, pero traté de levantarle el ánimo diciéndole que el pájaro había simplemente salido volando de la jaula y no tardaría en regresar finalizando su huida.

Algunos días después vi a mi amigo. Me tendió las dos manos, radiante de felicidad y me dijo: « ¡Mi mujer ha regresado!... La amo todavía más que antes si es posible. Durante su ausencia, ella se desembarazó de todos esos perfumes exagerados que a mi no me gustan. Ahora, créame mi querido amigo, todo su cuerpo y sus trajes, exhalan una cierta fragancia fresca como la que yo respiraba la noche, en la que usted nadaba con tanto fragor bajo el agua.»

»Hoy, según me han dicho, viven muy felices. Los veo muy raras veces.

Dejamos el restaurante. El señor caminaba a buen paso sobre el puente. Luego de haber pagado los céntimos del peaje, lo alcancé:

— Este puente suspendido y tembloroso, — me dijo— produce el efecto de un anciano poseído por el baile de San Vito, y a ese Sena lo conozco, me ha dado grandes momentos y también reumatismos de los que no me pude desprender. Le tengo un poco de rencor por estos últimos, quizás más aún porque hasta el presente me ha negado la ocasión de poseer la medalla de salvamento. Sin embargo he sacado de sus aguas trece ahogados, once muertos y dos vivos. Los muertos no cuentan. Mis dos vivos, formando parte de sociedades, quedaron también sin efecto. Así pues necesitaría una nueva ocasión para poseer la medalla que tanto ansío. Para mí, vale más que todas las posibles «Legión de honor».

En el tren, tomamos cada uno un rincón hacia atrás, estábamos solos. Pasando por Médan, mi señor echó un vistazo por la ventanilla y dijo:

—Zola quizás esté en Médan, las ventanas de su gabinete están abiertas.

18 de junio. Ya estamos instalados en Triel. Mi señor ha ido a buscar su yola a Poissy y me encargó ir allí a tomar el

barco *Tonneau*[3]. Esta embarcación, así denominada porque el constructor la había hecho absolutamente redonda por debajo, estaba destinada a ser el bote del *Bel-Ami*, pero jamás pudo echarse al mar. Una tarde fui a buscarla; El señor estaba allí, embarcó conmigo y descendimos lentamente entre los grandes árboles, Villenes de un lado y las islas del otro.

Mi señor no hablaba, pensaba; su mirada soñadora tras sus gafas se paseaba sobre toda esa bella vegetación, sobre esas flores que cubrían las orillas del río. Después de haber pasado Villenes, me mostró una casa:

— ¿La reconoce usted?

— Sí, — respondí— es la casa del señor Zola.

Mi señor comentó:

— Él se hace un mal de todos los diablos. ¿No se le ha metido en la cabeza hacer una novela sobre cada categoría de obreros? Es una auténtica faena la que se impone; y además, un novelista de talento no debe hacer esas cosas. Yo lo he pensado con frecuencia; desde mi punto de vista, un escritor no debe escribir más que lo que experimenta; para producir bien una obra, es necesario haberla visto y comprendido. Diría incluso: hay que sentirla, hay que amarla o detestarla, estar en definitiva impregnado de los menores detalles de su tema y verlos bien diferenciadamente, en una palabra, haberlos estudiado a fondo. Esto, para mí, no es lo que hace Zola por este camino. Yo no quiero escribir más que lo que me gusta, sobre un tema que me interesa. Quiero conservar el estilo que he adoptado, y mantener mi impronta personal. Pasado mañana, Zola y Hector Pessard, que vive en Triel con su madre durante una parte del año, vendrán a almorzar a casa…

Llegamos al puente de Triel, mi señor me tomó los remos, pues yo no tiraba lo suficientemente fuerte para su gusto. Como pasábamos enfrente de la propiedad del señor Pessard, creo que le daba vergüenza ser visto navegando a

[3] Tonel

semejante velocidad, sobre todo siguiendo el curso del río. Cuestión de amor propio.

El día del almuerzo previsto, mi señor tenía enfrente de él al señor Zola y a su derecha a su amigo el señor Pessard. La conversación fue de lo más banal, tocando apenas la literatura. Se pronunciaron los nombres de algunos colegas, sin detenerse. Se charlaba sin orden ni concierto; no se producían más que paradas y reanudaciones, sin continuidad, a pesar de los esfuerzos del señor Pessard que buscaba despertar el interés.

A cada instante, parecidos a dos gatos que se espían, los dos grandes novelistas se echaban una ojeada, luego rápidamente bajaban la vista sobre su plato, como si lo que éste contuviese les resultase de mucho interés. Este no era el estilo acostumbrado de mi señor, siempre tan franco y tan jovial. Finalmente, el hielo no se rompió.

Inmediatamente después del almuerzo, el señor Zola se fue a dar su acostumbrado paseo a Cheverchemont, y mi señor fue a visitar a las plantaciones de champiñones de Temple y de Vaux con su amigo Pessard. A las cuatro, serví el té del señor; estaba tendido sobre su larga silla; se levantó bruscamente, y sin mirarme, procedió a dar sus impresiones:

— ¡A Zola, lo considero como un gran escritor, un valor literario considerable!

Luego, mirándome, añadió con un tono amargo y repulsivo:

— ¡Personalmente… no me gusta!...

Un momento después, vino a buscarme para recoger los pequeños montículos de maleza que había cortado al borde del camino de entrada que conducía a un bello césped. Me dijo:

— Mire usted, François, ¿está mejor así?

— Sí, desde luego, pero el pequeño sendero que conduce al pozo tendría también necesidad de un arreglo parecido. — respondí.

Él se dirigió allí y cortó muchos brotes, incluso algunas ramas. Trabajaba con ahínco y tenía calor; y, Dios mío, que contento y feliz parecía, demostraba seguramente más placer mojándose allí, pues no hacía mucho tiempo que había llovido, que en una gran velada en casa de una Alteza.

Cuando hubo acabado exclamó:

— Creo que habría sido un buen jardinero; en cualquier caso, ¡esto me divierte mucho!

15 de julio. El señor de Maupassant se daba algunos baños en el Sena en vez de duchas, pero no le resultaba demasiado efectivo.

Llegó una joven pareja de sus amigos de París dándole una sorpresa. Quedaron a cenar, lo que le produjo un gran placer. Durante la comida, les contó su visita al doctor Grubby, de la calle Saint-Lazare en Paris y explicó el régimen extremadamente complicado que le dio: nada de pan, pero, en su lugar, tres veces al día unas patatas a la inglesa, huevos, bajo todas las formas, pescado en todas las comidas, mucha ave y fiambre de carnicería, así como purés, pocas legumbres verdes, nada de caza mayor ni vino, pero dos litros de leche diaria como mínimo al día.

— Yo no hablo – añadió – de los medicamentos, lo que sería demasiado largo; pero me pregunto como mi estómago podrá resistir este amasijo de alimentos.

El 17, el oculista vino a almorzar con el señor, cuyos ojos no veían mejor. El 20, volvió a consultar con el doctor Grubby, y por la noche me contó que le había hecho hablar:

—Cuando – me dijo— acabó su letanía, fijé mi mirada en sus ojos con insistencia. Entonces él se soltó: « A usted, señor de Maupassant, que es un hombre inteligente, prefiero decirle la verdad. Yo no trato de persuadirlo; sin embargo, permítame decirle que obtengo muy buenos resultados, y usted ve que

todas las cosas que yo le he dado pueden serle muy útiles y sentarle muy bien.».

El señor de Maupassant concluyó:

— Estaba informado.

A continuación, traté en la medida de lo posible, de hacer seguir, sin exageración, ese régimen a mi señor; pues seguramente sería bueno como reconstituyente.

El doctor Grubby falleció hacia 1899, a la edad de noventa y tres años, y, curiosidades del destino, en los últimos meses de su vida, no quería tomar más que consomé, exigiendo a su criada que fuese a buscarle el café de François, el antiguo servidor del señor Guy de Maupassant.

El señor, aunque fatigado, ofreció en estas fechas, algunas comidas, entre otras un almuerzo que permanecerá famoso por su matelote de anguila llamada *matelote à la Mère Didier,* que debió quedar en el recuerdo de algunos invitados. Éstos no debieron olvidar el embarque, bajo un tremendo aguacero, en el *Saint-Georges,* yate de recreo, que se había amarrado ante la casa para una excursión por la tarde.

Todo el mundo parecía apresurado de subir a bordo; se esperaba sobre la orilla, pero apenas unos instantes después, la lluvia redobló su intensidad. Caía con rabia, en todos los sentidos, pero esto no impedía que la gente riese. Las damas, en lugar de utilizar sus sombrillas, las arrojaron a la embarcación que las conduciría al barco; también ellas se calaron. ¡Que importaba! ¡Incluso se reían!... Cuando todos embarcaron, y todo fue reconocido, del *Saint-Georges* salieron unos *poum, poum* impresionantes. Era un barco de vapor. Nuestro *Bel-Ami* no hacía ruido, se deslizaba sobre el agua suavemente, tan grácilmente como un cisne, sin ninguna trepidación ni olor a carbón. Pero aquí había vapor.

La lluvia cesó, no era más que una fuerte granizada; la costa de Mantes estaba despejada, no quedaban más que

algunas nubes blancas recorriendo el cielo. El sol caía a plomo sobre el puente, donde las damas se habían ido a instalar, pidiendo al astro en lo alto que se mantuviera allí para acabar de secarlas.

El *Saint-Georges* viró; se pasó bajo el puente elástico de Triel. Yo me volví, no se veía ya nuestra villa; se pasó Villenes; en Médan, ni una persona tuvo una sola palabra para el señor Zola, ante la casa de quién se pasaba. Poissy abrasaba. Marchaba bien ese barco y yo lo podía comprobar con placer, pues debíamos recorrer la Meuse, de Namur a Rótterdam. Llegamos a Herblay; aquí, el campo no es bonito; el propietario del yate bajó a tierra para comprar unas gallinas, a fin, según él, de complicar un poco su cena, que le parecía más que mediocre en comparación con el almuerzo que Maupassant había ofrecido; se le dijo que a bordo no era la misma cosa que en la casa. Pero su vanidad estaba en juego y no escuchó a nadie, subiendo a bordo dos gallinas flacas, nerviosas, con los huesos salientes. Incluso sin ese suplemento inútil, había una cena muy completa y muy buena.

El mal tiempo había remitido, el sol muy caliente hizo olvidar la tormenta, todo el mundo estaba sentado en la popa sobre el puente. Se estaba alegre, y de vez en cuando, algunas notas de un fragmento de ópera discurrían sobre la estela que dejaba el *Saint-George* e iban a perderse en los matorrales que bordeaban las orillas del río. Se organizó una partida de pañuelo, pero no tuvo éxito. Ese juego no está hecho, sin duda, para el aire libre.

Por lo demás, no hubo necesidad de juegos; el propietario del barco se encargó de distraer a sus invitados; con sus buenas maneras de caballero supo distraerlos con divertidas gracias. Además, era un buen muchacho, sabía divertir, tenía una magnífica cabellera negra, un bigote ligero y fino, la boca rosada, como la de una jovencita, un mentón un poco

puntiagudo, todavía brillante del último afeitado. También debía tener éxito con las mujeres.

Yo advertí que una de ellas sobre todo no cesaba de mirarlo, no le quitaba la vista de encima; a veces, abría sus ojos muy grandes, después lentamente se unían los párpados, como si se escapase una caricia, conservando durante un largo momento la forma de una almendra apenas abierta. ¡Qué juego de miradas! Al mismo tiempo se veían las aletas de la nariz dilatándose; sus labios, rosados, pasaban a un malva pálido, casi blanco; un gran suspiro del corazón inflaba su blusa. ¡Ah! Bella dama, usted nos hizo asistir allí a una verdadera llamada de amor; todo en usted parece decir a aquél que usted mira: « ¿Es a mí, o prefieres a todas?» Y él, dándose cuenta, comprendiendo su estado del alma; estando él por ella pleno de pequeños sentimientos y delicadezas; mientras pronunciaba su nombre, todo vibraba en él. Todo su ser estaba poseído; cuando él le hablaba, era con una dulzura infinita, se sentía estremecerse su corazón.

Mi señor también tenía su parte de éxito con las damas; pero ese buen moreno eclipsaba todo. El señor no era celoso, al contrario, él siempre le seguía y se las componía para facilitar las conquistas a su amigo. Se encontraba también a bordo un pintor (amable por momentos, pero a menudo ensoñador, pensando en la tela, en el retrato que había dejado en su taller sobre el caballete), un jefe de negociado de un ministerio y dos hombres de mundo, que sin ningún tipo de protocolo me propinaron unas palmadas por extender el mantel sobre la mesa y disponer los cubiertos…

Se cenó temprano, aún era de día y también porque todo el mundo tenía apetito tras ese paseo sobre el agua y al aire libre. En la mesa, siempre la misma franca alegría; se bromeaba y los platos desaparecían como por arte de magia. El champán era el vino preferido, y la grandiosa aurora boreal que cubría en ese momento el cielo, le proporcionaba un bello tinte

rosado dentro de las copas de cristal tallado. Hay que decir que también me parecían un poco rosados los rostros de todo el mundo.

Mi trabajo había acabado ya y me fui a cenar con los mecánicos. Llegó la noche y nos encontramos en tinieblas; los fuegos del lado del barco arrojaban sus luces hacia delante y no proporcionaban ninguna claridad sobre el puente; se encendieron linternas venecianas; enseguida resurgieron los ánimos. En lo alto, las estrellas parecían pequeñísimas; una de las jóvenes, una condesa, exclamó:

— ¡Oh! ¡Es el cielo que envía un beso a la tierra!

El pintor, que tenía bajo su mirada una especie de cuadro mágico, con las damas sentadas en grupo en la popa del barco, iluminado de farolillos de todos los colores, salió de su estado semi letárgico y respondió:

— Sí, señora, un auténtico beso de fuego.

Luego se dedicó a describir científicamente el fenómeno, pero eso no satisfizo a la condesa.

— Estoy segura, señor de Maupassant, — dijo ésta, — que usted conoce alguna cosa sobre el beso de estos poderosos elementos.

—Bien poco, señora – respondió el autor de *Une Vie*, y lo lamento en esta ocasión que parece interesarle tanto. Pero sobre el arte de besar, del amor, si usted lo prefiere, vea lo que nos dice Michelet sobre los habitantes de los mares y también de algunos vegetales, que saben darse felicidad por encima de todo lo que…

La dama no le dejó acabar; le tomó precipitadamente de un brazo y se fueron al otro extremo del barco para finalizar su conversación, para gran decepción de los demás invitados que también querían oír el fin de la explicación.

Hubo recriminaciones y se les obligó a regresar; ambos reían y fue necesario casi empujarlos para llevarlos a sus

lugares, pero fue imposible obtener el menor esclarecimiento sobre la definición del Beso y del Amor.

Todos callaron cuando una bella dama se puso a decir toda la felicidad y el bienestar que ella experimentaba en ese encantador paseo sobre el agua, por esa serena velada, con unos amigos y amigas tan alegres:

— Me parece que me quedaría de buen grado toda la noche, deseando incluso que se prolongara indefinidamente.

Entonces mi señor le dijo:

— Es un placer que yo he saboreado a menudo. ¡Cuantas veces el alba me ha sorprendido sobre este hermoso río, por allá, del lado de Chatou!

— ¿Espero que no fuese solo?— preguntó la dama con cierta picardía...

Como el señor no respondió, todas las mujeres, a coro, le instaron a pronunciarse. Pero aquél que ha escrito *Au bord de l'eau,* ese poema vívido y de una tan gran fuerza, supo mantenerse sin pronunciar ni sí, ni no, lo que hizo patalear a las bellas pasajeras, y la expresión de *fino normando* surgió de todos los labios…

El cielo se estaba agrandando desmesuradamente, no se percibían más que algunas luces dispersas. Yo me decía: « Desde que estamos navegando, vamos sin duda a desembarcar en Mantes o en Elbeuf. Un paseo a lo Maupassant. Todo el mundo se verá obligado a dormir en un hotel.» Pero me equivocaba; a la una de la madrugada, abordamos al puente de Saint-Germain. Unos coches estaban allí, esperando para llevar a París a las damas y a algunos caballeros. Mi señor, sus amigos más intrépidos y yo, fuimos a tomar el tren a Saint-Germain y llegamos a las tres de la mañana a la calle Montchanin.

El 21 de julio, el señor decidió regresar a Paris. No estaba contento con sus médicos; la última semana era el doctor Grubby quién le confesaba que lo trataba por la persuasión;

hoy era su oculista que le daba a entender que el mal de los ojos no era más que una continuidad de un mal general, y que para obtener una mejoría, sería necesario mejorar su estado de salud. Al respecto, el señor pensó que la vecindad del Sena era tal vez muy culpable del estado nervioso en el que se encontraba en ese momento. También hizo remontar los barcos a la dársena de Poissy, y el 25, partió para Paris, a donde llegue yo igualmente por la noche con el coche de la mudanza.

El 27, tomamos el tren para Étretat donde el señor de Maupassant se reencontró con gran satisfacción con su fuerte ducha, con el agua muy fría de sus pozos. Después de algunos días, experimentó una sensible mejoría y se dedicó a trabajar. *Notre Coeur* estaba en marcha, pero la abandonó durante una semana para escribir una crónica destinada al *Gaulois*, y un cuento cuya idea le había llegado de súbito.

— Lo tengo absolutamente todo, delante del espíritu— me dijo.

De hecho lo escribió en cuatro días; llenaba setenta y dos páginas de papel escolar, sin una tachadura. Mientras lo acababa, mi señor lo hizo copiar, pues quería conservar el manuscrito.

Durante este trabajo, la joven Pussy se había subido sobre el escritorio de mi señor. En algunos trazos de lápiz, dibujó su silueta:

—Mire usted, — me dijo— esta pequeña Pussy. Pues bien, valdría la pena habituarla a permanecer sobre mi escritorio tan tranquilamente como su madre. Tiene un temperamento mucho más sensible, más felino, el ruido de mi pluma deslizándose sobre el papel turba su reposo; siempre conserva la actitud que usted ve en ella, dispuesta a dar un ligero golpe con su pata a mi pluma cuando chirría un poco. Si mi proveedor ordinario tiene un papel más satinado, usted podrá tomarlo preferentemente…

La sociedad habitual de mi señor llegó aquí en parte y por la tarde se jugó al tenis. Desde las seis hasta las siete, el señor prácticó esgrima en el jardín; prefería el aire libre a su sala de armas.

Aproximadamente todos los días, se cenaba en la Gillette; por la noche se hacían proyecciones de sombras chinescas o se representaban comedias. El nuevo salón, unido al antiguo comedor, se prestaba completamente a este tipo de divertimentos.

Una mañana, como yo llegaba del jardín con mi delantal lleno de judías verdes, encontré a mi señor en la cocina, mirando su mapa celeste, y, esta vez estaba de mal humor. Me dijo en un tono breve:

— François, le ruego que ponga atención y cierre todas las ventanas de la casa antes de que el día decaiga. Esta noche, apenas pude dormir, probé en las camas de todas las habitaciones, y había arañas en todas. Siento por esas bestias una gran repulsión, no puedo explicarme el motivo, pero les tengo pánico. Esas traidoras bestias suben por los balcones y llegan así a las ventanas. Ciérrelas entonces antes de la noche, se lo ruego.

En el transcurso de la tarde que siguió a esa aciaga noche, el señor me pidió que subiera delante con dos lámparas encendidas. Había cerrado todo, ventanas y contraventanas; por todas partes parecía una negra noche. Comenzamos la caza de las arañas; pasamos en primer lugar revista a tres habitaciones, donde no nos encontramos más que algunos pequeños insectos de largas patas delgadas que portaban un pequeño cuerpo, y que eran totalmente inofensivos. Pasaron fugazmente a mejor vida, sin tránsito. A continuación, nos volvimos a la habitación azul, reservada a los amigos. El señor colocó una lámpara en cada esquina del lado de la ventana, luego removió las cortinas; esta vez, vimos escapar dos grandes arañas, que rápidamente se refugiaron detrás del espejo de la chimenea.

Yo propuse retirar ese espejo que no era muy grande. Pero mi señor se negó:

— No, no, temo que se produjese algún daño en el frontal de este espejo que, según lo que me ha dicho mi madre, es la obra de un místico, y que representa las armas de los Lepoittevin, si hubiesen portado sus títulos de nobleza.

En efecto, ese frontal era frágil y delicado. Se veía en el bajo dos lanceros que soportaban varios jarrones de flores vacíos pareciéndoles faltar un poco de aplomo. Estos jarrones estaban coronados de dos amorcillos caminando, con una pena visible, sobre el filo cortante de las espadas; parecían hacer un esfuerzo por alcanzar dos cabezas de leopardos, y sus pequeñas figuras rubicundas parecían también querer abrazarse. Todo estaba cubierto de pintura blanca, poco agraciada para el tema.

El señor de Maupassant abrió la cama en medio de la habitación, luego me hizo dejar mi posición al lado de las lámparas para ir a ayudarle a tender una gran banda de tela negra en la alcoba. Después de lo que me hizo aproximar una luz contra el muro para iluminar bien la parte posterior del espejo. Durante ese tiempo, él se había ocultado detrás de la tela negra, donde se puso a emitir unos sonidos imitando una dulce música. Esto no duró mucho, las dos gallardas salieron de su escondite, ganaron el borde de la cornisa y, a la carrera, se refugiaron en la parte sombría, entre la tela negra y el fondo de la alcoba, donde fueron capturadas. Sus cadáveres se depositaron sobre una silla con las de los pequeños arácnidos tomados al principio, y escoltados de Pussy y de Pel, fuimos a llevar esos despojos poco apetitosos a la charca de los peces. Los cadáveres de los insectos más pequeños fueron atrapados de un bocado, pero para los de los grandes, se necesitó un cierto tiempo. Viendo esto, mi señor me dijo:

— Tal vez he cometido un error dando esas gruesas arañas a los peces, pues tienen unas ventosas muy venenosas.

Vea usted como los peces dudan en tomarlos. ¿Sentirán el veneno? Es muy posible. Son unas bestias también.

Pussy asistía, muy seria, a esta escena. En cuanto a Pel, brincaba sin parar y saltaba de vez en cuando junto a su amo. ¡Ese pobre Pel no tenía nada de lo «que hacía falta», ni un poco de la inteligencia de su padre, el grave Paff!

CAPÍTULO XIII

18 DE AGOSTO DE 1889

La gran fiesta de Sainte-Hélène. – El gran yate *Bull-Dog* transporta a la alta sociedad. – Las lavanderas normandas. – El asno de un doctor humanitario. – El *Sphinx-Cottage* .— Coro pastoral al antiguo estilo sobre la pila. – *El Crimen de Montmartre* y el pintor Marius Michel. – Incendio inextinguible y sálvese quién pueda. — Huida del asesino hipotético. – Lotería divertida. – *Es el gallo…* — Un conejo para la señora Arnould. – Pitonisa visionaria – Mil quinientos curiosos alrededor de la Gillette.

Étretat, 17 de agosto de 1889. Unos pintores instalados en el pequeño camino, cerca de la cocina, finalizaban un cuadro representando *El crimen de Montmartre*; mi señor los admiraba y sonreía satisfecho; luego, dirigiéndose a mí, me preguntó:

— Y bien, François, ¿está todo dispuesto para mañana? ¿Tiene todo lo necesario, los toneles, tablas, blusas, sombreros, gallinas, conejos, el puesto de adivinación, los bidones de petróleo y la prisión, las mangueras de riego y las dos bombas en buen estado? El cuadro decorativo es sensacional y va a estar terminado. Mañana dirá usted a Eugénie que vaya a casa de Vimont y traiga sangre, lo más caliente posible. Los uniformes de bombero han llegado y he visto a la adivina, está muy conseguida.

¿Se ha puesto de acuerdo con la señora Lecoeur para los pasteles?

18 de agosto. Era el día de Sainte-Hélèine. Los marinos de Étretat y los bañistas que daban su habitual paseo por la playa, abrieron desmesuradamente los ojos al advertir un

enorme yate a vapor, el *Bull-Dog*, con los colores franceses en su gran mástil y el de los del Club de Francia en la popa.

Unas chalupas descendieron al agua para conducir a tierra a toda la gente de la alta sociedad que estaba a bordo. Bajo un suave sol, con un mar en calma, esas barcazas blancas se deslizaban lentamente, con gracia, bajo la cadencia de sus remeros, sobre ese manto verde con fondo esmeralda como no se ve más que en Étretat. Los pequeños barcos cargados de damas con vestidos claros, sombreros engalanados con flores, con sombrillas de todos los matices, mas bellas las unas que las otras, parecían jardines flotantes, mientras se aproximaban a tierra.

Los pescadores y los bañistas, personas amables, se adelantaron para facilitar el desembarco. Una vez sobre los guijarros, las damas se arreglaron, sacudiendo sus vestidos. De pronto advirtieron no lejos de ellas, una hilera de gorros blancos que hacían unos movimientos continuos de vaivén. Se aproximaron y cual no fue su sorpresa al ver sobre la playa a unas mujeres ocupadas en lavar la ropa sucia en una fuente que discurría hacia el mar en medio de gruesas rocas. Un pequeño asno, atado a una carreta, estaba allí, en medio de los paquetes de ropa mojada. Una de estas damas le frotó el lomo con su sombrilla; quería acariciar a ese valiente animal que era único en su especie en el país. Pero no pudo aproximársele debido a los montículos de colada que lo rodeaban y se alejó lamentándolo. Este asno había sido ofrecido a las lavanderas por un doctor humanitario motivado por piedad observando el daño que les producía a esas pobres mujeres cargar sobre sus espaldas los gruesos fardos de ropa mojada, hasta lo alto de los acantilados, donde la tendían a secar.

Una de las damas dijo:

— ¡Cómo me divertiría chapoteando con esas buenas mujeres en esa agua tan clara!

— ¡Hum!— exclamó una vecina, — ¡por un momento tal vez!

Y añadió:

— Pero creo recordar que el señor de Maupassant me dijo que un riachuelo pasaba por su casa. Sin duda es el que viene a desembocar aquí.

Así era, en efecto. Ese riachuelo, hoy subterráneo, que pasaba bajo la Gillette, era antaño el río del Gran Valle.

Todos los hoteles de Étretat fueron ocupados. No estaban únicamente los invitados que habían llegado por mar, otros provenían también de Dieppe, de Fécamp y de los castillos de los alrededores…

Hacia las dos, toda esa gente se dirigía por grupos hacia la calle Alphonse-Karr; tomaban la gran calle y llegaban a un paseo en cuya entrada varios paseantes advirtieron una inscripción sobre la puerta de un chalet oculto en medio de una frondosa vegetación y una profusión de flores.

«*Sphinx-Cottage*» Este nombre debió despertar más de un recuerdo entre estos paseantes de la alta sociedad parisina, pues el que allí vivió durante varios años, hizo tales brechas en esa sociedad que su recuerdo tal vez pudo atenuarse pero no se borrará jamás.

Una vez pasado el paseo, todas las sombrillas se abrieron, abrigando bellos rostros que querían dejarse quemar por el sol; unos vestidos largos y medio largos barrían el polvo del camino. Se llegó enfrente a una capilla donde se oía a unos ingleses, habituales de Étretat, cantar como unos bienaventurados.

Algunos pasos más y las primeras personas llegaron a la puerta de la Gillette, que estaba completamente abierta. En el prado, a la derecha, situados sobre unos toneles, se encontraban unos músicos tocados de enormes sombreros, vestidos con unas blusas azules muy largas, tan largas que no se veían sus pies, pareciendo no ser más que uno con el barril sobre el que

se sostenían. Daban la bienvenida a los invitados, soplando con toda la fuerza de sus pulmones, sus instrumentos, ejecutando un *Ça ira* encontrado por mi señor entre las partituras de música de su abuelo:

— Ese fragmento –dijo— y la vestimenta de los músicos son de la misma época.

Los ecos de las últimas notas se habían perdido en el acantilado desde donde llegaban a todo el mundo. El jardín y la finca normanda presentaban una vista encantadora con todas esas bellas personas de bonitos vestidos de colores tornasolados. Pero lo que destacaba ante todo era la gran alegría de la reunión.

Cuando todas las presentaciones fueron hechas, el señor, ayudado de algunos íntimos iniciados, organizó un baile grandioso en la pradera. Todo el mundo participaba. Todavía puedo ver a mi señor… Llevaba una dama de cada mano, tenía el corazón alegre; bailaba y entretenía a sus bailarines. En cuanto a ellas, se reían talmente como si él no las hubiese sostenido bien y estuviesen a punto de caer. De vez en cuando una de esas damas perdía un zapato y emitían unos gritos y unas risas que llegaban a ocultar el sonido de los instrumentos.

Enseguida se pasó al juego del balancín en el que dos bomberos aficionados lo ejecutaban sobre la charca, donde uno de ellos caía y se sumergía en el fondo.

Luego, se interpretó el *Crimen de Montmartre*, escena vívida ante la cual todo el mundo desfiló. Este crimen estaba representado en un fondo de un color propicio al tema…

El decorado había sido diseñado con efecto por el pintor Marius Michel. Un sargento de pueblo suspendió a su mujer por los pies y, con una malsana curiosidad, le practicó una sección en el vientre, *queriendo ver aquello que no comprendía*. La sangre fluía a chorros, auténtica sangre.

Como cuchillo, era el estilete de mi señor el que estaba clavado en la herida.

El efecto era estremecedor, sorprendente de realismo; varias de las damas estaban impresionadas y se ocultaban los ojos para no ver más.

De pronto, en un grupo, se señaló al asesino. Todo el público, ayudado por los bomberos, procedió al arresto del criminal, a quién se le condujo de inmediato a prisión. Al cabo de algunos instantes el prisionero prendió fuego en su celda y aprovechó el estupor general para huir. Los bomberos hicieron su trabajo, llevando sus mangueras y tratando de extinguir el incendio. Pero cuanta más agua arrojaban, mas se avivaba. Resultó que esa prisión estaba totalmente construida de madera y de paja y había sido empapada de petróleo. En los paseos que bordeaban el incendio, toda la gente sentía un gran placer viendo subir aquellas bellas llamas, lo que confirmaban los bomberos, y, de súbito, dirigieron sus mangueras sobre unos grupos de damas, dejando consumirse la prisión por completo. Unos gritos partieron de todos lados, produciéndose un sálvese el que pueda. Mi señor se vio obligado a enviarnos para hacer parar esa diversión. Con algunas toallas, el mal fue rápidamente reparado. Era, entre paréntesis, una reproducción del género que explotaría más tarde con éxito el Gran Guiñol.

Se recuperó un poco el aliento yendo al buffet en el que la señora Lecomte du Noüy hacía los honores con su natural simpatía. En ese momento su hermosa cabeza de artista, como decía mi señor, estaba perfecta, totalmente engalanada de flores intencionadamente dispuestas.

Una lotería sucedió al melodrama. Se había colocado en el fondo del jardín una mesa con unos estantes. Había allí unos jarrones y útiles de cocina de todo tipo. Incluso yo mismo me sorprendí al ver expuestos dos pequeños jarrones rosas chinos muy antiguos. Todos los números fueron distribuidos y el sorteo comenzó. Cada lote le era entregado enseguida al

afortunado ganador y todos los asistentes se reían hasta retorcerse, pero el cúlmen fue cuando mi señor cantó el número 16, una voz clara respondió:

— ¡Aquí!

El señor exclamó:

— *Es el gallo*

Y yo deposité en las manos de una joven señorita un gallo vivo, enorme, y para que no se aburriese solo, le di también una gallina.

Con un animal en cada mano, la joven estaba turbada, tanto o más que los animales, sintiéndose mal sujetos, hacían todos sus esfuerzos para escaparse. Por supuesto, se produjo una carcajada general.

Se cantó el número 29. La señora P. Arnould levantó el brazo tendiendo el billete.

—Este número – dijo mi señor – gana un conejo vivo provisto de todo su pellejo.

Yo di su lote a esa dama, aconsejándole que lo tomara por las orejas, lo que hizo no sin quejarse:

— ¡No podré nunca llevar esta bestia!

— Si, señora— le dije – métalo en el maletero de su coche.

Entonces, marchándose de lado para mantener al conejo alejado de ella, la dama se puso en camino para ganar la entrada del jardín. Varios invitados la seguían, demostrando un gran regocijo viendo su turbación. Cada dos por tres, el conejo daba golpes de riñón y cada vez, la dama profería un grito y daba un paso hacia atrás. De todos modos no lo soltó…

Se había organizado también una barraca de adivinación; la señora R… experta en el arte de la quiromancia, durante toda la duración de la fiesta, distribuía sus predicciones a las damas.

—Ah, mi pobre François – me confesó después de la sesión— ya era hora de que esto acabase, pues mi silla y mi persona se acabarían fundiendo en una sola cosa. En fin, no

hay nada sin pena, pero incluso me he divertido a expensas de esas grandes señoras. La mayoría de ellas creían lo que les dije, se lo aseguro; ¡es asombroso!

Era la hora de sentarse a la mesa. Todos los íntimos de la Gillette estaban allí, y, además, algunos aficionados que amablemente habían prestado su concurso en la organización de la fiesta. En ese final de jornada, todo el mundo se divirtió mucho y se propagaron buenas palabras que se enviaban esas nobles personas con la rapidez de las pelotas de tenis en un partido disputado.

A pesar de todo, mi señor no tenía esa noche toda su amplitud de alegría de costumbre. La fiesta había marchado bien, era cierto, pero se advertía que él habría querido algo mejor.

Al día siguiente, vino a la cocina a hacer girar el mapa celeste, que había abandonado desde hacía algún tiempo atrás y me dijo:

— ¡Esto ya ha pasado, pero es enojoso no estar completamente aislado para este tipo de diversiones! ¿Ha visto usted alrededor de los setos y también sobre la costa, a toda esa gente? Estoy seguro que habría bien unas mil quinientas personas… Si tuviese una gran casa y una propiedad bien cerrada, lo haría mejor, puede estar seguro.

Y me explicó su plan que no me parecía irrealizable. Terminó diciéndome:

— En esa ocasión no serían de doce a quince las personas que usted tendría que atender bajo el mismo techo, sino de ochenta a cien.

Una risa alargó su bigote y se fue a dar un paseo a la charca y a su finca normanda.

Ese mismo día, encontré sobre la ruta del Gran Valle a la bella Hélène de la calle Saint-Lazare. Llevaba de la mano a dos hermosos muchachitos de cinco o seis años, uno rubio y otro moreno. Me rogó que pidiese al señor que la recibiera; pero él

ya la había visto y vino a decirle buenos días; eso fue todo… pues él no recibía más a esas amables damas…

CAPÍTULO XIV

FIN DE AGOSTO, SEPTIEMBRE Y OCTUBRE 1889

Excursión náutica en Italia. – Un paraíso sobre el gran Azul. – Los relatos de a bordo. – Un recuerdo a la bella *Allouma* de la *Main gauche*. – Los viajes en las largas travesías de Raymond. – Sobre las costas del Japón. – un barco… de flores. – Música de ensueño de noche. – Los olores de Gênes. – En la niebla. – Escalas en Porto-Fino y en Sainte-Marguerita. – Alborada en el *Bel-Ami.* – En Florencia. – En los museos. – En la búsqueda de figurillas. – La iglesia de San-Paolo. – Reflexiones tolstoinianas sobre la guerra. – En Pisa. – La señora de Maupassant espera en Cannes a su hijo afectada de una breve crisis.

A finales de ese mes de agosto, emprendimos un viaje a Italia en el yate.

Partimos del puerto de Cannes al amanecer, para aprovechar la brisa, franqueamos el paso entre la punta de la Croisette y la Isla Sainte-Marguerite, dejando el golfo Juan a la izquierda.

Poco después, el sol apareció encima del cabo Antibes, como una bola de fuego que ascendía al cielo. Este hecho presagiaba una calurosa jornada.

Tras costear algún tiempo, estábamos en alta mar, habiendo doblado casi el cabo. Pero eso fue todo. El viento de la mañana había dado paso a una calma chicha generalmente provocada por el gran calor. Por la tarde, sin embargo, se levantó una brisa del Este que nos transportó más allá de Villefranche. Allí, mi señor nos hizo admirar la belleza de la costa.

—Ahí abajo – dijo – está Beaulieu, un verdadero vergel de vegetación. Encima está la ruta de la Corniche que es espléndida para recorrer.

Algún tiempo después, pasamos ante la punta de la Mortola y Bernard anunció que abandonábamos aguas francesas. La penumbra llegó, se colocaron las lámparas en su lugar y fueron tomadas las disposiciones para pasar la noche. Se acordó que yo hiciese con Raymond la primera guardia hasta las dos y que luego Bernard y el piloto tomarían el relevo.

La segunda jornada de navegación fue menos calurosa, manteniéndose la brisa constante. Nuestro señor, después del almuerzo, tomó el timón. Entonces los demás pudieron comer sobre el puente en la proa, a la sombra de la vela.

Acabado el almuerzo, las velas estaban suficientemente infladas por el viento y nuestra joya de navío discurría tranquilamente sobre el mar azul.

Nos sentíamos muy bien; el pecho se dilataba y los pulmones aspiraban con delicia este aire tan puro. En una palabra, era el auténtico paraíso sobre el agua.

Cada uno quería hablar, decir alguna cosa y, la verdad, el fondo de todas las conversaciones derivaban en la encantadora vida que llevábamos a bordo que ya había hecho de todos nosotros una improvisada familia. Sí, no había duda, las amistades, la camaradería, la vida familiar que se lleva a bordo de un barco, estrechan pronto esos lazos. Se diría que el hombre, sintiendo la nada completa a su alrededor, tiene necesidad de amistades e instintivamente, hace todos sus esfuerzos para conseguirlas.

Estábamos reunidos sobre el puente y para pasar el tiempo nos pusimos a contar historias. El piloto, siendo el mayor, habló el primero; nos contó en su pintoresco lenguaje, una mezcla de italiano y francés, la curiosa historia de un naufragio en las costas de Sicilia. Luego fue el turno de Bernard. Nos detalló una de sus historias juveniles donde abundaba lo picante.

Cuando finalizó, dijo al señor de Maupassant:

— Yo no estaba casado en esa época.

A lo que el señor respondió:

— Créame bien, mi bravo Bernard, eso me resulta indiferente.

Cuando me tocó a mí, conté una aventura escabrosa que me había ocurrido en Argel dos años antes, buscando un apartamento.

Había acabado mi historia, y todo el mundo se reía todavía; me preguntaba si no había ido demasiado lejos en mi relato, cuando mi señor me dijo:

— Muy bien, François, eso es muy árabe.

Nos hizo entonces la descripción del género de vida de las mujeres kabilas. Esta vida, aunque complicada, más extraordinariamente salvaje, tenía mucha analogía con el cuento *Allouma*, publicado en el volumen *La Main Gauche*.

Allouma, esa mujer árabe convertida en la amante de un rico francés, colono en los alrededores de Théniet-el-Haad, tenía la necesidad, de vez en cuando, de atravesar las planicies de arena para regresar a su tienda. Y cuando por fin se reponía de ese placer, retomaba de vuelta su largo y penoso camino a través del desierto, llegando muerta de fatiga, servil, a los pies de su amante.

Era el turno de Raymond. Se aproximó al señor y le pidió permiso que por supuesto le fue concedido. Comenzó:

— Yo hacía por aquel entonces, grandes travesías por China. Era joven y vigoroso y no me faltaba valor, se lo aseguro. Habíamos salido de Marsella en *el Agrilla*, velero de primera categoría para su tamaño. Éramos treinta y seis tripulantes y todos buenos mozos. Como en anteriores viajes, atravesamos muchos mares y océanos. Por aquí y por allá, un golpe de viento, una avería, pero todo eso no importaba. Lo más enojoso con la vela, era la calma, y la calma, en esos largos viajes, hacen perder la cabeza a los marineros.

Después de siete meses en el mar, el capitán nos dijo un día:

—Muchachos, hemos llegado.

» Todo el mundo abría los ojos con estupor pues no se veía todavía tierra. Se navegaron algunas millas más y la orden de fondear fue dada. Percibimos muy lejos una costa baja que formaba una punta y se perdía en el mar.

» Se comunicó enseguida con tierra y dos días más tarde, unas chalanas vinieron a recoger nuestra mercancía y a traernos la que debíamos transportar a Francia. La tripulación estaba un poco preocupada por verse obligada a permanecer en pleno mar. ¡Al menos, en China, decíamos, se entraba en puerto y se bajaba a tierra! Esta vez íbamos a permanecer diecisiete o dieciocho meses de balanceo sin un cuarto de hora de interrupción.

» Nos hacíamos todas estas reflexiones, pero nadie se quejaba, pues nuestro capitán, hombre enérgico, era la personificación de la bondad, y todas la tripulación lo quería mucho. Al cabo de algunos días vimos que nos abordaba un ballenero repleto de gente. Enseguida nuestra curiosidad, como puede imaginarse, fue aguijoneada y cada uno se preguntaba que significaba eso. Lo que era más extraño es que, viendo a todas esas personas, no podíamos adivinar su sexo, pues en ese país, los vestidos masculinos y femeninos se parecen extrañamente. Una vez hubo subido todo el mundo a bordo, el patrón con una sonrisa un poco guasona, nos dijo que esas treinta y seis mujeres japonesas allí presentes habían venido para distraernos durante la estancia que el barco debía permanecer en ese lugar.

— Participad un poco, como se dice en Marsella, de la alegría de todos.

» No trataré de hacerles un cuadro de ese paraíso de Mahoma. Deben comprenderlo, y yo, cuando pienso en ello, siento todavía un estremecimiento correr por mis venas. Lo que

sí puedo afirmar es que nuestras compañeras fueron amables. Nos enseñaron las danzas de su país. Un hecho destacable y que tiene su interés para describir someramente el carácter y las costumbres de esas extranjeros, era que hacían todo lo que podían por ser fieles a cada uno de nosotros; cada una reconocía muy bien al que había elegido. Yo no habría podido hacer otro tanto, teniendo en cuenta que para mí, todos esos rostros color limón se parecían.

» Esas cinco semanas, como pueden imaginarse, nos parecieron cortas en semejante compañía y los adioses fueron conmovedores…

Aquí, Bernard interrumpió el relato diciendo con aire bromista:

— ¡Venga ya, charlatán!

Raymond le respondió:

— Tú estás celoso, viejo, y habrías querido participar de nuestra ganga. En todo caso, se podrían reír aún más tarde, pues tal vez pudimos haber contribuido a renovar la raza amarilla.

Raymond, diciendo esto, estaba entusiasmado. Se habría dicho que era Jean Bar, dando la orden de hundir la escuadra inglesa.

Allí arriba, el señor de Maupassant me hizo servir el té y encargó para la tripulación alguna infusión. Enseguida pidió a los marineros algunas informaciones sobre los países del extremo Oriente.

De noche estábamos todos sobre el puente, el barco apenas avanzaba, Bernard llevaba el timón y mi señor estaba cerca de él. De pronto dijo sorprendido:

— ¡Escuchen, se oye una música!

Era cierto, se oían unos sonidos muy armoniosos procedentes de la costa italiana. Eran de una dulzura inexpresable. Se habría creído soñar, así acunados sobre el mar entre el cielo y el agua, tan grande era el encanto de esa noche

tranquila; el mar era como un mantel de aceite, de un azul oscuro. Mi señor, orgulloso de haber oído esa música lejana, dijo:

— No sería sorprendente que alguna ballena viniera a pasarse por aquí, la música las atrae, y es sorprendente que esa bestia, tan dulce como grande, sea tan sensible a los sonidos armoniosos.

Algunas horas más tarde, unos cachalotes sopladores, pasaron cerca de nosotros, haciendo un ruido de tempestad en la superficie del agua. Al día siguiente atracamos en Port-Maurice. El señor fue a dar un paseo por tierra y a su regreso me dijo:

— François, esta ciudad no tiene nada de bella, ni de rica. He querido cambiar 100 francos y he debido recogerlo todo en calderilla. No hay oro y como pasaremos todavía aquí la jornada de mañana, le rogaría que fuese hasta Monte Carlo a buscar oro, lo que será más cómodo para el viaje.

12 de septiembre. Teníamos Gênes a la vista. Franqueamos la entrada al puerto. Allí, debimos presentar nuestro certificado de salud antes de entrar en el puerto comercial.

— Mire, François, — me dijo el señor — ¡qué magnífico puerto!

—Eh, bien. Yo prefiero sin embargo el de Marsella — respondí.

— No obstante, — repitió él— este es muy bello.

A fin de evitar choques accidentales con los barcos comerciales, fondeamos el *Bel-Amí* en la parte trasera del puerto, denominada Vieja Dársena, pero a mi me daba la impresión de que estábamos allí peor que en el gran puerto. A nuestro alrededor, no teníamos más que barcos estibando sus cargamentos de aceite, de jabón, de sardinas más o menos

estropeadas. De este enjambre emanaba un olor insoportable. También, desde el día siguiente, el señor estaba dispuesto a abandonar ese lugar.

— No se sabe con certeza – murmuró – a que costa ir; por todas partes uno se siente mal, y no se camina más que sobre inmundicias.

Gênes me hizo pensar en esa dama mundana de Túnez, que no salía de su casa más que con un gran velo negro que le llegaba hasta las rodillas. Ese vestido de tela, siempre feo, ocultaba con frecuencia un encantador rostro, de bellos ojos y una boca y labios rosados y sensuales. Gênes, no obstante, dejaba ver toda su fealdad, unas fachadas sucias y negras. Tiene por otro lado, cosas hermosas, palacios, museos, grandes riquezas y también bellas mujeres, como Túnez.

Después de haber abandonado Gênes, navegamos lentamente, siguiendo a distancia la costa que conducía a Porto-Fino. Mi señor parecía experimentar un bienestar real al aire libre y un placer aún más grande al no tener que volver a oler más los nauseabundos olores del mercado italiano.

Una noche, en la que Bernard y yo habíamos tomado un relevo de dos horas, nos encontramos rodeados de una espesa niebla. Le dije a Bernard que no podía distinguir nada más allá de diez metros, a lo que me respondió:

— Cuando se es marino, François, hay que ver, incluso a través de la bruma más espesa y algunas veces a través de las tempestades que acompañan siempre a los truenos y a los rayos deslumbrantes. Así que mire bien, es imprescindible ver.

De pie, en la proa, sujetando con una mano la cuerda de la vela, intentaba ver lo mejor que podía, pero era imposible distinguir otra cosa que no fuese una espuma gris y compacta. Transcurrió así una hora aproximadamente. Luego unos cambios sucesivos se produjeron; la espuma fue tomando un tono blanco que formaba una cortina y estrechaba menos la línea visual. Luego, yendo y volviendo sobre ella misma, la

espuma ligera, desapareciendo en la masa líquida, producía los colores más variados, el violeta se mezclaba con el amarillo claro, unos focos azules pasaban a través del rosa pálido. Este juego de magníficos matices me intrigaba mucho. En ese momento comenzaba ya a ver. Esa gran banda blanca, donde se confundían todos los matices del arco iris, desapareció en las aguas bajo la poderosa presión del sol que aparecía a lo lejos, totalmente rojo; sus rayos continuaron haciendo fuerza sobre la bruma y, majestuoso, se elevó, calentándonos todo el día.

Bernard me dijo entonces:

— ¿Esta vez ve usted, François?

— Sí, – respondí – pero me gustaría ver ese fenómeno volverse a repetirse otra mañana.

Hacía varios días que nos encontrábamos en alta mar con calma, no avanzando más que lentamente cuando, hacia las dos de la tarde, el piloto nos anunció que divisaba Porto-Fino.

— Sí, — nos dijo – lo reconozco por su campanario.

Todos nos pusimos a mirar en la dirección que indicaba. No distinguiendo ninguna interrupción en la costa, hice partícipe de mis dudas a mi señor. Él consultó sus mapas con su compás.

El mapa localizaba Porto-Fino detrás de un pequeño cabo, mejor dicho, una punta. El señor me dijo:

— François, usted es un miope del estilo de la señora de Maupassant, que reconoce las costas la primera cuando yo navego con ella.

A las cinco, el ancla fue lanzada en el pequeño estanque de Porto-Fino, pero, antes, habíamos sufrido algunos golpes de viento descendiendo por las laderas que bordeaban el canal.

El señor de Maupassant me dijo:

—Voy a tierra a tomar una habitación para pasar la noche.

Encontré la idea singular. ¡Qué necesidad tenía de derrochar el dinero en tierra cuando se estaba tan bien a bordo!

¡El sueño era tan suave en la pequeña litera de la cabina, cuando se estaba mecido un poco por la agitación del agua!

Porto-Fino era encantador, al borde de su pequeño puerto natural y tenía detrás unas montañas cubiertas de pinos verde oscuro. La bonita forma de esas redondeces nos hacía pensar enseguida en lo que el escultor Falguière omitió intencionadamente poner en relieve su Diane, sin embargo tan perfecta.

Después de nuestra llegada, el señor iba todos los días a recorrer la costa con su bote, y siempre regresaba maravillado de las cosas nuevas e imprevistas que descubría. El *Bel-Ami* estaba, si me atrevo a decirlo, como en un acuario, pues nunca vi tantos pececillos de todos los colores, moviéndose continuamente a nuestro alrededor. El señor les daba de comer, recordando probablemente, a los pequeños peces rojos de Étretat en los que pensaba siempre añorándolos.

El quinto día, Bernard recibió la orden de tomar las disposiciones para un paseo por mar, luego se iría a fondear en la rada de Santa-Marguerite.

Desde el primer día, mi señor encontró un apartamento a ciento cincuenta metros del puerto y sobre la vertiente sur de la rada. Lo alquiló por un mes:

— Vea, François, —me dijo— con esta hermosa vista sobre el mar, podré trabajar.

Dos días después, avisó a Bernard para que a la primera brisa favorable, aprovechara la ocasión para hacerse conducir a Sistri-Lavente con el barco, y que de allí, iría a pasar dos o tres días a la montaña.

Una mañana, después de haber atravesado ese bello golfo, llegamos a Sistri-Lavente, con un tiempo extraordinario. Provisto de su bolso de viaje, el señor tomó un coche y partió. Nosotros aprovechamos su ausencia y nuestra estancia en ese país para abastecernos. El tiempo era tan bueno que pasamos la

noche sobre la rada de Sistri y no regresamos hasta el día siguiente a Santa-Marguerite.

El señor de Maupassant regresó al tercer día por la mañana. El pequeño pueblo estaba muy animado por un continuo ir y venir de gente, unas banderas fueron colocadas en las fachadas de las casas. Nos preguntábamos lo que querría decir eso cuando un paisano solicitó en tierra la presencia del capitán del *Bel-Ami*. Quería pedir únicamente el favor de poder representar *la Marseillaise* ante ese barco, sobre el que ondeaba la bandera francesa, puesto que era la celebración de la unificación de Italia.

El señor lo permitió de buen grado, pero recomendó a Bernard que sobre todo no permitiese subir a nadie a bordo. Hacia las tres, el concierto comenzó por la *Marseillaise* y acabó con el mismo himno, tan bien acogido por la población como si en el fondo fuesen republicanos.

Por la tarde, el señor de Maupassant encargó a Bernard, al que le había dado algunos luises, que ofreciese un ponche a los músicos. Yo le acompañé y asistimos a una velada verdaderamente cómica. Gracias a la generosidad del patrón, esa velada nos permitió relacionarnos con unas personas muy simpáticas y de buena posición en el país.

Creo que fue una lástima que el señor no hubiese podido ver más de cerca a la población de Santa-Marguerite que le habría proporcionado más información documental que el perfil de un paisano observado en el recodo de un camino[4]

La estancia en este puerto tocaba a su fin, se envió el barco a esperarnos en Gênes. Durante ese tiempo el señor de Maupassant visitó algunas ciudades del interior, Florencia, por ejemplo.

[4] Ver *La Vie errante*

Llegamos a esta ciudad por ferrocarril. Pero desde el tercer día de nuestra llegada, mi señor estaba cansado y no salía. Me preguntó si había visitado los museos. Le dije que no.

— Puede usted muy bien, visitarlos esta mañana – me dijo— yendo a la oficina de correos a recoger mis cartas, pues no saldré antes del almuerzo.

De regreso, no pude impedir expresarle al señor de Maupassant todo mi entusiasmo por haber visto en esos museos tantos cuadros de las escuelas francesa y flamenca, entre otros la *Virgen del jilguero* de Rafael y tantos otros de los que había leído sus nombres en el Louvre de París, así como a Bruges cuando yo era más joven. Además la capilla del hospicio de Bruges contenía cantidad de obras de nombres famosos de la escuela flamenca. Cuando se han visto una vez esas obras maestras no se las olvida nunca de tanto que impresionan.

Mi señor me preguntó si había visto *la Mujer* de Tiziano. Le respondí que no.

— ¡Pues bien!— exclamó – Yo se la haré ver. Desde hace tiempo me he propuesto visitar todos los museos de Bélgica y Holanda; cuando haga ese viaje, le prometo llevarle conmigo.

Al día siguiente, hacia las diez, fuimos al museo a admirar el Tiziano del que me había hablado; después visitamos algunos anticuarios en la búsqueda de figuritas raras. Mi señor compró algunas. Había allí muchas cosas hermosas, pero en las que no encontraba el arte deseado. Eso no valía uno de esos hermosos cuadros de las célebres galerías que ningún precio podían tener, a pesar de su deseo de poseerlos.

En el transcurso de uno de nuestros paseos errantes, nos detuvimos en la Plaza de la Señora; enfrente estaba la terraza de los Lanzi. Mi señor mi hizo ver y admirar un monumento, *El rapto de la Sabina,* luego *Hércules derribando al centauro Nesus* de Jean de Bologne.

Fuimos a almorzar, llevando nuestras figuras; me parecía muy satisfecho de lo hecho esa mañana.

— ¡Cómo embriagan todas las obras maestras que se ven en esta ciudad!— exclamó – Este bosque de objetos de arte me seduce y me impregna por entero. En la alegría que experimento, creo penetrar en el alma de esos viejos artistas, exaltando su poesía a través de sus sueños, en sus tan perfectos trabajos.

22 de octubre. Mi señor está mucho mejor. La indisposición que le hizo permanecer en la habitación durante algunos días, parecía haber remitido. La ventana de su salón estaba abierta y miraba pasar un regimiento de caballería sobre los andenes que pasaban por el Arno, del lado opuesto. Estos caballeros, totalmente uniformados, tocaban unos instrumentos que producían unos melodiosos sonidos y muy dulces, lo que indujo a mi señor a comentar:

— La música de este regimiento me recuerda a un instrumento que se utilizaba antiguamente en casa de mi abuelo para provocar el canto de los pájaros.

Luego me leyó un fragmento de una carta de su madre, que le decía que viera la vieja iglesia de San-Paolo que era muy interesante.

Tras el almuerzo partimos en la búsqueda de esa iglesia. No tardamos demasiado en encontrarla. La iglesia conservaba las banderas y trofeos tomados al enemigo en el campo de batalla. Eran numerosas esas gloriosas reliquias que se perdían allí entre andrajos descoloridos.

Un bedel nos acompañó bajo la bóveda de ese monumento y nos explicó la procedencia de todas esas banderas, lo que provocó en mi señor la siguiente reflexión:

— Todo eso que nos cuenta está muy bien, pero eso es lo de menos, lo realmente importante es el número de vidas humanas que han debido costar esos trapos y que habrían

podido ser útiles a su país mucho mejor que sacrificándose en esas guerras que no sirven de nada excepto hacer mal a todo el mundo. ¡Soy un enemigo acérrimo de la guerra!

Yo pensaba que mi señor tenía razón.

Al salir de ese panteón de objetos sagrados, mi señor me habló ampliamente del valor de los pueblos que habían vivido bajo ese sol y clima tan magnífico y agradable.

Volviendo de Florencia, nos detuvimos algunos días en Pisa, hermoso pueblecito de mucho carácter, célebre por su torre inclinada, que yo admiré tanto como su catedral de irreprochables líneas. No dejamos de extasiarnos antes las puertas de baptisterio con sus amorcillos de bronce, gordos como niños de dos años, que servían de picaportes. Al lado se encontraba el *Campo-Santo* pero estaba en un lamentable estado, pues todas las pinturas que decoraban las paredes no estaban en absoluto protegidas contra las inclemencias de las estaciones.

A las seis de la tarde del 31 de octubre, estábamos en Cannes.

La señora de Maupassant se encontraba en la puerta del apartamento para recibir a su hijo. Desde que lo vio, una gran emoción se apoderó de ella, su voz estaba trémula; apenas pudo articular sus únicas palabras:

— ¡Mi querido niño!

Una vez dentro, mi señor le explicó que había padecido una crisis intestinales Florencia y que había permanecido algunos días en su habitación pero ya se sentía mejor, y que esperaba que no se repitiese.

Durante la velada continuó dando detalles a su madre sobre su estado y su viaje. Antes de dejar la casa y despedirse de ella, la señora vino a la cocina, me tomó ambas manos y me agradeció mucho los cuidados que había dispensado a su hijo

desde nuestra partida de Cannes. Gruesas lágrimas fluían de sus pobres ojos enfermos y su dama de compañía, llorando más fuerte que ella, se la llevó. Después de diez días de reposo, el señor de Maupassant estaba mucho mejor, había recuperado su buen aspecto habitual.

CAPÍTULO XV

NOVIEMBRE 1889 – JULIO 1890

De regreso a París. – Instalación en la avenida Victor-Hugo. – La molesta vecindad del panadero. – Proceso. – La cena del perito. – Atmósfera de gripe. – Conversación agitada sobre el fin último. – El señor de Maupassant quiere un final adecuado a las intenciones cristianas de sus allegados. – El señor Taine y *le Champ d'oliviers*. – El señor de Maupassant destruye su manuscrito sobre Italia por odio a Crispi. – La rusa de las visitas misteriosas. – Carta de Cannes. – Fin trágico de Pussy ocultado a mi señor. — Perseguido por el panadero, Maupassant se traslada a la calle Boccador y va a casa del barón R… en Inglaterra. – Perfil flamenco. – *Notre coeur* está terminada. – Victor Koning y *Musotte*. – Régimen de sobrealimentación.— La enfermedad vuelve…— En Aix-les-Bains. – La princesa rusa y sus guardaespaldas. – El decorado y los personajes de *l'Ame étrangère* están en su lugar. – La cuerda del ahorcado.

Paris. Noviembre. Nos mudamos. Nos trasladamos de la calle Montchanin a la avenida Victor-Hugo, a pesar de todo lo que intenté disuadir a mi señor de este deficiente traslado a un entresuelo situado encima de un horno de una panadería.

25 de noviembre. Hacía cinco días que estábamos en el nuevo apartamento. Por la mañana el señor me dijo:

— Mire usted, François, si lo hubiera escuchado, no habría venido a este apartamento, donde me encuentro tan bién; y no oigo en absoluto el ruido nocturno del horno…

Desgraciadamente, como ocurre tan a menudo en esta mísera vida, las cosas agradables pasan rápido, y esta tranquilidad no fue nada duradera. Todas las noches, del subsuelo, subía un estrépito que sin duda habría despertado a

un sordo. Entonces se hizo gestión tras gestión con el arquitecto que había alquilado ese apartamento a mi señor. No se pudo obtener de éste nada razonable. Fue necesario recurrir a la vía judicial. El 18 de diciembre, el tribunal nombró un perito que debía pasar una parte de la noche en el apartamento para proceder a una confirmación de la denuncia.

Para introducir al perito sin despertar las sospechas de la portera y del panadero, mi señor dio una cena a la que este representante de la ley fue invitado. No tuvo más que quedarse un poco más tarde que los restantes invitados para percatarse de los ruidos nocturnos que hacían trepidar la casa hasta el sexto piso.

Arquitecto de la Alcaldía de París, me pareció un caballero distinguido y de un tacto perfecto. La conversación, durante la cena, fue agitada, incluso inquietante, para algunos de los que asistía, como yo, sin tomar parte. Varios motivos contribuyeron a exaltarla. En primer lugar las distintas condiciones de los presentes, y también, sin duda, la atmósfera de inquietud generada por la epidemia de gripe que nos estaba afectando y que estaba siendo tan mortífera. Todo el mundo estaba impresionado y los nervios más estables se perturbaban.

Estaban presentes varios médicos; su ciencia, respecto a esta epidemia, fue muy discutida, cuestionada con bastante vehemencia. Los doctores se defendieron como pudieron, pero no fueron convincentes.

Una de las damas, con una lógica documentada respecto del tema y verdaderamente desconcertante, les dio el golpe de gracia. Entonces una gran calma se estableció en el comedor; la llama de las bujías vacilaba bajo el efecto del calor y se podía sentir un malestar indefinible; todos los presentes parecían incómodos en su asiento.

Sin embargo poco a poco la conversación se reanimó. Esta vez se discutía sobre la cuestión de la muerte y de la vida. Evidentemente todas esas personas no tenían mucha relación

con ese inframundo, no, pero el temor del más allá era profundo en ellos y ¡esto derivó en una disertación, hasta donde la razón podía, sobre el alma!

Varias hipótesis fueron expuestas para demostrar su existencia, pero la duda era lo más predominante. Uno de los doctores aprovechó entonces la ocasión para tomarse la revancha; intentó demostrar, mediante una tesis hábilmente concebida para la circunstancia, que el alma era una pura invención, que no existía.

Una calma absoluta siguió a esta negación. Mi señor había guardado un profundo silencio. De pronto, con voz firme, dijo:

— ¡Si estuviese gravemente enfermo, y si las personas que me rodearan en esos momentos, me presentasen un sacerdote, lo recibiría para quedar bien!

Estas palabras causaron tal estupor que los invitados parecieron sorprendidos. Tenían aspecto de preguntarse si habían comprendido bien. Algunas damas quisieron aprobar a mi señor. Las exclamaciones se intercalaban, las protestas apenas surgían en el tumulto general. Se quería hacer retirar a mi señor las palabras que había dicho; alguien llegó incluso a decirle:

— Estoy seguro de que ese recibimiento al sacerdote no sería más que consolar a los allegados, siempre apenados en semejantes circunstancias.

Esta tenaz insistencia ofendió a mi señor; no respondió directamente. Tomó una rosa de la cesta en medio de la mesa y la deshojó sobre su silla muy despacio, como si no desease llegar nunca al último pétalo. Su sonrisa forzada me hizo comprender que deseaba que sus invitados tuviesen un poco más de delicadeza en lo tocante a su independencia de opinión. Esas bonitas hojas blancas, ligeramente perfumadas, que él arrugaba entre sus dedos, en otro momento le habrían inspirado alguna poesía… Su pensamiento estaba lejos de ello.

Al día siguiente por la mañana, mi señor encontró sobre la mesa una nota del perito: «confirmación de ruidos más que suficientes.» Gracias a ello podría conseguir la rescisión de su contrato de arrendamiento. A pesar de la satisfacción que le produjo este informe, observé que permanecía sombrío; cuando le serví su té, me dijo:

— ¡Cómo puede haber personas instruidas que tienen el espíritu fuera de lugar en sociedad! Pero no olvidaré. ¡Después de todo, si me apeteciese recibir a un sacerdote en mi lecho de muerte, sería muy libre de hacerlo, supongo! Además mi opinión no cambiará nunca sobre este aspecto, pero no quiero aceptar esas puestas en escena, que tienden a hacerme pensar como otros…

La noche de ese mismo día, regresó alegre, con su buen humor de siempre. Lo ayudé a vestirse y me dijo que venía del domicilio del señor Taine.

— He ido – me dijo – a leerle mi relato *le Champ d'oliviers.* En su rapto, me declaró que eso era de Esquilo. Luego, mirándome, vio que no comprendía; entonces me explicó que Esquilo era un autor incomparable, un poeta de genio, el genuino creador de la tragedia griega.

Una dama de tez pálida estaba ya en nuestra puerta, avenida de Victor-Hugo, desde las nueve de la mañana; preguntó por el señor de Maupassant… Yo creía haberla visto ya; era una rusa que hacía un poco de literatura pero se inclinaba sobre todo por la política…

Después de su almuerzo, el señor salió; pasé por la biblioteca para poner algo de orden y encender el fuego. Vi que los amorcillos que coronaban los morillos de Enrique II desaparecían bajo dos cosas negras que habían revoloteado justo sobre la alfombra. Era papel quemado; sobre la losa del mármol, unas pequeñas esquinas de papeles quemados habían

escapado a las llamas. En esos fragmentos, reconocí el manuscrito sobre Italia que yacía allí entre las cenizas.

Apenas creía lo que mis ojos veían. Iba a dirigirme hacia el rincón de la biblioteca, donde se encontraba el manuscrito, cuando observé sobre la mesa de mi señor algunas hojas donde el había anotado con lápiz azul: *¡adiós…!* ¡No había duda, ese manuscrito de 220 páginas, de un inestimable valor, no existía ya! Contenía los recuerdos de los viajes que mi señor había hecho a Italia.

En esas hojas contaba, con una piedad todavía más expresiva que aquella que le inspiró su artículo titulado *La Guerre*, los sentimientos que le eran familiares sobre ese gran tema. Mostraba las *dames de Vicente* encerradas en una caverna, las luchas de Pisa, de Florencia y de Milan… Estaba todo tan bien descrito, tan bien expresado que podían seguirse los acontecimientos como si hubiesen ocurrido ante nuestros propios ojos. Era asombroso, se sentía el olor de la sangre en los campos de batalla que él describía; era, en una palabra, una descripción tan poderosa como la realidad.

Después, mi señor, trataba de los hombres de artes y sobre todo de los de genio superior de ese país. En la página 176, narraba la vida de un turista enfermo en el viaje y atendido en una habitación del hotel por su servidor. En este hecho tan simple, el autor de *Notre Coeur* se había excedido. Toda la sensibilidad del ser doliente había hablado, lo que me había parecido de un sentimiento tan intenso que en mi opinión, el señor de Maupassant no había escrito nada más hermoso.

Más tarde, en *la Vie Errante*, algunas páginas que habían escapado al fuego fueron corregidas y publicadas… Yo intenté saber la causa de esa destrucción, pero mi señor permaneció impenetrable sobre ese punto; solamente un par de veces me dijo hablando de Crispi:

— ¡Ese ser tan despreciable hace bastante daño a su país! Hasta el punto que no quiero incluso leer más lo que este hombre sin ideas hace publicar por mediación de sus periódicos en relación a Francia y al temperamento de su pueblo. Pero si un día me llegase a encontrar cara a cara con él, ¡no sé si podría contenerme! Creo que le diría algunas cosas que lamentaría oír…

Después de haber oído varias veces al señor expresarse con tanta acritud sobre el asunto de Italia, llegué a la conclusión que había preferido sacrificar su obra antes que hablar bien de un país cuyos dirigentes perseguían a Francia con su pérfida animosidad.

Pero de todos modos, ¡por qué destruir su bello manuscrito! ¿Destruirlo? Esto podía servir a la política rusa, que venía sin duda a defender a esa eslava de la patria de Turgueneff de las visitas matinales.

Llegamos en los primeros días de enero de 1890, yo estaba afectado de una fuerte gripe. No queriendo soportar por más tiempo el ruido del panadero, mi señor se decidió a partir para Cannes.

— Nos mudaremos en el mes de abril.

¡Hecho singular! Parecía dejarme aquí con cierta satisfacción que yo no lograba explicarme.

— Usted no está bastante bien – me dijo – para llevarlo conmigo. Por otra parte, tendrá probablemente otras crisis de esa maldita enfermedad. Descanse, piense, yo le escribiré y le daré noticias de la señora.

Del 12 de enero al 15 de marzo, fecha del regreso de mi señor a París, recibí varias cartas, todas más o menos similares:

« Mi buen François,

» Le agradezco que haya realizado mis encargos y haya llegado a un acuerdo con mi editor. Me alegra saber que su

salud está mejor. Búsqueme un apartamento para abril; que sea confortable, con cuarto de baño. Confío en usted; lo que haga estará bien.

» La señora está bastante contenta de su salud de momento. Por lo demás, en el invierno, sus ojos han mejorado. Crea, mi buen François, etc.…»

Observé que mi señor no me hablaba de su propia salud.

Cuando regresó a París, lo encontré más fatigado que a nuestro retorno de Italia.

No le hizo sus caricias habituales a Pussy. También era cierto que esta pequeño gatita se había vuelto cada vez más salvaje, se escapaba a la proximidad de cualquier persona. El señor me dijo que el animal tenía necesidad de aire libre y de libertad. La llevé a casa de un portero de un hotel de nuestra avenida, donde había un gran jardín y unas caballerizas. Pensaba que allí, se encontraría bien, cuando diez días después ese amable hombre, vino a decirme que, en opinión del veterinario, se había debido sacrificar al pobre animal. Esa noticia me entristeció mucho, todos los que la habían conocido, tan inteligente, tan gentil, no salía de mi pena. No se lo dije a mi señor; era inútil apenarlo contando el fin trágico de esta pobre gatita a la que tantas veces había acariciado.

Estábamos a finales de marzo; mi señor alquiló un apartamento en la calle Boccador pero no nos mudamos hasta el 30 de abril. El señor estaba mejor, pero no lo bastante bien para acometer los últimos capítulos de *Notre Coeur*. El ruido de la panadería le impedía dormir de noche, lo que le provocaba gran ansiedad y le hacía sufrir mucho. Como tuvo algunos días en los que nada tenía que hacer en París, se decidió a ir a Inglaterra, a casa de su amigo, el barón de R…,

que no cesaba de reclamarle la visita que le debía desde su estancia en Étretat.

A su regreso de Inglaterra, apenas entró en el apartamento, el señor me preguntó si su baño estaba preparado, y me dijo:

— Me voy a meter enseguida, pues no puede imaginarse lo cansado que estoy. Ni me siento. ¡Esos malditos ingleses, esa supuesta sociedad distinguida, me han dejado en este increíble estado, son talmente aburridos e irritantes de lo fatuos que son y sin sentido común! Verdaderamente ¡Qué gente insoportable! También he acortado mi estancia. No he estado allí más que ocho días, y créame bien que si no hubiera encontrado en ese insípido país a una flamenca de Gante, de sangre generosa, con un extraordinario perfil y una garganta ¡oh, que garganta... de mármol como estoy seguro que Van Dick, su gran pintor no ha encontrado en su larga carrera!, pues seguramente, sin esta belleza, ya habría regresado a las cuarenta y ocho horas…

Un poco más tarde, en 1892, encontré al barón en la Avenida de los Campos Elíseos. Se apiadó sinceramente sobre la suerte de su amigo, pero con las palabras, las frases, de un hombre que se sentía enfermo. El grato recuerdo que él había tenido de la atención de mi señor me emocionó profundamente. Dejándome, añadió:

— ¡Es una desgracia, un espíritu tan bello, un literato que rayaba la perfección! ¡Y un buen humor siempre igual!

30 de abril. Calle Boccador. Estábamos aquí desde hacía diez días, y mi señor llamó a Kakléter para que le instalase unas grandes cortinas en su habitación que quería transformar.

— Eso es – dijo— lo que más me urge.

El tercer día, su habitación y la biblioteca estaban terminados; tenía dos piezas para trabajar y acabó *Notre Coeur*

sin ningún problema, dando al mismo tiempo algunos consejos al tapicero, que decoró completamente el salón de un verde oliva. El techo estaba hecho de una tapicería con grandes personajes; sobre los paneles se erigían también unas tapicerías representando paisajes y vegetación. La alfombra era color salmón, el mobiliario se componía de sillones, sillas y canapés casi todos de diferentes estilos, pero la mayoría eran Luís XVI y recubiertos de viejas sedas. Sobre la chimenea, un bloque de mármol blanco, enorme, estaba un reloj de péndulo, auténtico Luís XVI, con dos candelabros muy bajos. Las cortinas estaban bien surtidas de tonos; el dorado de las puertas y de los espejos había desaparecido bajo las telas. El conjunto era de un buen gusto perfecto y proporcionaba a mi señor un bello salón.

El comedor no tenía más que dos muebles antiguos; sobre las paredes, estaban colgados algunos cuadros y unos viejos platos de Rouen. Estaba todo muy bien. Esta sala tomaba la luz del día por un gran ventanal de cristal, que daba sobre la avenida, desde donde se percibían el puente del Alma y, enfrente, en el cielo, se destacaba la torre Eiffel, a la que el señor no admiraba mucho, excepto cuando se producían tormentas. Le interesaba ver los serpenteantes flujos de luz eléctrica efectuando su luminoso recorrido a lo largo de esas enredadas escaleras de hierro. Quedaba en ocasiones, mucho tiempo en su gran ventana, como la llamaba, para mirar ese fenómeno y todo lo que pasaba era en ese gran espacio que tenía ante sí. Aquí mi señor tenía un apartamento perfecto: sala de baño y duchas, sala de armas y cinco habitaciones que daban al exterior, al Midi, todas independientes. Dejando abiertas todas las puertas que se encontraban alineadas, podría hacerse una caminata de veintidós metros en línea recta. Era un sueño para al que le gustase tanto caminar trabajando.

18 de mayo. Tengo preparado, desde hace algún tiempo, el apartamento de soltero de mi señor, aquí, muy cerca, en el

bajo de nuestra misma calle, y, a pesar de esto, recibió a una mujer allí. ¡Ahí estaba la razón por la que la colocación de las cortinas de su habitación era tan urgente!

¡Era peculiar! Yo apenas conocía a esta mujer; entrando, ella pronunció solamente el nombre del señor de Maupassant, y, sin mirarme, como un autómata, entró en el salón. Ni ese día, ni los siguientes, es señor me comentó nada de la presencia en casa de esa desconocida.

Una mañana en la que mi señor daba su caminata de un extremo al otro del apartamento, vino a buscarme al comedor y me dijo:

— Tengo dolores en las articulaciones. A partir de mañana comenzaré a tomar baños de vapor. Le ruego que disponga todo.

Después de haber tomado tres o cuatro, e incluso habiendo abreviado la sesión hasta el extremo de reducir el baño a diez minutos, el señor debió de abandonar ese tipo de terapia. No estaba más de cinco minutos en su sillón, cuando en un abrir y cerrar de ojos toda la sangre le subía a la cabeza. Él lo reconoció y, para evitar la congestión, tomó su dicha simple, siempre, claro está, seguida de fricciones sobre todo el cuerpo con el guante de crin empapado en agua de Colonia.

Notre Coeur se terminó; mi señor lo ha dado a *la Revue des Deux Mondes* para una publicación inicial. Me advirtió que el señor Koning, director del *Gymnase*, vendría una de esas mañanas…

Después de esta visita, durante la que había podido oír la poderosa voz de este caballero, mi señor me contó el objetivo de la presencia de ese director de teatro:

— Me ha pedido si quería rehacer, según mi punto de vista, y también un poco según sus premisas, el manuscrito de una pequeña obra que el señor X… ha versionado de uno de mis cuentos. El asunto me parece muy fácil, me da un mes para

ese trabajo, pero yo le he citado aquí dentro de quince días porque ya estará hecho.

Ese caballero llegó con puntualidad a recoger el manuscrito, que leyó en voz alta antes de llevárselo. ¡Qué voz! Yo nunca había oído una voz tan potente. En ciertos pasajes, que encontraba logrados, gritaba y dejaba expresar todo su entusiasmo de director y quizás también de artista… No obstante se dio cuenta de que me señor había omitido varios trucos por él indicados; se lo hizo notar, pero no como reproche, y, muy contento, marchó. Yo lo vi todavía en la antesala, gordo, bajo, el rostro iluminado, con unos cabellos de un negro azabache. Con su gruesa mano, roja y regordeta, llevó el manuscrito de *Musotte* a lo más profundo del bolsillo interior de su chaqueta, y, estrechando la mano de mi señor, le dijo como despedida:

— Espero, señor, que cuando yo tenga la dirección de ese teatro – creo que se refería al Vaudeville – usted no podrá negarme una obra suya, que será un excelente negocio para mí teatro y un triunfo para usted, se lo aseguro.

Mi señor lo dejó partir sin responderle, pero reía dulcemente; era casi un beneplácito.

Junio. Los médicos que mi señor consultaba en esos momentos eran partidarios de una alimentación muy reconstituyente, sin tener en cuenta la dificultad de sus digestiones. Fue necesario que comiese mucho, al menos cuatro veces al día. Por la mañana le daba yema batida, a mediodía carne poco hecha, casi sangrante, puré y queso; a las cuatro una crema cocida, por la noche una cena completa.

Se mantenía con ese régimen rico en alimentos fácilmente asimilables, pero no se obtenía mejoría como yo desearía… Ofreció varias cenas y recibió cumplidos sobre su bonito y confortable domicilio. Se admiraron sus magníficos platos antiguos de Rouen; uno de sus invitados, gran

aficionado, los intentó comprar, pero el señor no quiso desprenderse de ellos a ningún precio; por otra parte eran hermosos, pintados con esmero, ovales y con asas recortadas, lo que aumentaba mucho su valor. Al día siguiente de esa cena, mi señor pasó revista a sus platos y los ajustó. ¡Nunca se toman demasiadas precauciones!

El 17 de junio, hacia las dos, el señor fue a casa de su editor por el lanzamiento de su nuevo libro. *Notre Coeur* iba a aparecer el 20, y, esa vez, había tenido trabajo varias tardes. Pero había alguna cosa que no puedo definir. Se volvió, me habló y vi que no tenía ese entusiasmo que de ordinario seguía a la publicación de una de sus novelas. Acabó por decirme:

— ¡No puede imaginarse lo desagradable que me resulta la parte comercial!

Finales de junio. *Notre Coeur* ha tenido una buena prensa; las ediciones aumentaron. Por esta razón, el señor de Maupassant tenía motivos para estar satisfecho. No ocurría lo mismo con su salud. Desde hacía un mes, él no estaba, por expresarlo de algún modo, en este mundo; por la noche no tenía un gato al que acariciar cepillándolo. Es ahora cuando se divertía en la oscuridad haciendo saltar chispas eléctricas en sus cabellos que hacían bastante ruido al pasar el peine, sobre todo en la zona que rodeaba las orejas. Daba un paseo después de cenar, regresaba, descansaba antes de acostarse; a pesar de estos miramientos, dormía mal. Desde las once de la noche a las dos de la madrugada, me llamaba siempre tres o cuatro veces, bien por una taza de manzanilla, bien para aplicarle ventosas. Era un procedimiento que me parecía eficaz, pues, casi cada vez, hacíamos desaparecer el dolor o al menos aliviarlo.

La dama desconocida volvió varias veces. Su actitud no había variado; entraba y salía siempre de igual modo, no era una cualquiera; aunque estuviese demasiado perfumada, no

tenía nada de las profesionales, no pertenecía tampoco a esa sociedad distinguida a la que mi señor frecuentaba. Era una burguesa del más alto nivel; todo en ella denotaba el género de esas grandes damas que han sido educadas, bien en los *Oiseaux*, o en el *Sacre-Coeur.* Se ven en ellas buenas y rígidas maneras.

No creo equivocarme, conozco la impronta de esas casas; durante varios años he podido apreciar a personas de alta alcurnia donde trabajé antes de entrar al servicio del señor de Maupassant. Yo no le hablé mucho, pero intuí perfectamente que esa inteligencia que no se mostraba había sido bien modelada y era de una sorprendente amplitud.

Era de una belleza notable y llevaba con una gran clase sus vestidos, siempre gris perla o gris ceniza, ajustados en el talle por un cinturón bordado con auténticos hilos de oro. Sus sombreros eran sencillos y siempre haciendo juego con su vestido, llevando sobre su brazo un pequeño chal, si el tiempo era dudoso o amenazaba lluvia…

El 3 de julio, estábamos en Aix-les-Bains. Mi señor nos instaló en un pabellón dependiente del Hotel de l'Europe. Ese bonito nido estaba en un camino perdido, sobre la ladera que se elevaba en la costa del Revard. La vista era maravillosa; se podía ver *le Dent du Chat*, enfrente, dominando la cadena de montañas que rodeaban el lago Bourget en su lado sudoeste. El señor de Maupassant comía en el hotel, dado que él no había ido allí para escribir, sino para recabar unas notas para *l'Ame étrangére*.

Varias veces al día, iba a la villa de las Flores; seguía de cerca y por todas partes, tanto como era posible, a una princesa rusa que residía en el pabellón ocupado antaño por la emperatriz Eugénie…

Un día me citó durante la noche «en su vivero de flores humanas», como él decía, y me presentó a la dama en

cuestión… Después de haber perdido dos luises jugando a los caballitos, me retiré y fui hasta orillas del lago donde se repetía hasta el infinito la imagen de la luna en su superficie.

Continué durante mucho tiempo en el serpenteante césped que discurría según el deseo caprichoso del borde del lago; oía, en la profunda calma de la noche, fluir las agua de las fuentes que descendían murmurando. ¡Que hermoso recuerdo conservo de esa velada! ¡Esa bella claridad, esa tranquilidad, el tenue ruido del agua, esa tibia suavidad y ese perfume de hierba que el sol había calentado durante todo el día! Me habría acostado con mucho gusto a la luz de las estrellas, sobre todo si hubiese tenido a mi disposición un barco donde estaría dejándome mecer sobre esa agua tan clara y tan limpia. Pero eso no eran más que sueños, mi señor debía haber entrado: me apresuré a regresar a nuestro pabellón.

Al día siguiente, durante el almuerzo de los carteros, gracias a algunas palabras en ruso, entablé relación con el ayuda de cámara de la princesa. La víspera, habíamos hecho rodar las bolitas sobre la alfombra verde del café, y, al día siguiente a las cuatro de la tarde, tomé un exquisito té ruso con crema, en el salón de la dama de compañía de su Alteza. Dos días más tarde fuimos juntos al teatro del Círculo.

Aproveché para dar a mi señor las informaciones que deseaba ardientemente acerca de esta personalidad exótica, de las que supo sacar un maravilloso partido. Nuestra princesa tuvo un lugar destacado en *l'Ame étrangère*[5]. Nunca comprendí como el señor pensaba interpretar la situación de esta dama en su novela. Lo que puedo decir, es que al lado de mil pequeños detalles interesantes de la vida de esta princesa, me había impresionado que tuviese dos amantes que no la dejaban nunca y que, como dos corderitos amados y dóciles, dormían en dos pequeñas camas colocadas a ambos lados de la de Su Alteza. El príncipe consorte era, según decían, un funcionario de elevado

[5] Ver la página 24 de *l'Ame étrangère.*

rango que venía raras veces a Francia, sólo cuando su servicio así lo exigía.

Una tarde hacía tanto calor que renuncié a pasear. Volví al chalet, llevando una caja de uvas, dado que aquí el señor de Maupassant continuaba, al mismo tiempo que sus duchas, con una cura con uvas blancas. Me oyó entrar y me llamó. Le mostré la caja de fruta que encontró a su gusto y, depositándola sobre una mesa al lado de la cama, dijo:

— Con este insoportable calor, he pensado que no sería prudente pasear. También me he echado sobre mi cama y, por una vez en su vida que no tiene demasiado trabajo, trate también usted de descansar. Aquí, en el fondo, nos falta aire…

Comiendo las uvas, me contó su *Ame étrangère*. Pero yo estaba tan sofocado por el calor, en esa habitación, que no pude recordar lo que me había dicho. Viéndome en ese estado por la temperatura, me autorizó a abrir la puerta del salón y un poco la ventana que miraba al Norte. Eso me reanimó un poco; el señor se reía recogiendo sus uvas.

Luego me dijo:

— Lo que le voy a contar ahora no es de una novela, pero es real. ¡Pues bien!, he aquí: El señor X… ha contratado en su casa para ayudar a su esposa, a una joven griega muy bella, casi de pura raza. Su candor, su ingenuidad, su juventud, me tienen un poco inquieto hasta el presente; pero no creo estar lejos de franquear el obstáculo. Sería verdaderamente una desgracia dejarla a ese viejo… una vileza sin nombre… ¡un crimen de lesa amor!...

Se río de todo corazón… y, volviendo al gran calor que nos incomodaba:

— Si esto continúa – añadió – voy a enviar una nota a Raymond y Bernard y nos iremos al mar lo antes posible. Bajo la vela siempre estaremos mejor. Le advierto a tiempo. Pero, dígame, si, por casualidad, ve usted un accidente, un crimen

cualquiera, en fin, alguna cosa donde haya muerto un hombre de forma violenta, venga a advertírmelo enseguida, me gustaría tomar notas sobre ese tema.

Dos o tres días después, volvía yo de un paseo sobre la carretera de Marlioz, cuando advertí, detrás de un matorral, el cuerpo de un hombre que colgaba de la rama de un árbol.

— Rápido – me dije – he aquí una oportunidad para mi señor.

Pero enseguida llegaron dos gendarmes, seguidos de una mujer; cortaron la cuerda, el individuo ya estaba muerto, aunque tibio todavía…

Corrí a avisar a mi señor. Pero resultó decepcionante porque me dijo que necesitaba una muerte violenta, por revolver o cuchillo, o un atropello con sangre, etc…

Hemos subido varias veces al Revard. Mi señor miró mucho tiempo, con gran atención, todas esas montañas y esos paisajes, que rodeaban Aix-les-Bains. Cierto día, nos quedamos en lo alto hasta el anochecer. El señor quiso quedarse hasta dar cuenta de los menores matices que aparecían en todo ese amplio panorama que teníamos ante nosotros, en una bella puesta de sol. Estaba contento, encontraba el espectáculo magnífico: el sol desapareció por la derecha, en un valle, iluminando todavía el lago en toda su amplitud y dando a sus aguas un aspecto de enorme incendio; las altas cimas de las montañas estaban ya en sombras. Era la noche que llegaba.

Descendiendo, mi señor me dijo:

— ¿Lo ha visto bien? Todo eso lo encontrará en mi novela. Aix y sus alrededores me han proporcionado un cuadro maravilloso para mover en él a mis personajes. Estoy satisfecho. Es hermoso y siento que todo lo que he visto está bien descrito en mi obra.

Diciendo esto se tocaba la frente.

22 de julio. Mi señor parecía alegre, y, entre dos carcajadas prolongadas, me anunció que partíamos para Cannes, dentro de dos días en el tren de la tarde para evitar el calor del día:

— Pasaremos, vía Valence; había pensado en el ferrocarril de los Alpes por Grenoble, pero sería necesario tomar casi todo el tiempo más trenes, lo que resultaría muy fatigoso. Tengo ahora todos mis documentos y mis personajes perfectamente cada uno en su sitio; no hay más que hacer, veo mis asuntos claros, absolutamente diáfanos.

Anuncié a mi amigo el ayuda de cámara de la princesa rusa mi próxima partida. Pareció contrariado. Por la noche, para distraerlo, lo llevé a la Villa de las Flores y lo inicié en el juego de los caballitos, donde había venido con la firme intención de recuperar los dos luises que había dejado allí algunos días antes. Cuando mi amigo hubo comprendido el sistema, me puse a jugar por mi propia cuenta, él me siguió el juego. Durante una hora, la suerte nos favoreció; luego hubo altibajos. A las once, le dije que me iba. Pero él quería continuar a todo trance; una palidez extraña había reemplazado el tono rojo violeta de su figura, sus ojos eran como dos llamas ardientes. Yo lo veía absorto en el juego; pero de todos modos me lo llevé; quería pagarme no importaba que, con tal de que hiciese un extraordinario y no importaba a que precio. Entonces le dije:

— Amigo mío, la dicha no es eterna, y la suerte todavía menos. Cuando se viene de haberla tenido durante un cuarto de hora, lo mejor es tomar un modesto vaso de cerveza, de irse a soñar en la cama y de continuar creyendo que se gana siempre…

Al día siguiente, llegando al almuerzo, observé que nuestra mesa, contrariamente a nuestra costumbre, contenía unas copas de champán. Mi amigo el ruso me dijo que era él quién ofrecía ese buen vino de Francia a todo el mundo con

ocasión de mi marcha, y añadió que no había nunca podido llegar a contar los luises que había ganado la víspera con los caballitos…

Todo el personal de servicio de los clientes del hotel tomó con placer su parte de esas libaciones extraordinarias y una franca alegría reinaba al final de la comida. Pero había un secreto del que nadie sospechaba, era que ese mosto rojo que se acababa de degustar era debido a la suerte derivada de la cuerda del ahorcado que yo había descubierto ocho días antes en la carretera de Marlioz.

CAPÍTULO XVI

FIN DE JULIO – NOVIEMBRE 1890

En Cannes. – Se navega con placer a borde del *Bel-Ami*. – Los acorazados y Richelieu. – Buen viento. – La sobrina del señor. – Los dos enamorados de *Sur l'eau*. – Ese recuerdo inspira al bravo Bernard para gran jolgorio del señor de Maupassant. – Impresiones de Bretaña. – François va de peregrinaje. – En la *Gruta de Artus* viendo bellezas. – El señor de Maupassant cuenta a su vuelta un episodio de sus años escolares en el colegio de Yvetot. – En Saint-Tropez. – Reencuentro emotivo en el mar del señor de Maupassant y su padre.— El *Bel-Ami* salvado de los arrecifes por la sangre fría de Bernard. – La partida de las hermanas de *Mireille*. – En Saint-Raphael. – Fréjus, los Croisés, Gounod, Alphonse Karr, etc… — En Niza. – La lección de las hormigas. – En Lyon. – El aniversario de la muerte de Hervé de Maupassant. – Aquí yace… — Confidencias desgarradoras sobre el desaparecido. — ¿Quién sabe?

El 28 de julio, el jefe de estación de Cannes iba y venía sobre el andén, esperando el rápido de Marsella. La presencia de Bernard y Raymond le había hecho sospechar la llegada del señor de Maupassant, al que vino a saludar con mucha deferencia cuando descendió del vagón; mi señor fue muy sensible y le respondió muy amablemente.

Luego fue el turno de los dos bravos marinos, Bernard, con su voz seca, y Raymond, con timbre sonoro, quiénes presentaron sus saludos de bienvenida al señor. Sus buenas figuras emocionadas decían más que sus discursos; se veía que esos dos hombres querían a su patrón, no porque el fuese su señor, sino porque el era muy bueno para ellos. Como decía a veces Bernard, el señor es el compañero de a bordo más que el capitán.

El *Splendid-Hotel* estaba abierto. Mi señor prefirió descansar allí provisionalmente antes de instalarse completamente a bordo del *Bel-Ami*.

Al día siguiente por la mañana, hacia las 7, miraba el mar y el cielo desde su ventana, luego me dijo:

— François, hace buen día, creo que el tiempo es propicio, voy a vestirme, iré a tomar mi ducha al establecimiento y, a las nueve y media, estaré a bordo. Arrégleselas para adquirir las provisiones de la jornada. Almorzaremos a bordo, y haga todo lo posible para estar en el puerto a las nueve a fin de levar anclas tan pronto llegue.

Había una buena brisa y la salida fue fácil. Avanzamos orillando por las bahías de la Napoule y Théoule; pasamos enfrente del domicilio del doctor Magitot, perdido en un repliegue de la montaña, y que se percibía apenas detrás de los reflejos de las sombras de una sombría muralla de pinos.

El señor almorzó, luego fue nuestro turno. El viento del Este pegaba fuerte, estábamos en la punta del Estérel, el cabo hacia alta mar. Raymond estaba en proa, al lado del extremo saliente, a la sombra del gran foco; Bernard estaba sentado detrás, contra el mástil de popa. Yo me encontraba cerca de él, para estar alejado del movimiento de la viga de madera del velamen.

Nuestro señor se abrigó bajo su sombrilla blanca fijada en el barco. Tenía ambas manos sobre el timón y conducía; todo marchaba bien, el viento se mantenía.

— Creo – dijo – que navegamos a unos ocho o nueve nudos.

Bernard respondió:

— Eso creo yo también.

Mi señor estaba contento, feliz, su fisonomía, en esos momentos de emoción, denotaban auténtica firmeza y voluntad. Hacía unos movimientos sobre su banco y daba de vez en cuando ligeras sacudidas al timón, para hacer dar al

barco todo lo que podía de sí y por esos impulsos, aumentar todavía más en velocidad el vuelo de su *gran pájaro blanco*, como a él le gustaba llamarlo en alguna ocasión.

Bernard se pudo a hablar, mientras yo registraba el horizonte con el catalejo. De golpe percibí dos grandes barcos que tomé por carboneros. Pero el señor y Bernard se dieron cuenta enseguida que me equivocaba; eran dos cruceros de nuevo modelo con la proa puntiaguda. Se habló de esas nuevas unidades, de los servicios que podían prestar, de su velocidad desconocida hasta entonces y de lo que se esperaba de ellos. Mi señor aprobaba esos nuevos modelos, atribuyéndoles un gran valor para el ataque y la ofensiva. Luego, hablando de los antiguos acorazados, los trató de mastodontes voluminosos.

Bernard estaba un poco contrariado y trataba de defender la marina de guerra de su tiempo, cuando él estaba en la flota, pero acabó aceptando que el progreso había avanzado. Mi señor se percató del movimiento de enojo de Bernard; me arrojó el salvavidas diciéndome:

— ¿François, ha visitado los antiguos acorazados?

— Sí, señor, — respondí— hace quince años, visité en Brest el *Richelieu.*

Y conté las comentarios que oí durante la visita a ese navío de tan famoso nombre.

— Sí, — dijo entonces el señor – ese cardenal del que se había dado nombre a su acorazado tenía más de un agujero en su bolsa, el rey tenía su parte, y nosotros, la nuestra, por carambola.

Cambiando de conversación, se interrumpió de súbito:

— ¿Dígame entonces, Bernard, me parece que el viento amaina?

— Oh, señor, en estas calurosas jornadas, es extraño que se mantenga tan bien como hoy.

— Pues bien, entonces, no iremos a Agay y, cuando usted lo juzgue conveniente, navegaremos hacia las islas para entrar

en Cannes hacia las cinco, a fin de que pueda dar un paseo para desentumecer las piernas antes de cenar.

A las tres, bajé a la cocina a hacer el té. Regresando al puente, observé que el barco marchaba muy rápido. Bernard debió tomar el timón para que mi señor tomase su té, pues así le decía:

— No hubiera podido beber y conducir teniendo los brazos ocupados. ¡Vea – me hizo notar – como se eleva! En un cuarto de hora, el viento ha doblado su fuerza. Creo que nuestra marcha ha pasado a diez nudos; es extraordinario para un barco de esta eslora. Está dotado de muy buenas cualidades. Del resto, a semejante velocidad, apenas se inclina.

El señor retomó el timón y viró hacia alta mar. Estaba encantado del buen viento que soplaba. Raymond reemplazó en el timón al patrón que se puso a caminar sobre el puente, diciéndome:

—No voy a dar mi paseo a pie después de la cena. Estamos demasiado lejos en este momento, por lo que vale la pena quedarnos. Vea como navegamos. ¡Es admirable! ¡Esto es lo que yo llamo navegación!

Y mi señor deambulaba de un extremo al otro de su barco. Cerraba los puños, lo que en él era un signo de alegría o enojo. Esta vez, era placer lo que experimentaba… Volvió a tomar el timón diciendo:

— Se podría creer que navegamos hacia Argel.

Estaba muy bien, pero el barco, esta vez convertido en pájaro por su velocidad, se inclinaba cada vez un poco más, el agua cubría la mitad del lado bajo del puente. Yo no tenía aún miedo, pero miraba de todos modos hacia donde se encontraba tierra, donde no distinguía más que un gran círculo de montañas y la punta del Estérel que se perdía en el agua. Un poco más cerca se veían las islas de Lérins, que no formaban más que una mancha negra en medio de este inmenso espejo que el sol hacía deslumbrar.

A las ocho, entramos en el puerto de Cannes con la brisa necesaria para no remar. Sobre la dársena, el capitán Pierruque esperaba a mi señor para felicitarlo por la gran velocidad de su velero. El también había estado a lo largo de las islas y nos había visto. Mi señor le escuchaba sonriendo, estaba orgulloso de su paseo. Entrando en el salón, dijo:

— Estoy encantado de esta jornada, ha ido maravillosamente.

Al día siguiente 29 de julio, acompañé a mi señor a Niza. Iba a ver a su madre, la señora de Maupassant, que vivía ahora en la villa de los Ravenelles, calle de Francia. Esa casa no tenía más que un piso, pero estaba situada sobre una colina y dominaba totalmente el mar. Con ese hermoso horizonte, bien despejado, era un lugar de reposo y tranquilidad. Llegando, vimos en el jardín una chiquilla de cuatro años, cabellos rubios en bucles, sujetos únicamente por una estrecha cinta. Sus ojos eran azules, brillante y dulce, su bonita tez blanca estaba ligeramente rosada; era la sobrina y la ahijada de mi señor; se divertía jugando con un cochecito de madera. Su tío la llamó y ella vino gentilmente a saludarlo, y, retornando rápidamente a su juego, se colocó entre los dos varales y siguió corriendo por un pequeño camino que rodeaba una parte del jardín… Entre tanto nosotros llegamos a la casa; la Señora de Maupassant llamó a Simone para venir a almorzar, ella respondió sí, pero no vino. Su madre fue a buscarla, y regresó muy enojada, dejando sus ejercicios de velocidad que parecían gustarle tanto.

A las tres, dejamos la villa de los Ravenelles para volver a la estación. Hacía un calor tórrido; mi señor me confesó que tenía calor, luego me dijo que estaba contento de la instalación de su madre, que el aire era allí bueno, entre el mar y la tierra, y que vendría también a vivir a Niza el próximo otoño.

Al día siguiente, salimos de nuevo con el *Bel-Ami*. Ya en alta mar, hacía un tiempo delicioso. Mi señor deploraba la

negativa inflexible de su madre cada vez que le proponía que viniese al barco a hacer un pequeño crucero. Él se sentiría tan feliz de tenerla cerca… Almorzamos en el mar y, a las seis de la tarde, arrojamos el ancla en la rada de Agay.

Después de cenar, mi señor fue a dar su paseo por tierra.

Al día siguiente, muy temprano, se fue a la montaña para saludar al ermitaño al que le gustaba encontrar en su poética soledad. Pero una decepción lo esperaba, el hombre había desaparecido; hacía dos meses que no se le veía.

El 2 de agosto, el señor fue a Saint-Raphael de madrugada. Entrando, me dijo:

— Esto es muy bonito, muy poético; las orillas de este río están llenas de árboles; al otro lado, enormes prados se suceden. Es encantador, pero no volveré, las ramas de los árboles, que penetran en el agua, son un obstáculo para remar.

La velada era magnífica, las estrellas comenzaron a brillar en la bóveda azul, iluminada del lado del levante. Estábamos sentados sobre el puente del *Bel-Ami*, que estaba fondeado exactamente en el lugar donde se encontraba tres años antes el pequeño *Bel-Ami* negro. Mi señor estaba en un sillón plegable en la popa, y, como hacía tres años, miraba la montaña, el tortuoso sendero que baja a toda prisa, en el que vio antaño caminar una pareja de enamorados que le habían impresionado como la misma imagen de la felicidad. Volvió un poco la cabeza hacia el puente y hacia el agua, donde esos dos seres enamorados habían venido después de su cena; luego contempló el albergue y la ventana de la habitación donde estaban recogidos, donde habían hecho brillar una luz rápidamente apagada.

Saliendo de su ensoñación, dijo a Bernard:

— ¿He descrito bien en mi volumen *Sur l'eau*, a los enamorados que vi aquí un día? Estoy seguro de que ellos no sospechaban que eran vigilados tan de cerca.

— ¡Eh, sí, sí! – respondió Bernard con enérgicos gestos de aprobación, ocupándose de su afición favorita. Este bravo Bernard no puede oír pronunciar las palabras « amor » o « enamorado », sin experimentar la necesidad de contar una de sus historias de juventud.

El señor de Maupassant lo sabía muy bien y se divertía. Esta vez, nos hizo la narración de un flirteo que había tenido con una cocinera de Morlaix y nos explicó las señales que utilizaba para comunicarse. Había especialmente una maceta de flores que se dejaba en la ventana o que se retiraba, según las circunstancias. El señor reía, pero Bernard, muy serio, continuaba:

— ¡Ah! Las bretonas, sí, señor, son incomparables. Luego esa rivera donde quedé durante cuatro meses en un barco desarmado, es seguramente, la más bella de todas las que he visto en mis numerosas vueltas al mundo; está encajada entre dos grandes cerros, cubiertos de árboles varias veces centenarios, y esa cinta de agua salada, que discurre como un pequeño río común hundiéndose en el seno de la tierra, haría creer que se está en medio de un bosque accidentado, si el movimiento del barco no le recordara a uno que está sobre un suelo móvil. También estaba el gran viaducto que franqueaba el río, pero no lo veía a menudo, la ventana de mi amiga estaba en el lado opuesto…

En ese momento el narrador se detuvo…

Raymond estaba dormido en la proa del barco. Su sueño se acompañaba de sonidos quejumbrosos, Bernard quiso despertarle, el señor se opuso. Para buscar diversión, él me dijo:

—François que conoce tan bien la Bretaña debería contarnos algunas características de las costumbres del país.

Les conté que había hecho una parada en Huelgota, un rincón muy bonito del lado de los Montes de Arrée. Allí, había visto unas rocas de una belleza notable, entre las que se

encontraban un grupo denominado el *Menage de la Vierge*. Un día de fiesta, me paseaba en un bosque de los alrededores de Huelgota; seguía a un arroyo que pasaba bajo los bosques; las gruesas raíces de los árboles que se enredaban sobre sus orillas formaban unas barreras naturales que multiplicaban hasta el valle vecino las pequeñas cascadas blancas de espuma. Para completar la poesía del lugar, unos pintores, inmóviles en la hierba, ante sus caballetes parecían jugar al escondite. De improviso se descubría un poco en todos los rincones, el curso de este maravilloso riachuelo, cuya sombra era producida por ramas de follaje ligero, con los tonos más suaves.

» Yo caminaba siempre un poco al azar, no sabiendo donde me encontraba, cuando observé, en un sendero un poco más a la derecha, unas cofias blancas que se dirigían todas por el mismo lado. Concluí que en esa dirección debía encontrarse alguna cosa de interés. Tomé entonces el mismo camino; como quién no quiere la cosa, seguí a un grupo de jóvenes. Después de haber subido dificultosamente, durante un momento, un sendero bastante largo en forma de caracol, llegaba a un macizo de pinos enormes, verdaderos gigantes. Al lado, en la izquierda, después de haber escalado un montículo de tierra, totalmente cubierto de musgo, llegué al fin del peregrinaje, pues se trataba de un peregrinaje lo que animaba a esas jóvenes muchachas. No había capilla ni santos, pero era la Gruta de Artus, un famoso jefe bretón que combatió en el siglo sexto contra los Anglosajones por la independencia de su patria. Más tarde, vendrían los héroes de las novelas de caballerías, las leyendas de la Mesa Redonda y del Santo Grial.

» Me ubiqué detrás de un matorral para ver lo que venía a hacer en esa gruta toda esa juventud femenina. En primer lugar, entraron o más bien se deslizaron agachando mucho la cabeza bajo un montón de piedras, después pasaron por una especie de gran chimenea para salir sobre la plataforma o techumbre de la gruta, que estaba hecha de grandes losas. Una vez en lo alto, se

ponían a bailar, a reír, a cantar a voz en grito. Se trataba de quién cantaba más fuerte.

» Llegado el momento de descender, no regresaban por la abertura que habían tomado para subir sobre el techo de la gruta del gran Artus, ya que cada una de ellas se dejaba deslizar andando hacia atrás entre dos piedras abiertas que formaban un corredor. Este descenso no era posible sin levantar las faldas hasta la cabeza; arrojaban entonces divertidos gritos, pues ninguna de ellas llevaba pantalón, de modo que dejaban ver todo lo que el Creador les había dado. Los pájaros, muy numerosos en este lugar, ¿fueron ofuscados en su pudor por un espectáculo tan singular? Me permití creerlo, pues, durante un instante, cesaron sus cantos, para retomarlos enseguida con empeño. Se estarían contando, sin duda, lo que habían visto…

Mi señor reía de buen grado:

— Usted siempre tiene la suerte, — me dijo— de llegar en el momento preciso.

Nuestra hilaridad fue ruidosa. El hecho es que Raymond se despertó de súbito.

El señor quiso también contar su historia:

— Yo tenía catorce años, estaba en el colegio de Yvetot. Se nos daba de beber una horrible bebida que se llamaba *abundancia*. Para vengarnos de este malvado trato, una noche, uno de nosotros llegó a introducir la mano en el manojo de llaves del director. Cuando éste y los encargados de la disciplina se durmieron, nosotros tomamos en la despensa y en la bodega todo lo que habíamos encontrado con las mejores marcas, como vinos finos y aguardiente, y, con mil precauciones, todo fue subido al tejado del colegio, donde nos dimos un atracón de todos los diablos… Eran las cuatro de la mañana cuando nos despertaron. Como yo era uno de los cabecillas y sobre todo tendía a mantener la responsabilidad de mis actos, eso me valió la expulsión. No me disgusté, pues, en

el colegio de Rouen donde se me envío a continuación, estaba muchísimo mejor…

Pasando a otro orden de ideas, mi señor dijo:

— ¡Muy bella la mar, esta noche, y qué particular ese creciente de luna plateada iluminando esa punta de tierra, que nos separa casi del mar! ¡Y esos pinos ralos, se dirían siluetas de guerreros, unos centinelas avanzados de algún cuerpo armado!... Y ahora, mis muchachos, si ustedes quieren, todo el mundo a dormir…

Al día siguiente por la mañana, hacía buen tiempo, mi señor estaba radiante:

— Amo este mar, — me dijo— sobre el que encuentro finalmente toda mi independencia. Sobre mi barco, no se puede venir a acosarme. Nada es tan bueno como esos bellos amaneceres y esas veladas que tenemos aquí. Pero, a pesar de todo, pienso a menudo en el mar de Étretat, en mis salidas con los marineros del país y con algunos amigos, a veces con tiempo horrible. Nada nos detenía, nos divertíamos cuando franqueábamos unas olas monstruosas con nuestro barco, para ir a alta mar a buscar, bien rodaballos, bien arenques, según la estación…

El 4 de agosto, a las siete de la mañana, serví el almuerzo de mi señor en un salón que tenía vista sobre el puerto de Saint-Tropez y el golfo, que estaba en aquel momento arrugado por un empuje del viento del Este. Mi señor me dijo que había dormido mejor en esa habitación en tierra que sobre el barco.

— Verdaderamente, Raymond duerme demasiado ruidosamente; los ronquidos que produce son tan poderosos que traspasan las juntas del yate y llegan a mis oídos completamente vibrantes, como si fuesen amplificados por algún aparato acústico o hilo eléctrico, y esto no tiene nada de agradable…

Se fue hablándome y mordisqueando un croissant; iba de un extremo a otro del salón, que era muy largo, miraba por la ventana y secaba los ojos. ¡Estaban muy enrojecidos, sus pobres ojos!...

El 5 de agosto, hacía las dos, el *Bel-Ami* salió del puerto de Saint-Tropez. Había un buen viento del Este, el trabajo era fácil. Mi señor dijo a Bernard de ir lo más cerca posible de Sainte-Maxime, pues quería desembarcar con el bote para ir a saludar a su padre… Bernard no quería negarse, pero no le gustaba aproximarse a la costa Noroeste del golfo de Saint-Tropez, conociendo las dificultades que podrían surgir en esos parajes al maniobrar con viento del Este. Se las arregló para navegar más bien hacia la derecha, luego se acercó a tierra.

Nos encontramos de frente al semáforo de Sainte-Maxime que se encontraba en el mar, mientras que la región estaba más alejada del lado del golfo de Saint-Tropez. El guardián era un pariente de Raymond. Yo desplegué todos los pabellones y mi señor habló con este empleado del Estado, que vivía en una choza encaramada sobre una parte elevada de la costa. Entre otras cosas, él dijo al señor que esperaba por la tarde la visita del señor de Maupassant padre.

Acabada la conversación, el señor exploraba la costa con su catalejo, cuando observó que alguien agitaba un pañuelo blanco en el aire. Reconoció a su padre:

— ¡Esa forma singular de agitar el pañuelo!— dijo— Eso no es un saludo, lo hace ir de izquierda a derecha, muy rápido, como una señal de peligro.

Yo estaba en ese momento en la proa, cuando llegó Bernard; echó una rápida ojeada al mar y de un salto fue al medio del barco, dirigiendo la maniobra; mi señor saltó sobre el timón que Raymond tenía y, en un instante, el esbelto *Bel-Ami* había virado sobre su izquierda, como un barca que se habría hecho girar sobre ella misma de un esfuerzo. Nos dimos

cuenta entonces a nuestra derecha que el agua tenía un color muy oscuro; eran las rocas que ésta cubría que estaban a un metro o dos a lo sumo, que le daban ese tono. ¡Eso era por lo que el señor de Maupassant padre agitaba tan desesperadamente su pañuelo! Él conocía esos traidores arrecifes…

En estas circunstancias, el ojo de Bernard, su ojo marino del que se vanagloriaba, nos salvó de un grave peligro, y el *Bel-Ami*, por su ligereza, evitó dejar, sobre esos montones de piedras a flor de agua, su bello armazón. ¡Ese desastre habría podido producirse bajo la bandera y bajo la mirada del guardián del semáforo, que nos había hablado un instante antes!

Navegamos enseguida hacia alta mar. El señor, tomando su té, nos aseguró que, llegado el caso, habríamos podido ganar la costa en el bote… Dijo esto con calma, casi con indiferencia. Luego pidió a Bernard que entrara a puerto lo suficientemente a tiempo para poder dar su paseo a pie.

La mañana que siguió a esa salida, me dijo de contratarle un coche descubierto con dos caballos por tres horas… En el coche, en pleno recorrido, me anunció sin preámbulos que había comenzado *L'ame étrangère* y que creía que sería una buena novela, tal vez un poco sensacional.

Recorrimos el golfo al trote de los caballos, hasta Pin-Bertrand. Algunas personas estaban sentadas bajo los árboles, otras miraban su estructura gigantesca… Durante más de una hora dimos vueltas, siguiendo los caprichos de estrechos caminos que finalizaban tanto en un campo de cultivos como en unas plantaciones de vides. Se veían también muchas malezas y terrenos sin cultivar. Pero de pronto llegamos al valle de Pampelone, al final del paseo. El aspecto cambió; todo allí era alegre. El albergue donde se detuvo nuestro coche estaba abrigado, oculto casi completamente, bajo una higuera. Todas las viviendas de este país eran semejantes; estaban

metidas detrás de naranjos o palmeras, y se las veía recubiertas de altas parras que las envolvían maravillosamente.

Marchamos a pie por un camino que subía hacia el Oeste. Pasamos por un puente de planchas bajo el que puede oír el rumor del agua sin verla. Era un arroyo enteramente cubierto por unas grandes plantas, especie de nenúfares que encontraban allí un suelo propicio para su desarrollo, pues estaban llenas de vida y de un verde intenso. Uno estaba tentado a cogerlas. A la izquierda, tomamos un sendero que nos condujo hacia el mar, en la ensenada que llevaba el nombre de ese valle.

Allí, mi señor se detuvo durante un momento, contempló el mar con arrobamiento.

— ¡Que hermoso, — exclamó – ese horizonte es incomparable! Encuentro más encanto, más belleza poética en el mar, aquí, que en ninguna otra parte que haya visto. Vea que movimientos ondulatorios tan graciosos. ¡Y esa ola tan suave, con que ligereza viene a morir sobre esa superficie de arena blanca! No es ese golpeteo, una lucha que se produce entre los dos elementos, sino una caricia que se da con dulzura tal que se puede pensar que tienen un gran placer en encontrarse…

A la derecha, se encontraba el fondeadero de la terraza; el cabo Camarat lo abrigaba; lo habíamos doblado alguna vez.

Mi señor se calló, su figura resplandecía y dejaba ver la emoción que experimentaba ante este esplendor de la naturaleza. Se puso a caminar, marcando sus pisadas sobre la fina arena de la playa. Se dirigió hacia el centro del valle, avanzando aprisa, estrechando en su mano derecha su sombrilla blanca y, de vez en cuando, haciendo una pequeña pausa, retiraba sus quevedos azules, luego continuaba en silencio. Parecía no percibir mi presencia.

Yo caminaba a su lado, o detrás de él, teniendo gran cuidado de no hablar, para no turbar esos momentos de inspiración que conocía después de tanto tiempo, en los que yo sabía que su pensamiento estaba en pleno trabajo. Estaba

almacenando impresiones y fijando, en su mágica memoria, todo lo que veía; los menores detalles no serían olvidados; nada escapaba a su ojo escrutador. Yo me decía: « En un año, incluso más tarde sabrá, en algunas páginas sublimes, expresar toda la poesía de este lugar, cuya visión le causa en este momento una impresión tan intensa a sus delicados sentidos de artista y de poeta, y, por esas páginas de una realidad tan plenamente sentida, conseguirá hacer estremecer los nervios y el corazón de las personas que aman lo Bello, lo Verdadero…»

Regresando al coche, pidió al cochero que no fuese rápido. Llegamos a la meseta de la parte elevada, que separa el valle de Pampelone del golfo de Saint-Tropez. Mi señor se puso de pie en el coche, echó una larga mirada al conjunto de ese país que acabábamos de recorrer, se volvió a sentar y me dijo:

— ¡Este valle sería un lugar para vivir delicioso!

Entonces me hizo una narración histórica del descubrimiento de Étretat por Alphonse Karr, el autor de *la Penélope normande*, y por Offenbach, creador de la opereta y autor de *Orphée aux enfers*, que fue uno de los primeros en construir una villa a mitad de la cuesta de la ruta de Fécamp.

Llegamos a la vertiente Norte; teníamos ante nosotros el golfo de Saint-Tropez en toda su extensión, en toda su belleza, bajo un sol rosado que le proporcionaba un ligero vaho del mismo color. Del otro lado, se veía el bosque de los alcornoques; abajo, sobre el litoral, aparecía grisáceo, pero las cimas se perdían en el horizonte, eran de un verde iris aterciopelado que era una caricia para la vista.

Por la noche, mi señor contó nuestro paseo a sus marineros, y Bernard le dijo que el fondeadero de la Terraza era poco seguro; que estaba absolutamente abierto al viento del Este, y que la ensenada de Pampleone se había bautizado por los marinos de la costa como *la Bahía de la muerte*, a causa del

gran número de barcos que encallaban en sus arenas. El señor concluyó:

— Entonces, *lo bello es pérfido*.

El día siguiente, a las nueve de la mañana, estábamos ya sobre el *Bel-Ami*, pues mi señor deseaba ver la alta mar «lo más lejos posible», decía a Bernard, cuando de golpe, a veinte metros del barco, un clarín sonó en los campos… El señor leía su periódico, sentado en la popa; se echó a reír diciendo:

—¿Es que en Saint-Tropez va a haber una ocupación armada? No hay un solo uniforme, incluso la guardia campestre hace su inspección, tocada de un *búfalo*.

Unos carruajes se alinearon sobre las dársenas, luego llegaron un gran número de mujeres, vestidas con claros colores y tocadas de gorros blancos, que parecía que querían echar a volar al menor viento. Llevaban unos grandes paquetes que cargaban encima de los vehículos. Un nuevo toque de clarín se hizo oír, y todas tomaron al asalto los vehículos, dentro, encima, estaban por todas partes, incluso al lado de los conductores. De pronto todas se pusieron a cantar en la lengua de *Mireille.*

Era dulce, aunque muy alto, lo que parecía un *Canto de despedida*, pero no tenía nada de belicoso. Raymond nos explicó que se trataba de los obreros que marchaban para hacer la recogida de la flor del azahar en Cogolin, donde se celebraba un gran comercio. Esta alegre partida, totalmente inesperada, puso a mi señor de un humor alegre, y nos contó unas historias sobre los éxodos de los normandos que iban a hacer la siega de un país a otro.

Saint-Raphael, 11 de agosto de 1890. El acceso a ese puerto era más fácil que el de Saint—Tropez porque está más avanzado en plena mar. El calor era excesivo; también desde

que había un poco de brisa, tan ligera como fuese, era siempre bienvenida e incluso aprovechable.

Desde la mañana, mi señor iba a dar una vuelta en los bosques de Boulouris, para buscar un poco de fresco. Pasaba y volvía a pasar por la avenida sombreada que unía Saint-Raphael con Fréjus. Según su opinión, en este paseo, siempre había aire, fuese cual fuese el tiempo. Había bautizado esa ruta como *le Zéphir de Fréjus*.

Tomó sus comidas a bordo, pero por la noche, fuimos a dormir a un hotel rodeado de pinos. El jardín estaba al borde del camino que llevaba al mar; no había playa en ese lugar; el jardín, el camino y el agua estaban casi al mismo nivel. Cuando el viento del Sur daba un poco, las bases de los pinos que estaban al borde se cubrían de agua salada que no parecía perjudicarles. Desde las ventanas de su habitación, el señor tenia una gran vista; a una corta distancia en el mar, se veían unas grandes rocas magmáticas, de un rojo intenso, que parecían las siluetas de dos leones, por su actitud, defendiéndose del avance de la tierra hacia ellos.

El 12 la jornada fue tan abrumadora que apenas pudimos dejar el puente del barco, donde pasamos una parte del día bajo la tienda. Raymond tuvo tiempo de dormir su siesta, también estaba dispuesto a charlar; y nos contó la historia del marinero cuyo sobrenombre era *Patience*, porque nunca había tenido un momento de impaciencia.

El 15, salimos con el fresco, aprovechando los primeros vientos que nos enviaba el golfo de Fréjus, y pasamos toda la jornada en alta mar. Sobre esa inmensidad azul hacía un tiempo delicioso, se tenía suficiente viento para navegar; a las tres y media de la tarde serví el té a mi señor:

— ¡Ya!—me dijo— me encuentro tan bien aquí que no percibo el tiempo pasar.

Quiso que tomáramos el té caliente con él; alabó esa higiénica bebida, produciéndole gran satisfacción que

pensáramos como él. Luego, nos explicó que nos encontrábamos en aquel momento cerca del emplazamiento donde el almirante Baudin libró, en 1800, un combate con los ingleses, quiénes son famosos bebedores de té.

Él tomó el timón y Bernard se permitió decir que yo estaba preparado para contar alguna cosa que les hiciese reír. Pedí entonces a mi señor si me permitía servirme de un bretón.

— Seguro, — me dijo – el bretón siempre tiene carácter.

Bernard y Raymond, que querían que los hiciese reír, quedaron con la boca abierta al final de mi relato que consideraban fábula. Yo les manifesté que era cierto; entonces se troncharon, y mi señor les dijo:

— Las costumbres de ese país son extrañas, pero siempre hay algo que retener.

Raymond subió al gran mástil para desenganchar un cabo que se había prendido en un gancho; Bernard estaba a estribor, a lo largo de la borda, agachado, en la posición de una rana que se dispone a saltar al agua. Escuchaba e inspeccionaba con la mano un elemento que chirriaba, haciendo un ruido muy desagradable. Se diría una rueda mal engrasada. En fin todos los pequeños inconvenientes se arreglaron y el gran «pájaro blanco» volaba estirando sus alas hacia su nido. Dimos la vuelta hacia Saint-Raphael; el sol no había desaparecido completamente detrás de la cadena montañosa de los Mures. Mi señor miraba el valle de Argens y hacía las siguientes reflexiones:

— ¡Que impresionante es este valle, sobre todo en el momento en el que el crepúsculo se apodera de él y mientras flotan las brumas del calor! Evoca buenos recuerdos. Esas marismas convertidas hoy en huertos, fueron antiguamente un puerto romano. Los cruzados partieron a menudo de allí, y después de las guerras de Italia, de Oriente, etc., los reyes de Francia, en diferentes ocasiones, vinieron a refugiarse ahí con sus escuadras. Habría muchas cosas interesantes que hacer con

todos los recuerdos de esta vieja ciudad de Fréjus, pero yo no puedo dedicarme a todo. Mi cabeza actualmente parece una obra repleta de materiales para varios años de trabajo.

Y añadió:

— Es aquí, en este bello marco, donde Grounod compuso *Roméo et Juliette*.

A nuestra llegada al puerto, Bernard ordenó fondear. Raymond ejecutó la maniobra con una prontitud y regularidad admirables, y el *Bel-Ami*, con una ligereza extraordinaria, giró sobre si mismo y fue a detenerse a dos metros de la dársena, ni más cerca, ni más lejos, justo a la distancia de la longitud de la rampa.

El 20 de agosto, mi señor fue a *Maison Close*, a saludar a Alphonse Karr. Nos avisó para irnos a Niza en el primer día viento favorable.

22 de agosto, Niza. No se respiraba en el puerto de Niza como en el de Saint-Raphael. El señor de Maupassant caminaba sobre el puente de su barco; hacía el cuarto, como dicen los marineros, y no parecía satisfecho. Miró la montaña: « para no ver lo que pasaba cerca de él », y añadió:

—Si mis ojos pudiesen ir más lejos a buscar alguna cosa que me produjera placer, no haría lo mismo con mi olfato. Decididamente este puerto huele demasiado a comercio para mi temperamento.

Almorzó en casa de la señora de Maupassant, villa de los Ravenes, y recuperó su buen humor de siempre cuando oyó a su madre decirle que ella se encontraba tan bien en ese jardín, que su salud había mejorado mucho, al extremo de poder dormir sin somníferos, y de ver lo suficiente como para leer.

Durante la tarde, se detuvo en el camino, enfrente a la cocina. Luego de un momento se acercó a un viejo tronco de árbol en el que había un gran hormiguero y de repente me

llamó; armado de sus quevedos y su lupa, miró trabajar esos animalitos, admirando su manera de vivir.

— Sabe usted – me dijo— en ellas no existen soberanos, el trabajo está distribuido, y cada una hace su parte con el mayor amor propio. Nunca se produce el menor desorden, los beneficios se reparten; aquellas llamadas obreras construyen las galerías, y tienen también la misión de alimentar a las hembras que están ocupadas en desovar, y a las que previamente han arrancado las alas a su regreso de la unión que han tenido con los machos. Pero eso no es todo… los machos son condenados a muerte por la colonia después de una sola entrevista. ¿Qué le parece?

Seguía todas las evoluciones de estos laboriosos insectos; habría deseado asistir a alguna ejecución, aunque sin embargo parecía no aprobar este método expeditivo, y ver las hormigas portar los cadáveres a la cámara fúnebre, donde los dejaban momificar.

La pequeña Simone, la ahijada del señor, se acercó a él; saltaba sobre su balancín que movía con fuerza. Su padrino le aconsejó que fuese más suave, temiendo que se cayese.

Después del almuerzo, el segundo día de nuestra estancia en Niza, el *Bel-Ami* levó anclas y llegó a fondear de noche en el muelle de Cannes. Allí todavía mi señor obtuvo una mejoría, pues encontró un establecimiento de hidroterapia muy bien dirigido.

Lyon. El motivo de nuestra presencia en Lyon en noviembre de 1890 fue el prematuro fin del hermano de mi señor, que había fallecido hacía un año. Vivía en un bonito pueblo más allá de los puentes que atravesaban los grandes ríos que bañan esa ciudad. Profundo era el efecto de mi señor por su hermano. Lo había demostrado bien, en diferentes fases de su vida, por los consejos paternales que le daba en toda circunstancia.

Eran las once solamente y ya habíamos almorzado. Un coche vino a buscarnos y nos condujo a la casa de un fabricante de monumentos funerarios. Tras haber arreglado todo con este hombre, mi señor quiso obtener algunas informaciones suplementarias concernientes a la concesión a perpetuidad de la tumba. Luego partimos, atravesamos el río, y llegamos al campo… Yo tal vez hablé un poco demasiado, durante ese trayecto, acerca de cosas que se veían por el camino, pero mi señor no parecía en absoluto interesarse y rara vez respondió. Estaba pensativo y su mirada parecía buscar algo muy lejos, algo que no encontraba… Entonces me callé, y se hizo en ese campo un profundo silencio. Nuestro coche rodó así durante una hora.

De súbito el señor de Maupassant bajó la ventanilla que estaba en su portezuela y me indicó con un gesto una casa a la izquierda totalmente rodeada de árboles, y con una voz forzada, tratando de ser natural me dijo:

— Es allí, en ese lugar, donde mi pobre hermano está muerto.

Diez minutos después, llegamos al atrio de una coqueta iglesia de campo; luego nos dirigimos al cementerio donde se encontraba la tumba del señor Hervé. Era una tumba de mármol negro, donde estaban escritas, en letras de oro, el nombre y la edad del que reposaba allí para siempre… El monumento era de buen gusto e imponente en su simplicidad.

Levantando entonces la cabeza, observé el bonito sitio que dominaba ese cementerio. El señor permaneció inmóvil y silencioso. Di entonces algunos pasos y arriesgué algunas palabras para hacerle destacar el paisaje; pero no parecía oírme, su figura había tomado ese tono violáceo que indicaba en él una emoción violenta. No lloraba, pero su rostro estaba totalmente contrito y ese dolor mudo, sin sollozos, me oprimía el corazón. Acabó por decirme:

— Esta tumba es la más conveniente; de forma redondeada, la lluvia del cielo se encargará de lavarla.

La mano que portaba su bastón tenía unos movimientos nerviosos. Me esforcé en llevarlo fuera del recinto fúnebre; me siguió sin pronunciar una palabra, entró de un salto en el coche y cayó pesadamente en su rincón. Parecía siempre mirar a lo lejos, sin ver nada.

Retomamos el camino por el cual habíamos venido. Volviendo a percibir la casa de su hermano, no dijo más que una palabra, siempre la misma:

— ¡Allí está…!

Y entonces con un gran flujo de palabras, me hizo el relato de los principales episodios de la vida de aquél que él lloraba. En todo lo que me confío, encontré el gran parecido de esos dos seres, sin embargo tan diferentes por otra parte. No pudo decirme más que cosas buenas de su hermano, pero lamentaba únicamente que no hubiese querido seguir la carrera diplomática, para la que le reconocía disposiciones. En lugar de esto, quiso dedicarse al cultivo de flores, y en sus jardines, con la cabeza sin cubrir en el verano, a pleno sol, en dos ocasiones fue afectado de insolación. De nuevo mi señor se calló… Me di cuenta en ese momento, en los dos lados de nuestro coche, de dos largas líneas claras, entre dos altos muros. Era el Ródano que fluía hacia unos países más cálidos, como si quisiera huir de la niebla que flotaba sobre él.

El señor permaneció absorto, y llegamos de este modo al hotel. Allí, le serví un té bien caliente. Se dedicó a ir y venir por su habitación a lo largo y comenzó a hablar de la muerte de su hermano:

— Yo le he visto morir, — me dijo – Según la ciencia, su fin debía llegar un día antes; pero él me esperaba, no quería partir sin volverme a ver, sin decirme adiós… ¿Hasta luego quizás?...¡Quién sabe!... Cuando lo hube abrazado, pronunció muy fuerte en dos ocasiones « ¡Mi Guy! ¡Mi Guy!» como

antaño en el jardín de los Verguies, cuando me llamaba para jugar… Con mi pañuelo le secaba sus pobres ojos velados en los que el bonito azul había desaparecido. Por una señal que hizo, creí comprender que desearía ver bajarse un poco mi mano, y entonces la tocó con sus labios… ¡Ah! ¡Su amistad era sincera, pobre hermano; y verdaderamente nos ha sido arrebatado muy joven!

La pena de mi señor era muy profunda en ese momento…

No salió por la noche y, al día siguiente por la mañana, después de haber ido a visitar la colina de Fourvières, regresamos a París.

CAPÍTULO XVII

DE NOVIEMBRE 1890 A FINALES DE OCTUBRE 1891

La dama del vestido gris perla. – Invitado a la corte italiana. – Juicio severo sobre las altas clases ociosas. – Plan de trabajo. – Echar a volar sobre la costa Azul. – La villa del misterio. – La última crónica del *Figaro*. – El *Angelus*. – Los síntomas alarmantes se multiplican. – Decepción con el teatro. – Una gran vedette exigente. – El señor Piot-Verdier. – Nada de perifollos. – Viaje a Arles en la búsqueda de *Mireille*. – La hermana de la *Femme* de Tiziano en un convento. – Paseos artísticos por Avignon. — ¡Nada de música! – Confidencias sobre la composición del *Angelus*. – Nîmes y la Torre Magne. – En el puente del Gard. – Elogio de la higiene romana. — En Toulouse no se duerme. — Terapia de cura en Bagnères-de-Luchon. – Los olores sulfurosos no consiguen sentar mejor a mi señor más que en Sicilia. – En Divonne. – La casa encantada. – ¡Guerra a los ratones! – Una recuperación física inesperada. – Insolación y accidente de triciclo. – La novela de Andrésy y la hermosa señora X… — La pesca de truchas.

Estábamos reinstalados en la calle Boccador. La dama del vestido gris perla y el cinturón dorado, vino. El señor de Maupassant no ha conciliado el sueño hasta las 3 de la mañana, luego de haberlo intentado con todos los medios a nuestro alcance. Mientras los sinapismos hacían su efecto, me senté contra la pared al lado de la ventana y allí, la cabeza apoyada sobre la gran cortina, conté los cuartos, las medias y las horas que sonaban tan bien en el pequeño reloj de péndulo de viaje…

Al amanecer, fue a buscar la bolsa de viaje de mi señor a su apartamento de soltero, del que decididamente iba a desprenderse. Acababa de recibir una carta de la corte de Italia; era una invitación de S.M. la Reina, concebida en los términos más aduladores. El señor respondió aceptando; parecía feliz con la idea de ver de cerca ese interior regio. Me dijo, con una

buena sonrisa, que esperaba que esas personas hubiesen seguido el progreso, arrojando a las antípodas los prejuicios acerca de las abluciones cotidianas del cuerpo.

25 de noviembre. Mi señor fue ayer a Rouen a inaugurar el monumento del señor Flaubert. Al día siguiente, miró la maqueta en yeso que sirvió de modelo para la obra definitiva y que representaba los rasgos de su padre literario. Pero no parecía satisfecho:

— ¿Ha visto, — me dijo— el tiempo frío y gris que he tenido para este viaje? No sé por qué, pero de vez en cuando me resulta desagradable entretenerme con esas personas a las que no estimo.

Colgamos el medallón de yeso encima de una puerta, en el interior del salón.

La temperatura de París era penosa, cuando uno se habituaba a regiones cálidas; mi señor, incluso con su abrigo, tenía sensación de frío, de modo que se veía obligado a tomar coches para realizar sus visitas, lo que le enojaba mucho. ¡Le gustaba tanto caminar! Todavía aceptó algunas cenas en la ciudad, pero evitaba las veladas, cuyas luces deslumbrantes le fatigaban la vista. Restringía lo más posible sus salidas nocturnas, y descansaba. Incluso no leía; Últimamente, venía hasta la puerta de la cocina, después de haber cenado.

En una de esas visitas, me dijo:

— Tenemos en Francia cuarenta o cuarenta y dos mil hijos de buena familia, y es muy extraño que tan solo uno de ellos trate de salir de la clase de los ociosos, eso por pereza. Se ha cortado la cabeza a esa vieja aristocracia de raza que ha tenido un cierto valor histórico. Ahora no puedo ir a los salones de la alta sociedad sin oír a grupos de personas que defienden la juventud dorada y la empujan lo más que pueden hacia la inacción, camino de la desgracia y de la perdición. Por todo el

mundo, veo una corriente tumultuosa que se precipita y que hará zozobrar a toda la sociedad incapaz de defenderse por el sano hábito de un trabajo regularmente remunerado. ¡Es tan bueno el trabajo, cuando se lleva bien! No lo sé, pero me parece que no podría permanecer sin trabajar. Esa necesidad está en mí. En alguna ocasión he dicho, sin embargo, que no escribía más que por necesidad de dinero. Eso no es del todo cierto, hay cosas que me gusta escribir. Pero, incluso, más tarde, cuando haya acabado todas esas novelas y relatos a los que estoy consagrado, haré una especie de trabajo de análisis general de mi obra, y pasaré revista a los grandes autores que creo haber comprendido mejor. Eso será para mí un trabajo relajado y de un gran interés para la juventud. Me parece que no me cansará y me procurará la satisfacción muy intensa de releer cosas que han contribuido a mi deleite intelectual.

» A modo de apéndice a ese trabajo, espero dar mi opinión sobre la evolución que, según creo, debe producirse en las diferentes clases en Francia durante el siglo veinte.

Fin de febrero. Mi señor decidió de pronto que partiríamos para Niza, donde el barco nos esperaba totalmente dispuesto.

Fue en un jardín plantado de naranjos en el que mi señor tomó un apartamento, a mitad de camino del puerto y del domicilio de la señora de Maupassant. Las primeras noches fueron más o menos buenas; él atribuía ese bienestar a la proximidad de los naranjos, ese calmante del aire libre.

Diez días más tarde, partimos con el *Bel-Ami*. Todo lo necesario estaba a bordo para un viaje largo: los fúsiles, las carabinas americanas y un compás completamente nuevo mucho más importante que el antiguo. El señor lo había estudiado y servía perfectamente para trazar la ruta. Las luces también habían sido renovadas. Salimos a la mar una mañana, con un fuerte viento del Este y, a la tarde, el *Bel-Ami* se

encontró con su amiga la *Ville-de Marseille* junto al muelle de Cannes donde mi señor desembarcó. Siguió un poco la línea de la rada, a lo largo de los barcos de placer que, fondeadas en la orilla, daban la impresión de una ciudad de pequeñas residencias blancas. Sus mástiles emergentes remataban en campana; se dirían unas chimeneas.

Mi señor siguió siempre la orilla del mar y, un poco antes del establecimiento de los baños, su silueta despareció en un jardín que bordeaba la ruta de la Croisette. En un nido de vegetación, se encontraba una villa de balcones dorados. Me pareció ver aún al ilustre novelista apoyar la mano sobre la rampa para ayudarse a subir el medio piso, desde donde se dominaba el horizonte. Iba a encontrarse con la dama de la ropa modesta, impecable y rígida, la enigmática…

El *Bel-Ami*, tras dos días de descanso, izó sus colores que ondeaban, haciendo un ruido singular bajo la presión del viento que parecía gritar adiós… El cabo Roux, Agay, Saint-Raphael, todos esos bonitos lugares donde nuestro yate había atracado los años anteriores, fueron rebasados, con una velocidad enorme. Al día siguiente, saludamos el paso de Porquerolles y, por la noche, estábamos en el viejo puerto de Marsella, donde me pregunté si el *Bel-Ami* se reconocería. En todo caso el antiguo *Zíngara* era irreconocible a los ojos del más agudo de los marselleses.

Desde hacía ocho días, todas las mañanas, iba con el señor por la calle de Roma al Prado, luego a la Corniche que recorríamos de un extremo a otro ante ese hermoso mar que permanecía siempre imponente. A menudo almorzábamos en el restaurante de la Réserve y, después, dábamos un paseó por los alrededores del parque público.

Pero el señor de Maupassant parecía cansado; el *Bel-Ami* estaba listo para partir para visitar Sevilla y Tánger conforme a las primeras intenciones. Pero el golfo de Lion estaba terrible; después de nuestra llegada, no parecía querer calmarse y los

meteorólogos anunciaban un periodo muy largo de mal tiempo. A pesar de estos pésimos pronósticos, el *Bel-Ami* salio un día a alta mar desde Marsella; el agua se elevaba en olas monstruosas y amenazantes en esos parajes pérfidos. Viendo esto, mi señor dio la orden de acercarse a las costas de Provence y abandonó, con un poco de decepción, creo, las de España.

Henos pues de vuelta a la patria de Garibaldi; en nuestro gran apartamento rodeado de plantas olorosas, el señor de Maupassant parecía aburrirse; toda esa muchedumbre que hormigueaba en las calles de Niza le obsesionaba. A menudo íbamos a almorzar a casa de la señora de Maupassant y de allí, siguiendo el mar, ganamos el puerto donde el *Bel-Ami* estaba dispuesto para el paseo. Cuando el tiempo lo permitió, bordeamos Villefranche y echamos una ojeada a Beaulieu, que siempre estaba embelleciéndose. Luego, para variar, fuimos otro día hasta la punta del cabo de Antibes y cuando mi señor admiró una vez más las islas de Lérins y, al fondo, Cannes, que formaba un círculo verde tachonado de blanco, con su vieja torre cuadrada totalmente ruinosa plantada en el monte Chevalier, punteado con unas placas rojas brillantes, de un aspecto muy triste, que habían sido formadas por los siglos pasados y el mistral que viene a morir a sus pies, entonces se viró hacia alta mar para volver a arrojar el ancla en la ciudad de Masséna.

Durante la salida de ese puerto, el señor me concedió el honor de llevar el timón durante bastante tiempo. Estaba finalizando una crónica titulada *Un Empereur* para el *Figaro*. ¡Quién habría supuesto entonces, viéndole aún tan pendiente del trabajo, que esa sería la última crónica que escribía para ese periódico, pues fue sin esfuerzo aparente que él sacó adelante esa corta redacción. A partir de ese momento dejó a un lado *l'Ame étrangère* y no trabajó más que en una obra única, su *Angelus.*

Una noche de abril, me llamó, estaba sufriendo, y no quiso que le dejase ni un minuto. Fui presto a su habitación, y le preparé una taza de manzanilla. El sol al levantarse me encontró todavía junto a él. Sin embargo, por la mañana, se sintió mejor; esa molestia despareció y nuestra jornada transcurrió al aire libre, como de costumbre. Por la noche, me dijo que hacía calor y que podía disponer todo para nuestro próximo regreso a París; algunos días después, se despidió de su madre y tomamos el rápido de la noche para París.

Durante las seis semanas que acabamos de pasar en París, mi señor no pudo ser más razonable, arreglando su tiempo para cuidar su salud, sin sustraerse ni un día a su nueva regla de vida. También iba mejorando, incluso había engordado un poco; su aspecto era mejor. Fue entonces cuando ofreció un almuerzo a los señores Coquelin, de la Comedia Francesa.

— Pienso – me dijo – haber encontrado un tema para una obra que sería un buen asunto y también para los de la Comedia, y los he invitado a almorzar hoy en casa, para tener su opinión sobre mi idea. Ellos son serios, puedo someter a sus juicios cualquier cosa con toda confianza.

Con estas palabras aludía a los desengaños que había tenido anteriormente con otras gentes de teatro. Ciertos literatos le habían reprochado a menudo el no haber querido seguir los consejos orientados hacia ese género de producción; multiplicaron los esfuerzos para vencer sus prejuicios contra el teatro, pero muchos de ellos ignoraban que mi señor no siempre se había olvidado de ese mundo de candilejas. En 1886, había hecho una pieza en tres actos. Se había puesto de acuerdo con la persona que debía interpretar el papel principal. Él conocía su talento y su estilo, había arreglado de forma particular su obra para ella. Los papeles fueron impresos y distribuidos, el momento de representarla llegaba. Entonces esa dama puso unas condiciones que el director del teatro no podía aceptar: solicitó por velada una suma que sobrepasaba la mitad

de la media de taquilla. Mi señor propuso rechazar totalmente sus derechos de autor para satisfacer a la intransigente diva. Pero no se llegó a un acuerdo y el asunto no pudo salir adelante; la obra quedo en la carpeta.

Mi señor me decía al respecto:

— Yo no deploro esta ruptura más que por ese excelente Raymond Deslandes. Es un perfecto caballero, ¡ha puesto tanta buena voluntad en este asunto! Y llegar a este desenlace, es bastante enojoso para él. Para mí, este desengaño me aleja del teatro, vuelvo a la novela, a mis cuentos y relatos. En definitiva, es lo que prefiero, es lo que verdaderamente me divierte escribir. ¡Por otra parte yo consideraba a esta mujer más seria! Me había parecido tan sincera en nuestras negociaciones. Todavía la veo en mi diván donde me escuchaba tan graciosamente, estrechando en su mano la esquina de uno de mis cojines, como para reafirmar sus respuestas. Debo confesar que me había producido una buena impresión; he debido reconocer enseguida que era tan buena actriz en la vida como en la escena. Tuve incluso la ingenuidad de temer por ella por ese perfume tan particular que prefería, tan violento que debía, a mi entender, estar incómoda ella misma…

El señor Piot-Verdier, camisero de mi señor, vino a traerle unas camisas de día y de noche. Las primeras le sentaban muy bien y le gustaban mucho, sobre todo porque eran muy sencillas, pero no ocurría lo mismo con las camisas de noche, que el señor Piot-Verdier, creyendo hacer bien, había adornado con una pechera de color. El señor le dijo:

— No, no, yo no quiero esos adornos; los suprimirá y entonces las aceptaré. Si usted quiere satisfacerme, hágame siempre cosas simples, quedémonos en la nota modesta y pasemos de los perifollos. Ponga una cifra bajo el dobladillo, eso será suficiente…

El 22 de octubre, el señor Piot-Verdier trajo unos calcetines de lana y unos calzoncillos color beige; era un artículo inglés, muy caluroso. Todo complació a mi señor; entregó a su camisero su tarjeta donde escribió la dirección: *Chalet de l'Isère, en Cannes*; era allí donde se le deberían enviar los chalecos de franela encargados.

El 27 de junio, el señor de Maupassant emprendió un viaje por la costa de los Cévennes, para seguidamente, hacer una cura en Luchon.

Llegamos a Arles; El señor me dijo:

— Estamos en la Roma gala, esta ciudad tiene una gran reputación por sus bellas mujeres y espero encontrar algún buen tipo.

Fuimos al hotel, en una plaza sin personalidad. Desde la mañana, estábamos en la calle, en las puertas de las iglesias. Entre otros, visitamos la de Saint-Trophime, de la que mi señor admiró la fachada. En unas callejuelas estrechas observamos unas siluetas de las que el gran manto y los sombreros ondeaban a merced del viento.

Ese gorro de Arles, tan elogiado, su cinta de velos, no más que la capucha blanca que lo coronaba, no daban a esas mujeres la impresión de nobleza que mi señor esperaba.

— Es bonito en su modestia, — decía – pero no tiene nada de aristocrático… fue sin embargo aquí donde Fredéric Mistral escribió *Mireille*.

Nuestra jornada finalizó sin haber encontrado la belleza soñada.

Al día siguiente, hacia las nueve, un « señor Oscar » estaba allí para conducirnos. ¿A dónde? No lo sabía. Saliendo del hotel, nos hizo tomar una calle tortuosa que subía y, después de algunos minutos, llegamos a las Arènes; nos hizo una descripción histórica refiriéndose siempre a los romanos.

Luego llegamos a un alto donde se encontraba una especie de plaza pública. Ese barrio era absolutamente lamentable; las casas caían unas sobre otras sin apariencia de querer ser reparadas para salvarlas. Se creería uno en alguna ciudad abandonada, e impropia de esta villa renombrada que se llamó en alguna ocasión la Pompeya de Francia. También mi señor miró con un aspecto taciturno ese triste cuadro.

Cien metros más allá, el señor Oscar golpeó en una puerta barnizada, cubierta en parte de gruesos clavos de cabeza negra, y coronada con un capitel en ojiva, creo que moderna. Se abrió una mirilla, nuestro guía dijo algunas palabras y nos hicieron entrar. Estábamos en un convento. Se nos condujo a una rotonda que servía de locutorio. Una monja mayor, que apenas podía andar, vino hacia nosotros. Mi señor la saludó en voz baja; ella hizo el simulacro de tomarle por la mano y empujó una puerta ante ella. Ambos desparecieron.

¿Cuánto tiempo estuvieron ausentes? No lo sé con certeza, pero me pareció mucho. Cuando mi señor volvió, salimos inmediatamente y, a buen paso, descendimos por una calle en pendiente, al final de la que el señor Oscar, nuestro guía improvisado, se despidió de nosotros.

Íbamos ahora a lo largo del delta de la Camargue. Mi señor no pudo sustraerse a expresar su emoción:

— Lo que he visto en ese convento es muy bello, más artístico que todo lo que jamás he visto. Es tal vez mejor incluso que *la Mujer* de Tiziano de Florencia. Desde luego, lo que acabo de contemplar supera todo, todo.

Pasamos la mañana del 29 en Tarascón. Visitamos la cripta de la primera iglesia romana, muy interesante, luego el castillos del rey René.

Por la tarde, sobre la ruta de los Papas de Avignon, escuchamos un fragmento musical. Había muchas mujeres hermosas y sobre todo una juventud muy fresca que formaba

un bello conjunto y sugería a mi señor algunas alegres reflexiones:

— Esta música, — me dijo – es demasiado ruidosa. No me gusta.

Caminando hacia el Ródano, yo pensaba: « Es su gran sensibilidad que le confunde en este momento, pues en *Fort comme la Mort*, él escribió: « La música es un misterio que se expande a través del cuerpo, turba los nervios y las almas con una fiebre poética y material, mezclando el aire límpido con una onda sonora que se escucha.»

Después de haber echado un vistazo al palacio de los Papas, franqueamos el Ródano y visitamos el antiguo pueblo de Villeneuve-d'Avignon. Regresamos a Avignon, después de haber vuelto a pasar el río que discurría majestuoso y que se veía serpentear a lo lejos desde lo alto del puente. Sobre una terraza a la izquierda, que dominaba la plaza y el palacio de los Papas, observamos una gran capilla, Notre-Dame des Doms. Mi señor me dijo:

— Veamos un poco; en ocasiones, en el interior de esos antiguos monumentos, hay unas cosas que se deben examinar de cerca, tales como vitrales, etc…

Luego de haber visto la iglesia, percibimos a la izquierda, cerca de la entrada, un hall, y allí, en una urna de vidrio, una santa de tamaño natural estaba tendida. El señor la observó con mucha atención como todas las cosas en las que quería profundizar y dijo en voz alta:

— Esta estatua es obra de un artista italiano. En Francia, no sabemos llegar a un acabado tan artístico.

Saliendo, dio algunas monedas a la mujer que estaba encargada del agua bendita, la que nos informó de que la bonita santa Nevia-Felicité que él acababa de admirar había sido regalada a esa iglesia por el papa Pío IX.

De regreso a la estación, el señor echó unas miradas a izquierda y derecha en unas calles estrechas donde se podían

ver fachadas de monumentos góticos. Por la noche me anunció que podíamos partir para Nimes, y añadió:

— Más adelante esto será divertido, cuando el señor Dumas me pregunte donde he tomado mi rostro de mujer, yo le responderé: « En una urna en Notre-Dame des Doms de Avignon…» Sinceramente, yo no he encontrado en esa figura todo lo que compone mi ideal de mujer. Sin embargo he visto allí, en esa expresión del rostro, el diamante en bruto que he de tallar; he podido apreciar unos detalles artísticos que me servirán para formar los relieves de mi protagonista, que espero llegar a lograr de un modo sobrecogedor, alcanzando casi la perfección. Por otra parte voy, en mi *Angelus*, a dar toda la capacidad de expresión de la que soy capaz; todos los detalles serán cuidados con una minuciosidad que no tendrá nada de cansino. Me siento admirablemente dispuesto para hacer ese libro, que domino tan bien y que he concebido con una facilidad sorprendente. Eso será la cima de mi carrera literaria, estoy convencido que sus cualidades entusiasmarán de tal modo al lector artista que se preguntará si se encuentra ante la realidad o una novela…

Nimes, 1 de julio. Mi señor fotografió los principales monumentos e hicimos la ascensión de la torre Magne, en la cima del monte Cavalier. El panorama que se abarcaba desde su plataforma era verdaderamente maravilloso, mi señor no dejaba de admirarlo…

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, circulábamos en coche por la gran ruta blanca que conducía al puente del Gard. Unas baterías de artillería, que se dirigían a Nimes para una revista, avanzaban en un torbellino de polvo tan espeso que no se veía nada. Mi señor tosió un poco, pero no se detuvo; toda su atención estaba atraída por los cañones que nos cruzábamos. Doscientos pasos antes de llegar al restaurante del puente del Gard, unos gritos de aves asustadas se hicieron oír

bajo el bosque, a nuestra izquierda. Mi señor bajó del coche y corrió hacia el lugar de donde partían los gritos de esos pobres animales. Yo le seguí, y vimos, sobre el borde del sendero mal trazado, un zorro que huía llevando una gallina. Mi señor lamentó no tener su fusil…

Llegamos al puente romano; admiramos la majestuosidad de los trabajos de los que los romanos han dotado esta parte de Francia. Para subir allí, se podía elegir entre varios senderos tortuosos. Yo me metí en uno de ellos, llevando el aparato fotográfico, unas placas de reserva y un catalejo; llegué a la plataforma antes que mi señor, que había tomado sin duda el camino más difícil. Cuando se dio cuenta de que yo le había aventajado, hizo un visible esfuerzo para franquear esa cresta, poco fácil a decir verdad. Tomó una foto del puente, del lado de la pasarela Luis XIV, luego fuimos de un extremo al otro del estrecho corredor, que se encontraba en lo alto del puente uniendo ambas orillas de ese torrente. Desde allí, se dominaban los bosques de los alrededores. En ese momento, lo que me dijo mi señor resultó de lo más interesante. Me citó los episodios de los que ese puente fue teatro, hacia el fin del siglo cuarto, tan pronto como fue construido; luego me alabó la utilidad de este acueducto para llevar las aguas tomadas en la fuente de Eure a Nimes.

— ¡Que lección!— dijo – los romanos desconocían lo imposible, cuando se trataba de la salud pública. ¡Que trabajos prodigiosos! Por todas partes instalaban termas donde se bañaban gratuitamente. ¡Ah! desde luego, eran prácticos desde este punto de vista. Es triste comprobar como este buen hábito que ellos nos han indicado para regenerarnos por el agua se ha perdido, pues nuestra raza allí ganó mucho.

Pasamos medio día en Cette, luego partimos para Toulouse, donde nos alojamos en el hotel Tivollier, calle de Alsace-Lorraine.

Al amanecer, mi señor estaba en la ventana de su habitación; miraba el cielo y me preguntó si creía que haría buen tiempo. Le respondí que esta región me era desconocida, no podía darle una apreciación; pero que si estuviese en el Norte, le diría que con una mañana seca sin ningún rocío, tal y como la teníamos, y los humos y brumas evaporadas por el sol se levantaban, lo más seguro era que lloviese por la tarde.

Mi señor me preguntó entonces si había visto el Capitolio. Le respondí negativamente, y añadió:

— Yo no sé por qué, pero las personas y las cosas de este país me disgustan. ¿Tal vez es porque, en mi primera juventud, tuve que soportar durante tres años la vecindad de un ciudadano de Toulouse, presuntuoso hasta tal punto que me sacaba de quicio?

Mi señor dormía mal en ese hotel, donde había demasiados mosquiteras, cortinas y colgaduras. También, a pesar del gran calor, viajaba todo el día para llegar a Bagnères-de-Luchon, donde pensaba que valdría más la pena instalarse en un apartamento durante el tiempo de su cura. Yo le pregunté si no sería preferible esperar un poco, para ver si el clima le convendría.

— En efecto, — me respondió – creo que usted tiene razón; será más sensato ver si el tratamiento me conviene también.

Durante tres días, hicimos excursiones, vistamos las cascadas de Juzet, de Montauban, luego el valle del Lys y la cascada del Coeur. Mi señor encontró la reunión de todos esos nombres felices riendo para sus adentros, añadiendo algunas reflexiones espirituales de circunstancia. Acabamos nuestra vuelta por la cascada del Enfer, que cae desde mucha altura; rodeamos el sendero de la izquierda y ganamos el glaciar, que el señor encontró bien, aunque él los había visto más imponentes, según dijo.

El guía apenas nos siguió en esta ascensión; también, de regreso al albergue, fueron muy cordiales el cochero y él, estaban muy sorprendidos de ver a mi señor y a mi, salir sin tomar nada en la fuente de aguas termales. Pero teníamos mucho calor, e íbamos envueltos en nuestras mantas de viaje, cuando descendimos a ese bello y fresco valle, siguiendo las orillas de un riachuelo cuya dulce música era como un canto poético ejecutado a lo lejos por unas divinidades misteriosas en algún palacio subterráneo habitado por hadas.

El cuarto día, mi señor lo pasó en Luchon y, por la noche, de acuerdo con su médico, decidió no continuar la cura. Los olores sulfurosos del establecimiento le afectaban el sistema nervioso.

— Si se obstina en continuar, — le dijo ese bravo doctor español – podría hacerle mucho daño.

Además, ¡Luchon era tan monótono! Era un embudo donde no se respiraba y donde no se veía el sol aparecer en la cima de las montañas más que a las diez. No hacían equitación, nunca tuvo la ocasión de subir esos montes severos para asistir, desde las alturas, a la salida del astro del día….

Tras la decisión del médico, mi señor me hizo las siguientes reflexiones:

— El olor del azufre es muy fuerte aquí por todas partes. En el interior del establecimiento termal, es menos soportable aún que en las minas de azufre que he visitado en Sicilia.

Henos en Divonne-les-Bains. Mi señor deseaba estar un poco alejado del centro del pueblo; Fue en el campo, en casa de la viuda de un médico, en una especie de granja, donde la tomamos como alojamiento. Los días siguientes, yo salí a buscar las provisiones al pueblo, y volví por unos senderos que atravesaban unos campos de avena y de trigales dorados; estaban separados por zonas de grandes tréboles verdes, sobre el que parecía extendido un ligero tapiz con un fondo violeta

muy suave. Sobre los bordes de ese sendero, encontré unos tréboles de cuatro, seis y ocho hojas, siempre en número par, lo que comportaba suerte, según el dicho de los campesinos…

El señor de Maupassant, iba por el camino a tomar su ducha, dos veces al día. Pero ese camino le parecía largo por su monotonía; únicamente, algunos extraños nogales cubrían un poco el horizonte y proporcionaban una nota pintoresca en el cielo de un azul oscuro. Allí abajo está el Mont Blanc, pero lejos, luego se le deja a la izquierda para ir a Divonne.

El cuarto día, a las siete de la mañana, mi señor estaba ya listo; fue a tomar su ducha, yo sabía que había dormido poco durante los cuatro días que estábamos allí. Me dijo que oía cosas anormales por la noche, y yo estaba dispuesto a creerle, ya que, desvelado, sentado sobre una incómoda silla que me hacía daño, yo también oía ruidos que no podía explicarme. Yo tenía seguramente el sistema nervioso un poco tenso, pero eso no me impedía tener todo mi espíritu, e ignorábamos el uno y el otro lo que ordinariamente se llama miedo. Que esa casa estuviese encantada o no, era algo que nos dejaba indiferentes, pero de todos modos, nos gustaría tener un poco de descanso. Finalmente, la última noche, dado que no podíamos dormir y que unos ratones pasaban bajo nuestros ojos en grupos, como patrullas de reconocimiento, la luz no los asustaba en absoluto, organizamos un juego de obstáculos para esos imprudentes.

Con una redecilla de las provisiones y algunos otros ingenios inventados para la circunstancia por mi señor, capturamos treinta y dos de esas animalillos, que sufrieron sobre el campo la suerte del mártir san Laurent. Únicamente, en lugar de la parrilla, tuvieron el honor de un brillante y alegre fuego. Yo pensaba: « Si Piroli estuviese aquí, ¡qué fiesta! » Mi señor no estaba más que a medias satisfecho del resultado, pues no pudo cazar ni una sola rata, y eran las ratas, creo, las que hacían ese ruido que no se podía explicar.

La tarde que siguió a ese sacrificio, fui con mi señor a Divonne; tomamos mi camino preferido. Caminando, le conté mi superstición respecto de los tréboles de hojas pares. Eso hizo reír al señor, y aceleró el paso, al punto que apenas podía seguirle. Después de algunos minutos a esa velocidad, ralentizó de golpe su marcha y, con la mano, señaló un gran Cristo que dominaba la entrada de un cementerio:

— Es seguramente el hombre más inteligente, el mejor organizado que haya venido a esta tierra. ¡Cuando se piensa en todo lo que ha hecho! ¡Y no tenía más que treinta y tres años cuando fue crucificado!... Napoleón I, al que admiro, en su ingenio, decía: « En todo lo que ha hecho ese hombre – Dios o no – hay algo misterioso, inaccesible, a los…»

En ese instante mi señor se detuvo, habíamos debido apartarnos al lado del camino para dejar pasar un grupo de hermosas vacas rubicundas que iban a pastar.

Llegamos al pueblo, mi señor alquiló un chalet con cocina. A la noche ya estábamos instalados, la habitación de mi señor daba al Midi, el comedor al Oeste; estaba muy bien y, desde la primera noche, el señor descansó mejor.

Tras quince días de una tranquilidad absoluta en este domicilio, mi señor pareció haber recobrado su buen humor y su salud de antaño.

Una mañana su médico vino a almorzar con él; tuvieron una conversación muy animada y alegre. Debo decir que ese doctor, a sus cualidades profesionales, unía un bello espíritu y una filosofía perfecta que complacía mucho a mi señor. Tenía sobre él la autoridad del hombre de ciencia; además, se veía lo bien que realizaba su tratamiento. Las buenas duchas de esta agua helada, que descendía desde los montes de Francia; ese retiro sobre este rincón de tierra aislada, como perdida en esa cadena inmensa de montañas, a orillas del lago Léman; el buen aire que llegaba de todos lados de las cimas; alimentos de primer orden, todo parecía conjuntado a pedir de boca para

recuperar al famoso remero de Sartrouville. En efecto, engordó y su aspecto era espléndido, dormía las noches casi enteras; apenas me llamó una o dos veces.

Mi señor daba de vez en cuando un paseo en triciclo. Hacía tres días que había ido al castillo de Voltaire en Ferney; y hoy iba a Prégny a casa de la baronesa de R…, y me concedió la tarde libre diciéndome que si esa dama lo retenía, se quedaría allí a cenar.

Yo fui a pasear por el camino de Gex. Pero a pesar de la suerte que parecía sonreírnos, ya que el señor de Maupassant recuperaba su salud, y toda la felicidad que me habían prometido los simbólicos tréboles, yo tenía una aprensión y no me alejaba demasiado. Regresé a la casa sobre las cuatro y media; mi señor llegaba al mismo tiempo que yo, el rostro totalmente congestionado. La baronesa estaba ausente y él había hecho el trayecto desde Divonne a las puertas de Genève bajo un sol de rigor, tórrido en este valle. Había querido regresar sin detenerse, sin descansar, y, a la vuelta, agobiado por el calor, fue presa de un mareo, cayo de la máquina y se produjo una luxación en dos costillas. Después de un descanso bajo una techumbre de una granja, tuvo el coraje de subir; y aquí llegó, desolado, no del daño que se había hecho en las costillas, sino de la sacudida que esta caída (que parecía un ataque de insolación) puedo haber producido en su cerebro, tan bien equilibrado todos estos últimos tiempos en los que había podido trabajar con extrema facilidad en su *Angelus*.

Llegó el doctor, reconoció la luxación de las costillas, ordenando vendar el tórax en una serie de bandas bien apretadas. Mi señor parecía reconfortado tras la visita de ese buen doctor. La noche fue sin embargo mala; en varias ocasiones deshacía sus vendas, y yo siempre debía recomenzar ese trabajo no demasiado fácil. Por fin, a las cinco de la madrugada se durmió.

La noche siguiente fue un poco más tranquila. Yo soñaba sobre una silla del comedor, cuando oí, como una música, el pequeño péndulo repicando las dos de la mañana; me dije: « Es la molestia » En efecto, el enfermo no dejaba de llamarme. En ese preciso momento, unas tristes ideas me torturaban el espíritu, mi corazón latía como bajo el golpe de una gran emoción, en mi especie de ensueño; tenía el presentimiento de que una desgracia nunca llega sola.

El día 15, a las nueve de la mañana, un coche estaba en la verja del jardín. Una dama descendió. ¡Ah! ¡Dios mío!, ¡aquí estaban mis presentimientos hechos realidad! Ella explicó que era su viaje a Suiza al que debíamos el honor de su visita…

Seis días más tarde, un coupé estaba de nuevo en la puerta para llevar a la visitante, pero cual no sería mi conmoción, cuando vi el caballo derrumbarse como una masa. Ese accidente podía retrasar la marcha de la desconocida, y eso era lo que no necesitaba mi señor bajo ningún precio. Por fin el animal se puso en pie y pudo conducir a Ginebra a aquella que mi señor veía alejarse con placer.

Se trataba ahora de recuperar, de llevar paz y tranquilidad al escritor encumbrado para que pudiese darnos nuevas obras maestras.

El 23 de agosto, se produjo una distensión en el estado general de mi señor; el doctor había venido esa mañana, había encontrado una mejoría sensible de las costillas. Era un punto del que no habría que ocuparse de allí en algunos días, afortunadamente, pues otro inconveniente surgió.

Dos personas habían alquilado las habitaciones colindantes con las nuestras. Durante tres días, por la noche, hacían un escándalo insoportable. Eran unas orgías sin fin, indescriptibles. El señor de Maupassant salió de allí para contarme que había llegado, con frecuencia, a salir de noche al aire libre para desinfectarse de los olores de los que estaban impregnadas esas habitaciones de hotel:

— Esos grandes cuarteles donde se duerme a menudo separados por una simple puerta, son en ocasiones muy instructivos; y me propongo escribir pronto un relato titulado *La première nuit*, que será una especie de memento cómico, para los amantes de la madrugada. He recogido unos documentos extraordinarios en el hotel Noailles en Marsella…

Hemos trabajado bastante; he desplazado la cama de mi señor al otro lado de la habitación. Las mantas, las sábanas y las colgaduras, que la propietaria ha querido darnos, estaban tendidas a lo largo del tabique de separación; y, a fe mía, ese acolchado un poco espeso formaba un buen aislante. El mismo ruido continuó las noches siguientes, pero bastante atenuado para permitir el descanso.

Ejecutando este trabajo de la nueva instalación en su habitación, el señor me contó como conoció a la señora X…:

— Fue, — me dijo— en la primavera de 1883, yo paseaba en Andrésy, en yola claro. Después de haber rodeado la isla y echado un vistazo al embalse de Fin-d'Oise, di media vuelta y tuve el deseo de ir, sobre esa franja verde rodeada de agua, a tomar un poco el fresco y a tumbarme. Enganché mi yola y caminé entre las zarzas. En esa época, ese rincón era todavía un poco salvaje, hoy es muy visitado. Me dirigí hacia un olmo que vi repleto de pequeñas ramas bajas que me proporcionarían un poco de sombra. Aproximándome, advertí que el lugar estaba ocupado. Dudé… ¿Era un hombre o una mujer? Pasando a una pequeña distancia, comprobé que se trataba de una mujer que tenía un sombrero de remero y una camiseta.

» Justo en ese momento, ella puso una pañoleta sobre sus hombros, probablemente porque sentía fresco. Yo quedé fijándome, esa dama leía un libro, allí, sola. Esto me pareció extraño. ¿Estaba realmente sola? Esa era la cuestión. Aproximándome un poco, comprobé que leía *Une Vie* con una

atención devoradora. Entonces me dije que esa particularidad iba a facilitar las presentaciones. Fui a pasearme bajo el bello camino de los tilos de Andrésy. Hacia las seis, una persona, fue, con una barca, a recoger a la lectora de la isla. Seguí sus movimientos de cerca; con ese caballero, otras parejas tomaron asiento en una mesa del restaurante Chantry. Yo me hice servir en una mesa próxima para verla bien.

» El dueño del restaurante me dijo que estaba casada con el caballero moreno. En ese momento, quedé un poco decepcionado, después el tabernero volvió a informarme que creía haber oído decir que iban a separarse.

» La desconocida me pareció bonita, de carácter travieso, estilo pilluelo de París. Entonces no pude evitar melancólicas reflexiones respecto de ella. He aquí dos seres jóvenes y hermosos, están ya cansados el uno del otro y van a ser desgraciados para el resto de sus días. ¡Que comedia es el matrimonio, tal y como lo han hecho las convenciones! ¿No sería más sencillo y más justo dejar a esos dos seres seguir la senda de la naturaleza y dejarse ir por la pendiente del instinto?

» Algunas semanas más tarde, yo estaba relacionado con esa gente, que adoraba la orilla del agua…

Los primeros días de septiembre pasaron y el sol nos dejaba pronto detrás de las montañas; para compensarnos un poco, estábamos muy temprano sobre las alturas; esperábamos salir el astro siguiendo una bonita corriente fluvial (el Versoix), cuya agua clara y fría fluía rápido hacia el valle, arrastrando en ocasiones unas piedras bastante grandes que dejaban al descubierto bonitas truchas de reflejos plateados. Unos pescadores estaban en el agua, totalmente remangados; agarraban con la mano a esos pequeños peces que les escapaban algunas veces para retomar su camino en el curso del agua, y rápidamente se ocultaban bajo el primer guijarro propicio. Ese juego divertía a mi señor, que hacía tiempo

deseaba ver esta pesca y también el modo en el que se tomaban los peces de carne tan delicada:

— Este pescado, — me dijo – con el sol sobre esos montes y sobre esa planicie, vista desde aquí, me produce una inspiración de la que voy a hacer una crónica para el *Gaulois*.

Nos dispusimos a dejar Divonne; mi señor me dijo que había encontrado el soneto que quería hacer para el señor Gounod.

CAPÍTULO XVIII

FIN DE SEPTIEMBRE 1891 AL 6 DE JULIO 1893

La clarividente simpatía del profesor G… - Visita nefasta. – Consulta grave. – Marcha para Cannes. – En el «Chalet de l'Isère ». – El doctor Daremberg. – El implacable mal hace lentos progresos. – Obsesión fúnebre.- *Le Moine de Fécamp*. – La espina de lenguado en el estómago. – Señales de parálisis. – La memoria se mantiene muy clara.- La fatiga cerebral se acentúa.- Los mosquitos. – Triste día de Año Nuevo.- Última fiesta familiar. –El fatal despacho desde Oriente en la trágica noche.- El señor de Maupassant se corta la garganta en un gesto impulsivo.- Aún tiene conciencia de su estado.- Una velada terrible.- La imagen de la venganza obsesiona al enfermo.- En la residencia del doctor Blanche en Passy.- Fugaz esperanza de curación.- Se produce lo que temía el doctor Blanche.- Delirios de persecución.- Destellos de lucidez.- ¡A quién tienta el destino!- Suiza fue la causa de que el señor de Maupassant acabe sus días en una residencia de salud.

18 de septiembre de 1891. Fue un verdadero placer encontrarnos en el confortable apartamento de la calle Boccador. El señor de Maupassant manifestó su pesar por no poder llevar de viaje todas esas cosas familiares que amaba, que tenía la costumbre de ver y de tocar cada día, « y sobre todo mi cama », añadió, pues no podía encontrar nada parecido en ninguna parte.

El 19, entró para cenar y parecía totalmente feliz. Había, parece ser, visitado a un eminente profesor de la Facultad de Medicina que seguía sus dolencias desde hacía varios años.

— El doctor G..., — me dijo – me ha encontrado perfectamente; le he confiado lo que pensaba de Divonne y

ambos fuimos unánimes en reconocer que ese era exactamente el tratamiento que me convenía, aprobando el resultado.

Ese profesor, que era un hombre de mucho corazón, hacía años que tenía amistad con mi señor; le trataba con afecto paternal y parecía mirarle siempre como a un adolescente sin experiencia. De este modo, cuando el señor fue a Cannes sin mí, un año atrás, me dijo a su vuelta:

— Estuve por la tarde con el doctor G... en ese triste hotel situado en una hondonada, entre la carretera de Gras y el bulevar del Cannet. La noche era sombría y algo doloroso se sentía en el ambiente de ese valle, que olía a marisma. ¿Por qué estábamos allí? No lo sé; recorriendo siempre el mismo camino, la conversación nos llevó a habar de mi salud. Le expliqué a ese buen doctor lo que había sido en su juventud el autor de *Bel-ami*, le describí al intrépido remero que había sido antaño. En resumen, detallé lo que sentía en ese momento. Entonces, como un padre a su hijo, me dijo las cosas más dulces que se pueden oír, arropadas con unas recomendaciones de tal firmeza, capaces de hacer estremecer el corazón de los más indiferentes. Cuando nuestras manos se estrecharon para separarnos, advertí que unas gruesas lágrimas resbalaban por las mejillas a pesar de todo lo que acababa de alegrarme tan profundamente con sus buenas palabras. En ese momento, fui presa de unas ganas espontáneas de posar mis labios en esa dulce fuente de lágrimas que me parecían las más nobles que mis ojos, mojados también, hubiesen nunca visto...

El señor añadió un momento después:

—Fue la única vez en mi vida que tuve el deseo de abrazar a un hombre.

El 20 de septiembre, hacia las dos de la tarde, el timbre eléctrico, cuyas pilas no habían sido renovadas desde varios meses atrás, sonó de un modo quejumbroso. Fui a abrir y me encontré de cara con esa mujer que había hecho ya tanto daño a mi señor. Como siempre, pasó, rígida, y entró en el salón sin

que su rostro, que parecía de mármol, hiciese el menor movimiento... Me retiré a mi habitación: un sentimiento de tristeza, mezclado con un poco de cólera, me embargaba. ¿No debería echar en cara su actitud a la visitante nefasta, reprocharle el crimen que cometía deliberadamente, y si era preciso ponerla fuera sin ceremonia?... Pero dado que mi señor la quería recibir, yo no podía más que inclinarme... ¡Ahora puedo decir cuanto lamento no haber tenido entonces el valor para ceder a esos impulsos de alejar a *esa vampira*! Mi señor viviría todavía...

Por la noche, él parecía agobiado y no comentó ni una sola palabra de la visita.

El 17 de octubre, a las once de la noche, el amigo de mi señor, el eminente profesor, acababa de enviarle al doctor D..., pues él era presa de una enfermedad indecible. Después de un momento de conversación cordial, el médico se retiró y yo continué con mi rol de enfermero hasta las cuatro de la mañana. Mi señor se hundió en un profundo sueño; entonces me retiré para descansar un poco.

El 19 de octubre, estaba peor; podría casi decirse que había perdido toda la mejoría que le había procurado su cura en Divonne. El doctor D... vino a verle, luego fue el profesor G..., quién aconsejó una consulta para dentro de dos días.

Entrando en el dormitorio, vi encima de la obra maestra de Rodin que adornaba la chimenea, sobre esa quimera de rostro malévolo y ojos crueles, que arrastraba una desgracia en su aspecto fiero, la hoja de los análisis de orina de mi señor, donde los doctores iban a leer y resumir su estado de salud...

A las tres de la tarde, los médicos ya estaban allí. Del salón donde los introduje, pasaron a la biblioteca con mi señor. Algunos minutos después regresaron al salón; el chequeo no duró más de media hora. Yo escruté con ansiedad la fisonomía del señor de Maupassant; el diagnóstico no parecía haberle

asustado, pero parecía preocupado, tenía el aspecto de los días malos. Me permití preguntarle que le pasaba, pero apenas me respondió. Caminó sin parar de un extremo a otro del apartamento, yo le deje recuperarse…

Media hora después, le llevé una yema batida con el té, que tomó con placer; me dijo que recogiera una serie de frascos de perfumes que había retirado de su cuarto de baño.

— Todos esos olores, — me dijo— me hacen mucho daño.

Durante la cena, me confesó que de la reunión con esos caballeros, no auguraba nada bueno para su salud en el futuro, que París le resultaba nefasto y que íbamos a partir para Cannes. Mi hizo una exposición de sus fuerzas físicas, dejándome bien claro que él contaba con ellas para recuperarse, y añadió que tendría necesidad de un largo reposo… ¡y sobre todo no ver más a la dama de mármol, que tanto daño le hacía!...

He aquí que mi pobre maestro se encomendó a mí por completo. Me hizo una breve confesión… En ese momento, me inspiró tanta piedad, que experimenté una gran pena, faltándome valor para echarle la menor reprimenda. Debo sin embargo confesar que durante el mes que acababa de transcurrir, dejaba con frecuencia a un lado mi rol de asistente doméstico y me permitía darle consejos, tan a menudo como la ocasión lo requiriese y dependiendo de las circunstancias. Se daba cuenta en ocasiones de que mis alusiones iban un poco lejos; mi señor, que había comprendido muy bien el sentido de las mismas, no respondía.

Esa noche, sin duda, su corazón estaba demasiado contrito y dejo escapar unas palabras que constituían una confesión, en una respuesta que parecía dar razón a las numerosas recomendaciones que discretamente yo le hacía desde tiempo atrás. La simple sensatez me sugería recordarle que la mejor ciencia para vivir era saber despejar su camino de

todo lo que pudiese hacer flaquear y minar su salud, el primero de todos sus bienes.

El 21, mi señor escribió a su madre; el 22 arregló sus cuentas con los editores.

Yo me ocupé de los equipajes. Es señor de Maupassant me dio distintos objetos que viajarían con nosotros, uno o dos diccionarios repetidos (tenía ya en Cannes), algunas obras raras de autores antiguos, que quería releer antes de devolverlos a su madre a quién pertenecían…

Llevamos con nosotros una bolsa especial conteniendo unos manuscritos y algunas cartas… El 28 todo estaba listo; el 29, hacia las siete, bajamos, el coche nos esperaba a la puerta. La portera, buena y sencilla mujer, se enterneció por nuestra partida y derramó unas lágrimas sinceras.

Mi señor le dio una propina esa mañana, diciéndole que estaría ausente hasta el día de Año Nuevo…

Chalet de L'Isere, 2 de noviembre. Desde la ventana de su habitación, mi señor veía el mar, la punta de Estérel que avanzaba en el manto azul y también el faro. Estaba orgulloso de esa vista y de su alojamiento, que respondía perfectamente a sus expectativas de descanso. Estaba solo en la pequeña casa, sin piano ni encima, ni debajo, ningún vecino colindante, una amplia panorámica y su pequeño jardín en cuyo centro plantó un macizo de claveles. Desde el primer piso, el extremo del jardín parecía agrandarse merced a la continuación del de la señora Littré, la viuda del sabio.

Gozamos de un final de otoño extraordinario; también el señor aprovechó para dar paseos por mar; parecía tener su barco en su corazón como nunca… A pesar de la suavidad del clima, mi señor me dijo que por las noches la temperatura de su habitación cambiaba con rapidez y descendía mucho por la mañana. Esto tal vez fuese debido a que encima de esa

habitación no había más que un desván. Ese mismo día me dirigí a un aserradero mecánico siguiendo la orilla de un río que venía del Cannet. Al día siguiente hacía depositar sobre el techo una capa de serrín de cincuenta centímetros. Esta precaución bastó para mantener la temperatura regular en su habitación. Unos amigos de París estaban alojados con nosotros para pasar algunos días solamente, tenían la intención de comprar o de alquilar una villa para el invierno. Mi señor los paseaba en coche y en barco; hacía lo posible por ser útil, pues ellos eran mayores. En cuanto a él, había retomado su *Angelus*, aunque trabajaba con una obstinada lentitud.

A finales de noviembre, el señor se quejaba, decía que sentía dolores por todas partes. ¡Resultaba extraño! Tenía buena cara, relajada, incluso había engordado. A menudo se bañaba en casa y todos los días se daba su ducha en el establecimiento. Su apetito era satisfactorio y regular… Me había comentado dos o tres veces que yo le había echado demasiada sal a las comidas; pero no rechazaba el plato por eso. Rara vez veía al doctor Gimbert, su habitual médico en Cannes. Su amigo, el doctor Georges Daremberg, que estaba instalado aquí durante la estación, era a quién iba a contar sus miserias. En resumen, la situación me parecía buena, exceptuando las noches. Mi pobre señor nunca pudo disfrutar de un sueño normal antes de las tres de la madrugada. Si conseguía dormirse antes, yo estaba seguro que al cabo de dos horas, me llamaría.

6 de diciembre. Esa tarde salió a la mar con el doctor Daremberg, que había venido a almorzar con él. Rieron recordando algunos episodios de su juventud. Yo me percaté de que al doctor le producía cierto placer hacer recordar al señor detalles para comprobar si éste respondía directamente, pero fue en vano ya que no pudo sorprender ni una sola vez a mi señor desprevenido.

15 de diciembre. Desde principios de mes, ambos fuimos dos o tres días a Niza a almorzar en casa de la señora. El señor quería que lo acompañase para preparar la comida.

— No es que la cocinera de mi madre no sepa su oficio, sino porque estoy acostumbrado a su cocina y usted ha comprendido perfectamente lo que me conviene.

16 de diciembre. Anocheciendo, se paseó al final del jardín y volviendo siempre alrededor de su macizo de claveles. A veces se bajaba para admirarlos más de cerca; tenían ya flores y muchos brotes a punto de eclosionar… Yo estaba en un rincón con Bernard, poniendo a punto el triciclo. Mi señor me dijo que podía disponer de esa máquina, pero era un instrumento demasiado peligroso en ese país montañoso.

El día de Navidad subí a bordo con mi señor para efectuar una salida, pero el viento se había detenido, además era festivo para los marineros. Cuando regresé a la casa, él ya estaba allí y me preguntó si no sería demasiado tarde para que le preparase un baño. Me puse a ello y el baño estuvo preparado de inmediato. Cenó muy bien después de ese baño. Por la noche, Bernard acompañó a Raymond que venía a dormir al chalet. Mi señor los oyó y se acercó a la cocina a saludarlos. Se llegó a hablar de fiesta y religión. El señor de Maupassant nos dijo entonces que el primer relato que escribiría sería *le moín de Fécamp*, y en pocas palabras, nos expuso su tema. Había visto en un granero de Fécamp a un monje que vivía retirado desde hacía años.

— Supe por la mujer que le llevaba la comida – contó mi señor – detalles muy curiosos. A ese monje lo vi dos veces; estoy seguro que no que está lejos de dudarse como voy a amenizarlo. Quiero presentarlo bajo dos formas inesperadas, y

el ermitaño del Estérel no contará más al lado de este famoso tipo.

Y acabamos riendo con él de esos seres extraños que se consumen de soledad y dejan los senderos abandonados para arrojarse al desierto como los santos de la Thébaïde.

— ¿Recuerda usted – me decía al respecto el señor de Maupassant, — las ceremonias nocturnas de nuestros vecinos en Divonne? Pues bien, aún me han proporcionado una documentación que no se habrá perdido.

El 26, en el transcurso de la tarde, mi señor me dijo que iba a dar un paseo por la ruta de Grasse. Diez minutos más tarde, estaba de regreso. Yo estaba ocupado en mi aseo. Me llamó muy enérgicamente, quería verme a todo trance y enseguida, para decirme que, en el camino del cementerio, ¡había visto unas sombra, un fantasma! En cualquier caso, había sido víctima de algún tipo de alucinación. Yo comprendí que había tenido miedo, pero no quiso confesarlo.

El 27, almorzando, tosió un poco; me dijo seriamente que seguramente una parte de la espina del lenguado que acababa de comer, había ido a parar a sus pulmones y que podría morir. Mi escasa ciencia no me permitía tomar en serio esta afirmación. De todos modos le aconsejé que bebiese té muy caliente. El resultado fue bueno; una hora después, descendía por el camino que conducía al puerto y daba un bonito paseo a bordo del *Bel-Ami*. Yo estaba muy lejos de sospechar que sería el último[6]. Volvió hacia las cinco bastante contento, pero cansado. Una buena fricción lo recuperó; descansó esperando la cena y tomó su comida como de costumbre.

[6] El *Bel-Ami* se convirtió en agosto de 1893, tras la muerte del señor de Maupassant, en propiedad del señor Frédéric de Neufville, que a su vez lo vendió en julio de 1895 al señor conde de Barthélemy. Hacia 1900, lo vi en Saint-Nazaire, transformado en un simple barco de pesca.

Por la noche, Raymond me dijo que al señor le había costado subir en el bote y desembarcar; sus piernas no le obedecían visiblemente. Por momentos las elevaba demasiado o los posaba muy rápido. Ya se había quejado a mí de esa dificultad para moverse.

El 28, como de costumbre, fuimos a almorzar en casa de la señora; no pasó nada de particular excepto que mi señor no dijo palabra en todo el trayecto de la casa a la estación, y que incluso por la noche, en su habitación, no me habló más que de las necesidades del servicio.

29 de diciembre, a las cinco de la tarde. Mi señor se metió en el baño. En ese mismo instante llegó su amigo, el doctor Daremberg. Le informé de que el señor acababa de entrar en su bañera; él me respondió con un tono muy festivo:

— Eso me resulta indiferente. Me produce tanto placer ver a Maupassant en el agua como en su salón.

Entrando en el cuarto de baño exclamó:

— No saques tus manos del agua, amigo mío; aquí está el corazón, ¡nada de protocolos entre nosotros! ¿Cómo estás?

Dos carcajadas estallaron en el vacío de esa sala sin muebles.

Cuando ese alegre compañero marchó, lo acompañé hasta la puerta del jardín y resumiendo, me dijo confidencialmente:

— Su señor es de una fuerte complexión, pero está afectado de una enfermedad que no rige bien el cerebro. Acaba de hacerme el relato de su viaje a Túnez con una facilidad increíble, citando datos, nombres de personas, sin dudar un solo instante. Todo le venía espontáneamente; me ha hablado como alguien que nada tiene que temer en mucho tiempo. Así pues, paciencia y valor, mi buen François.

El 30 de diciembre, teníamos encima de las montañas del Estérel, y sobre todo en la parte Oeste del cielo, una aurora boreal de las más imponentes. Mi señor me llevó por el camino que rodeaba el camino de la señora Littré. Desde allí, se veía el fenómeno en todo su esplendor, no molestaba mirarlo. El señor de Maupassant parecía feliz de vivir.

— Nunca he visto magia parecida en el cielo, eso no se parece en nada a las auroras boreales de un rosa anaranjado que he contemplado en otras ocasiones. ¡Vea, es rojo sangre!

Y era cierto, el cielo estaba tan rojo que apenas podía fijarse en él la vista durante algunos minutos. El señor trató de hacerme comprender como se producían esos fenómenos luminosos compuestos de una gran parte de electricidad y de fluido magnético que se encontraba en las proximidades de los polos.

El último día de diciembre, me dijo que había dormido mejor que de costumbre. Cuando hubo tomado sus huevos y su té, me advirtió que vendría un amigo a almorzar, el señor Muterse, y que se asearía pronto, para ir a tomar su ducha y estar de regreso antes de la llegada de su invitado. A las doce y media, se sentaron en la mesa, pero el señor tenía jaqueca y solicitó retirarse pronto a su habitación, siendo la conversación penosa.

Hacia las tres, mi señor se encontraba mejor; fuimos juntos por la senda de la villa Bellevue. Pasamos por la casa de Rose, la mujer que venía a limpiar a casa, luego la villa Continentale. Hicimos una investigación sobre un aspecto referente a nuestro descanso, tratamos de indagar que motivos atraen o rechazan a los mosquitos. Así, en la villa Continentale, estábamos literalmente devorados por esos bichos poco amables, y, en el pequeño chalet en el que vivíamos, y que formaba parte del mismo barrio, no había ni uno solo. No obstante teníamos un foso con unos guijarros en el fondo como

en la villa, incluso teníamos también un lavadero y una cisterna descubierta en el jardín y nunca vimos ni uno de esos temibles insectos.

1 de enero de 1892. Desde las siete, mi señor estaba levantado, yo le subí agua caliente para su aseo, pues debíamos tomar el tren de las nueve para ir a casa de la señora, pero él tenía dificultades para afeitarse. Me dijo que tenía una niebla ante los ojos, y que por el momento no se sentía en disposición de ir a casa de su madre. Traté de ayudarle lo mejor que pude. Tomó sus huevos y su té; eso remitió y se sintió mejor. Abrí completamente la ventana, el aire y el sol penetraron a raudales en la habitación.

El correo llegó; leyó algunas cartas, buenos deseos, siempre los mismos, me dijo. Luego los marineros llegaron y el señor descendió a recibirlos. Oí a los hombres pronunciar las fórmulas banales que se repiten cada año. Pero aquí al menos, había algo más que repetición, los deseos de esos bravos tenían un acento de inimitable sinceridad, se podía sentir que ellos de dirigían al hombre, al buen señor, que ellos querían, de buena fe. Llegó mi turno de estrechar la mano a mis compañeros de tierra y mar.

Eran las diez, el señor me preguntó si estaba listo para partir.

— Si no vamos, mi madre va a creer que estoy enfermo.

Tomamos el tren. Durante el recorrido, el señor miraba el mar por la ventana; estaba hermoso y azul bajo un cielo muy limpio, con un buen viento del Este. Él me hizo observar que ese tiempo soleado sería admirable para un paseo por mar. Luego, atento al espectáculo, me pidió que ojease los periódicos para decirle si había alguna cosa que pudiese interesarle.

Una vez en casa de la señora, hice y serví el almuerzo; mi señor pareció comer con buen apetito. En la mesa estaban su

madre, su cuñada, su sobrina y su tía, la señora de Harnois, a la que quería mucho. Había ido a su casa más de una vez, cuando su corazón estaba demasiado alterado, a confiarse a ella; su tía tenía unos dones naturales y particulares para compartir sus penas y consolarlo.

A las cuatro, el coche vino a recogernos; yendo a la estación, compramos una gran caja de uvas blancas para continuar con el régimen habitual. En el chalet, el señor de Maupassant se cambió de ropa, puso una camisa de seda para estar más cómodo y luego cenó, como de costumbre, un ala de pollo, escarola a la crema y un soufflé de arroz vainillado, todo regado con un vaso y medio de agua mineral. Hasta las diez, anduvo de un extremo al otro del salón y del comedor; de vez en cuando, llegaba hasta la cocina, cuya puerta de comunicación había quedado abierta. No dijo apenas una palabra, ni a Raymond ni a mí.

Cuando le subí una taza de manzanilla a su habitación, me siguió enseguida y se quejó de dolores en la espalda. Me dijo que le dolía hasta la región lumbar. Le apliqué una serie de ventosas y, al cabo de una hora, el sufrimiento remitió. A las once y media se metió en cama. Sentado sobre mi silla baja, en la habitación contigua, esperé a que se durmiese. Después de haber tomado su infusión, comió alguna uva y cerró los ojos; pasó un minuto y medio.

Me retiré a mi habitación dejando mi puerta abierta. Un momento después, el timbre de la puerta del jardín sonó, era un repartidor de correo. Regresé y eché un vistazo a la habitación de mi señor para ver si dormía, y si era posible entregarle esa nota, que venía de un país de Oriente, según me dijo el cartero. Pero el señor descansaba profundamente, la boca ligeramente entreabierta; yo volví a acostarme.

Pasaron aproximadamente una hora y cuarenta y cinco minutos cuando oí un ruido; corrí hacia la pequeña habitación

que llega a la escalera y encontré al señor de Maupassant de pie, la garganta abierta. De pronto me dijo:

— Vea, François, lo que he hecho. Me he cortado la garganta, es un caso absoluto de locura…

Llamé de inmediato a Raymond. Tumbamos a mi señor sobre la cama de la habitación contigua y vendé como pude la herida. El doctor de Valcourt, llamado urgentemente, llegó pronto en nuestra ayuda, en esta triste circunstancia. A pesar de mi emoción, tenía una lámpara, mientras que el doctor practicaba rápidamente las suturas necesarias, ayudado por Raymond que cumplía su cometido sin rechistar y con diligencia. La operación resultó perfectamente.

Mi pobre señor estaba absolutamente tranquilo, no pronunció una palabra en presencia del doctor. Cuando el médico hubo partido, nos manifestó su dolor por haber hecho « semejante cosa » y de causarnos tantas molestias. Nos dio la mano, a Raymond y a mi; quería pedirnos perdón por lo que había hecho, y era consciente de toda la magnitud de su desgracia; sus grandes ojos abiertos se fijaban en nosotros como para rogarnos algunas palabras de consuelo, de esperanza, si eso era posible.

De donde nos viene, en parecidos momentos (momentos tan penosos que parece que no podremos revivirlos de nuevo sin que nuestra razón no zozobre), la desconocida fuerza que nos impulsa a luchar contra la misma evidencia. Yo continué lo mejor que pude consolando al herido con todos las palabras apaciguantes que podía encontrar. Veinte veces se las repetí y cuando menos le hacían bien a mi pobre señor que se agarraba desesperadamente a una esperanza imposible. Finalmente, su cabeza se inclinó, sus párpados se cerraron y se durmió…

Raymond, apoyado sobre el pie de la cama, estaba anonadado, al borde de sus fuerzas, había dado todo de lo que era capaz; estaba de un pálido espantoso. Le aconsejé que tomase un poco de ron, lo que hizo, y entonces de su pecho de

coloso salieron unos sollozos que parecía que iba a estallar, sus ojos permanecían secos. Ambos, nos quedamos velando a nuestro señor; yo no me moví pues tenía una mano apoyada sobre mi brazo; temía tanto despertarle que incluso no hablamos. La luz de las lámparas había sido reducida y, en la oscuridad, pensamos en la irreparable desgracia.

¡Cuantas cosas pasaban por la cabeza en ese fin de noche! A veces, deseaba que todo se detuviese y que mi vida fuese suspendida, tanta era la pena que soportaba. Luego, quería tener esperanza, y me decía que puesto que mi señor razonaba y que reconocía lo absurdo de lo que había hecho, su espíritu no estaba muerto; así que podía esperar. A base de razonamientos, llegué a persuadirme de que sabría curarle bien y que este accidente desaparecería con el tiempo. Me convencía de que era imposible que nos abandonase así, cuando, la víspera aún, nos hablaba en términos tan lúcidos de sus trabajos, de su *Moine de Fécamp* y de su *Angelus*. En cualquier caso, me prometía a mi mismo hacer todo lo que de mi dependiera para combatir el mal, que no era, me decía, invencible, considerando sobre todo la robusta constitución del señor de Maupassant.

Cuando se despertó, a las ocho, yo estaba convencido de que todo iría mejor… Bernard llegó, se sorprendió a la vista de nuestro enfermo; es que tenía una palidez espantosa. Tomé su mano para comprobar si tenía fiebre; pero no, estaba fresca. Le pregunté si quería tomar el té, pues era la hora. Apenas me respondió; le presenté una yema batida que aceptó… A mediodía, estaba aún en un estado de completa postración, indiferente a todo; su tranquilidad me daba miedo…

El mensaje llegado durante la noche había quedado abierto sobre una mesa; llevaba en la firma el nombre de la mujer nefasta. La familia de mi señor que la había abierto y leído no había comprendido nada. Pero a mí, esa firma me

había hecho estremecer. ¿Hay que creer en la fatalidad? ¿Por qué los deseos del enemigo más implacable de la existencia de mi señor llegaron en el momento preciso en que su hermosa inteligencia estaba amenazada? Misterio.

Durante todo ese día, e igualmente al siguiente, mi señor permaneció confundido.

A las ocho de la tarde, se levantó para decirme súbitamente, con una animación febril:

— ¿François, está preparado? Marchamos, la guerra ha sido declarada.

Le respondí que no deberíamos partir hasta la mañana siguiente.

— ¡Cómo! – exclamó, estupefacto por mi resistencia – ¿es que usted quiere retrasar nuestra partida, cuando es de máxima urgencia actuar lo más rápido posible? Siempre hemos convenido entre nosotros que, para la venganza, marcharíamos juntos. Usted sabe bien lo que hace falta, a cualquier precio, y lo haremos.

En efecto, él me había hecho jurar seguirle en caso de guerra con Alemania; debíamos ir juntos a defender la frontera del Este. Durante nuestros desplazamientos, me confiaba su cartilla militar, temeroso de que no se perdiese entre la gran cantidad de papeles que poseía.

La velada avanzaba, mi pobre señor persistía en sus ideas y se irritaba de mi lentitud. La situación se volvía crítica, pues no podía comprender que yo fuese un obstáculo para nuestra partida… Felizmente, Rose, la mujer de la limpieza, se impuso. Ésta tenía sobre él una autoridad, una influencia verdaderamente sorprendentes; era una gran mujer de rasgos acusados como los de una napolitana, con los cabellos en bucles entrecanos. Todo lo que ella decía le impresionaba, él era dócil a sus consejos y no los discutía.

Al día siguiente, el enfermero enviado por la residencia de salud del doctor Blanche llegó, y yo pude ir hasta Cannes.

Pasé por la casa de nuestro carnicero para anunciarle mi próxima marcha, y la triste noticia… Él estaba a punto de despedazar un cordero, tomó la nota que yo debía pagar, la posó sobre la tabla y quedó absolutamente desconcertado durante unos minutos. Su mujer trató de hacerlo volver a la realidad preguntándole que le pasaba. Respondió:

— Nada, nada, pero no puedo creer lo que acabo de saber. ¿Como, ese caballero que yo veía pasar varias veces al día por aquí e ir al puerto, se ha convertido…? Además, su andar gallardo era el de un hombre pleno de vida y salud, daba gusto verlo. Yo había leído algunos de sus cuentos, y me gustaba mucho; era un gran escritor. ¡Ah! ¡Qué desgracia!...

El corazón de ese bravo negociante estalló, llevó a sus ojos un pañuelo y no pudo retener sus lágrimas. Su esposa me dijo entonces:

— ¡Hace quince años que estamos casados y es la primera vez que lo veo llorar!

Creo que era el 6 de enero. Rose y el guardián estaban cerca de mi señor que estaba tranquilo. En cuanto a mí, llegué a estar inconsciente, me movía como un autómata, pero, tan pronto mi mirada se posaba sobre el enfermo, volvía a la realidad. Temía en todo momento que volviese con nuestras diferencias respecto a la partida para la guerra… ¡Extraña alucinación!

Fuimos en un coche-cama, enganchado al rápido de París; nos dirigimos a la residencia del doctor Blanche, en Passy, donde mi señor iba a ser internado, tal vez curado. Estaba allí, acostado en la cama del medio, no manifestando ninguna agitación, dulce como un niño… El tren, circulando a todo vapor, atravesó las montañas de Estérel. Yo permanecí de pie, apoyando mi mano sobre la portezuela; ésta se abrió completamente. Casi fui arrojado a la vía. ¿Cómo me pude mantener? No sabría decirlo. Cuando hube cerrado la

portezuela y tomado posesión de mí mismo, el guardián me dijo:

— ¡Se ha salvado por los pelos! Estaba escrito que usted no debía morir, sin duda porque su señor tiene necesidad de usted para reponerse.

Estas palabras me revitalizaron y sentí regresar mi valor…

Passy, 7 de enero. Toda esa primera jornada, mi señor descansaba; me parecía muy cansado, sin embargo había dormido durante la mayor parte del viaje…

Tres días después de nuestra llegada a esta residencia, el doctor Blanche se presentó a las once de la mañana. El señor de Maupassant comenzaba a almorzar. Después de los saludos y de estrecharle la mano, el célebre alienista se sentó y estuvo presente durante la comida. Habló de diferentes cosas, dejando caer unas cuestiones de forma imprevista. Mi señor respondió a todo coherentemente. Hay que decir que él conocía ya al señor Blanche y que lo estimaba mucho. Saliendo, el doctor me dijo:

— Su señor hace todo lo que usted de pide, eso es bueno. Ha respondido correctamente a mis preguntas, ¡no está perdida toda esperanza!...esperemos…

Estas esperanzadoras palabras fueron un bálsamo para mi corazón y bendije a ese buen hombre, de cabellos blancos y digno porte, que inspiraba confianza a primera vista. ¡Mi señor podía curarse! El ilustre especialista lo había dicho y yo le creí.

Hasta el 20 de abril, yo cuidé del señor, ayudado por los enfermeros con la firme intención de obtener un buen resultado. Su salud física era buena, su moral me parecía también muy mejorada. Apenas algunas alucinaciones venían a turbar su paz de espíritu. A veces se complacía contándonos unas bromas muy divertidas, con ese verbo inimitable que yo conocía tan bien y era feliz viéndonos reír, a su guardián y a mí.

Una noche de abril, yo estaba ocupado en escribir a su madre. De súbito me reprochó el haberlo sustituido a él, en el periódico el *Figaro*, y de haber mediado en el cielo. Añadió:

— Le ruego que se retire, no quiero volver a verle.

Quedé estupefacto, mi corazón se encogió, pero, por los consejos de Baron, el guardián, que sabía mejor que yo que no debía llevarse la contraria en este tipo de enfermedades, me retiré.

Al día siguiente, mi pobre señor me recibió tan bien como de costumbre y me preguntó si iríamos pronto a su domicilio de la calle Boccador.

Durante la jornada, conté al doctor Blanche la inquietante escena que había tenido lugar, repitiéndole textualmente lo que él me había dicho. Tras este relato, los rasgos del alienista se contrajeron, se volvieron duros; frunciendo las cejas dijo:

— ¡Tanto peor! Es lo que me temía.

Bajó muy aprisa la escalera, y me pareció que agarraba más fuerte que de costumbre la rampa de madera sobre la que se apoyaba siempre. Yo quedé perplejo. Cuando pude reunir mis impresiones, llegue a la conclusión de que el sabio desesperaba decididamente de la salud moral de su ilustre cliente. Entonces pensé: « Si va peor, si no hay esperanzas de curación, ¿Qué razón hay para permanecer aquí? Estaríamos mejor en el campo, un hombre y yo serían suficientes para vigilar al enfermo, puesto que está alucinado, y no es violento. »

Otro día, me volvió a pedir que me retirara, pero al día siguiente yo no pensaba.

16 de junio de 1892. La señora de Maupassant está absolutamente de acuerdo conmigo. Desearía otra forma de vida para su hijo…

15 de julio. Todo ha sido intentado en ese sentido por parte de la madre del señor y de su tía, la señora de Harnois, que siempre ha tenido total debilidad por él. Pero, para nuestra gran desgracia, se han agarrado a lo imposible, el desgraciado debe quedar encerrado, ¡reducido a un estado de muerto viviente!

El día en el que supe esa decisión, mi señor me recibió con estas palabras:

— ¿François, cuando iremos a la calle Boccador, donde tengo todo lo que necesito para mi aseo? Además, mis manuscritos están allí, como mis libros. ¡Los alimentos que usted sabe preparar tan bien me mejorarían, mientras que aquí no curaré jamás!

Estaba obligado a escuchar todo esto, sin encontrar ni una palabra que decir. Era bastante desgarrador. Como de costumbre, le prometí que nuestro regreso a la calle Boccador no tardaría. Debo decir que los médicos me trataron siempre con la misma amabilidad. Un día, uno de ellos me preguntó cuanto tiempo había estado al servicio del señor de Maupassant. Después de unos instantes de conversación, me dijo:

— Sí, lo comprendo, mi pobre muchacho, pero ¿qué quiere usted…?

Septiembre. Mi señor ya no hablaba de regresar a su casa… Un día me pidió su antiguo objeto de marfil que él había hecho desaparecer con gran misterio y sonrió; a pesar de esto, me afirmaba no saber lo que había sido del tríptico. Luego se volvió hacia Baron para que fuese testigo de lo que él decía era cierto[7]. Ese guardián, amable, ligero y perfecto en su trabajo, había conquistado las simpatías del enfermo; él respondió:

[7] Ver capítulo XI

— Verdaderamente, François, el señor de Maupassant tiene una buena memoria, recuerda exactamente ese detalle y otras cosas, como usted ha podido comprobar.

Octubre. Íbamos al jardín todas las veces que el tiempo lo permitía. Los días se volvían cortos y sombríos; había ya niebla sobre las orillas del Sena. Cuando hacía mal tiempo, el señor de Maupassant pasaba su tiempo en el salón jugando al billar.

Entrando en la casa, solo, por la noche, tomé al azar un volumen de la obra del señor. Deteniéndome en su lectura, me parecía sentirlo junto a mí… Sus obras son talmente él mismo, que creo oírle, me figuro que está allí y que va a pronunciar mi nombre, veos sus gestos realzando sus relatos, lo reconozco completamente, con la risa tan franca que tenía cuando me hablaba de sus lectores.

¡Por desgracia! sí, yo revivía los días pasados; con claridad oí a mi señor darme una orden conocida: « François, esta tarde, llevará mi artículo al *Gil Blas*. ¡Espero que estén contentos, puesto que los quieren buenos! »

Su risa sonaba entonces, atronarte y plena, semejante a la de un niño satisfecho de haber acabado sus deberes.

El lunes de Pascua, 3 de abril de 1893, yo estaba en el jardín con mi señor y su enfermero. Había adelgazado mucho durante este largo invierno, y su caminar era menos seguro. Nos sentamos en un banco, bajo un castaño de Indias, cuyas jóvenes hojas dejaban filtrar los rayos del sol.

A pesar de todo, el enfermo experimentó aun la satisfacción de ver el renacer de la naturaleza; admiró ese hermoso césped que se extendía ante nosotros y relajaba nuestros ojos. Le hice notar la belleza de un pequeño arbusto que estaba coronado ya de abigarradas hojas, casi blancas. Él me respondió:

— Sí, ese arbolito está bien, pero no es comparable a mis álamos blancos de Étretat, sobre todo bajo el viento del Oeste.

En ese jardín, cerrado por gruesos muros, pensé en los numerosos paseos que habíamos hecho juntos en las montañas, al aire libre y puro, y nos volví a ver sobre lo alto del monte Revard, cuando mi señor me mostraba las montañas de Suiza con el extremo de su bastón, indicándome donde se encontraban Chamonix, Zermath y el monte Rose.

Recordé también lo que me había dicho, con acento emocionado que contenía un lamento inconfesable, que ese viaje a Suiza había contribuido a romper un matrimonio proyectado. ¡Incluso si hubiese estado casado, habría tenido otro destino! Esa mujer con la que debía casarse, yo la conocía, era de una inteligencia superior. Sin ninguna duda, el se habría convertido en el más grande productor literario de su tiempo. Un día, haciendo partícipe de esta impresión al doctor Blanche, éste me respondió:

— ¡Guy de Maupassant era demasiado artista para casarse!

En ese momento pensé: Tal vez tenga razón el doctor. Pero después de haber reflexionado, cuando me acordaba lo bueno que era mi señor, sensible a las sugestiones del corazón, concluía que la mujer que lo hubiese tomado por la delicadeza, por la nobleza de los sentimientos habría hecho de él lo que hubiese querido…

¿Para que volver atrás? Nadie escapa a su destino. El del señor de Maupassant fue determinado por un simple reencuentro donde se decidió su futuro en el momento en el que iba a seguir la vida en común.

Regresando de nuestro paseo, pasamos ante las pajareras, que contenían toda clase de pájaros. Aquí, fue Baron quién se entretuvo con mi señor viendo todos esos animales que le interesaban. Entendía mucho de esas aves; el señor de

Maupassant lo reconocía y escuchaba con placer sus explicaciones.

Por la noche, cuando dejé a mi señor, me dio la mano, y me pareció todavía más triste. Como en tantas otras ocasiones, me alejé de este domicilio con el corazón encogido; Nunca el horror de la tumba viva donde el gran novelista estaba encerrado no me pareció más siniestra…

… Fue el fin.

El 3 de julio de 1893, el señor de Maupassant se apagó en ese sombrío asilo, lejos de mi, desgraciadamente…

Mi tarea ha concluido. He dicho lo poco que sabía sobre el señor de Maupassant. Puede que este libro sencillo y modesto, eco fiel de una larga intimidad con el señor desaparecido, proporcione algunas informaciones útiles a aquellos que traten de sacar a la luz la persona y la obra de este gran escritor.

ÍNDICE

CAPÍTULO I: NOVIEMBRE 1883 – MAYO 1884
Mi contratación, el 1 de Noviembre de 1883. – Diez días en Étretat. – Regreso a París. – Una cena de "petición de mano". – Demasiadas cenas. – Enero de 1884. – Marcha a Cannes. – Fundación de un Club Social. – Trabajo y paseo por mar. – Un incendio. – Regreso a París en marzo. – Mudanza. – Instalación en la calle Montchanin. – Mes de mayo. — Descenso en yola de Paris a Rouen. – Un remero fuera de serie._____ 3

CAPÍTULO II: JUNIO – OCTUBRE 1884
Étretat. – Jardinero modelo. – Tiro de pistola. – Gallinas y gallo. – Riego. – El juego de bolos. – Los dos santos de madera. – El cuarto de invitados. – Una joven americana. – El maestro Renard. – El fuego en la casa. – Marie Seize. – Octubre. – Las hojas del otoño. – *Bel Ami* se acabó._____ 21

CAPÍTULO III: NOVIEMBRE 1884 – FEBRERO 1885
La sala de duchas. – La Galería – Adquisiciones – Piroli – Un regalo de Año Nuevo – Un techo maravilloso – Viaje a Italia. – El regreso. – Empaquetado defectuoso. – La piedra de azufre. – Trabajo y vida mundana. — La cena del colegial. – Trainera holandesa. – Étretat. – La Normandía en flor. – Los vasos antiguos de Rouen. – El jarrón de China. – *Bel-ami* ha aparecido._ 33

CAPÍTULO IV: MAYO 1885 – JUNIO 1886
Étretat. – Los patos de Barbarie. – El canto del gallo. – Proezas de tiro. – Paff. – Grandes calores. – Apertura de caza. – Salammbô. – Partida de Étretat. – Estancia en París. – Llegada a Antibes. – La villa Muterse. – Enero de 1886. – La recogida de las aceitunas. – La señora de Maupassant. – *La Louisette*. – El *Bel-Ami*. – Regreso a la calle Montchanin de París. – Añoramos el sol del Midi. – *Mademoiselle Perle* y *les Soeurs Rondoli.* – Un paseo en el parque Monceau. – La elegante lamparita. _____49

CAPÍTULO V: OCTOBRE 1886 – MAYO 1887
En el chalet de los Alpes. – El marco de una nueva novela. – Pintorescos paseos. – René Maizeroy y Aurélien Scholl. — Visitas principescas y mundanas. – Un temblor de tierra. – La casa amenaza ruina. – Piroli está

feliz de regresar a París. – Estilo naturalista de una marquesa._____65

CAPÍTULO VI: MAYO – JUNIO 1887
En Chatou. – Acondicionamiento especial. – Las ranas de la señora O…– La cena de las condesas. – Crudas verdades y placentera filosofía femenina. – El instinto maternal de Piroli. – La española. – Una tragedia que acaba bien. – Improvisada salida de camping. — ¡Olé, los remeros! – Indisposición molesta. – La oferta del millonario._____75

CAPÍTULO VII: JULIO – AGOSTO 1887
Regreso a Étretat. – Guy de Maupassant se dedica a la astronomía en su cocina. – Reconciliación con las espinacas. — Tortugas fugaces. – Marie Seize encantadora de tortugas. – La venganza… ¡pensemos en ella siempre! – *Le Horla*. – Unas sombras negras pasan. – La influencia de lo invisible. – *Pierre et Jean* compuesto en el paseo de fresnos. – La señora Pasca. – Muerte de Piroli._____ 89

CAPÍTULO VIII: OCTUBRE – NOVIEMBRE 1887
Viaje a Argelia. – Argelia la Blanca. – Instalación en la calle Ledru-Rollin. – Paseo impresionante en el cabo Matifou con el señor Masqueray. – Siguiendo a las «Desencantadas». – Lo que dicen las mujeres árabes en la mezquita. – En los baños de Hammam-Righa. – Caza infructuosa. – Los santones musulmanes y Voltaire. – De camino hacia la Kabilia._____ 97

CAPÍTULO IX: NOVIEMBRE DE 1887 – 5 ENERO 1888
En Tunicia. – Los baños turcos. – Éxito en el círculo de oficiales. – Viaje a Kairouan a gran velocidad. – Instalación en Tunez, avenida de la Marina. – El fuego inspirador. – El buen trabajo del masajista negro. – Sobre las ruinas de Cartago. – Las escapadas de Tahya. – ¿Macarrones a la italiana? – La gorda tunecina. – Tahya tiene el mal de mar._____109

CAPÍTULO X: ENERO – FEBRERO 1888
El *Zingara* convertida en *Bel-Ami*. – Navegación azarosa. – En Porquerolles. – Misteriosa aparición. – El exilio de una Casandra del segundo Imperio. – Extrañas confidencias sobre la sociedad de las Tullerías. – Curiosa previsión

de las catástrofes del año terrible. – Navegando para Cannes sobre el *Bel-Ami*. – La significativa acogida de Tahya._____121

CAPÍTULO XI: FEBRERO 1888 – FEBRERO 1889

Tahya y Pussy son puestos en presencia en la calle Montchanin. – Una cena en casa de Dumas hijo. – Enigmática desaparición de un antiguo objeto de marfil sustituido por un retrato de mujer. – Regreso a Cannes. – El *Bel-Ami* en dique seco. – Nobles confesiones de un artista que «lucha en ocasiones para no pensar más». – Recuerdos íntimos de Flaubert. – En la batalla de flores el señor de Maupassant triunfa sobre el duque de Chartres. – El general A… cuenta su última carga en 1870. – Eran unas damas imponentes… — En la casa Waldeck—Rousseau. – Duelo frustrado— En Aix-les-Bains. – La vocación de soltería de Maupassant decidida en la montaña. – Un barón inglés quiere conocer la verdadera *Maison Tellier* y la fina flor del espíritu francés. – Muebles antiguos, viejos amigos. — François confundido con los títulos de nobleza. – Cena aristocrática. – Se habla allí… filología y la Sra. de Maupassant muestra su erudición. – Aparece *Fort comme la mort*. – Los jóvenes hacen cola en casa del autor. – Regalo de muñecas al escritor. – Un médico normando ha modelado su cerebro._____131

CAPÍTULO XII: ABRIL – AGOSTO 1889

En Poissy. – François conoció a Flaubert. – *Madame Bovary* en el trabajo. – Zola y Maupassant. – *Los Rougon-Macquart* juzgados por un leal sirviente. – *Pot-Bouille* es una denegación de justicia. – Paralelismo entre Zola y Flaubert por Maupassant.— La danza de vientre en la calle Montchanin. – Estancia en Triel. – La comida en la Guinguette. – Maupassant cuenta sus luchas con unos perros furiosos. – Salvamento nocturno. – La mujer del ingeniero. — ¿Por qué no a la medalla de salvamento? – Pasando ante Médan. – Los señores Zola y H. Pessard almuerzan en casa. – El régimen de sobrealimentación del doctor Grubby. – Alegre paseo en barco de vapor. – Cena sobre el agua. – Una página del *Decameron*. – Regreso a Étretat. – *Notre Coeur*. – Indicios de agotamiento. – El miedo a las arañas._____161

CAPÍTULO XIII: 18 DE AGOSTO 1889

La gran fiesta de Sainte-Hélène. – El gran yate *Bull-Dog* transporta a la alta sociedad. – Las lavanderas normandas. – El asno de un doctor humanitario. – El *Sphinx-Cottage* .— Coro pastoral al antiguo estilo sobre la pila. – *El*

Crimen de Montmartre y el pintor Marius Michel. – Incendio inextinguible y sálvese quién pueda. — Huida del asesino hipotético. – Lotería divertida. – *Es el gallo*... — Un conejo para la señora Arnould. – Pitonisa visionaria – Mil quinientos curiosos alrededor de la Gillette._____189

CAPÍTULO XIV: FIN DE AGOSTO, SEPT. Y OCTUBRE 1889
Excursión náutica en Italia. – Un paraíso sobre el gran Azul. – Los relatos de a bordo. – Un recuerdo a la bella *Allouma* de la *Main gauche*. – Los viajes en las largas travesías de Raymond. – Sobre las costas del Japón. – un barco… de flores. – Música de ensueño de noche. – Los olores de Gênes. – En la niebla. – Escalas en Porto-Fino y en Sainte-Marguerita. – Alborada en el *Bel-Ami.* – En Florencia. – En los museos. – En la búsqueda de figurillas. – La iglesia de San-Paolo. – Reflexiones tolstoinianas sobre la guerra. – En Pisa. – La señora de Maupassant espera en Cannes a su hijo afectada de una breve crisis._____197

CAPÍTULO XV: NOVIEMBRE 1889 – JULIO 1890
De regreso a París. – Instalación en la avenida Victor-Hugo. – La molesta vecindad del panadero. – Proceso. – La cena del perito. – Atmósfera de gripe. – Conversación agitada sobre el fin último. – El señor de Maupassant quiere un final adecuado a las intenciones cristianas de sus allegados. – El señor Taine y *le Champ d'oliviers*. – El señor de Maupassant destruye su manuscrito sobre Italia por odio a Crispi. – La rusa de las visitas misteriosas. – Carta de Cannes. – Fin trágico de Pussy ocultado a mi señor. — Perseguido por el panadero, Maupassant se traslada a la calle Boccador y va a casa del barón R… en Inglaterra. – Perfil flamenco. – *Notre coeur* está terminada. – Victor Koning y *Musotte*. – Régimen de sobrealimentación.— La enfermedad vuelve…— En Aix-les-Bains. – La princesa rusa y sus guardaespaldas. – El decorado y los personajes de *l'Ame étrangère* están en su lugar. – La cuerda del ahorcado._____211

CAPÍTULO XVI: FIN DE JULIO – NOVIEMBRE 1890
En Cannes. – Se navega con placer a borde del *Bel-Ami*. – Los acorazados y Richelieu. – Buen viento. – La sobrina del señor. – Los dos enamorados de *Sur l'eau*. – Ese recuerdo inspira al bravo Bernard para gran jolgorio del señor de Maupassant. – Impresiones de Bretaña. – François va de peregrinaje. – En la *Gruta de Artus* viendo bellezas. – El señor de Maupassant cuenta a su vuelta un episodio de sus años escolares en el

colegio de Yvetot. – En Saint-Tropez. – Reencuentro emotivo en el mar del señor de Maupassant y su padre.— El *Bel-Ami* salvado de los arrecifes por la sangre fría de Bernard. – La partida de las hermanas de *Mireille*. – En Saint-Raphael. – Fréjus, los Croisés, Gounod, Alphonse Karr, etc… — En Niza. – La lección de las hormigas. – En Lyon. – El aniversario de la muerte de Hervé de Maupassant. – Aquí yace… — Confidencias desgarradoras sobre el desaparecido. — ¿Quién sabe?_____229

CAPITULO XVII: NOV. 1890 - FIN DE OCTUBRE 1891

La dama del vestido gris perla. – Invitado a la corte italiana. – Juicio severo sobre las altas clases ociosas. – Plan de trabajo. – Echar a volar sobre la costa Azul. – La villa del misterio. – La última crónica del *Figaro*. – El *Angelus*. – Los síntomas alarmantes se multiplican. – Decepción con el teatro. – Una gran vedette exigente. – El señor Piot-Verdier. – Nada de perifollos. – Viaje a Arles en la búsqueda de *Mireille*. – La hermana de la *Femme* de Tiziano en un convento. – Paseos artísticos por Avignon. — ¡Nada de música! – Confidencias sobre la composición del *Angelus*. – Nîmes y la Torre Magne. – En el puente del Gard. – Elogio de la higiene romana. — En Toulouse no se duerme. — Terapia de cura en Bagnères-de-Luchon. – Los olores sulfurosos no consiguen sentar mejor a mi señor más que en Sicilia. – En Divonne. – La casa encantada. – ¡Guerra a los ratones! – Una recuperación física inesperada. – Insolación y accidente de triciclo. – La novela de Andrésy y la hermosa señora X… — La pesca de truchas._____251

CAPÍTULO XVIII: FIN DE SEPT. 1891 - 6 DE JULIO 1893

La clarividente simpatía del profesor G… - Visita nefasta. – Consulta grave. – Marcha para Cannes. – En el «Chalet de l'Isère ». – El doctor Daremberg. – El implacable mal hace lentos progresos. – Obsesión fúnebre.- *Le Moine de Fécamp*. – La espina de lenguado en el estómago. – Señales de parálisis. – La memoria se mantiene muy clara.- La fatiga cerebral se acentúa.- Los mosquitos. – Triste día de Año Nuevo.- Última fiesta familiar. –El fatal despacho desde Oriente en la trágica noche.- El señor de Maupassant se corta la garganta en un gesto impulsivo.- Aún tiene conciencia de su estado.- Una velada terrible.- La imagen de la venganza obsesiona al enfermo.- En la residencia del doctor Blanche en Passy.- Fugaz esperanza de curación.- Se produce lo que temía el doctor Blanche.- Delirios de persecución.- Destellos de lucidez.- ¡A quién tienta el destino!- Suiza fue la causa de que el señor de Maupassant acabe sus días en una residencia de salud._____271

Este libro se acabó de imprimir en el I.E.S. A Xunqueira I de Pontevedra el 20 de junio de 2005. Traducido del francés por José Manuel Ramos González, desde la versión en html de Therry Selva en http://maupassant.free.fr